

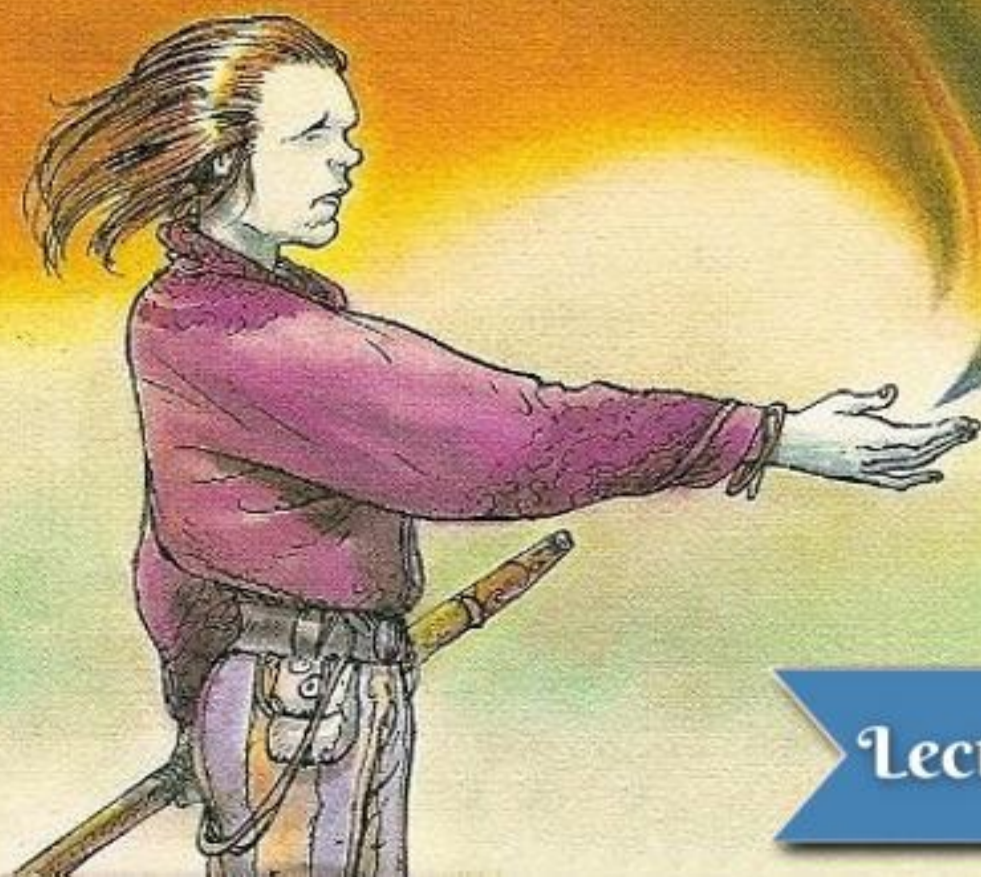


FANTASIA

Piers Anthony

UN HECHIZO PARA CAMALEÓN

Premio de la British Fantasy Society a la mejor novela del año.



Lectulandia

Xanth: una tierra encantada donde gobernaba la magia, donde cada ciudadano tenía un hechizo especial que podía lanzar a voluntad. Una tierra de centauros y dragones y basiliscos. Pero una tierra que, para Bink, no era un cuento de hadas. Porque él no poseía magia. Y, a menos que consiguiera un poco de ella, ¡y la consiguiera rápido!, sería exiliado. ¡Para siempre!

Pero el Buen Mago Humfrey estaba convencido de que Bink sí poseía magia. Una magia tan poderosa como la del Rey o la del propio Buen Mago..., o incluso la del Malvado Mago Trent.

Sin embargo, nadie era capaz de adivinar cuál podía ser la naturaleza de la magia especial que poseía Bink. Y eso era peor aún que no poseer ninguna magia: porque, si no conseguía averiguarlo rápido, sería exiliado igualmente.

Así inició su aventura...

Lectulandia

Piers Anthony

Un hechizo para Camaleón

La magia de Xanth - 1

ePub r1.0

Ronin 14.01.14

Título original: *A Spell for Chameleon*

Piers Anthony, 1977

Traducción: Elías Sarhan

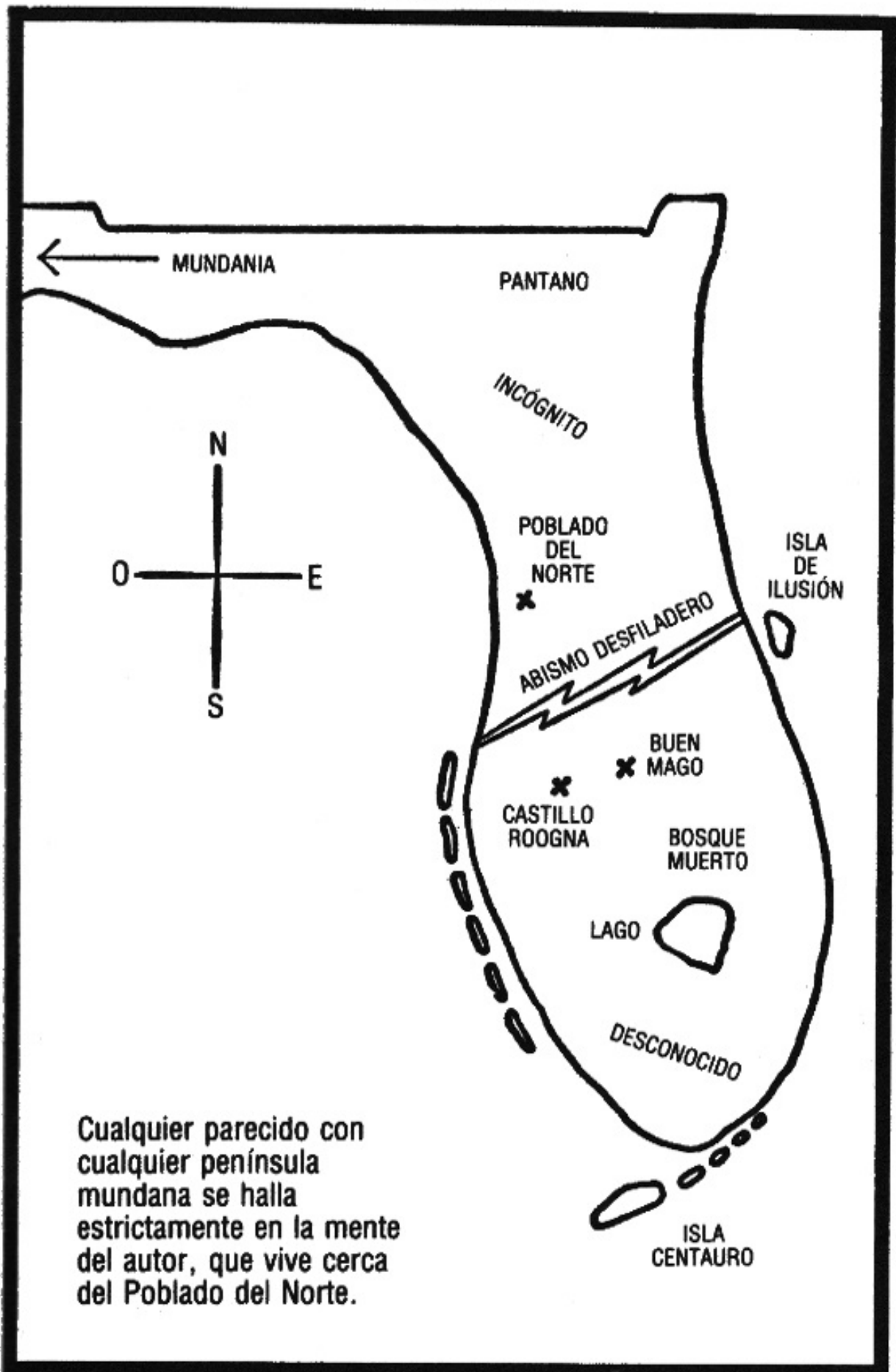
Diseño de portada: Antoni Garcés

Editor digital: Ronin

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

XANTH



Cualquier parecido con cualquier península mundana se halla estrictamente en la mente del autor, que vive cerca del Poblado del Norte.

1

Xanth

Un pequeño lagarto estaba perchado sobre una roca marrón. Sintiendo amenazado por los seres humanos que se acercaban por el sendero, se metamorfoseó en un escarabajo con aguijón, luego en un lanzador de hedores y después en una llameante salamandra.

Bink sonrió. Estas transformaciones no eran reales. Había adoptado la apariencia de desagradables y pequeños monstruos, pero no su esencia. No podía picar, lanzar olores o quemar. Era un camaleón que usaba su magia para imitar a criaturas peligrosas de verdad.

Sin embargo, cuando cambió a la forma de un basilisco, le miró con ojos centelleantes y con tal ferocidad que la alegría de Bink se mitigó. Si su malicia pudiera golpearle, se encontraría espantosamente muerto.

En ese momento, bruscamente, un halcón descendió del cielo y cogió al camaleón con su pico. Entre convulsiones, el lagarto emitió un agudo chillido de angustia; luego colgó inerte a medida que el halcón ascendía por el aire. El camaleón, a pesar de todos sus fingimientos, estaba muerto. Mientras intentaba amenazar a Bink, había sido destruido por otro elemento.

Esta comprensión siguió permeando las emociones de Bink. El camaleón era inofensivo..., pero la mayoría de los seres de Xanth no lo eran. ¿Se trataba de un sutil presagio, de una leve sugerencia respecto a algún terrible destino que le aguardaba? Los presagios eran algo serio; siempre se volvían realidad, pero, normalmente, eran mal comprendidos hasta que resultaba demasiado tarde. ¿Estaba Bink destinado a morir de forma brutal..., o se refería a un enemigo suyo?

Hasta donde sabía, no tenía enemigos.

El dorado sol de Xanth brilló a través del Escudo mágico, lanzando destellos desde los árboles. Todas las plantas poseían sus hechizos, pero ninguno podía eliminar la necesidad de luz, agua y tierra fértil. En vez de ello, se utilizaba la magia para hacer que estas necesidades del reino vegetal fueran más disponibles, y también para proteger las plantas de la destrucción, salvo que estuvieran dominadas por una magia más poderosa o por la simple mala suerte, como el caso del camaleón.

Bink observó a la muchacha que había a su lado cuando esta pasó debajo de un oblicuo rayo de sol. Él no era ninguna planta, pero también tenía necesidades, e incluso la inspección más casual de la muchacha le hacía ser consciente de ello. Sabrina era absolutamente hermosa..., y su belleza era por completo natural. Otras muchachas conseguían realzar su aspecto por medio de cosméticos, afeites o hechizos especiales; no obstante, al lado de Sabrina, las demás mujeres parecían artificiales. ¡Ella no era un enemigo!

Llegaron a la Roca de Observación. No se trataba de un promontorio particularmente alto, pero la magia de su situación la hacía parecer más elevada de lo que era, de modo que podían mirar hacia abajo y contemplar un cuarto de la superficie de Xanth. Era una tierra con una vegetación de un color variado, con pequeños y bonitos lagos, y campos de flores, helechos y cultivos engañosamente tranquilos. Mientras Bink observaba, uno de los lagos se expandió ligeramente, adquiriendo una apariencia de más frescor y profundidad, de ser un lugar mejor en el que se podía nadar.

Bink se cuestionó esto durante un momento, como hacía a menudo. Poseía una mente indisciplinada, que le acosaba constantemente con preguntas para las que no había respuestas inmediatas. Siendo niño, casi había enloquecido a sus padres y amigos con preguntas tales como: «¿Por qué el sol es amarillo?», «¿Por qué los ogros aplastan los huesos?», «¿Por qué los monstruos marinos no pueden lanzar hechizos?», y semejantes balbuceos infantiles. No era extraño que lo hubieran enviado pronto a la escuela de centauros. Ahora controlaba su boca, pero no su cerebro, de modo que lo dejó pasar en silencio.

Podía comprender los hechizos animados, tales como los del infortunado camaleón; facilitaban la comodidad, la supervivencia o una imagen a las criaturas vivas. Pero ¿por qué tendrían que poseer magia las cosas inanimadas? ¿Le importaba a un lago quién nadaba en él? Bueno, quizá sí; un lago era una unidad ecológica, y la comunidad de seres vivos en su interior tal vez tuviera un interés común en promocionarla. O el responsable quizá fuera un dragón de agua dulce, que acechaba a la espera de presas. Los dragones eran la forma de vida más variada y peligrosa de Xanth; sus especies ocupaban el aire, la tierra y el agua, y un cierto número de ellos exhalaban fuego. Había una cosa que todos tenían en común: buen apetito. La casualidad no siempre traía suficiente carne fresca.

Pero ¿qué sucedía con la Roca de Observación? Estaba desnuda, sin siquiera un líquen, y no se podía decir que fuera hermosa. ¿Por qué desearía compañía? Y, si así fuera, ¿por qué no hacerse más bonita en vez de permanecer fría y pelada? La gente no venía aquí para admirar la roca, sino para admirar el resto de Xanth. Un hechizo así parecía contraproducente.

Entonces Bink se golpeó el talón con un agudo fragmento de roca. Estaba de pie sobre una cuarteada terraza rocosa, formada generaciones atrás por la ruptura de un saliente rocoso de bonita coloración, y...

¡Allí estaba! Aquella otra roca, que debió hallarse próxima a la Roca de Observación y de un tamaño similar, se había fragmentado para formar este sendero y terraza, perdiendo así su identidad. La Roca de Observación había sobrevivido. Nadie la rompería, ya que formaría un sendero desagradable, mientras que su magia altruista la volvía útil tal como estaba. Un pequeño misterio resuelto.

Sin embargo, quedaban consideraciones filosóficas, insistió su insaciable mente. ¿Cómo un objeto inanimado podía pensar o tener sentimientos? ¿Qué significado tenía la supervivencia para una roca? Un saliente sólo era el fragmento de un estrato de roca anterior; ¿por qué habría de tener una identidad si el lecho rocoso no la poseía? No obstante, lo mismo se podía decir de un hombre, que había sido formado de los tejidos de las plantas y animales que consumía, pero que tenía una división...

—¿De qué querías hablarme, Bink? —inquirió Sabrina con solemnidad.

Como si no lo supiera. Pero, mientras su mente formaba las palabras necesarias, su boca se detuvo bruscamente. Ya sabía cuál sería su respuesta. Nadie podía permanecer en Xanth pasado su vigésimo quinto cumpleaños a menos que demostrara poseer un talento mágico. Faltaba apenas un mes para el cumpleaños crítico del propio Bink. Ya no era un niño. ¿Cómo podría ella casarse con un hombre que pronto sería exiliado?

¿Por qué no había pensado en ello antes de traerla a ella hasta aquí? ¡Sólo haría el ridículo! Pero ahora tenía que decirle algo, a menos que deseara sentirse más azarado, y que también para ella fuera más violento.

—Únicamente deseaba ver tu... tu...

—¿Ver mi *qué*? —inquirió ella, enarcando una ceja.

Sintió que el calor comenzaba a subirle por el cuello.

—Tu hológrafo —balbuceó. Había mucho más que deseaba ver de ella, y también tocar, pero eso sólo podría ocurrir después de la boda. Era ese tipo de muchacha, y ello formaba parte de su atractivo. Las mujeres que lo tenían no necesitaban exhibirlo.

Bueno, no era del todo verdad. Pensó en Aurora, que ciertamente lo tenía y que, sin embargo...

—Bink, *hay* un modo —comentó Sabrina.

La miró de reojo y apartó de inmediato los ojos, confuso. Seguro que no estaba sugiriendo...

—El Buen Mago Humfrey —prosiguió ella alegremente.

—¿Qué? —Él había seguido un camino distinto, y no se debía a su voluntariosa mente.

—Humfrey conoce cien hechizos. Tal vez uno de ellos... Estoy convencida que él podrá descubrir cuál es tu talento. Entonces todo sería perfecto.

Oh.

—Pero cobra el servicio de un año por un solo hechizo —protestó Bink—. Únicamente dispongo de un mes.

Eso no era del todo exacto; si el Mago lograba identificar un talento en Bink, entonces no sería exiliado, y así tendría un año disponible. Se hallaba profundamente conmovido por la fe que sentía Sabrina por él. No decía lo que otros comentaban: que

no poseía magia. Le brindaba la inmensa cortesía de elegir creer que su magia simplemente permanecía sin descubrir.

Quizá fuera esa fe lo que primero le había atraído de ella. Ciertamente, era hermosa, inteligente y con talento, un premio bajo cualquier definición. No obstante podría haber poseído mucho menos de cualquiera de esas categorías y todavía ser su...

—Un año no es tan largo —murmuró Sabrina—. Yo esperaría.

Bink bajó la vista hacia sus manos, meditabundo. Su mano derecha era normal, pero había perdido el dedo corazón de la izquierda en un accidente de infancia. No fue el resultado de alguna magia exterior; jugaba con un cuchillo grande mientras sujetaba un tallo de hierba-espiral y cortaba, imaginando que era la cola de un dragón. Después de todo, nunca es demasiado tarde para que un niño comience a practicar con la faceta seria de la vida. Al bajar el brazo en un arco, la hierba se había liberado de su mano y el cuchillo cayó con fuerza sobre su dedo extendido.

Le había dolido, pero lo peor fue que, como se suponía que él no tenía autorización para estar jugando con el cuchillo, no se atrevió a gritar o a contar lo ocurrido. Logró controlarse con un supremo esfuerzo y sufrió en silencio. Vendó el dedo, y consiguió ocultar su mutilación manteniendo la mano cerrada durante varios días. Cuando por fin se descubrió la verdad, ya era demasiado tarde para un hechizo de restauración; el dedo se había corrompido y ya no podía ser unido de nuevo a la mano. Un hechizo lo suficientemente fuerte lo habría conseguido..., pero siempre hubiera sido un dedo zombie.

No se le castigó. Su madre, Bianca, estaba convencida de que había aprendido la lección..., y así fue. ¡Vaya si la aprendió! La siguiente vez que jugara con un cuchillo a escondidas miraría bien dónde tenía los dedos. Su padre pareció secretamente complacido de que Bink mostrara tanto valor y tenacidad en la adversidad, incluso en una falta.

«—El muchacho tiene nervio —había comentado Roland—. Si sólo poseyera magia...».

Bink apartó los ojos de la mano. Aquello había ocurrido quince años atrás. De repente, un año sí que parecía corto. Un año de servicio..., a cambio de toda una vida con Sabrina. Era un buen trato.

Sin embargo..., ¿y si no tenía magia? ¿Iba a pagar con un año de su vida para verificar la certeza de su exilio en el terrible reino de los que no poseían talento? ¿O sería mejor aceptar el exilio, manteniendo así la inútil esperanza de que sí poseía un talento latente?

Sabrina, respetando el torbellino de su contemplación, comenzó su hológrafo. Una neblina azul apareció ante ella, colgando sobre la pendiente. Se expandió, perdiendo densidad en los bordes, cobrando volumen en su centro, hasta que

consiguió sesenta centímetros de diámetro. Parecía humo espeso, pero no se disipó ni flotó en la corriente.

En ese momento ella empezó a canturrear en voz baja. Poseía una buena voz..., no extraordinaria, pero sí la adecuada para su magia. Con el sonido, la nube azul tembló y se hizo más sólida, adoptando una forma casi esférica. Entonces ella modificó su tono de voz, y los bordes exteriores se volvieron amarillos. Abrió la boca y cantó la palabra «muchacha», y los colores adoptaron la forma de una muchacha joven con un vestido azul y adornos amarillos. La figura era tridimensional, visible desde todos los lados con diferentes perspectivas.

Era un talento hermoso. Sabrina podía esculpir cualquier cosa..., sin embargo, las imágenes se desvanecían en el momento en que su concentración se detenía, y nunca poseían substancia física. De modo que era, hablando con precisión, una magia inútil. No mejoraba su vida en ningún aspecto material.

Pero ¿cuántos talentos ayudaban de verdad a sus poseedores? Una persona podía hacer que la hoja de un árbol se marchitara y muriera con sólo mirarla. Otra podía crear el olor de la leche agria. Otra podía hacer que surgiera una risa demencial del suelo. Y todo esto era magia, no había ninguna duda al respecto..., aunque, ¿qué utilidad tenía? ¿Por qué gente semejante estaba cualificada para ser ciudadanos de Xanth, mientras que Bink, que era inteligente, fuerte y atractivo, quedaba descalificado? Pero esa era la regla absoluta: ninguna persona que no fuera mágica podía permanecer allí pasado el límite de su vigésimo quinto cumpleaños.

Sabrina estaba en lo cierto: tenía que descubrir cuál era su talento. Nunca pudo hallarlo por sí solo, de modo que tendría que pagar el precio del Buen Mago. Esto no sólo le libraría del exilio —lo cual podía llegar a ser peor que la muerte, ya que, ¿tenía algún sentido la vida sin Sabrina?— y le permitiría ganar a Sabrina, lo cual no sólo era un destino mucho mejor que la muerte, sino que también le ayudaría a redimir su maltrecha autoestima. No tenía elección.

—¡Oh! —exclamó Sabrina, llevándose las manos a las nalgas. El holografo se disolvió en una distorsión grotesca de la muchacha del vestido azul antes de desaparecer—. ¡Me quemo!

Bink, alarmado, dio un paso hacia ella. Mientras avanzaba, se escuchó una sonora risa juvenil. Sabrina giró en redondo, enfurecida.

—¡Numbo, detente! —gritó. Era una de esas muchachas que, estuviera irritada o alegre, nunca perdía su atractivo—. ¡No es gracioso!

Había sido Numbo, por supuesto, el que le había producido su mágico asiento ardiente, un llameante dolor en sus posaderas. ¡Hablando de talentos inútiles! Bink, con los puños cerrados con tanta firmeza que su pulgar golpeó el muñón del dedo que le faltaba, se dirigió hacia el sonriente joven que se encontraba más allá de la Roca de Observación. Numbo tenía quince años, era engreído e irritante; le hacía falta una

lección.

Pero el pie de Bink tropezó con una roca suelta, lo cual hizo que se torciera lo suficiente el tobillo como para perder el equilibrio. No le dolió, pero interrumpió su avance. Su mano salió disparada hacia delante..., y sus dedos tocaron una pared invisible.

Surgió otra explosión de risa. Bink, gracias a la piedra providencial con la que topó su pie, no había chocado de lleno contra la pared, aunque alguien pensaba que sí.

—Tú también, Chilk —dijo Sabrina.

Ese era el talento de Chilk: la pared. Era una especie de complemento al talento de Sabrina; en vez de ser visible sin substancia, tenía substancia sin visibilidad. Sólo poseía dos metros cuadrados y, al igual que ocurría con la mayoría de los talentos, tenía una duración estrictamente temporal..., no obstante, durante los primeros minutos, era tan dura como el acero.

Bink podía rodear la pared y coger al muchacho si corría, pero estaba seguro de que antes chocaría varias veces más con el muro, con lo que sufriría más daño del que él pudiera causarle al joven. No valía la pena. Si sólo tuviera un talento propio, como el asiento ardiente de Numbo, podría hacer que el bromista lo lamentara, a pesar de esa pared. Pero no era así, y Chilk lo sabía. Todo el mundo lo sabía. Ese era el mayor problema de Bink. Era un blanco perfecto para todos los bromistas, ya que no podía devolver el golpe..., no mágicamente, y se consideraba algo muy vulgar hacerlo de forma física. Sin embargo, en este momento, estaba dispuesto a ser vulgar.

—Vámonos de aquí, Bink —indicó Sabrina.

Su voz denotaba desagrado hacia los intrusos, aunque Bink sospechó que parte también se aplicaba a él. Una especie de furia impotente comenzó a bullir en su interior: una que ya había sentido muchas veces, y a la que nunca se acostumbró. No había sido capaz de declararse a ella debido a la carencia de un talento; y tampoco podía permanecer aquí por el mismo motivo. Ni en la Roca de Observación ni en Xanth. No encajaba en ese entorno.

Regresaron por el sendero. Los bromistas, viendo que no conseguían nada más de sus presas, se marcharon en busca de otros blancos. El paisaje ya no parecía tan encantador. Quizá lo mejor era que él también se marchara. Tal vez debería hacerlo ahora, antes de ser exiliado oficialmente. Si Sabrina le amaba de verdad, se iría con él..., incluso al Exterior, a Mundania.

No, aquello no era justo. Sabrina le amaba..., pero también amaba a Xanth. Tenía una figura tan hermosa, unos labios tan adorables, que le resultaría más fácil encontrar a otro hombre que adaptarse a los rigores de la vida entre los seres sin magia. En cuanto a eso, él podría hallar más fácilmente a otra joven que... lo que le esperaba. Probablemente, y de manera objetiva, era mejor que se marchara solo.

Entonces, ¿por qué su corazón no estaba de acuerdo?

Pasaron al lado de la piedra marrón donde había estado el camaleón, y sintió un escalofrío.

—¿Por qué no le preguntas a Justin? —sugirió Sabrina cuando se acercaron al pueblo.

Casi era de noche; aquí oscurecía más rápido que en la Roca de Observación. Las farolas del pueblo se estaban encendiendo.

Bink dirigió la vista al único árbol que ella indicó. Había varias clases de árboles en Xanth, y un cierto número de ellos eran vitales para la economía. Los barril de cerveza eran espitados para beber de ellos, y los árboles de gasolina eran fuente de energía; incluso el mismo calzado que llevaba Bink provenía de un anciano árbol situado al este del pueblo. Sin embargo, el Árbol Justin era algo especial, pertenecía a una especie que nunca había brotado de una semilla. Sus hojas tenían la forma de manos planas y su tronco poseía el color de la carne humana. Este hecho apenas era sorprendente, ya que una vez había sido humano.

Esa historia surgió de inmediato en la mente de Bink, formaba parte del folclore de Xanth. Veinte años atrás había existido uno de los grandes Magos Malignos: un hombre joven llamado Trent. Había poseído el poder de la transformación, la capacidad de cambiar en el acto a cualquier criatura viviente en cualquier otra cosa viva. Insatisfecho con su estatus de Mago, que le había sido otorgado como reconocimiento a la terrible potencia de su magia, Trent utilizó la ayuda de su poder para apoderarse del trono de Xanth. El procedimiento que siguió fue sencillo y directo: transformó a todo el mundo que se le opuso en algo que no pudiera oponérsele. A las peores amenazas para su plan las convirtió en peces..., en tierra firme, dejando que se agitaran hasta morir. A las simples molestias las cambió a animales o plantas. De este modo, varios animales inteligentes le debían a él esa cualidad; aunque eran dragones, lobos bicéfalos y pulpos de tierra, retuvieron la inteligencia y la perspectiva de sus orígenes humanos.

Trent ya no estaba, pero sus obras permanecían, ya que no existía ningún otro transformador que pudiera devolverles su aspecto original. Hológrafos, asientos ardientes y paredes invisibles eran talentos que cualificaban; sin embargo, la transformación pertenecía a otra categoría. Sólo una vez en cada generación ese poder se manifestaba en un individuo, y en muy raras ocasiones se manifestaba de la misma forma. Justin había sido una de las molestias del Mago Trent —nadie recordaba lo que había hecho—, de forma que Justin era ahora un árbol. No existía persona alguna que poseyera la habilidad de cambiarlo de vuelta a hombre.

El talento de Justin había sido la proyección vocal; no el truco de salón como la ventriloquia, o el talento trivial de la risa demente, sino un genuino y reconocible

fraseo desde una distancia donde no cabía la posibilidad del uso de las cuerdas vocales. Incluso en su categoría de árbol retenía ese talento y, como tenía mucho tiempo para pensar, los del pueblo se acercaban a menudo a él en busca de consejo. Justin no era ningún genio, pero un árbol poseía una mayor objetividad sobre los problemas humanos.

A Bink se le ocurrió que quizá Justin se encontrara mejor como árbol que como cuando había sido un hombre. Le gustaba la gente, pero se decía que en su forma humana no había sido atractivo. Como árbol era bastante imponente, y no representaba ninguna amenaza para nadie.

Cambiaron de dirección para acercarse a Justin. De repente, una voz habló justo enfrente de ellos:

—No os acerquéis, amigos; hay rufianes al acecho.

Bink y Sabrina se detuvieron.

—¿Eres tú, Justin? —preguntó ella—. ¿Quién anda al acecho?

Pero el árbol no oía tan bien como hablaba, de modo que no les contestó. La madera no parecía ser el mejor de los elementos para los oídos.

Bink, irritado, dio un paso adelante.

—Justin pertenece al público —murmuró—. Nadie tiene derecho a...

—¡Por favor, Bink! —le urgió Sabrina, tirando de su brazo—. No queremos ningún problema.

No, ella nunca quería problemas. Bink no se atrevía a ir tan lejos como para considerar esto un fallo suyo, pero a veces resultaba enojosamente inconveniente. El mismo Bink jamás permitía que los problemas se interpusieran en una cuestión de principios. No obstante, Sabrina era hermosa, y él ya le había causado suficientes percances esta noche. Se volvió para acompañarla lejos del árbol.

—¡Eh, no es justo! —exclamó una voz—. Se marchan.

—Justin debe haberse chivado —gritó otra.

—Talemos a Justin.

Bink se detuvo de nuevo.

—¡No serán capaces! —se indignó.

—Por supuesto que no —admitió Sabrina—. Justin es un monumento del pueblo. Ignóralos.

La voz del árbol surgió de nuevo, un poco extraviada en relación con Bink y Sabrina..., una prueba de mala concentración.

—Amigos, por favor, llamad en seguida al Rey. Estos rufianes tienen un hacha o algo parecido, y han estado comiendo bayas alucinógenas.

—¡Un hacha! —exclamó Sabrina con absoluto horror.

—El Rey se encuentra fuera del pueblo —murmuró Bink—. De todas formas, está senil.

—Y no ha logrado invocar más que una lluvia de verano en años —coincidió Sabrina—. Los jóvenes no se atrevían a realizar estos vandalismos cuando estaba en posesión de toda su magia.

—*Nosotros* por cierto que no —dijo Bink—. ¿Te acuerdas del huracán flanqueado de seis tornados que invocó para acabar con las últimas semillas veloces? Entonces sí que era un verdadero Rey de la Tormenta. Él...

Se escuchó el sonido resonante del metal mordiendo la madera. Un aullido de absoluta agonía brotó en el aire. Bink y Sabrina se estremecieron.

—¡Ese es Justin! —exclamó ella—. Lo están haciendo.

—De todas formas, no hay tiempo para llamar al Rey —dijo Bink.

Cargó hacia el árbol.

—¡Bink, no *puedes*! —gritó Sabrina detrás suyo—. No posees ninguna magia.

Así que, en este momento de crisis, apareció la verdad. Ella no creía que él tuviera un talento.

—¡Pero poseo músculos! —replicó con un grito—. Ve en busca de ayuda.

Justin aulló de nuevo ante el segundo contacto de la hoja de acero. Era un sonido horrible. Se escucharon risas..., el dicharachero regocijo de los niños en una juega, sin ninguna preocupación por las consecuencias que sus actos pudieran acarrear. ¿Alucinaciones? Esto era pura insensibilidad.

Entonces Bink llegó hasta el árbol y... estaba solo. Justo cuando se hallaba con el ánimo adecuado para una buena pelea. Los maliciosos bromistas se habían desperdigado.

Podía conjeturar quiénes eran, pero no le hizo falta.

—Jama, Zinc y Potipher —comentó el Árbol Justin—. ¡Ay, mi pie!

Bink se acuclilló para inspeccionar el corte. La blanca herida del árbol se veía claramente en contraste con la corteza de la base del tronco. Se estaban formando gotas de savia, muy parecidas a la sangre. No era demasiado serio considerando el tamaño del árbol, pero seguro que era muy incómodo.

—Conseguiré algunas compresas para la herida —comentó Bink—. Hay algunas esponjas de coral en el bosque. Grita si alguien te molesta mientras estoy lejos.

—Lo haré —afirmó Justin—. Date prisa. —Luego añadió—: Eres un buen tipo, Bink. Mucho mejor que algunos que... uh...

—Que poseen magia —acabó Bink por él—. Gracias por tratar de no herirme.

La intención de Justin era buena, pero a veces hablaba antes de pensar. Todo se debía a su cerebro de madera.

—No es justo que gamberros como Jama sean llamados ciudadanos, mientras que tú...

—Gracias —cortó Bink, malhumorado, mientras se alejaba.

Estaba totalmente de acuerdo, pero ¿de qué servía comentarlo? Buscó que no

hubiera nadie emboscado con la intención de molestar a Justin mientras se hallaba sin protección, pero no vio a nadie. Se habían marchado de verdad.

Pensó de forma sombría en Jama, Zinc y Potipher..., los gamberros del pueblo. El talento de Jama era la manifestación de una espada, y eso fue lo que había cortado el tronco de Justin. Cualquiera que pudiera imaginar que aquello era gracioso...

Bink recordó una de sus propias experiencias amargas con ese grupo, no hacía mucho tiempo. Intoxicados con bayas alucinógenas, los tres habían esperado emboscados junto a uno de los senderos más allá del pueblo, buscando camorra. Bink y un amigo cayeron en la trampa, y se vieron obligados a retroceder contra la nube venenosa del talento mágico de Potipher, a la vez que Zinc producía agujeros ficticios junto a sus pies y Jama materializaba espadas voladoras para que las esquivaran. ¡Vaya deporte!

El amigo de Bink había utilizado su magia para escapar, haciendo que de una rama de madera surgiera un golem animado que ocupó su lugar. El golem era igual que él, de modo que así engañó a los bromistas. Por supuesto que Bink estaba al tanto de la diferencia, pero fingió que no era un engaño para proteger a su amigo. Desafortunadamente, y aunque el golem era inmune al gas venenoso, este no era el caso de Bink. Había inhalado un poco, y perdió el sentido en el momento en que llegaba ayuda. Su amigo había ido en busca de su madre y de su padre...

Bink retuvo el aliento cuando la nube venenosa le envolvió. Vio a su madre tirar del brazo de su padre, señalando en su dirección. El talento de Bianca era la repetición: podía saltar cinco segundos hacia atrás en el tiempo en un espacio pequeño. Era una magia limitada pero poderosa, ya que le permitía corregir un error que se acabara de cometer. Como la inhalación por parte de Bink del gas venenoso.

Entonces él soltó otra vez su aliento, y así la magia de Bianca quedó inutilizada. Ella podía repetir indefinidamente la escena, pero *todo* era repetido, incluida su respiración. Sin embargo, Roland le miró con ojos penetrantes..., y Bink quedó congelado.

El talento de Roland era la inmovilización por medio de los ojos: una mirada especial, y aquello en lo que se concentraba quedaba congelado en su sitio, vivo pero inmóvil hasta que era liberado. De este modo evitaron que Bink respirara el gas por segunda vez hasta que se llevaron su rígido cuerpo.

Mientras la parálisis desaparecía, se halló en los brazos de su madre.

—¡Oh, mi pequeño! —exclamó, acunando la cabeza de él en su regazo—. ¿Te hicieron daño?

Bink se detuvo bruscamente al lado del lecho de esponjas, su rostro ruborizándose incluso ahora ante el vivo embarazo del recuerdo. ¿Por qué tuvo que hacer eso? No había duda de que le había salvado de una muerte prematura..., pero le convirtió en el hazmerreír del pueblo durante un tiempo interminable. A cualquier lugar al que iba,

los niños exclamaban: «¡Oh, mi pequeño!», con voz chillona, y se burlaban de él. Había salvado su vida..., al precio de su orgullo. No obstante, sabía que no podía culpar a sus padres.

Había culpado a Jama, Zinc y Potipher. Bink no poseía magia, pero, quizá por ese motivo, era el joven más fornido del pueblo. Hasta donde llegaba su recuerdo había tenido que luchar. No tenía una buena coordinación, pero sí fuerza bruta. En privado había buscado a Jama y, de forma convincente, le demostró que el puño era más rápido que la espada mágica. Luego fue detrás de Zink y, finalmente, de Potipher; había arrojado a Potipher a su propia nube de gas, obligándole a disolverla de inmediato. Después de eso, ninguno de los tres se volvió a burlar de Bink; de hecho, le evitaban..., lo que explicaba por qué se habían dispersado cuando él se acercó al árbol. Juntos le podrían haber dominado; sin embargo, se hallaban bien condicionados por aquellos encuentros por separado.

Bink sonrió, su vergüenza reemplazada por un sombrío placer. Tal vez el modo en que manejó la situación había sido inmaduro, pero obtuvo un montón de placer en ello. En su interior, sabía que fue la irritación hacia su madre, transferida a gente como Jama, lo que le motivó..., pero no lo lamentaba. Después de todo, amaba a su madre.

Sin embargo, al final la única manera de redimirse habría sido encontrar su propio talento mágico, uno bueno y fuerte como el de su padre, Roland. Así nadie se atrevería a burlarse o a reírse de él, nunca más, y la vergüenza no le haría alejarse de Xanth. Pero eso nunca ocurrió. Era conocido despectivamente como «La Maravilla sin Talento».

Se detuvo para recoger varias esponjas buenas y resistentes. Esto mitigaría el dolor del Árbol Justin, ya que esa era su magia: absorbían la agonía e irradiaban un curativo confort. Un cierto número de plantas y animales —no estaba seguro de en qué categoría encajaban las esponjas— poseían las mismas propiedades. La ventaja de las esponjas era su movilidad; cuando las arrancabas no morían. Eran duras; habían emigrado del agua cuando lo hizo el coral, y ahora crecían en la tierra. Con toda probabilidad sus propiedades curativas mágicas se desarrollaron para facilitarles la vida en su nuevo entorno. O quizás antes de la migración, ya que el coral era cortante.

Los talentos tendían a ir juntos, coincidiendo los unos con los otros; ese era el motivo por el que bastantes variaciones de cada tipo de magia aparecían en los reinos vegetal y animal. No obstante, entre la gente, variaba en un espectro muy amplio. Se sospechaba que la personalidad individual tenía más que ver en el asunto que la herencia, aunque la magia más fuerte tendía a aparecer en particulares ramas familiares. Como si la fuerza de la magia fuera hereditaria, a la vez que el tipo era ambiental. Sin embargo, existían otros factores...

Bink podía meditar mucho en un solo momento. Si la reflexión fuera mágica, él sería un Mago. Era mejor que ahora se concentrara en lo que hacía, o de lo contrario se vería en problemas.

La negrura se intensificaba. Oscuras formas se alzaban en el bosque, flotando en el aire como si buscaran presas. Informes y sin ojos, se conducían a pesar de ello con una inquietante consciencia, enfilando hacia Bink..., al menos eso es lo que parecía. Había mucha magia sin explicar como para sentirse seguro. Un fuego fatuo atrajo la atención nerviosa de los ojos de Bink. Comenzó a seguir la luz vislumbrada a medias, pero se detuvo de inmediato. La tentación de la quimera le conduciría a su perdición. Le llevaría hacia el yermo solitario y allí estaría perdido, fácil blanco para la magia hostil de lo desconocido. Uno de los amigos de la infancia de Bink había seguido a la quimera y nunca regresó. ¡Eso le bastaba como advertencia!

La noche transformaba Xanth. Regiones como esta, seguras durante el día, se convertían en horrores a medida que el sol se hundía en el horizonte. Los espectros y las sombras salían en busca de sus horribles placeres y, en ocasiones, un zombie se liberaba de su tumba y deambulaba torpemente por los alrededores. Ninguna persona sensata dormía a la intemperie, y cada casa del pueblo poseía hechizos de repulsión contra lo sobrenatural. Bink no se atrevió a usar el atajo hacia el Árbol Justin; tendría que ir por el camino largo, siguiendo los senderos serpenteantes pero protegidos por la magia. Esto no se debía a la timidez, sino a la necesidad.

Realizó el trayecto de vuelta corriendo, no por miedo, ya que no había ningún peligro real en esta ruta hechizada, y él conocía demasiado bien los senderos como para perderse accidentalmente, sino con la intención de llegar hasta Justin de la forma más rápida. La carne de Justin era madera, pero dolía igual que la carne normal. ¿Cómo alguien podía ser tan desalmado como para cortar el Árbol Justin...?

Bink pasó al lado de un campo de avena marina y escuchó el agradable susurro de sus mareas oceánicas. Cuando se la recolectaba era un excelente caldo espumoso, aunque tendía a ser un poco salada. Los cuencos sólo se podían llenar a medias; de lo contrario, las perpetuas olas marinas del caldo se derramaban.

Recordó la avena silvestre que había plantado siendo un adolescente. La avena marina era nerviosa, pero su prima silvestre era hiperactiva. Lucharon contra él de forma frenética, con sus tallos azotándole las muñecas, cuando trató de arrancar una espiga madura. Lo consiguió, pero le produjeron bastantes cortes antes de que pudiera alejarse de la parcela.

Había plantado aquellas semillas silvestres en un lugar secreto detrás de su casa; las regó todos los días de forma natural. Protegió a los iracundos vástagos de cualquier daño mientras sus esperanzas crecían. ¡Vaya aventura para un adolescente! Hasta que su madre, Bianca, descubrió el lugar. Ay, había reconocido de inmediato la especie.

En el acto se desató una discusión familiar.

—¿Cómo te has atrevido? —preguntó Bianca con la cara roja.

Sin embargo, Roland tuvo que esforzarse para no mostrad una sonrisa admirativa.

—¡Plantar avena silvestre! —murmuró—. El muchacho está creciendo.

—Vamos, Roland, sabes que...

—Querida, no existe ningún peligro real.

—¡Ningún peligro! —exclamó ella, indignada.

—Es un deseo perfectamente natural para un joven... —Pero la expresión furiosa de su madre había detenido al padre de Bink, que no temía a nada en Xanth, pero que, usualmente, era un hombre pacífico. Roland suspiró y se volvió hacia Bink.

—Supongo que *sabes* lo que estabas haciendo, hijo, ¿verdad?

Bink se puso dolorosamente a la defensiva.

—Bueno..., sí. La ninfa de la avena...

—¡Bink! —restalló Bianca, en advertencia. Nunca antes la había visto tan enfadada.

Roland alzó las manos para imponer la paz.

—Querida..., ¿por qué no nos dejas solucionar esto de hombre a hombre? El muchacho tiene su derecho.

Y así Roland traicionó su propio prejuicio; cuando quiso mantener su charla de hombre a hombre con Bink, lo hizo con un *muchacho*.

Sin pronunciar otra palabra, Bianca salió de la casa.

Roland se volvió hacia Bink, sacudiendo la cabeza en un gesto que sólo nominalmente era negativo. Roland era un hombre poderoso y atractivo, y tenía una manera especial de realizar gestos.

—¿Avena silvestre genuina, arrancada del tallo aún sacudiéndose, plantada en luna llena, regada con tu propia orina? —inquirió con franqueza, y Bink asintió, su rostro un poco turbado—. ¿De forma que cuando la planta crezca, y la ninfa de la avena se manifieste, estará unida a ti..., el símbolo fertilizador?

Bink asintió sombríamente otra vez.

—Hijo, créeme, entiendo la atracción que sientes; yo mismo planté avena silvestre cuando tenía tu edad. También conseguí una ninfa, con una densa cabellera de color verde y un cuerpo como la gran naturaleza..., pero había olvidado el riego especial que necesitaba, de modo que me abandonó. Nunca vi algo tan adorable en mi vida..., excepto tu madre, claro.

¿Roland había plantado avena silvestre? Bink nunca hubiera imaginado algo así. Permaneció en silencio, temeroso de lo que se avecinaba.

—Cometí el error de confesarle lo de la avena a Bianca —prosiguió Roland—. Me temo que se ha vuelto un poco sensible al tema, y tú lo has pagado. Estas cosas ocurren.

De modo que su madre estaba celosa de algo que había ocurrido en la vida de su padre antes de casarse con ella. ¡Vaya complejidad de conceptos con los que había tropezado Bink de manera inadvertida!

El rostro de Roland se tornó serio.

—Para un hombre joven, sin experiencia, la noción de una ninfa preciosa, desnuda y cautiva, puede ser fenomenalmente tentadora —continuó—. Con todos los atributos físicos de una mujer de verdad y ninguno de los mentales. No obstante, hijo, solo es un sueño juvenil, como encontrarte un árbol de dulces. De verdad que la realidad no sería como tú la imaginaste. Uno pronto se harta y se cansa de los dulces inagotables, y lo mismo sucede con... con el cuerpo sin mente de una mujer. Un hombre no puede amar a una ninfa. Bien podría ser aire. El ardor pronto se convierte en aburrimiento y en desagrado.

Bink no se atrevía aún a hacer ningún comentario. Estaba seguro de que él no se habría aburrido.

Roland le entendió a la perfección.

—Hijo, lo que necesitas es una mujer de verdad —concluyó—. Una figura con una personalidad, que te responda cuando hables. Es un desafío mucho mayor desarrollar una relación con una mujer completa, y a menudo extremadamente frustrante, —miró significativamente a la puerta por la que Bianca se había marchado—. Pero a la larga es mucho más enriquecedor. Lo que tú buscaste con la avena silvestre fue un atajo..., pero en la vida no existen los atajos. —Sonrió—. Aunque, si hubiera dependido de mí, te habría dejado intentarlo. No existe la posibilidad de daño; ninguno. Pero tu madre..., bueno, en el pueblo hay una cultura conservadora, y las damas son las que más la practican..., especialmente las que son hermosas. Es un pueblo pequeño —más de lo que solía serlo—, de manera que todo el mundo está al tanto de los asuntos de su vecino. Así que estamos limitados. ¿Me comprendes?

Bink asintió, dubitativo. Sin embargo, cuando su padre expuso la sentencia, aunque de manera circunspecta, fue tajante.

—Se acabó la avena. Tu madre..., fue pillada por sorpresa ante tu crecimiento. La avena se acabó, con toda seguridad ella misma la está arrancando en este instante, pero todavía te aguarda mucha experiencia positiva en el camino. Quizá Bianca quiera verte siempre como un niño, pero ni siquiera ella puede frenar la naturaleza. ¡No por más de cinco segundos! Tendrá que aceptarlo.

Roland se detuvo, pero Bink continuó con su silencio, inseguro de a dónde quería llegar su padre.

—Pronto vendrá una muchacha de uno de los pueblos más pequeños —prosiguió Roland—. En teoría es para que reciba una educación adecuada, ya que tenemos al mejor maestra centauro de todo Xanth. Pero sospecho que la razón oculta es que no hay suficientes muchachos para elegir en su pueblo.

»Creo que aún no ha descubierto cuál es su talento mágico, y es aproximadamente de tu edad... —Se calló para mirar significativamente a Bink—. Me parece que no le vendrá mal un joven atractivo y sano que le muestre los alrededores y le advierta de los peligros locales. Tengo entendido que es muy inteligente y hermosa, y de hablar suave..., una combinación rara.

Entonces Bink comenzó a comprender. Una muchacha —una muchacha de verdad— para que él pudiera llegar a conocerla. Una que no tendría ningún prejuicio por su carencia de magia. Y Bianca no podría desaprobalo, aunque en su interior quizá no le gustara el despertar de los impulsos masculinos de Bink. Su padre le había proporcionado una opción viable. De repente, se dio cuenta de que podía pasarse sin la avena silvestre.

—Se llama Sabrina —le dijo Roland.

Una luz allá delante devolvió a Bink al presente. Había alguien al lado del Árbol Justin, sosteniendo una lámpara mágica.

—Estoy bien, Bink —le comunicó la voz de Justin desde el aire a su lado—. ¡Sabrina trajo ayuda, aunque no hacía falta! ¿Conseguiste la esponja?

—La tengo —afirmó Bink.

De modo que su pequeña aventura no había sido tal. Igual que mi vida. Mientras Sabrina le ayudaba a colocar la esponja alrededor de la herida de Justin, Bink comprendió que ya había tomado una decisión. No podía continuar de esta manera, como una no entidad; iría a ver al Buen Mago Humfrey y le descubriría cuál era su propio talento mágico.

Alzó la vista. Sus ojos encontraron los de Sabrina, que resplandecían a la luz de la lámpara. Ella sonrió. Ahora era mucho más adorable que cuando la vio por primera vez, hacía varios años, cuando los dos eran aún adolescentes; ella siempre le había sido fiel. No había duda: el padre de Bink tuvo razón acerca de las ventajas —y frustraciones— de una muchacha auténtica. Ahora dependía de Bink el que hiciera lo que debía..., para convertirse en un hombre de verdad.

2

Centauro

Bink emprendió la marcha a pie, con una mochila llena, un cuchillo de caza y un bastón cortado en casa. Su madre había insistido en que les dejara contratarle a un guía, pero Bink tuvo que negarse; el «guía», en realidad, sería un guardia con el propósito de cuidarle. ¿Cómo podría llegar a superar eso? Sin embargo, el yermo que había más allá del pueblo era peligroso para el viajero desprevenido; poca gente lo recorría y había algo de verdad que hubiera estado mejor ir con un guía.

Podría haber utilizado como medio de transporte un corcel grifo, pero habría sido caro y, a su manera, arriesgado. Los grifos, a menudo, eran criaturas hoscas. Prefería andar su camino sobre el suelo seguro, aunque sólo fuera para demostrar que podía hacerlo, a pesar de los jóvenes del pueblo que se burlaban de él. Jama, de momento, no podía reírse mucho: se encontraba bajo el hechizo de la humillación al que le habían sometido los Ancianos del pueblo por su ataque al Árbol Justin, no obstante, había otros que se mofaban.

Por lo menos, Roland lo había comprendido.

—Algún día descubrirás que la opinión de la gente no tiene importancia —le había murmurado a Bink—. Debes hacerlo a tu propia manera. Lo entiendo, y te deseo lo mejor..., en tu camino.

Bink tenía un mapa, y conocía qué sendero conducía al castillo del Buen Mago Humfrey. Mejor dicho, qué sendero *había* conducido hasta allí; la verdad es que Humfrey era un mago irritable que prefería la soledad en el yermo. Periódicamente cambiaba el emplazamiento de su castillo o transformaba los caminos que llegaban hasta él por medio de actos mágicos, de manera que nadie jamás podía tener la certeza de encontrarlo. Sin importarle eso, Bink tenía la determinación de rastrear al Mago hasta su guarida.

La primera legua del trayecto le era familiar. Había pasado toda su vida en el Poblado del Norte y explorado la mayor parte de los caminos que lo rodeaban. Apenas quedaba alguna fauna o flora peligrosa en la vecindad más próxima, y aquellas que conformaban una amenaza potencial eran bien conocidas.

Se detuvo a beber en un pozo de agua cerca de un enorme cacto de agujas. A medida que se aproximaba, la planta osciló dispuesta a lanzarle sus dardos.

—Detente, amiga —ordenó Bink en tono autoritario—. Vengo del Poblado del Norte.

El cacto, frenado por la fórmula pacificadora, contuvo su mortal munición. La palabra clave era «amigo»; estaba claro que la cosa no era una amiga, pero tenía que obedecer la magia engarzada en ella. Ningún extraño estaría al tanto de esto, de modo que el cacto era un guardián efectivo contra los intrusos. Ignoraba a los animales por

debajo de un cierto tamaño. Como la mayoría de las criaturas, tarde o temprano, necesitaban agua se trataba de un compromiso conveniente. En ocasiones, algunas zonas habían sido assoladas por grifos salvajes y otras bestias de gran tamaño, pero nunca el Poblado del Norte. Una sola experiencia con el iracundo lanzador de agujas era una lección suficiente para el animal con la suerte suficiente para sobrevivir a su cólera.

Otra hora de marcha rápida le llevó hasta un territorio menos familiar y, por definición, menos seguro. ¿Qué usaba la gente de esta zona para guardar sus pozos de agua? ¿Unicornios entrenados para empalar a los extraños? Bueno, pronto lo averiguaría.

Las onduladas colinas y los pequeños lagos cambiaron a un terreno más árido, donde aparecieron plantas desconocidas. Algunas poseían altas antenas que giraban en su dirección desde lejos; otras emitían melodías sutilmente atractivas, pero que tenían ramas con pinzas poderosas. Bink las rodeó a una distancia segura, sin correr ningún riesgo innecesario. Una vez creyó vislumbrar a un animal del tamaño de un hombre, aunque con ocho patas de arácnido. Continuó su camino rápida y silenciosamente.

Vio varios pájaros, pero no le preocuparon. Ya que podían volar, no les hacía falta una magia defensiva contra el hombre, de modo que no tenía motivos para tomar precauciones con ellos..., a menos que viera a alguno grande, que podría considerarle como una buena presa. En una ocasión distinguió la monstruosa forma de un roc en la distancia, y se agachó de inmediato para evitar que le vislumbrara. Siempre que las aves fueran pequeñas, en realidad, le gustaba su compañía, ya que los insectos y las chinches a veces resultaban agresivos.

De hecho, una nube de mosquitos se formó alrededor de su figura, proyectando un hechizo masivo de sudor que hizo que le sintiera, incluso, más incómodo. Parecía que los insectos tenían habilidad para discernir a aquellas víctimas que no tenían magia capaz de enfrentarles. Quizás utilizaran el método de la eliminación y se conformaran con lo que así obtenían. Bink buscó con los ojos algunas hierbas repelentes de insectos, pero no encontró ninguna. Las hierbas nunca se encontraban cuando uno las necesitaba. A medida que el sudor resbalaba por su frente, sus ojos y su boca, fue poniéndose de malhumor. Entonces descendieron dos chupa-savia y succionaron a los mosquitos, brindándole algún alivio. ¡Sí, le encantaban los pájaros pequeños!

Recorrió unos cinco kilómetros en tres horas antes de comenzar a cansarse. Normalmente su condición física era buena, sin embargo, no estaba acostumbrado a marchas largas con una mochila a la espalda. A menudo sentía un pinchazo en el tobillo que se había torcido en la Roca de Observación. No había sido una torcedura seria, pero sí lo suficiente como para que andará con cuidado.

Se sentó a descansar sobre un montículo, aunque primero se cercioró de que no tuviera ningún hormiguero; aunque sí había un cacto de agujas. Se acercó con cuidado, con la duda de no saber si el alcance del hechizo lo había domesticado. Dijo «amigo» y, para asegurarse, derramó algunas gotas de agua de su cantimplora sobre sus raíces para que las probara. A menudo incluso las cosas silvestres respondían bien a la cortesía y el respeto elementales.

Desenvolvió la comida que su madre le había preparado con tanto cuidado. Tenía comida para dos días..., la suficiente para que le durara, en circunstancias normales, hasta llegar al castillo del mago. ¡No es que las cosas en Xanth fueran normales! Esperaba que le cundiera más si podía pasar una noche en la casa de algún granjero amistoso. Iba a necesitar comida para el viaje de regreso y, de todas formas, no le hacía gracia la idea de dormir a la intemperie. La noche daba salida a cierta magia especial, y podía resultar desagradable. No le atraía la idea de verse enzarzado en una discusión con algún ogro o necrófago, ya que la esencia de la charla, con toda seguridad sería la forma adecuada de disponer de sus huesos humanos: si debían consumirse de inmediato, mientras la médula estuviera fresca y sabrosa, o debían ser aplastados una vez madurados durante una semana después de su muerte. Distintos predadores tenían distintos gustos.

Le dio un mordisco al primer bocadillo. Algo crujió, asustándole, pero no se trataba de un hueso, sino de un tallo aromático. Bianca sí que sabía cómo hacer un bocadillo. Roland siempre le gastaba bromas al respecto, asegurando que ella había aprendido el arte en los cinco segundos que mediaban entre rebanada y rebanada de pan. No obstante, aquello no era gracioso para Bink, ya que significaba que todavía dependía de ella..., por lo menos hasta que acabara lo que le había preparado y tuviera que buscar provisiones por sus propios medios.

Cayó una miga..., y desapareció. Bink miró a su alrededor y espizó a un ratón ocupado en masticar. Había llamado el trozo de pan desde una distancia de dos metros, evitando así el peligro de la proximidad. Bink sonrió.

—No te haría daño, ratón.

Entonces escuchó un ruido: el resonar de cascos. Se trataba de algún animal grande que cargaba o de un hombre montado que se acercaba. Cualquiera de las dos opciones podía significar problemas. Bink se metió un trozo de queso de vaca alada en la boca, imaginando una breve escena en la que la vaca se elevaba hasta la copa de los árboles para pastar una vez se la había ordeñado. Cerró la mochila y se la colocó a la espalda. Cogió con las dos manos el largo bastón. Quizá tuviera que luchar o correr.

La criatura apareció a la vista. Se trataba de un centauro, el cuerpo de un caballo con el torso de un hombre. Estaba desnudo, al estilo de su especie, con flancos musculosos, anchas espaldas y semblante intratable.

Bink sostuvo el bastón ante sí, dispuesto a la defensa pero en una postura no agresiva. No tenía mucha confianza en su capacidad para vencer a la enorme criatura, y ninguna esperanza de escapar corriendo. Quizás el centauro no fuera belicoso, pese a las apariencias..., o tal vez desconocía que Bink no tenía ninguna magia.

El centauro se detuvo cerca. Tenía su arco preparado para disparar. Realmente tenía un aspecto formidable. Bink había adquirido en la escuela un respeto enorme hacia los centauros. Sin embargo, este no era un anciano sabio, sino un joven de aspecto bravo.

—Estás en terreno prohibido —expuso el centauro—. ¡Regresa!

—Aguarda un momento —repuso Bink de modo razonable—. Soy un viajero y sigo una ruta establecida. Este es un camino público.

—Regresa —repitió el centauro, moviendo el arco de modo amenazador.

Normalmente, Bink era un joven de naturaleza apacible, aunque tenía una veta irascible que se manifestaba en momentos de tensión. Este viaje era vitalmente importante para él. Seguía un sendero público, y ya estaba harto de tener que ceder ante la amenaza de la magia. El centauro era una criatura mágica cuya existencia sólo se reducía a Xanth, y no al resto de Mundania. De este modo, el agravio que Bink sentía hacia la magia despertó otra vez, lo que le impulsó a realizar una tontería.

—¡Ve a que te mojen el rabo! —exclamó con furia.

El centauro parpadeó. Ahora parecía incluso más voluminoso, sus espaldas más anchas, su pecho más profundo, y su cuerpo equino más dinámico que antes. Era obvio que no estaba acostumbrado a semejante lenguaje, al menos no dirigido a él y la experiencia le sorprendió. No obstante, transcurrido un momento, realizó los ajustes emocionales y mentales necesarios, que se manifestaron en una terrible contracción de sus enormes labios. Un rubor de un rojo intenso, que era casi de color púrpura, ascendió de sus peludas extremidades de caballo hasta el estómago desnudo y su pecho lleno de cicatrices, acelerándose e intensificándose a medida que llegaba hasta la parte trecha del cuello, para acabar de forma explosiva en la cabeza y en el feo rostro. Cuando esa inexorable marea roja inundó sus orejas y penetró en su cerebro, el centauro actuó. Su arco se tensó y tiró hacia atrás de la flecha. Su punta se centró en Bink y salió disparada.

Por supuesto, Bink ya no se encontraba allí. Había podido captar las señales necesarias de la tormenta. Al moverse arco, se arrojó al suelo. Luego se incorporó, justo debajo de la nariz del centauro, y lanzó con dureza su bastón en un movimiento circular. Le dio a la criatura un buen golpe en el hombro, aunque no le hizo ningún daño real. Sin embargo, debió dolerle.

El centauro emitió un rugido de furia pasional. Lanzó un golpe con el arco en la mano izquierda, mientras con la derecha buscaba en el carcaj que colgaba de su hombro equino. Pero ahora el bastón de Bink estaba enredado en su arco.

La criatura tiró del arco hacia abajo. Ese movimiento arrancó el bastón de las manos de Bink. El centauro formó un enorme puño. Bink se arrastró hacia su parte posterior a medida que el puño buscaba en su dirección. Pero la retaguardia del centauro no era más segura que la parte frontal; una patada partió lanzada con violencia. Sólo por pura suerte no le dio a Bink, y fue a parar contra el tronco del cacto de agujas.

El cacto respondió con una andanada de agujas volantes. En el momento en que el casco golpeaba, Bink se arrojó boca abajo al suelo. Las agujas volaron por encima de él y se clavaron en la atractiva retaguardia del centauro. Una vez más, Bink había tenido suerte; de milagro se hallaba intacto del casco y de las agujas.

El centauro relinchó con una sonoridad realmente sorprendente. Esas agujas sí que le hicieron *daño*; cada una tenía cinco centímetros de largo y estaban llenas de púas..., un centenar decoraba ahora la brillante piel, festoneando toda la superficie desde la cola. Si la criatura se hubiera encontrado de cara al cacto, hubiera podido quedar ciega, o incluso haber muerto, a medida que las puntas se clavaban en su rostro y en su cuello. También él había tenido suerte, aunque en este momento apenas parecía reconocer su buena fortuna.

Ahora ya no había límites para la ira del centauro. Una profunda contorsión de pura furia recorrió su rostro. Se encabritó, sus cuartos traseros se elevaron y cayeron en un arco, situando su parte delantera junto al lugar donde se encontraba Bink. Dos brazos poderosos se extendieron y dos callosas manos se cerraron alrededor del cuello relativamente frágil de Bink. Se fueron cerrando con lentitud, con una deliberación viciosa. Bink, alzado del suelo hasta que sus pies colgaron en el aire, se sintió desvalido. Supo que iba a morir estrangulado; ni siquiera podía rogar piedad, ya que su aliento y la mayor parte de su garganta estaban bloqueados.

—¡Chester! —gritó una voz femenina. El centauro se puso rígido. Esto no ayudó a Bink—. ¡Chester, baja de inmediato a ese hombre! —ordenó la voz—. ¿Deseas un incidente entre diferentes especies?

—Pero, Cherie —protestó Chester, mientras el color en su piel disminuía un poco—, es un intruso, y me provocó.

—Se encuentra en el camino del Rey —repuso Cherie—. Los viajeros son inmunes a las provocaciones, ya lo sabes. ¡Y suéltalo!

La dama centauro no parecía encontrarse en posición de hacer valer su orden; no obstante, Chester respondió con lentitud a su autoridad.

—¿No puedo retorcerlo un poco? —rogó, apretando levemente.

Los ojos de Bink casi se salieron de sus órbitas.

—Si lo haces, nunca más galoparé contigo. ¡Abajo!

—Ooohhh... —A desgana, Chester relajó su apretón. Bink se deslizó al suelo y se dobló sobre sí mismo. ¡Qué locura había sido al meterse con este bruto!

El centauro hembra le sujetó cuando estaba a punto de caer.

—¡Pobrecillo! —exclamó, apoyando la cabeza de él sobre una suave almohada—. ¿Te encuentras bien? Bink abrió la boca, no pudo hablar y lo intentó de nuevo. Sentía como si su aplastado cuello jamás volvería a estar libre.

—Sí —graznó.

—¿Quién eres? ¿Qué le ocurrió a tu mano? ¿Chester te...?

—No —se apresuró a responder Bink—. No me quitó el dedo de un mordisco. Es una herida de infancia. Mira, hace tiempo que se halla curada.

Ella la inspeccionó con cuidado mientras pasaba sus dedos sorprendentemente delicados por el muñón.

—Sí, ya lo veo. No obstante...

—Soy..., soy Bink, del Poblado del Norte —dijo él. Volvió la cabeza para mirarla..., y descubrió la naturaleza de la almohada sobre la que descansaba su cabeza. ¡Oh, no, otra vez no!, pensó. *¿Siempre me cuidarán las mujeres como si fuera un chiquillo?* Las mujeres centauro eran más pequeñas que los hombres centauro, pero, pese a ello, todavía eran más grandes que los seres humanos. Sus partes humanoides eran algo más poderosas. Apartó la cabeza de su pecho. Ya era incómodo que su madre le protegiera como a un niño, pero aún era peor que lo hiciera un centauro hembra—. Me dirijo hacia el sur para ver al Mago Humfrey.

Cherie asintió. Era una criatura hermosa, ya se la viera como caballo o como humana; tenía unos flancos sedosos y un torso notablemente humano. Su rostro era atractivo, con una nariz apenas más larga, al estilo equino. Su femenino cabello marrón caía hasta la zona de la montura, equilibrando su ondulante cola.

—¿Y este asno te atacó?

—Bueno... —Bink miró a Chester, y de nuevo notó los músculos en movimiento debajo de aquel mortífero ceño. ¿Qué ocurriría cuando se marchara la yegua?—. Fue..., fue un malentendido.

—Apostaría cualquier cosa que sí —dijo Cherie.

Sin embargo, Chester se relajó un poco. Estaba claro que no deseaba vérselas con su amiga. Bink podía entenderlo. Si Cherie no era la más hermosa y valiente de los centauros de la manada, le andaba cerca.

—Será mejor que emprenda de nuevo la marcha —comenta Bink. Podía haber hecho esto desde el comienzo, dejando que Chester le desviara de su camino hacia el sur. Él tenía tanta culpa por el altercado como el centauro—. Lamento los problemas.

Le extendió la mano a Chester.

Chester mostró los dientes, más parecidos a una dentadura de caballo que a una humana. Enseñó un puño enorme.

—¡Chester! —centelleó Cherie. Luego, cuando el puño del centauro se relajó, culpable, añadió—: ¿Qué le sucedió a tu grupa?

La complexión del macho se oscureció de nuevo, aunque esta vez no con furia. Con un movimiento de sus patas traseras ocultó su dañada parte posterior a la escrutadora mirada de la hembra. Bink casi había olvidado lo de las agujas. Aún debían dolerle..., y le dolerían todavía más cuando se las sacaran ¡Vaya dolor de cola tendría! Un lugar de lo más inoportuno para discutir delante de compañía. Casi sintió simpatía por la ceñuda criatura.

Chester reprimió sus emociones contradictorias y, con gesto lento, estrechó la mano de Bink.

—Espero que todo se solucione al final —expresó Bink con una sonrisa más amplia de lo que esperaba. De hecho, temió que pareciera una mueca burlona. Y, de repente supo que no tendría que haber elegido esas palabras en este momento en particular, ni esa expresión en esta ocasión.

Chester el centauro entendió su alusión. Un toque homicida enrojeció sus ojos.

—Esta bien —balbuceó entre dientes apretados. Su mano volvió a apretar..., pero sus ojos aún no estaban tan inyectados en sangre como para no ver la mirada de la yegua. Los dedos se relajaron a regañadientes.

Otra vez estuve cerca, pensó Bink, que sabía que le podría haber aplastado sus huesos de humano con ese apretón.

—Te llevaré un trecho —decidió Cherie—. Chester, ponlo en mi grupa.

Chester colocó sus manos debajo de los codos de Bink y lo levantó como una pluma. Durante un momento, Bink temió que lo lanzara a cien metros de distancia..., pero los hermosos ojos de Cherie todavía le miraban, de modo que lo depositó suavemente en la espalda de la dama.

—¿Ese bastón es tuyo? —inquirió ella, mirando el bastón que se hallaba enredado con el arco.

Y Chester, sin que se lo ordenaran, levantó el báculo y se lo dio a Bink, que se lo metió diagonalmente entre su mochila y espalda para un cómodo transporte.

—Pásame los brazos alrededor de la cintura, así no te caerás cuando me ponga en marcha —dijo Cherie.

Un buen consejo. Bink carecía de experiencia en montar, y no había ninguna silla. Quedaban en Xanth muy pocos caballa puros. Los unicornios eran muy susceptibles a que alguien se les subiera encima, y era casi imposible coger o domar los caballos alados. Una vez, cuando Bink era niño, un caballo alado había sido quemado por un dragón, razón por la cual perdió las plumas de sus alas, lo que le obligó a prostituirse hasta el extremo de ofrecerles a los pueblerinos pequeñas cabalgatas a cambio de comida y protección. Cuando se recuperó, voló lejos. Esa había sido la única experiencia ecuestre anterior de Bink.

Se inclinó hacia delante. El bastón le molestaba, puesto que le impedía doblar la espalda lo suficiente. Alargó el brazo hacia atrás para extraerlo..., y se le cayó de las

manos al sacarlo. Se escuchó un bufido por parte de Chester, que sonó sospechosamente como una burla. Sin embargo, el centauro lo recogió y se lo tendió. Esta vez Bink lo colocó debajo de su brazo, se inclinó de nuevo hacia delante y abrazó la esbelta cintura de Cherie, sin prestarle atención a la renovada ira de Chester. Algunas cosas valían que uno se arriesgara..., tales como largarse de ahí aprisa.

—Tú ve al médico y haz que te saquen las espinas de la... —comenzó Cherie, hablando por encima del hombro en dirección al macho.

—¡Ahora mismo! —cortó Chester. Aguardó a que ella emprendiera la marcha y luego trotó con pasos un poco raros volviendo por la dirección por la que había venido. Con toda probabilidad, cada movimiento le inflamaba más los cuartos traseros.

Cherie trotó sendero abajo.

—En el fondo, Chester es una criatura buena —explicó en tono de disculpa—. Aunque a veces tiende a ser un poco arrogante y su cola se vuelve un lío cuando le hacen frente. Hace poco hemos tenido problemas con forajidos, y...

—¿Forajidos humanos? —inquirió Bink.

—Sí. Muchachos del norte que realizan magia dañina, envenenan con gas nuestro ganado, disparan espadas a los árboles, hacen aparecer fosos peligrosos debajo de nuestras patas, esa clase de cosas. De modo que Chester dedujo que...

—Conozco a los culpables —interrumpió Bink—. Yo mismo tuve un enfrentamiento con ellos. Han sido castigados. Si hubiera sabido que venían por aquí...

—Parece que hay poca disciplina en nuestras tierras estos días —dijo ella—. Según la Alianza, se supone que vuestro Rey ha de mantener el orden. No obstante, recientemente...

—Nuestro Rey se hace viejo —explicó Bink—. ¡Está perdiendo su poder, al tiempo que surgen un montón de problemas! Solía ser un Mago importante, un hacedor de tormentas.

—Lo sabemos —admitió ella—. Cuando las moscas del fuego infestaron nuestros campos de avena, él generó una tormenta que duró cinco días, ahogándolas a todas. Claro está que también arruinó nuestra cosecha..., aunque las moscas ya lo estaban haciendo. ¡Cada día surgían fuegos nuevos! Por lo menos, pudimos plantar de nuevo sin que se produjeran más incidentes. No olvidamos la ayuda que nos prestó. De forma que no deseamos quejarnos..., aunque no sé cuanto tiempo más van a aguantar los sementales como Chester estas molestias. Esa es la razón por la que deseaba hablar contigo; tal vez, cuando vayas a casa, podrías hacer que el Rey le prestara atención a esto...

—No creo que funcionara. Estoy seguro de que el Rey desea mantener el orden; lo que sucede es que ya no posee poder.

—Entonces, quizá ya sea hora de que haya un nuevo Rey.

—Se está volviendo senil. Eso significa que no tiene el sentido común de abdicar y admitir que existe algún problema.

—Si, ¡pero los problemas no desaparecen si se los ignora! —soltó un delicado y femenino bufido—. Algo ha de hacerse.

—Quizá pueda recibir algún consejo del Mago Humfrey —dijo Bink—. Derrocar a un Rey es un asunto serio; no creo que los Ancianos lo apoyen. En la flor de su vida, realizó un buen trabajo. Y, en realidad, no hay nadie para ocupar su lugar. Ya sabes que sólo un gran Mago puede ser Rey.

—Sí, por supuesto. Los centauros somos todos eruditos.

—Lo siento, lo olvidé. La escuela de nuestro pueblo estaba dirigida por un centauro. Aquí en el yermo, no pensé en eso.

—Es comprensible..., aunque yo llamo a esto la cordillera, no yermo. Mi especialidad es la historia humanoide, y Chester estudia las aplicaciones de la potencia equina. Otros son especialistas legales, expertos en ciencias naturales, filósofos... —Se interrumpió—. Agárrate. Hay una zanja delante. Tendré que dar un salto.

Bink se había estado relajando, pero ahora se inclinó otra vez y rodeó con fuerza su cintura. Ella tenía una lustrosa y sólida espalda, pero era muy fácil resbalar y caer. Sin embargo si no fuera un centauro, ¡jamás se habría atrevido a adoptar tan humillante postura!

Cherie cogió velocidad al descender por la colina y el movimiento hizo que él botara de modo alarmante. Espiando por debajo del brazo de ella, vio la zanja. ¿Zanja? Lo que se les venía encima era un abismo de tres metros de ancho. Ahora estaba algo más que alarmado; estaba asustado. Sus manos empezaron a sudar, y comenzó a deslizarse por un costado. Entonces, ella saltó con un poderoso y único espasmo de sus cuartos traseros, volando por el aire y atravesando el vacío.

Bink siguió resbalando. Vislumbró el rocoso fondo de la zanja, y en ese momento se posaron en el otro lado. El impacto hizo que resbalara aún más. Sus brazos manotearon a la desesperada en busca de un asidero más firme..., y llegaron a un territorio decididamente extraño. Sin embargo, si se soltaba caería.

Cherie lo cogió por la cintura y lo depositó en el suelo.

—Tranquilo —comentó—. Lo hemos conseguido.

Bink se ruborizó.

—Lo... lo siento. Empecé a caer y me agarré a...

—Lo sé. Sentí como tu peso se alteraba cuando salté. Si lo hubieras hecho adrede, te habría lanzado dentro de la zanja.

En ese instante tuvo un desagradable parecido con Chester. La creía: podía lanzar a un hombre a una zanja si tenía motivos para ello. ¡Los centauros eran criaturas

duras!

—Tal vez sea mejor que siga andando.

—No..., hay otra zanja. Han surgido en los últimos tiempos.

—Bueno, con cuidado, puedo descender por un lado y subir por el otro. Me llevará más tiempo, pero...

—No..., hay niquelpiés en el fondo.

Bink se asustó. Los niquelpiés eran como los ciempiés, pero de un tamaño cinco veces mayor y considerablemente más mortíferos. Su miriada de patas podían pegarse a las paredes rocosas verticales y sus pinzas arrancar discos de carne de tres centímetros de diámetro. Habitaban en hendiduras oscuras, ya que les desagradaba la luz directa del sol. Incluso los dragones, con buen motivo, vacilaban en recorrer los fosos infestados por ellos.

—Las grietas se han abierto en los últimos tiempos —prosiguió Cherie, mientras se arrodillaba para dejar que Bink montara otra vez. Bink recogió el bastón caído y se ayudó con él para subir—. Me temo que en alguna parte está involucrada una magia fuerte que se extiende por todo Xanth y produce discordia entre los animales, los vegetales y los minerales. Te llevaré hasta la siguiente zanja; el resto se halla más allá del territorio de los centauros.

No se le había ocurrido a él que existirían semejantes barreras. No aparecían en su mapa. Se suponía que el sendero estaban limpio en toda su extensión y sería razonablemente seguro. Sin embargo, el mapa se confeccionó años atrás, y, según Cherie, estas grietas en el suelo eran nuevas. Nada en Xanth era permanente, y los viajes siempre tenían su riesgo. Era afortunado por contar con la ayuda de la centauro.

El paisaje cambió, como si la zanja separara un tipo de lugar de otro. Antes habían sido colinas onduladas y campos; ahora era un bosque. El sendero se estrechó, rodeado por enormes falsos pinos, y el suelo del bosque era una moqueta de color rojo amarronado formada por falsas agujas. Aquí y allá se veían algunos helechos de un verde claro, que parecían brotar allá donde las hierbas no podían, y zonas de un moho verde oscuro. Entre ellos se filtraba un viento frío, agitando el cabello y la crin de Cherie, haciendo que algunos mechones azotaran suavemente a Bink. Había tranquilidad en este sitio, y flotaba un agradable olor a pino. Sintió deseos de desmontar y hacerse en un lecho de moho para gozar de aquel apacible lugar.

—No lo hagas —le advirtió Cherie.

Bink se sobresaltó.

—¡No sabía que los centauros practicaran la magia!

—¿Magia? —inquirió ella, y él supo que tenía el ceño fruncido.

—Leíste mi mente.

Ella se rio.

—En absoluto. No realizamos magia. Pero sí conocemos el efecto que ejercen estos bosques sobre los humanos. Se debe al hechizo de paz que irradian los árboles con el fin de que no los talen.

—No hay nada malo en ello —replicó Bink—. De todas formas, no iba a cortar ninguno.

—No confían en vuestras buenas intenciones. Te lo mostraré.

Se apartó con cuidado del sendero, dejando que sus cascos se hundieran en el suave suelo de agujas de pino. Se abrió camino entre varias píceas con hojas como dagas, pasó al lado de una palmera serpiente, que ni siquiera se molestó en sisear hacia su presencia, y se detuvo al lado de un sauce ahorcador. No demasiado cerca; todo el mundo sabía que no era conveniente.

—Allí —murmuró.

Bink miró hacia donde señalaba su mano. En el suelo yacía un esqueleto humano.

—¿Asesinato? —preguntó él con un escalofrío.

—No, simplemente sueño. Vino hasta aquí para descansar, tal como tú querías hacer un momento atrás, y nunca tuvo el sentido común de marcharse. La paz total es algo insidioso.

—Sí... —Respiró profundo.

Ninguna violencia, ninguna angustia..., sólo la pérdida de iniciativa. ¿Por qué molestarse en trabajar y comer cuando en mucho más fácil relajarse? Si una persona deseaba suicidarse esta sería la forma ideal de hacerlo. No obstante, él tenía motivos para vivir..., de momento.

—Eso es parte de que me guste Chester —dijo Cherie—. Él nunca sucumbiría ante algo así.

Esto era una realidad. No había paz en Chester. Cherie misma jamás caería, pensó Bink, aunque era bastante más delicada. Bink, a pesar de la visión del esqueleto, sintió la lasitud, pero era evidente que ella podía resistir el hechizo. Quizá la biología de los centauros era lo suficiente distinta..., o tal vez ella poseía en su alma un toque de salvajismo que su forma angelical y sus agradables palabras enmascaraban. Posiblemente, un poco de ambas cosas.

—Marchémonos de aquí.

Ella se rio.

—No te preocupes. Haré que lo atraveses a salvo. Pero no vuelvas por este camino solo. Viaja con un enemigo, si encuentras alguno; es mucho mejor.

—¿Mejor que un amigo?

—Los amigos son relajantes —explicó ella.

Oh. Tenía sentido. Nunca se relajaría debajo de un pino si estuviera acompañado de alguien como Jama; tendría demasiado miedo de que una espada le atravesara el estómago. Que irónica necesidad: ¡localizar a un enemigo para que te acompañara a

través de un tranquilo bosque!

—La magia produce extraños compañeros —murmuró.

El hechizo de paz también explicaba la poca magia existente aquí. Las plantas no necesitaban hechizos defensivos individuales; nadie las atacaría. Incluso el árbol ahorcador había parecido tranquilo, aunque estaba seguro de que intentaría un lance si tuviera la oportunidad, ya que ese era el modo en que se alimentaba. Era interesante cómo la magia desaparecía cuando disminuía el imperativo inmediato de la supervivencia. No... ¡había magia, y era una magia poderosa; se trataba de la magia conjunta de todo un bosque, a la que cada planta contribuía con su propia habilidad! Si alguien pudiera descubrir un modo de anular el hechizo sobre su persona, quizá con un contraencantamiento, podría vivir aquí con absoluta seguridad. Valía la pena recordarlo.

Regresaron hasta el sendero y prosiguieron el viaje. Bink estuvo a punto por dos veces de quedarse dormido y caerse, y en cada oportunidad se despertó con un sobresalto. Nunca habría salido de este lugar solo. Le agradó ver que el pinar se quedaba atrás, cambiando a un bosque de árboles secos. Se sentía más alerta, más violento, y eso era bueno. Madera más dura, sentimientos más duros.

—Me pregunto quién sería —musitó Bink.

—Oh, yo lo sé —respondió Cherie—. Era uno de la Última Oleada, que se perdió, vagó hasta aquí y decidió tomarse un descanso. ¡Eterno!

—¡Pero los de la Última Oleada eran salvajes! —exclamó Bink—. Asesinaban de forma indiscriminada.

—Todas las Oleadas, cuando vinieron, eran salvajes, con una excepción —dijo ella—. Nosotros, los centauros, lo sabemos, estábamos aquí antes de la Primera Oleada. Tuvimos que luchar con todos vosotros..., hasta que se estableció la Alianza. No teníais magia, pero sí armas y ejércitos en cantidad, y una gran malicia. Muchos de los nuestros murieron.

—Mis antepasados pertenecieron a la Primera Oleada —comentó Bink con cierto orgullo—. Siempre tuvimos magia y jamás luchamos con los centauros.

—No te pongas agresivo, humano, sólo porque te saqué de los pinos de paz —le advirtió ella—. Tú no posees nuestro conocimiento acerca de la historia.

Bink comprendió que lo mejor sería que moderara su tono si deseaba continuar con la cabalgata. Y sí que lo deseaba; Cherie era una grata compañía y estaba claro que conocía toda la magia local, lo cual le permitía evitar todas las amenazas. Y, por último, aunque lo más importante, le brindaba a sus cansadas piernas un buen reposo, a la vez que le adelantaba en su viaje de forma veloz. Ya le había transportado quince kilómetros mientras él meditaba esto.

—Lo siento. Fue una cuestión de orgullo de familia.

—Bueno, eso no es malo —repuso ella, apaciguada.

Avanzó con suavidad por un puente de madera que colgaba sobre un burbujeante arroyo.

De repente, Bink tuvo sed.

—¿Podemos detenernos para beber un poco? —preguntó.

Ella bufó de nuevo, un sonido muy equino.

—¡Aquí no! Cualquiera que beba de esa agua se convierte en pez.

—¿En pez? —Súbitamente, Bink se sintió doblemente complacido de tener esa guía. Seguro que, de lo contrario, habría saciado su sed. A no ser que sólo se lo estuviera diciendo para burlarse de él, o que tratara de ahuyentarlo de esta zona—. ¿Por qué?

—El río trata de rellenar sus existencias. Fue vaciado por Trent, el Mago Maligno, hace veintiún años.

Bink seguía un poco escéptico acerca de la magia inanimada, en especial una de esa fuerza. ¿Cómo podía desear algo un río? Sin embargo, recordó cómo la Roca de Observación se había salvado a sí misma de ser partida. Lo mejor era ir a lo seguro y pensar que algunas características del paisaje podían proyectar hechizos.

Mientras tanto, la referencia a Trent llamó su atención.

—¿El Mago Maligno estuvo aquí? Creí que se trataba de un fenómeno de nuestro pueblo.

—Trent estuvo en todas partes —comentó ella—. Quería que nosotros, los centauros, le apoyáramos, y cuando nos negamos, ya sabes, debido a la Alianza, no interferir en los asuntos humanos, nos mostró su poder transformando cada pez del río en un insecto relampagueante. Después se marchó. Supongo que creyó que la visión de esos insectos nos haría cambiar de parecer.

—¿Por qué no cambió a los peces en un ejército humano para intentar conquistarlos?

—No habría servido de nada, Bink. Quizá tuvieran cuerpos de hombres, pero sus mentes hubieran seguido siendo de peces. Habrían sido unos soldados muy flojos, y, aunque fueran buenos, no creo que sirvieran bajo las órdenes del hombre que los colocó bajo ese encantamiento. Hubieran atacado a Trent.

—Mmm, sí. No pensé en ello.

—De modo que los transformó en insectos relampagueantes y se fue bien lejos para que no le lanzaran descargas a él.

—Así que atacaron lo más próximo que tenían.

—Sí. Fue una mala época para nosotros. ¡Oh, esos insectos sí que fueron un problema! Se nos venían encima en nubes enormes, y nos quemaban con sus pequeñas descargas relampagueantes. Todavía tengo cicatrices en mi... —Se detuvo y sonrió con una mueca—. En mi cola.

Obviamente, se trataba de un eufemismo.

—¿Qué hicisteis? —inquirió Bink fascinado, mirando hacia atrás para ver si podía localizar las cicatrices.

Lo que vio le pareció inmaculado.

—Trent fue exiliado poco después, y Humfrey anuló el hechizo.

—Sin embargo, el Buen Mago no es un transformador.

—No, pero nos dijo dónde conseguir repelente mágico para ahuyentar a los bichos. Cuando se quedaron sin nuestra carne quemada, la plaga murió pronto. La buena información es tan positiva como la buena acción, y el Buen Mago sí que poseía la Información.

—Esa es la razón por la que voy a verle —acordó Bink—. Sin embargo, cobra un año de servicio por un hechizo.

—¿Nos lo dices a nosotros? El trabajo de trescientas cabezas de centauro..., una cada año. ¡Vaya trabajo!

—¿Todos vosotros tuvisteis que pagar? ¿Cuál fue vuestra tarea?

—No estamos autorizados a comentarlo —contestó ella con timidez.

Ahora Bink sentía más curiosidad aún, aunque sabía que era mejor que no insistiera. La palabra dada por un centauro jamás era violada. Pero ¿qué necesitó Humfrey que él mismo no pudiera hacer con uno de sus cientos de hechizos? ¿O por medio de su buena información? Básicamente, Humfrey era un adivinador; lo que no supiera lo averiguaba, y eso le proporcionaba un poder enorme. Probablemente ese era el motivo por el que los Ancianos del pueblo no le preguntaban al Buen Mago qué debían hacer respecto de su Rey senil, ya que conocían su respuesta: deponed al Rey y nombrad, a cambio, a un Mago joven y nuevo. Estaba claro que no pensaban hacer eso. Ni aunque pudieran hallar a un Mago que reuniera esas condiciones y estuviera dispuesto a servir a la comunidad.

Bueno, existían muchos misterios y problemas en Xanth, y no estaba en Bink el conocerlos todos o solucionar alguno.

Hacía mucho tiempo que había aprendido a someterse, aunque a desgana, a lo inevitable.

Ya habían dejado atrás el río y avanzaban por un terreno ascendente. Los árboles se cernían ahora más densos, con sus raíces enormes y redondas atravesando el sendero. No había amenazas de magia hostil: o los centauros limpiaron la zona, del mismo modo que los del pueblo habían limpiado la región natal de Bink, o Cherie conocía tan bien este sendero que evitaba los hechizos de forma automática, en apariencia sin proponérselo. Quizá las dos cosas.

La vida misma, pensó, tenía muchas explicaciones alternativas para las preguntas complicadas y, en general, involucraba «quizá las dos cosas». Pocas cuestiones eran firmes y sólidas en Xanth.

—¿Cuál es esa historia que tú sabes y yo desconozco? —preguntó Bink, que se

aburría.

—¿Sobre las Oleadas de la colonización humana? Tenemos archivos de todas. Desde la época del Escudo y la Alianza, las cosas se han apaciguado; las Oleadas provocaron el terror.

—¡No la Primera! —exclamó Bink con fidelidad—. Nosotros fuimos pacíficos.

—Eso es lo que quiero decir. Sois pacíficos ahora, salvo por algunos pocos de vuestros gamberros jóvenes, de modo que pensáis que vuestros antepasados lo fueron también entonces. Sin embargo, los míos descubrieron lo contrario. Habrían sido más felices si el hombre jamás hubiera descubierto Xanth.

—Mi maestro fue un centauro —explicó Bink—. Nunca dijo nada sobre...

—Le habrían despedido si contaba la verdad.

Bink se sintió incómodo.

—No bromeas, ¿verdad? No busco ningún problema. Tengo una mente muy curiosa; sin embargo, ya he tenido más problemas de los que me interesan.

Ella volvió la cabeza para mirarle con ojos bondadosos. Su torso giró desde la cintura humana para facilitarle el movimiento. La torsión fue imponente; su cintura era más elástica que la de una muchacha humana, tal vez porque para un centauro resultaba más difícil girar todo el cuerpo. Aunque, si poseyera unas extremidades inferiores humanas a juego con las superiores, ¡qué criatura sería!

—Tu maestro no te mintió. Un centauro nunca miente. Simplemente, censuró la información, seguro que por órdenes del Rey, para no poner en las mentes impresionables de los niños cosas que sus padres no deseaban que oyeran. La educación siempre se ha llevado a cabo de esta manera.

—Oh, no pretendía cuestionar su integridad —se apresuró a decir Bink—. De hecho, me gustaba; él fue el único que no se cansó de todas mis preguntas. Aprendí mucho de él. Pero creo que no pregunté demasiado sobre historia. Me encontraba más preocupado por algo que no podía decirme..., aunque por lo menos me informó sobre el Mago Humfrey.

—Si me lo permites, ¿cuál es tu pregunta para Humfrey?

¿Importaba si se lo contaba?

—No poseo magia —confesó—. Al menos, no parece que la posea. Durante toda mi infancia me hallé en desventaja, ya que no podía utilizar la magia para competir. Yo podía correr más rápido que cualquier otro, pero el niño que pudiera levitar ganaba la carrera. Cosas por el estilo.

—Los centauros se las arreglan muy bien sin la magia —indicó ella—. Aunque nos la ofrecieran, no la aceptaríamos.

Bink no se creyó aquello, pero no quiso discutirlo.

—Supongo que los humanos poseen una actitud diferente. Cuando crecí, empeoró todo. Y ahora me exiliarán si no muestro algún talento mágico. Mi esperanza es que

el Mago Humfrey pueda..., bueno, si tengo magia, eso significará que podré asentarme, casarme con mi novia y, por fin, mostrar un poco de orgullo.

Cherie asintió.

—Sospeché que se trataría de algo parecido. Creo que, si yo me encontrara en tu lugar, podría ahogar la necesidad de poseer magia, aunque, sinceramente, supongo que los valores de tu cultura están distorsionados. Deberíais basar vuestra ciudadanía en cualidades superiores de la personalidad y los logros personales, y no en...

—Exacto —acordó Bink con vehemencia.

Ella sonrió.

—Deberías haber sido un centauro. —Sacudió la cabeza, y su cabello se agitó con elegancia—. Has emprendido un viaje peligroso.

—No más peligroso que el viaje a Mundania que, de lo contrario, me será impuesto.

Ella asintió de nuevo.

—Muy bien. Has saciado mi curiosidad, y yo haré lo mismo con la tuya. Te contaré toda la verdad acerca de la intrusión humana en Xanth. No obstante, no espero que te guste.

—No espero que me guste mucho la verdad sobre mí mismo —repuso Bink con tristeza—. Bien puedo enterarme de todo lo que haya que saber.

—Durante miles de años, Xanth fue una tierra más o menos pacífica —empezó ella, adoptando un tono levemente pedante que él recordó de sus días de escuela. Con toda probabilidad cada centauro, en el fondo de su ser, era un maestro—. Había magia, una magia muy poderosa..., pero no existía la crueldad innecesaria. Los centauros éramos la especie dominante, pero como ya sabes, no poseíamos ninguna magia. Nosotros *somos* mágicos. Supongo que en un principio emigramos aquí desde Mundania..., aunque ha pasado tanto tiempo que incluso esa información se ha perdido para nuestros archivos.

Algo reaccionó en la mente de Bink.

—Me pregunto si eso es realmente cierto..., quiero decir, sobre criaturas mágicas incapaces de trabajar con hechizos. Vi un ratón conjurar una miga de pan...

—¿Oh? ¿Estás seguro de que no se trataba de una ardilla? De acuerdo con nuestra taxonomía, es una criatura natural, de modo que puede realizar magia.

—¿Exigís tasas de los animales? —preguntó Bink, sorprendido.

—Taxonomía —repitió ella con una sonrisa indulgente—. Es la clasificación de los seres vivos, otra especialidad de los centauros.

Oh. Bink meditó, incómodo.

—Me pareció un ratón, aunque ahora ya no estoy tan seguro.

—En realidad, nosotros tampoco estamos seguros del todo —admitió ella—. Quizás algunas criaturas mágicas puedan realizar magia. Pero, y como regla general,

una criatura *hace* magia o *es* mágica, nunca las dos cosas juntas. Lo cual está bien... ¡piensa en el caos que podría causar un dragón Mago!

Bink pensó en ello. Tembló.

—Volvamos a la lección de historia —sugirió.

—Hace unos mil años, la primera tribu humana descubrió Xanth. Creyeron que se trataba de otra península. Se trasladaron hasta aquí y talaron los árboles y mataron a los animales. Había magia más que suficiente para repelerlos; sin embargo esta tierra nunca se había visto sujeta a un ataque tan sistemático, parecía imposible, y casi no lo creímos. Pensamos que los humanos se marcharían pronto.

»Entonces se dieron cuenta de que Xanth era mágico. Vieron a los animales levitar y a los árboles mover sus ramas. Persiguieron a los unicornios y a los grifos. Si te preguntas por qué esos grandes animales odian a la gente, te puedo asegurar que tienen muy buenas razones: sus antepasados no habrían sobrevivido si hubieran intentado ser amistosos. Los de la primera oleada eran criaturas sin magia en una tierra de encantamientos. Una vez pasó el primer impacto, les gustó.

—¡Eso no es correcto! —exclamó Bink—. Los humanos tienen magia más poderosa. Mira todos los grandes Magos. Tú misma me has dicho que Trent, el Mago Maligno, transformó a todos los peces...

—¡Cálmate antes de que te arroje lejos! —centelleó Cherie, y su cola osciló de forma amenazadora al lado del oído de Bink—. No conoces ni una cuarta parte de la verdad. Por supuesto que los humanos poseen ahora magia. Esa es parte de la historia. Sin embargo, no la tenían al principio.

Bink se relajó otra vez. A cada momento que pasaba le era más fácil hacerlo; le caía muy bien esta hembra centauro. Respondía preguntas que él todavía ni siquiera había pensado en hacer.

—Lo siento. Todo esto es nuevo para mí.

—Me recuerdas a Chester. Apuesto a que también eres muy impaciente.

—Sí —reconoció Bink, compungido.

Ella se rio, y su risa tuvo un cierto parecido con un relincho.

—Me gustas, humano. Espero que encuentres tu —frunció los labios con desagrado— magia. —Entonces emitió una sonrisa luminosa y en seguida se calmó—. Aquellos de la Primera Oleada no tenían magia, y, cuando averiguaron lo que esta podía hacer, quedaron fascinados, aunque un poco temerosos. Un gran número de ellos murió en un lago con un hechizo de ahogo, y algunos perecieron por los dragones, y cuando se toparon con en el primer basilisco...

—¿Hay basiliscos todavía? —preguntó Bink preocupado, recordando de repente el presagio del camaleón. Le había mostrado el disfraz de un basilisco poco antes de morir, como si su hechizo hubiera rebotado contra él. Aún no estaba muy seguro del significado de aquella secuencia.

—Sí..., pero no muchos —replicó ella—. Tanto los humanos como los centauros trabajaron para eliminarlos. Su mirada también es fatal para nosotros. Ahora se ocultan, porque saben que la primera criatura inteligente que muera por sus ojos traerá a un ejército vengador de guerreros con viseras de espejo que les devolverá su mirada. Un basilisco no es un oponente para un hombre o un centauro prevenido; se trata sólo de un pequeño lagarto alado, ya sabes, con la cabeza y las garras de un pollo. No es muy inteligente. Aunque pocas veces necesita serlo.

—¡Vaya! —exclamó Bink—. Quizás ese es el factor ausente..., la inteligencia. Una criatura puede hacer magia, ser mágica o ser inteligente..., o cualquier combinación de dos de las tres posibilidades, nunca las tres a la vez. De modo que un ratón puede conjurar, pero no un dragón inteligente.

Ella volvió la cabeza para mirarle de nuevo.

—Es una idea nueva. Eres bastante inteligente. He de meditarlo. No obstante, hasta que lo verifiquemos, no te dirijas al yermo central sin protección; quizás haya allí un monstruo inteligente lanzador de hechizos.

—No entraré en el páramo —prometió Bink—. Por lo menos, no me apartaré del sendero que lo atraviesa hasta que llegue al castillo del Mago. No deseo que ningún lagarto mi mire con ojos de muerte.

—Tus antepasados eran más agresivos —comentó Cherie—. Esa es la razón de que tantos de ellos murieran. No obstante conquistaron Xanth, y formaron un enclave donde la magia fue desterrada. Les gustó la tierra y las utilidades de la magia, pero no la querían muy cerca de casa. Por ese motivo quemaron el bosque allí, mataron a todas las plantas y animales mágicos, y levantaron un gran muro de piedra.

—¡Las ruinas! —exclamó Bink—. Creía que esas viejas piedras pertenecían a un campamento enemigo.

—Son de la Primera Oleada —insistió ella.

—Pero yo descendo de...

—Te dije que no te iba a gustar lo que oyeras.

—Y no me gusta —aceptó—. Pero quiero saberlo. ¿Cómo pudieron mis antepasados...?

—Se establecieron en su pueblo amurallado y plantaron semillas de Mundania y cuidaron del ganado de Mundania, como judías y vacas sin alas. Se casaron con las mujeres que habían traído o con aquellas que podían robar de los pueblos próximos de Mundania, y tuvieron hijos. Xanth era una buena tierra, incluso en esa región limpiada de magia. Pero entonces ocurrió algo sorprendente.

Cherie se volvió para observarlo de nuevo, mirándole de una forma que hubiera sido atractiva en una muchacha humana. De hecho, era atractiva en una hembra centauro, simplemente si él entrecerraba los ojos y veía sólo sus partes humanas: atractivas y espléndidas. A pesar de que sabía que los centauros vivían más que los

humanos, de modo que con toda probabilidad ella tendría unos cincuenta años, aparentaba sobre una veintena, pero eran unos veinte que pocos humanos conseguían alguna vez. ¡Ningún cabestro podría contener a esta yegua!

—¿Qué sucedió? —inquirió él, respondiendo al evidente deseo de ella de una respuesta intelectual.

Los centauros eran excelentes narradores, y apreciaban a un buen público.

—Sus hijos fueron mágicos —repuso.

¡Ajá!

—¡De manera que los de la Primera Oleada *eran* mágicos!

—No, no lo eran. La tierra de Xanth es mágica. Es un efecto del contorno. Aunque funciona mucho mejor con los niños, que son más moldeables, y, todavía más, con los niños concebidos y nacidos aquí. Los adultos, incluso aquellos con una larga experiencia, tienden a reprimir los talentos que poseen, porque «saben más que nadie». No obstante, los niños aceptan lo que ven. Así que no sólo poseen más talento natural, sino que lo usan con más entusiasmo.

—No estaba al tanto de eso —dijo él—. Mis padres poseen mucha más magia que yo. Algunos de mis antepasados fueron Magos. Pero yo... —Se tranquilizó—. Me temo que resulté una terrible decepción para mis padres. Por derecho, tendría que haber tenido una magia muy poderosa, incluso haber sido un Mago, en cambio...

Cherie, con discreción, evitó emitir algún comentario.

—Al principio, los humanos sufrieron un impacto. Pero pronto lo aceptaron, y hasta fomentaron el desarrollo de talentos serviciales. Uno de los jóvenes poseía la habilidad de transmutar plomo en oro. Asolaron las colinas en busca de plomo y, finalmente, se vieron obligados a enviar una misión para obtenerlo de Mundania. Era como si el plomo fuera más valioso que el oro.

—Pero Xanth no mantiene tratos con el mundo de Mundania.

—Sigues olvidándolo: esto es historia antigua.

—Lo siento otra vez. No te interrumpiría tanto si no viera tan interesado en el tema.

—Eres un oyente excelente —comentó ella, y él se sintió complacido—. La mayoría de los humanos incluso se negarían a escucharla, ya que no se trata de una historia favorable para los de tu clase.

—Es posible que mi mente no estuviera tan abierta si yo mismo no me enfrentara al exilio —admitió él—. Con lo único que puedo contar es con mi cerebro y mi cuerpo, de modo que será mejor que no me engañe.

—Una filosofía encomiable. De paso, te estoy dando una cabalgata más larga de la que había planeado, y todo porque tu atención es tan receptiva y buena. De cualquier modo, consiguieron el plomo..., pero pagaron un precio espantoso. Porque los mundanos de Mundania descubrieron la existencia de la magia. Fueron

consecuentes con su naturaleza: codiciosos y rapaces. La idea del oro barato los volvió frenéticos. Invadieron y derribaron la muralla, matando a todos los hombres y niños de la Primera Oleada.

—Pero... —protestó Bink, horrorizado.

—Estos fueron los de la Segunda Oleada —cortó Cherie el suavidad—. Salvaron a las mujeres de la Primera Oleada, ya que sólo eran un ejército de hombres. Creyeron que había una máquina que convertía el plomo en oro, o un proceso alquímico alrededor de una fórmula secreta. En realidad, no creían en la magia; ese era únicamente un término conveniente para describir lo desconocido. De modo que no se dieron cuenta de que el plomo se convertía en oro por la magia de un niño hasta que fue demasiado tarde. Habían destruido aquello que habían venido a buscar.

—¡Espantoso! —exclamó Bink—. ¿Quieres decir que descendo de...?

—De la violación de una madre de la Primera Oleada. Sí, no existe ninguna otra manera en la que puedas autenticar tu ascendencia. A los centauros nunca nos gustaron los de la Primera Oleada, pero entonces lo sentimos por ellos. Los de la segunda fueron peores. Eran, en sentido literal, piratas y criminales. De haberlo sabido, habríamos ayudado a los de la Primera Oleada a luchar contra ellos. Nuestros arqueros los habrían emboscado... —Se encogió de hombros.

La arquería de los centauros era legendaria; no tenía ningún sentido criticar ese punto.

—Entonces, los invasores se establecieron —continuó ella, tras una pausa—. Enviaron a sus propios arqueros por toda Xanth, asesinando... —Se interrumpió, y Bink notó con cuánta intensidad sentía ella la ironía de ver a los de su clase siendo víctimas de la inferior arquería humana. Tuvo un breve escalofrío que casi lo desmontó, y se obligó a sí misma a proseguir—: Asesinando a los centauros para comer su carne. No aceptaron dejarnos solos hasta que no nos organizamos y atacamos sus campamentos, ensartando a la mitad de ellos con nuestras flechas. Incluso después, no cumplieron su acuerdo a rajatabla, ya que carecían de sentido del honor.

—Y sus hijos tuvieron magia —continuó Bink, comprendiendo al fin—. Y, después, los de la Tercera Oleada invadieron el territorio y mataron a los de la Segunda...

—Sí, esto ocurrió pasadas varias generaciones, aunque fue menos sanguinario cuando sucedió. Los de la Segunda Oleada ya se habían convertido en unos vecinos aceptablemente buenos por entonces, si tenemos en cuenta todo. Y, otra vez, sólo fueron perdonadas las mujeres. Y, como ellas llevaban en Xanth toda su vida, la magia que poseían era fuerte. La utilizaron para eliminar a sus maridos violadores uno a uno, con métodos que no suelen asociarse con las mujeres. No obstante, su victoria se volvió en derrota, ya que ahora no tenían ninguna familia. De manera que

se vieron obligadas a invitar a más mundanos...

—¡Esto es horrible! —interrumpió Bink—. Desciendo de mil generaciones de ignominia.

—No del todo. La historia del hombre en Xanth es brutal, pero no carece de valores que lo rediman, incluso de grandezas. Cuando las mujeres de la Segunda Oleada se organizaron sólo trajeron a los mejores hombres que pudieron hallar. Fuertes, amables, inteligentes, los que comprendieron el fondo de la cuestión y que vinieron más por principios que por codicia y prometieron guardar el secreto. Eran mundanos, pero nobles.

—¡Los de la Cuarta Oleada! —exclamó Bink—. Los mejores de todos.

—Sí. Las mujeres de Xanth fueron viudas y víctimas de violaciones y, al final, asesinas. Algunas eran viejas y estaban llenas de cicatrices, física y emocionalmente, debido a la campaña. Sin embargo, todas poseían una magia poderosa y determinación de hierro; eran las supervivientes del cruel cataclismo que había eliminado al resto de los humanos de Xanth. Estas cualidades eran evidentes. Cuando los hombres nuevos supieron la verdad, muchos eligieron dar media vuelta y retornar a Mundania. Pero a otros les gustó casarse con brujas. Deseaban tener hijos con magia potente, y creyeron que sería hereditario, de modo que no se fijaron primordialmente en la juventud y en la belleza. Otros querían el potencial que ofrecía la tierra única de Xanth al ser desarrollada y protegida; estos fueron los ambientalistas, y la magia era la parte más preciosa del medio ambiente. Y no todos los de la Cuarta Oleada fueron hombres; algunas eran mujeres que habían sido seleccionadas cuidadosamente, traídas para que se casaran con los niños, para que no hubiera demasiados cruces familiares. De modo que fue una colonización, no una invasión, y no se basó en el asesinato, sino en sólidos principios comerciales y biológicos.

—Lo sé —dijo Bink—. Esa fue la Oleada de los primeros grandes Magos.

—Correcto. Claro que se produjeron más Oleadas, pero ninguna fue tan crítica. El dominio efectivo de los seres humanos en Xanth data de aquella Cuarta Oleada. Otras invasiones mataron a muchos y empujaron a otros hacia los bosques, pero nunca se rompió la continuidad. Casi toda persona inteligente o mágica traza su ascendencia a la Cuarta Oleada; estoy segura de que ese es también tu caso.

—Sí —admitió Bink—. Tengo antepasados de las primeras seis Oleadas, aunque siempre creí que la línea de la Primera era la más importante.

—Lo que finalmente detuvo las Oleadas fue la instalación del Escudo Mágico. Mantuvo a todas las criaturas mundanas fuera y a las de Xanth dentro. Fue recibido como la salvación de Xanth, el garante de la utopía. Sin embargo, las cosas no mejoraron mucho. Fue como si la gente cambiara un problema por otro..., una amenaza visible por una invisible. Durante el último siglo, Xanth se ha visto libre de

invasiones..., pero han surgido otras amenazas.

—Como las moscas de fuego, los culebreadores, y Trent el Mago Malo —reconoció Bink—. Peligros mágicos.

—Trent no era un Mago *Malo* —le corrigió Cherie—. Era un Mago *Maligno*. Hay una diferencia..., una diferencia crucial.

—Hum, sí. Era un Buen Mago Maligno. Es una suerte que se deshicieran de él antes de que se apoderara de Xanth.

—Ciertamente. Pero supón que aparezca otro Mago Maligno o que los culebreadores se manifiesten de nuevo. ¿Quién salvaría a Xanth esta vez?

—No lo sé —admitió Bink.

—A menudo me pregunto si el Escudo fue una buena idea. Tiene el efecto de intensificar la magia en Xanth, a la vez que impide una adulteración por parte del exterior. Como si la magia fuera hacia un punto de explosión. ¡Pero ten la seguridad de que no me gustaría retornar a los días de las Oleadas!

Bink nunca lo había analizado de ese modo.

—De alguna manera, me resulta difícil apreciar los problemas de la concentración de magia en Xanth —comentó—. Más bien deseo que haya un poco más. Suficiente para mí, y mi talento.

—Quizá estuvieras mejor sin ella —sugirió Cherie—. Si pudieras obtener una dispensa del Rey...

—¡Ja! —exclamó Bink—. Preferiría vivir como un ermitaño en el yermo. Mi pueblo no aceptaría a un hombre sin talento.

—Una extraña inversión.

—¿Qué?

—Oh, nada. Pensaba en Herman, el Ermitaño. Fue exiliado de nuestra manada hace unos años por obsceno.

Bink se rio.

—¿Qué puede ser obsceno para un centauro? ¿Qué hizo?

Cherie se detuvo con brusquedad ante el borde de un hermoso campo de flores.

—Hasta aquí llego —expuso lacónicamente.

Bink se dio cuenta de que había pronunciado el comentario equivocado.

—No quise ofenderte... Me disculpo por lo que...

Cherie se relajó.

—No podías saberlo. El olor de estas flores hace que los centauros cometan tonterías; debo mantenerme alejada de aquí, a no ser que se trate de una emergencia real. Creo que castillo del Mago Humfrey se encuentra a unos cinco kilómetros al sur. Mantente alerta ante la magia hostil; espero que descubras tu talento.

—Gracias —repuso Bink reconocido.

Se deslizó de su espalda. Tenía las piernas un poco entorpecidas por la larga

cabalgata, pero sabía que ella le había hecho ganar un día de camino. Avanzó hasta ponerse delante suya y extendió la mano.

Cherie la aceptó, luego se inclinó para besarle..., un maternal beso en la frente. Bink deseó que no lo hubiera hecho, pero sonrió de forma mecánica y comenzó a andar. Oyó sus cascos galopar de regreso a través del bosque, y de repente, se sintió solo. Por fortuna, su viaje ya casi había concluido.

Aún se preguntaba: ¿qué había hecho Herman, el Ermitaño, que los centauros consideraran obsceno?

3

Abismo

Bink se detuvo en el borde, horrorizado. El sendero estaba cortado por otra zanja...; no, no se trataba de una zanja, sino de un inmenso abismo, de casi un kilómetro de extensión y, en apariencia sin fondo. Cherie, la centauro, debía desconocerlo, o de lo contrario le habría advertido. De modo que tema que era una formación reciente..., quizá durante el último mes. Quizá un terremoto o un cataclismo mágico podía haber provocado un cañón de aquellas características con tanta rapidez. Algo había oído nada acerca de terremotos, debía tratarse de magia. Y eso implicaba a un Mago..., o a un poder fenomenal.

¿Quién podía ser? El Rey, en su mejor época, tal vez habría podido crear un abismo así, utilizando una tormenta férreamente dirigida, un huracán dirigido... Sin embargo, no tenía motivos para ello, y sus poderes se habían desvanecido demasiado como para realizar algo así ahora. Trent, el Mago Maligno, había sido un transformador, no un manipulador de tierras. La magia del Buen Mago Humfrey estaba dividida entre centenares de diversos hechizos adivinatorios; algunos podrían saber cómo crear semejante canal, pero era bastante inconcebible que Humfrey se molestara en realizarlo. Humfrey nunca hacía nada a menos que cobrara unos honorarios. ¿Existía algún otro gran Mago en Xanth? Bink había oído rumores de un maestro de la ilusión. Y era mucho más fácil producir un abismo aparente que uno verdadero. Podía tratarse de una amplificación, o de un falso agujero. O de algo parecido al talento de Zinc, que no era un Mago; pero, si un Mago de verdad tuviera esa clase de talento, este sería el tipo de efecto que crearía. Tal vez si Bink, simplemente, caminara hacia el abismo, sus pies descubrirían que el sendero continuaba...

Miró hacia abajo. A unos doscientos metros vio una pequeña nube que flotaba alegremente. De ella ascendió una ráfaga de viento frío y húmedo que le azotó. Sintió un escalofrío. ¡Era demasiado realista para tratarse de una ilusión!

Gritó:

—¡Holaaa!

Escuchó el eco que siguió unos cinco segundos después: «¡holaaa!».

Cogió una piedra y la lanzó al aparente abismo. Desapareció en las profundidades, y no le llegó ningún ruido producido por su llegada al fondo.

Por fin, se arrodilló y metió el dedo en el aire, más allá del borde. No halló resistencia. Tocó el borde, y lo encontró muy material y vertical.

Sin quererlo, se convenció. El abismo era real.

No se podía hacer otra cosa que rodearlo. Lo cual significaba que no estaba a cinco kilómetros de su destino, sino al cuenta..., o a cien, dependiendo de la

extensión de esta asombrosa grieta.

¿Debía regresar? Ciertamente, había que avisar a los del poblado de esta manifestación. Por otro lado, tal vez hubiera desaparecido para cuando trajera a otra persona a verla; entonces, además de ser la maravilla sin hechizos, le tacharían de tonto. Peor aún, dirían que era un cobarde, que se había inventado una historia para explicar el miedo que tenía de ir a visitar al Mago y así obtener la prueba absoluta de su carencia de talento. Lo que ha sido creado de manera mágica también podía ser abolido por la magia. De modo que lo mejor era que intentara rodearlo.

Bink miró con cansancio al cielo. El sol se hallaba bajo en el oeste. Le quedaba aproximadamente una hora, o algo así de una luz cada vez más difusa. Sería mejor que la utilizara para localizar una casa en la que pasar la noche. Lo último que deseaba era dormir a la intemperie en territorio desconocido, vulnerable a magia extraña. Hasta ahora, y gracias a Cherie había tenido un viaje fácil, pero con este rodeo de emergería se volvería bastante más arduo.

¿Hacia dónde ir: este u oeste? El abismo parecía dirigirse en ambas direcciones sin final aparente. La textura de la tierra parecía levemente menos irregular hacia el este, bajando en un largo descenso; quizá se aproximara al fondo del abismo, lo cual le permitiría atravesarlo. Los granjeros tenían la costumbre de alzar sus casas en los valles más que en las montañas, así disponían de inmediato de las fuentes de agua y se veían libres de la magia hostil de los sitios elevados. Iría hacia el este.

Pero esta región estaba muy escasamente habitada. Hasta ahora no había visto ninguna casa humana a lo largo del sendero. Caminó con paso cada vez más ligero a través del mismo. Cuando llegó la penumbra, vio grandes formas oscuras elevarse desde el abismo: alas membranosas extendiéndose, enormes picos inclinados con crueldad, brillantes ojos pequeños, parecían buitres, o quizás algo peor. Se sintió horriblemente intranquilo.

Era necesario que racionara sus provisiones, ya que no tenía manera de saber cuánto habrían de durarle. Divisó un árbol de pan de fruta y cortó una rebanada; sin embargo, descubrió que el pan aún no estaba maduro. Si lo comía, sufriría una indigestión. Tenía que hallar una granja.

Los árboles se hicieron más grandes y de troncos más gruesos. Parecían amenazadores en la sombra. El viento soplaba y hacía que las rígidas y retorcidas ramas suspiraran. No había misterio en ello; estos efectos ni siquiera eran mágicos, aunque Bink sintió que su corazón latía con rapidez creciente, y no dejaba de mirar hacia atrás por encima del hombro. Ya no se encontraba en el sendero establecido, de modo que la relativa seguridad se había esfumado. Se adentraba cada vez más hacia el interior, donde podía suceder cualquier cosa. La noche era el momento de la magia siniestra, y había diversas y potentes clases de ella. El hechizo de paz del bosque era sólo un ejemplo; seguro que habría hechizos de mucho peores. ¡Si pudiera hallar una

casa!

¡Vaya aventurero que era! En el momento en que tuvo que alejarse un poco del camino, en el momento en que oscureció, se puso a reaccionar ante su propia imaginación demasiado viva. El hecho era que todavía no se hallaba en el interior del abismo; habría pocas amenazas reales para un hombre que andara con cuidado. Los verdaderos salvajes se encontraban más allá del castillo del Buen Mago, del otro lado del abismo.

Se obligó a frenar el ritmo de su marcha y a mantener su vista hacia delante. A seguir caminando, moviendo el bastón, a no tocar cualquier cosa sospechosa, y sin hacer ninguna tontería.

El extremo del bastón se posó en una inocua roca negra. Pero la roca se irguió con un zumbido alto. Bink retrocedió, trastabilló y cayó al suelo, adelantando los brazos para protegerse el rostro. La roca extendió unas alas y se alejó aleteando. «¡Kooh!» protestó con reproche. Sólo se trataba de una paloma de piedra, doblada en su forma rocosa como camuflaje y aislamiento para la noche. Claro, había reaccionado cuando él la pinchó con el bastón..., pero era bastante inofensiva.

Si las palomas de piedra anidaban aquí, este sitio era seguro para él. Todo lo que tenía que hacer era tumbarse en algún lugar y dormir. ¿Por qué no lo hacía?

Porque se sentía tontamente aterrado de estar solo por la noche, se respondió a sí mismo. Si sólo poseyera algo de magia entonces se sentiría más seguro. Incluso un simple hechizo de confianza le serviría.

Espió una luz allá delante. ¡Alivio! Era un cuadrado amarillo, casi una certera indicación de que se trataba de una construcción humana. Estaba complacido hasta casi las lágrimas. No era un niño, tampoco un adolescente, pero bien podría serlo, aquí en el bosque y en un terreno que estaba más allá de los límites de su mapa. Necesitaba el consuelo de la compañía humana. Se apresuró en dirección a la luz, con la esperanza de que no se convirtiera en una ilusión o en una trampa preparada por un ser hostil.

Era real. Se trataba de una granja en las afueras de una pequeña aldea; ahora podía distinguir otros cuadrados de luz valle abajo, más lejos. Casi con alegría, llamó a la puerta.

Se abrió de mala gana para mostrar a una mujer sencilla con un manchado delantal. Le escudriñó con sospecha.

—No te conozco —gruñó, a punto de cerrar de nuevo la puerta.

—Soy Bink, del Poblado del Norte —se presentó con rapidez—. He viajado durante todo el día y me vi detenido por el abismo. Ahora necesito alojamiento para la noche. Realizaré algún servicio razonable por el favor. Soy fuerte; puedo cortar leña, o cargar heno, o mover rocas...

—No necesitas magia para hacer eso —expuso ella.

—¡Sin magia! Con mis manos. Yo...

—¿Cómo sé que no eres un fantasma? —quiso saber ella.

Bink, con una mueca, extendió la mano izquierda.

—Píncheme: sangro.

Era un test corriente, ya que la mayoría de las criaturas sobrenaturales no tenían sangre, a menos que acabaran de alimentarse de alguna criatura viva. Pero, incluso entonces, no tenían ninguna que fluyera.

—Oh, vamos, Martha —llamó desde dentro la ronca voz de un hombre—. No ha habido ningún fantasma por estos lares desde la década pasada, y hoy en día no causan daño. Déjale entrar; si come, es humano.

—Los ogros comen —objetó ella. Pero la desvencijada puerta se abrió lo suficiente como para que Bink, estrujándose, pasara.

Ahora Bink vio al animal que guardaba la granja; se trataba de un pequeño hombre lobo, con toda probabilidad uno de los propios hijos. Que él supiera, no existía ningún hombre lobo de verdad; todos eran humanos que habían desarrollado el talento. Parecía que cada vez eran más frecuentes los que tenían la capacidad de metamorfosearse. Este tenía la cabeza pequeña, y el rostro achatado típico de los de esa clase. Un hombre lobo de verdad no habría podido ser distinguido de un muchacho real hasta que no cambiara de forma; entonces se convertía en un hombre lobuno. Bink extendió la mano cuando se le acercó para olerle y le palmeó la cabeza.

La criatura se metamorfoseó en un niño de unos ocho años.

—Te asusté, ¿eh? —le imploró.

—Aterrorizado estaba —confesó Bink.

El muchacho se volvió hacia el hombre.

—Está limpio, pa —anunció—. No hay olor de magia en él.

—Ese es el problema —murmuró Bink—. Si poseyera magia no estaría de viaje. Confirмо lo que les dije. Puedo realizar cualquier trabajo físico.

—¿No tienes magia? —inquirió el hombre, mientras la mujer le servía un humeante plato de carne guisada. El granjero rondaría los treinta y cinco años, era tan feo como su mujer, en su rostro tenía dos profundas líneas alrededor de la boca y los ojos. Era delgado, pero obviamente robusto; el duro trabajo físico endurecía a los hombres. Se tornó de color púrpura mientras hablaba, luego verde, todo su cuerpo cambiaba de color de forma armónica: su talento.

—¿Cómo conseguiste realizar el trayecto desde el Poblado del Norte hasta aquí en un día?

—Una centauro me ayudó con la distancia.

—¡Una yegua! ¡Apuesto a que sí lo hizo! ¿De dónde te cogías cuando saltaba?

Bink sonrió con tristeza.

—Bueno, me dijo que me lanzaría a una zanja si lo repetía —admitió.

—¡Ja, ja, ja! —bramó el hombre.

Los granjeros, que eran todos más o menos poco educados solían poseer un sentido del humor bastante directo. Bink notó que su fea esposa no se reía, y el muchacho se dedicaba a mirarles sin comprender nada.

En seguida el granjero fue al grano.

—Escucha: de momento, no me hace falta ayuda manual. Pero estoy citado en un juicio y no deseo acudir. Ya sabe, irrita a la señora.

Bink hizo un gesto afirmativo, aunque no entendía nada. Vio que la esposa asentía sombríamente. ¿De qué se trataba?

—De modo que, si quieres pagar tu alojamiento, puedes ir en mi lugar —continuó el granjero—. Sólo te ocupará una hora y lo único que has de hacer es aceptar todo lo que exponga el alguacil. Es el trabajo más tranquilo que puedas tener y, además, fácil para ti, ya que eres un extranjero. Estarás en contra de una pequeña preciosidad... —captó la oscura mirada de su mujer y no acabó la frase—. ¿Qué me dices?

—En lo que pueda ayudarle —aceptó vacilante Bink.

¿Qué era eso de estar enfrentado a una pequeña preciosidad? Nunca lo averiguaría mientras se hallara presente la esposa. ¿Se opondría Sabrina?

—Perfecto. Hay paja en el ático, y un cubo para que no te veas obligado a salir fuera. Lo único que te pido es que no ronques muy alto... A la señora no le gusta.

Parecía que a la señora no le gustaban muchas cosas. ¿Cómo podía un hombre casarse con una mujer así? ¿Se volvería Sabrina una cascarrabias después del matrimonio? La idea le incomodó.

—No lo haré —garantizó Bink.

El guiso no era muy sabroso, pero, por lo menos, le llenó el estómago. Eso era bueno para el viaje.

Durmió a gusto en el heno, con el lobo acurrucado a su lado.

Tuvo que utilizar el cubo, y durante toda la noche la atmósfera apestó, ya que no poseía tapa..., aunque era mucho mejor que salir a la noche mágica. Pasada esa primera expresión de rechazo por la comida, sus entrañas se calmaron. En realidad, Bink no tuvo más quejas.

Desayunó unas gachas calentadas sin fuego. Ese era el talento de la mujer, uno bastante útil para una granja. Luego se dirigió a la casa del vecino, situada a un kilómetro de distancia, junto al abismo, para el juicio. El alguacil era un hombre grande y fofo, por encima de su cabeza se formaba una pequeña nube cada vez que se concentraba de forma intensa en algo.

—¿Estás al tanto del procedimiento? —inquirió, una vez hubo explicado Bink la situación.

—No sé nada —admitió Bink—. Tendrá que decirme lo que he de hacer.

—¡Bien! Es una especie de pequeño acto en el que se arregla la situación sin

dañar la reputación de nadie. Lo llamamos magia suplente. Te informo, no utilices nada de magia real.

—No lo haré —comentó Bink.

—Lo único que tienes que hacer es estar de acuerdo en todo lo que te pida.

Bink comenzó a ponerse nervioso.

—No creo que las mentiras conduzcan a nada, señor.

—Esto no es exactamente mentir, muchacho. Es una buena causa. Ya lo verás. Me sorprende que no lo practiquéis en el Poblado del Norte.

Bink guardó un molesto silencio. Esperaba no haberse metido en algo turbio.

Llegaron los demás: dos hombres y tres mujeres jóvenes. Los hombres eran granjeros corrientes y con barba, uno joven y el otro de mediana edad; las muchachas abarcaban el espectro desde la indiferencia hasta el arrebató. Bink se obligó a apartar la vista de la más bonita para no quedarse embobado. Era la belleza más voluptuosa y atractiva de cabello negro que jamás hubiera visto, un diamante en la ciénaga de esta región.

—Ahora, vosotros seis, a esta mesa, cara a cara —dijo el alguacil con un tono de voz oficial—. Cuando entre el juez, seré yo el que hable. Vaya, esto es una actuación..., pero secreta. Cuando os tome juramento, os atenderéis a él...; queda absolutamente prohibido comentar los detalles una vez fuera, ¿comprendido?

Todos asintieron. Bink estaba cada vez más perplejo. ¡Ahora comprendía lo de enfrentarse a una pequeña preciosidad! Pero ¿qué clase de actuación era esta, con un público de una sola persona, de la que nadie estaba autorizado a hablar después? Bien, que así fuera; quizá sí *era* una especie de magia.

Los tres hombres se hallaban sentados en una fila a un lado de la mesa, y las tres muchachas estaban frente a ellos. Bink tenía delante a la chica hermosa; sus rodillas rozaban las de él, ya que la mesa era estrecha. Eran sedosas y suaves, hacían que por su pierna subiera un temblor apreciativo. *¡Piensa en Sabrina!*, se dijo a sí mismo. Normalmente, no quedaba extasiado ante la primera cara bonita que veía, pero este era un rostro extraordinario. Tampoco facilitaba mucho su propósito el que llevara un jersey ajustado. ¡Qué figura!

Entró el juez..., un hombre de gran porte, con una impresionante barriga y patillas.

—En pie —ordenó el alguacil.

Todos se incorporaron respetuosamente.

El juez se sentó a un extremo de la mesa y el alguacil se dirigió al otro extremo. Los demás tomaron asiento.

—Señoras, ¿juran no hablar jamás de la verdad salvo durante esta vista, en ningún momento y en ningún lugar?

—Lo juramos —replicaron a coro las muchachas.

—Y vosotros, patanes, ¿juráis lo mismo?

—Lo juramos —contestó Bink junto a los otros.

Si se suponía que tenía que mentir aquí, pero nunca hablar de ello fuera, ¿significaba eso que no era una mentira? El alguacil, en principio, sabía lo que era verdad y lo que era falso de modo que el efecto...

—Se abre la vista de una acusación de violación —anunció el alguacil.

Bink, atontado, trató de ocultar su desesperación. ¿Iban a representar un juicio por violación?

—Entre los aquí presentes —prosiguió el alguacil— se halla la muchacha que dice haber sido violada..., y el hombre al que acusa. Él reconoce que sucedió, con el atenuante de la involuntariedad. ¿Es eso correcto, hombres?

Bink asintió con vigor, al igual que los otros. ¡Hermano! Habría preferido cortar madera para pagar el alojamiento. Aquí estaba, con toda probabilidad, mintiendo acerca de una violación que nunca cometió.

—Se procede de forma anónima para proteger la reputación de los implicados —comunicó el alguacil—. De modo que esta es una opinión consultiva, en presencia de las primeras partes, sin necesidad de que se entere toda la comunidad.

Bink comenzaba a comprender. Una muchacha que hubiera sido violada podía arruinar su vida, aunque no fuera culpa suya; sólo por ese motivo muchos hombres se negarían a casarse con ella. Ganaría el caso pero perdería su futuro. Un hombre condenado por violación podía ser exiliado; y mismo un hombre acusado de violación sería observado con sospecha, lo cual complicaría un juicio. Casi, meditó sombríamente, era un crimen tan serio como no poseer magia. El llegar a la verdad era un asunto muy peliagudo, algo que ninguna de las partes desearía airear en un juicio público. Se ganara o se perdiera, varias reputaciones saldrían seriamente dañadas. No obstante, ¿cómo se podía hacer justicia si nunca se llevaba a cabo un juicio? Esa era la razón de esta sesión privada, casi anónima. ¿Sería suficiente?

—La chica dice que caminaba al lado del Desfiladero —continuó el alguacil, estudiando sus notas—. Entonces apareció él por detrás, la sujetó, y la violó. ¿Correcto, muchachas?

Las tres mujeres asintieron, con expresión dolida y enojada. El vigoroso movimiento de la cabeza hizo que la rodilla de la muchacha que había frente a Bink temblara, causando que una sugerente onda subiera por su pierna. ¡Vaya mujer a la que se enfrentaba, vaya representación!

—Él alega que se hallaba de pie allí, y que ella se le acercó y le hizo una proposición, que él aceptó. ¿Correcto, hombres?

Bink asintió junto a los otros. Esperaba que ganara su lado; este era un asunto que le ponía nervioso.

Ahora habló el juez:

—¿Se encontraban próximos a alguna casa?

—A unos cien metros —explicó el alguacil.

—Entonces, ¿por qué ella no gritó pidiendo ayuda?

—La amenazó con arrojarla por el precipicio si hacía algún ruido —replicó el alguacil—. Estaba aterrorizada. ¿Correcto, muchachas?

Asintieron..., y las tres mostraron un breve gesto de terror, Bink se preguntó cuál de ellas había sido violada de verdad. De inmediato corrigió su pensamiento: ¿cuál había presentado la acusación? Esperaba que no fuera la que tenía delante de él.

—¿Se conocían de antes?

—Sí, su señoría.

—Por lo que supongo que, si a ella le hubiera desagradado el hombre, habría huido en el acto..., y que no la habría forzado si ella confiaba en él. En una comunidad tan pequeña como esta, la gente llega a conocerse bastante bien, y se producen pocas sorpresas verdaderas. No es algo concluyente, pero enfatiza el hecho de que ella no sentía una fuerte aversión de contactar con él, y que quizá le tentó con las consecuencias que más tarde lamentaría. Con toda probabilidad, si este caso se presentara en un juicio formal, se hallaría al hombre inocente del cargo por una cuestión de duda razonable.

Los tres hombres se relajaron. Bink notó que un hilillo sudor caía por su frente, generado al escuchar la decisión del juez.

—De acuerdo, ya habéis oído la posible sentencia del juez —comentó el alguacil—. Chicas, ¿todavía queréis llevarlo a un juicio abierto?

Con rostros sombríos, sintiéndose traicionadas, las tres muchachas sacudieron las cabezas en un no. Bink lo sintió por su contrincante. ¿Cómo podía evitar ser seductora? Era una criatura hecha para el único propósito visible de ser vio... amada.

—Entonces podéis iros —comunicó el alguacil—. Recordad; ni una palabra fuera de esta sala, o tendremos un juicio de *verdad* por desacato al juzgado.

La advertencia parecía superflua; era poco probable que las jóvenes hablaran del asunto. El culpable —oh, inocente— también mantendría la boca cerrada, y el mismo Bink lo que deseaba era largarse de aquella aldea lo antes posible. Eso solo dejaba a un hombre que tal vez deseara hablar...; sin embargo, si emitía una sola palabra, el resto sabría quién se había ido de la lengua. Se mantendría el silencio.

De modo que todo acabó. Bink se puso de pie y salió en fila junto a los demás. Todo el asunto había durado menos de la hora prometida, por lo que estaba satisfecho. Había pasado una noche bajo techo y se encontraba descansado. Lo único que ahora le hacía falta era hallar un camino que atravesara el abismo hasta el castillo del Buen Mago.

Apareció el alguacil, y Bink se le acercó.

—¿Podría decirme si hay algún camino al sur desde aquí?

—Muchacho, no querrás atravesar el Desfiladero —le respondió con firmeza el alguacil, mientras se le formaba la pequeña nube sobre la cabeza—. No hasta que puedas volar.

—Voy a pie.

—Existe una ruta, pero el dragón del Desfiladero..., eres un muchacho agradable, joven, atractivo. Hiciste un buen trabajo en el juicio. No te lo juegues todo.

¡Todo el mundo creía que era tan condenadamente joven! Sólo una magia buena, fuerte y personal, le proporcionaría la Verdadera condición de hombre a los ojos de Xanth.

—Tengo que jugármelo.

El alguacil suspiró.

—Bueno, entonces no puedo prohibírtelo, hijo. No soy tu padre. —Metió barriga, que era casi tan impresionante como la del juez, y contempló momentáneamente la nube sobre su cabeza. La nube parecía estar a punto de derramar una o dos lágrimas. Bink hizo de nuevo una mueca en su interior. Ahora, además del maternal, le daban un trato paternalista—. Aunque será complicado. Será mejor que le pidas a Wynne que te lo enseñe.

—¿Wynne?

—Tu contrincante. A la que casi violaste. —El alguacil sonrió e hizo un gesto con la mano, la nube se disipó—. No es que te culpe por ello.

La muchacha se aproximó, en apariencia como respuesta al gesto.

—Wynne, cariño, acompaña a este hombre a la pendiente sur del Desfiladero. Te recomiendo que te mantengas alejada del dragón.

—Claro —aceptó ella con una sonrisa.

La sonrisa no añadió nada a su esplendor, ya que eso era imposible, aunque lo intentó.

Bink sentía emociones encontradas. Después de este juicio, ¿supón que ella le acusara de...?

El alguacil le miró con ojos comprensivos.

—No te preocupes, hijo. Wynne nunca miente, y tampoco cambia de opinión. Pórtate bien, a pesar de lo difícil que pueda parecer, y no habrá ningún problema.

Avergonzado, Bink aceptó la compañía de la muchacha. Si podía enseñarle un camino directo y seguro para cruzar el abismo, emprendería la marcha de inmediato.

Se dirigieron hacia el este mientras el sol caía sobre sus rostros.

—¿Está lejos? —preguntó Bink, que aún se sentía incómodo por diversos motivos.

¡Si Sabrina pudiera verle ahora!

—No mucho —le contestó ella.

Su voz era suave, e involuntariamente le produjo un escalofrío. Tal vez fuera

mágica; eso esperaba, ya que no le agradaba pensar que podía ser trastornado con tanta facilidad por la simple belleza. ¡No conocía a esta muchacha!

Continuaron en silencio durante un rato. Bink lo intentó de nuevo:

—¿Cuál es tu talento?

Ella le miró, intrigada.

Oh, oh. Después del juicio, no se la podía culpar por interpretar mal sus palabras.

—Tu talento mágico —aclaró—. Lo que puedes hacer. El hechizo o...

Ella se encogió de hombros de forma evasiva.

¿Qué le ocurría a esta muchacha? Era hermosa, pero parecía un poco vacua.

—¿Te gusta vivir aquí? —inquirió.

Ella se encogió de nuevo de hombros.

Ya casi estaba seguro: Wynne era adorable pero estúpida. Vaya; podría haber sido algo excepcional para un granjero. Ahora no se extrañaba de que el alguacil no se preocupara por ella; no era de mucha utilidad.

Siguieron en silencio. Cuando giraron en un recodo, el tropezaron con un conejo que mordisqueaba una seta que había en el sendero. Asustado, el animal dio un salto en el aire y quedó allí colgado, levitando, su nariz rosa temblando.

Bink se rio.

—No te haremos daño, conejito mágico —indicó.

Wynne sonrió.

Pasaron por debajo de él. Sin embargo, el episodio, a pesar de su insignificancia, molestó a Bink cuando lo analizó..., y el motivo era familiar. ¿Por qué un conejo normal, de la variedad de jardín, poseía el poder mágico de flotar, mientras que Bink no tenía ninguno? No era justo.

En ese momento oyó una preciosa melodía que parecía empañar a sus pensamientos. Miró a su alrededor y vio que procedía de un pájaro lira. La música recorría el bosque, inundándolo de una falsa alegría. ¡Ja!

Sintió la necesidad de hablar, de modo que así lo hizo.

—Cuando era niño, siempre se burlaban de mí porque no tenía magia —dijo, sin importarle si ella lo entendía o no—. Hacía carreras ante otros que podían volar, o colocar muros en el camino, o atravesar árboles, o que podían desaparecer de lugar y surgir en otro. —Lo mismo le había contado a Cherie, la centauro; lamentaba hallarse atrapado en ese surco, y una parte irracional de su mente le decía que, si lo repetía suficiente, podría encontrar algún modo de mitigarlo—. O bien que podía lanzar un hechizo en su camino para que fuera pendiente abajo mientras yo tenía que recorrer el trayecto en toda su dureza.

Al recordar todas las indignidades, comenzó a sentirse sombrío.

—¿Puedo ir contigo? —le preguntó Wynne de repente.

Oh, oh. Tal vez pensaba que le contaría historias continuamente. No pensaba en

los rigores del viaje. En unos kilómetros, su adorable cuerpo, obviamente no hecho para el trabajo duro, se cansaría, y él tendría que cargarla.

—Wynne, mi viaje es largo, voy a ver al Mago Humfrey. No podrás recorrer todo el trayecto.

—¿No? —Su maravilloso rostro se nubló.

Todavía consciente del juicio por violación, y cauteloso ante cualquier malentendido, expuso la idea con frases cuidadas. Descendían por un sendero tortuoso en un sector bajo del camino, girando alrededor de manojos de malas hierbas y arillos con las raíces fuera. Él había tomado la vanguardia, mientras ella sujetaba su bastón de modo que, en caso de que cayera, pudiera cogerla; cuando alzó la vista y la miró, vislumbró sus exquisitos muslos, que le distrajeron. Parecía que no había ninguna parte de su cuerpo que no estuviera perfectamente moldeada. Sólo su cerebro fue pasado por alto.

—Es peligroso. Hay mucha magia mala. Voy solo.

—¿Solo? —Ella todavía estaba confusa, aunque bajaba muy bien por el sendero. ¡No había nada malo con su coordinación! Bink se sorprendió un poco de que esas piernas pudieran ser utilizadas para caminar y escalar—. Necesito ayuda. Mágica.

—El Mago cobra un año de servicio. Tú... no querrás pagarlo.

El Buen Mago era hombre, y estaba claro que Wynne no disponía de una moneda. Nadie estaría interesado en su talento. Ella le contempló, perpleja. Entonces su rostro pareció animarse, y se detuvo en el camino detrás de él.

—¿Quieres un pago? —Se llevó una mano a la parte delantera de su vestido.

—¡No! —aulló Bink, y estuvo a punto de caer del empinado sendero. Casi visualizó una repetición del juicio, con un veredicto distinto. ¿Quién creería que no se había aprovechado de la adorable idiota? Si le mostraba un poco más de su cuerpo... — ¡No! —repitió, esta vez más para sí mismo que para ella.

—Pero... —comenzó ella, apagándose otra vez.

Se vio rescatado por otra distracción. Ya se hallaban cerca del fondo, y Bink pudo contemplar en el otro extremo la senda de ascenso de la pendiente sur. No habría ningún problema en subirla. Estaba a punto de decirle a Wynne que podía volver a casa, cuando escuchó un sonido desagradable, una especie de sacudida producida por un desprendimiento. Se volvió a repetir, ahora más fuerte y contundente, sin que se pudiera definirlo de forma precisa.

—¿Qué es eso? —inquirió, nervioso.

Wynne aguzó el oído para escuchar, aunque el ruido era bastante audible. Con el cambio de equilibrio, sus pies perdieron la sujeción y comenzó a deslizarse hacia abajo. Él dio un salto para cogerla y la depositó en el fondo del abismo. ¡Qué cuerpo tan suave, elástico y tierno, qué proporciones milagrosas!

Ella giró el rostro hacia él, echándose atrás el cabello ligeramente revuelto,

mientras él la depositaba en el suelo.

—Es el dragón del Desfiladero —le comunicó.

Durante un momento se sintió confuso. Luego recordó que le había hecho una pregunta; y ahora ella se la respondía, con la fijación del pobre intelecto que poseía.

—¿Es peligroso?

—Sí.

Había sido demasiado estúpida para señalárselo antes de que se lo preguntara. Y a él no se le había ocurrido preguntarlo antes de oírlo. Tal vez, si no la hubiera estado mirando tanto...; no obstante, ¿qué hombre no la habría observado?

Ya veía al monstruo avanzar desde el oeste..., una humeante y enorme cabeza de reptil pegada al suelo. Era muy grande.

—¡Corre! —gritó.

Ella empezó a correr..., en línea recta, hacia el interior del abismo.

—¡No! —aulló él, yendo tras ella. La sujetó de un brazo y la hizo girar. Su cabello flotó como una nube negra alrededor de su rostro.

—¿Quieres un pago? —preguntó ella.

¡Hermano!

—¡Corre *hacia* allí! —gritó él, empujándola en dirección hacia la pendiente norte, ya que era la ruta de escape más cercana. Esperaba que el dragón no fuera un buen escalador.

Ella obedeció y avanzó ligera sobre el terreno. Sin embargo, los ojos del dragón del Desfiladero la siguieron atraídos por el movimiento. La criatura viró para interceptarla. Bink se dio cuenta de que no podría llegar al sendero a tiempo. El monstruo se abalanzaba a la velocidad de un centauro.

Corrió de nuevo en pos de ella y la detuvo, casi lanzándola de vuelta hacia el sur. Incluso en ese momento de desesperación, su cuerpo tenía una cualidad flexible y atrayente que amenazó con distraer su atención.

—¡Por allí! —indicó—. ¡Nos está alcanzando!

Actuaba tan estúpidamente como ella al cambiar de idea en el momento en que su perdición se cernía sobre ellos.

De algún modo, tenía que despistar al monstruo.

—¡Eh, cara humeante! —voceó, mientras agitaba los brazos como un poseso—. ¡Mírame!

El dragón miró. También lo hizo Wynne.

—¡Tú no! —gritó—. Cruza el sendero. Sal del Desfiladero.

Ella emprendió de nuevo la carrera. Nadie podía ser tan estúpido como para no comprender el peligro existente.

Ahora la atención del dragón estaba centrada en Bink. Cambió de rumbo otra vez, cargando contra él. Poseía un cuerpo largo y sinuoso y tres pares de poderosas patas.

Las patas alzaban el torso y lo lanzaban hacia delante, lo que le permitía avanzar varios metros por zancada. El proceso parecía torpe..., pero esa cosa se movía de modo desconcertante y veloz.

¡Era el momento de que él corriera también! Bink bajó por el abismo y se dirigió hacia el este. El dragón ya le había cortado el sendero del norte, y no deseaba conducirlo en la dirección que había tomado Wynne. Pese a su extraño sistema de propulsión, corría más rápido que él; no había duda de que su velocidad era aumentada por la magia. Después de todo, se trataba de una criatura mágica.

¿Y su teoría de que ninguna criatura que tuviera magia e inteligencia podía ser mágica en sí misma? Si eso era válido, esta cosa no debía ser muy inteligente. Así lo esperaba Bink, prefería tener que superar intelectualmente a un dragón torpe que a uno listo. En especial cuando su vida dependía de ello.

De modo que corrió..., pero ya sabía que era inútil. Estaba en el terreno de caza del dragón, el factor que detenía a la gente de intentar cruzar el abismo a pie. Debería haber sabido que un abismo hecho con magia no estaría desatendido. Algo o alguien, no deseaba que la gente cruzara con libertad de la parte norte de Xanth a la parte sur. En especial, la gente sin magia como él.

Bink jadeaba, sin aliento, y comenzaba a sentir un dolor en su costado. Había subestimado la velocidad del dragón. No era un poco más veloz que él, era sustancialmente más rápido. La enorme cabeza se lanzó hacia delante, y el vapor flotó a su alrededor.

Bink lo inhaló. No era tan caliente como había temido, y tenía un ligero olor a madera quemada. No obstante, era desagradable. Se atragantó y tosió..., a la vez que tropezaba con una piedra y caía de bruces. Su bastón voló fuera de sus manos. ¡Ese fatal momento de distracción!

El dragón, incapaz de frenar en seco, pasó por encima suyo. Era tan largo y bajo que no podía caer. El cuerpo metálico siguió disparado y, debido a la inercia, la cabeza no podía atraparlo. Si la magia incrementaba la velocidad de la cosa, no podría disponer de magia que le ayudara a frenar. Esa era una pequeña bendición.

Bink perdió momentáneamente la respiración a causa de su caída. Apenas tenía aire. Jadeó en busca de más, incapaz de concentrarse en otra cosa, ni siquiera en escapar. Mientras yacía paralizado a todos los efectos, el segundo par de patas cayó..., justo encima de él. Bajaron como si estuvieran pegadas y dispuestas a empujar otra vez el pesado cuerpo hacia delante y hacia arriba. No podía ni rodar a tiempo para esquivarlo. ¡Lo aplastaría!

Las masivas garras de la pata derecha aterrizaron de lleno en la roca con la que él tropezó. Era una piedra grande, mayor de lo que aparentaba, y, por suerte, había caído del lado más bajo. Se hallaba tumbado en una especie de trinchera erosionada y las tres garras fueron desviadas por la roca, de manera que una se fue a su izquierda, otra

a la derecha, y la del centro pasó por encima suyo en un arco, apenas rozando el suelo. En esa pata casi había una tonelada de carne de dragón, y ni un gramo le había tocado. ¡Un lugar afortunado que jamás habría conseguido si lo hubiera planeado así!

Casi había recuperado el aliento y la pata ya no estaba, preparada de nuevo para el siguiente salto. Si hubiera podido hacerse a un lado, una de esas garras lo habría convertido en papilla.

Sin embargo, un golpe de suerte no significaba el fin de sus problemas. El dragón estaba girando con la intención de localizarle otra vez, humeando a lo largo de su extenso torso. Era maravillosamente flexible, capaz de realizar una vuelta en forma de U cerrada en caso necesario. Bink habría admirado mucho más esa cualidad desde una distancia segura. Como una serpiente, el monstruo podía enroscar todo su cuerpo, llegando hasta él cada vez que intentara esconderse. Comprendía por qué avanzaba a saltos; no tenía una columna vertebral rígida. Sabiendo de antemano que era inútil, Bink intentó de todos modos escapar. Se lanzó debajo de esa cola gruesa como el tronco de un árbol. La cabeza le siguió, y las aletas nasales persiguieron su olor de forma tan precisa como los ojos trazaron su movimiento.

Bink invirtió su trayectoria y saltó por encima de la cola, buscando con las manos un asidero. Tuvo suerte; algunos dragones poseían escamas con bordes aserrados que cortaban la carne de cualquier criatura que las tocara; las de este eran inocuas y redondeadas. Probablemente se debía a una característica de la supervivencia en un abismo semejante, aunque Bink no estaba seguro de la causa. ¿Las escamas afiladas se engancharían a las cosas y frenarían la velocidad de ese monstruo que corría pegado al suelo?

Dio una voltereta por encima de la cola..., y la cabeza del dragón le siguió, inexorable. Ahora no lanzaba vapores; tal vez el monstruo no deseara calentar su propia carne. Ya sabedor de su conquista y su comida, y jugaba al gato y al ratón con la presa, pero él nunca había visto a un hombre gato hacerlo. Posiblemente, los felinos de verdad jugaran así, aunque, por alguna razón, en esta época no quedaban muchos gatos..., ni ratones.

De nuevo dejaba que su mente se apartara de su atención inmediata; no podía permitirse ese lujo. ¿Podría conseguir que el dragón iniciara una alegre cacería alrededor de su cuerpo, de modo que se hiciera un nudo? Lo dudaba; sin embargo, quizá debiera intentarlo. Era mejor que dejar que se lo tragaran.

Se encontraba de vuelta en la roca con la que había tropezado. Ahora su posición estaba cambiada; el peso en movimiento del dragón la había dislocado. Se veía una grieta en el terreno en el que antes se hallara: un agujero profundo y oscuro.

A Bink no le gustaban los agujeros en la tierra; nunca se sabía qué podía acechar ahí dentro: niquelpiés, piojos con aguijones, gusanos argolla, fango de lepra... ¡ugh! Sin embargo, no le quedaba otra opción entre las revueltas del dragón del

Desfiladero. Saltó al agujero con los pies por delante.

La tierra cedió con su peso, pero no lo suficiente. Se hundió hasta los muslos, y allí se quedó, inmóvil.

El dragón, viendo que estaba a punto de escapar, lanzó un torrente de vapor. De nuevo se trataba de vapor cálido, no ardiente; en realidad, era un poco más caliente que su aliento. Después de todo, este no era un dragón de fuego, sino un falso dragón de fuego. Poca gente tendría la oportunidad de acercarse demasiado como para reconocer la diferencia. La niebla bañó a Bink, empapándole por completo, y convirtió la tierra que le aprisionaba en un cenagal. Lubricado de esta forma, comenzó a moverse otra vez. Hacia abajo.

El dragón intentó cogerlo..., pero Bink, con un ruido seco, cayó a través de la tierra que le constreñía con un sonido de succión que fue un complemento al inútil chasquear de los dientes del dragón. Descendió más de tres metros hasta chocar contra roca sólida. Sus pies notaron el impacto, en especial el tobillo que se había torcido, aunque no sufrió ningún daño. Bajó la cabeza y tanteó en la oscuridad que le rodeaba. Se encontraba en una cueva.

¡Qué suerte! Pero todavía no se hallaba a salvo. El dragón extraía la tierra con las garras, sacando trozos mezclados con rocas mientras su aliento la convertía en barro. Viscosos grumos cayeron sobre el suelo de la cueva. La abertura se estaba ampliando y dejaba pasar más luz. Pronto sería lo suficiente grande como para que entrara la cabeza del dragón. El destino de Bink sólo había sido pospuesto. Esta no era una ocasión para la cautela. Bink avanzó con las manos unidas delante suyo, los brazos arqueados hasta formar un círculo horizontal. Si golpeaba contra una pared, únicamente se lastimaría los antebrazos. Mejor un cardenal que el crujir de los dientes del dragón.

No chocó con una pared. A cambio, sus pies resbalaron por el barro y cayó de bruces. Aquí había agua —agua de verdad, no el aliento de dragón—, un pequeño hilillo de agua que descendía.

¿Hacia abajo? ¿Hacia *adónde*? ¡Seguro que había un río subterráneo! Esa podía ser la causa del repentino cañón. Tal vez el río llevara aquí abajo siglos formando el túnel y, de pronto, el terreno de arriba se había colapsado y creado el abismo. Un agujero causado por ese fenómeno. Ahora el río fluía otra vez..., y con toda seguridad él se ahogaría si caía en su superficie, ya que no existía ninguna garantía de que su corriente fuera lenta o que hubiera encima una cámara de aire. Aunque nadara bien, podía ser devorado por los monstruos del río, por la clase especialmente maligna que frecuentaba las aguas oscuras y frías.

Bink se arrastró pendiente arriba con las manos. Vio un pasaje lateral que subía, y lo siguió con tanta rapidez como le fue posible. Pronto vislumbró un rayo de luz. ¡Salvado!

¿Salvado? No mientras el dragón aún acechara. Bink no se atrevería a salir hasta que se marchara. Tendría que aguardar, con la esperanza de que el predador no cavara hasta su escondite. Se acuclilló mientras intentaba que no le cayera más barro. El sonido que producía el dragón al cavar disminuyó y, luego, cesó por completo. Hubo silencio, pero eso no engañó a Bink. Por regla general, los dragones pertenecían al tipo de animales que se escondían y atacaban de súbito. Por lo menos los de tierra. Cuando estaban en movimiento avanzaban con bastante rapidez, pero no podían mantener la velocidad durante mucho tiempo. Un dragón, por ejemplo, jamás tendría éxito en perseguir a un venado, aunque este careciera de magia de escape. No obstante, los dragones eran muy buenos en la espera. Bink tendría que permanecer quieto hasta que decidiera alejarse.

Fue una larga espera, complicada por la fría incomodidad del barro, y la oscuridad, y su ropa mojada por la exhalación anterior del dragón. Todo ello sumado al hecho de que no estaba seguro de que el dragón esperara o no ahí fuera. Quizá todo esto fuera en vano; tal vez ahora el dragón estuviera riéndose mientras se retiraba en silencio —podían ser bastante silenciosos si querían— a cazar a otra parte.

¡No! Eso era lo que el predador quería que él pensara. No se atrevió a emerger, ni siquiera a moverse, para que la cosa no le oyera. Esa era la razón de que ahora todo estuviera tan tranquilo: se hallaba a la escucha. Los dragones poseían excelentes sentidos; quizás ese era el motivo de que fueran tal corrientes en las regiones del yermo..., y tan temidos. Pertenecían al tipo de los supervivientes. En apariencia, su olor había impregnado la zona y flotaba por varios canales de ventilación, de manera que no delataba su situación precisa. El dragón no se agotaría cavando por todo el sistema de cuevas. Sin embargo, podría atraparlo por el sonido y la vista.

Ahora que permanecía inmóvil por completo tenía frío. En Xanth era verano, y tampoco hacía una temperatura muy baja en invierno, ya que muchas plantas poseían magia de calor, control local del clima u otros mecanismos de confort. Pero el abismo apenas si poseía alguna vegetación, y la poca que había estaba protegida del sol, y el aire frío tendía a quedar atrapado cuando bajaba. Había pasado un buen rato para que el calor de sus movimientos se disipara, y ahora no paraba de tiritar. ¡No se podía permitir el lujo de temblar tanto! Le dolían los pies y las piernas, que se empezaban a acalambrear. Como remate a todo ello, le picaba la garganta. Estaba medio resfriado. Su actual incomodidad no le ayudaría mucho para no enfermarse, y no podía ir a ver al médico del pueblo en busca de un hechizo medicinal.

Trató de distraerse pensando en otras cosas, pero no le apetecía recordar de nuevo los diversos ultrajes de su amarga infancia, o la frustración de tener a una muchacha adorable como Sabrina y no poder abrazarla debido a su carencia de magia. El recuerdo de chicas adorables le trajo a la mente a Wynne; ¡no habría sido humano si no hubiera reaccionado ante sus fantásticos cuerpo y rostro! Sin embargo,

era de una estupidez tan abismal; además, él ya estaba comprometido, de modo que no tenía motivos para pensar en ella. Sus esfuerzos por distraerse no le sirvieron de nada; era mejor sufrir en un silencio mental.

Entonces fue consciente de algo más insidioso. Había sido visible durante un instante pero no lo había notado por la distracción en sus otras preocupaciones. Era algo periférico, casi subliminal. Una especie de parpadeo, no desapareció cuando lo encaró, pero que volvió a instalarse en el borde de su campo de visión. ¿Qué era? ¿Algo natural... o algo mágico? ¿Inocente o siniestro?

Entonces lo reconoció. ¡Una sombra! Un espíritu real a medias, un fantasma, o un muerto atormentado, destinado a merodear en la oscuridad y la noche hasta que sus malos actos fueran reparados o su malicia exonerada. Como las sombras no podían moverse de día, o penetrar en la luz, o introducirse en lugares atestados, no representaban ninguna amenaza para la gente corriente en circunstancias corrientes. La mayoría se hallaban atados al lugar de su fallecimiento. Como Roland le había aconsejado a Bink hacía mucho tiempo: «Si una sombra te molesta, aléjate de ella». Eran fáciles de burlar.

Sólo si una persona estúpidamente descuidada dormía cerca de la morada de una sombra se encontraba en peligro. A una sombra le llevaba, más o menos, una hora infiltrarse en el cuerpo de un ser vivo, y una persona podía alejarse cuando lo quisiera y quedar libre de él. Roland, una vez, en un arranque poco característico de ira, amenazó con atontar a un molesto infractor y abandonarlo cerca de la guarida de una sombra. El hombre se marchó en seguida.

Ahora Bink no se encontraba ni atontado ni dormido; sin embargo, si se movía, el dragón del Desfiladero le atacaría. Y, si no lo hacía, la sombra se infiltraría en su cuerpo. ¡Y esa podría ser realmente una suerte peor que la muerte!

Y todo debido a que había intentado rescatar a una hermosa y vacua muchacha de un dragón. En el folclore, un héroe así siempre recibía un premio de lo más intrigante. En la realidad, el héroe tenía todas las posibilidades de encontrarse él mismo en una situación en la que tuvieran que rescatarle, como ahora. Bueno, esta era la justicia de la vida real en Xanth.

La sombra se volvió más insistente; tal vez creyera que estaba indefenso o distraído. No brillaba; se trataba sólo de una oscuridad inferior a la de la cueva. Podía verla bastante bien si no la observaba directamente: era un contorno varo vago y muy triste.

Bink deseó saltar lejos de allí, pero estaba limitado por la húmeda pared, aunque, de todos modos, no podía permitirse dar un paso. No importaba lo silencioso que fuera el dragón le oiría. Podía caminar en sentido recto, atravesar la sombra, y lo único que sentiría sería un momentáneo escalofrío, como el de la tumba. Ya le había ocurrido en ocasiones. Era desagradable, pero nada crítico. No obstante, si lo hacía el

dragón caería sobre él.

Quizá, al estar descansado, pudiera correr y adquirir cierta ventaja antes de que el dragón despertara. Con toda seguridad, ahora estaba durmiendo, recuperando fuerzas, mientras sus sensibles oídos estaban sintonizados a su presa.

La sombra le tocó. Bink apartó el brazo..., y el dragón se agitó arriba. ¡Ya sabía que se encontraba allí! Bink permaneció inmóvil..., y el dragón le volvió a perder. La simple sacudida no había bastado.

El dragón comenzó a recorrer el lugar en círculos, con la intención de rastrear su olor. Su enorme nariz pasó por la grieta superior; el vapor cayó a chorros. La sombra retrocedió alarmada. Luego el dragón se posó en el suelo, abandonando de momento la cacería. Sabía que su presa, tarde o temprano, se delataría. Cuando se trataba de esperar, los dragones se hallaban mejor equipados que los humanos.

Otro giro de reptil, y el extremo de la cola bajó por la grieta hasta tocar casi el fondo. Si quería escapar, Bink habría de pasar a su lado. ¿Cuáles eran sus posibilidades?

De repente, a Bink se le ocurrió una idea. El dragón era un animal vivo, aunque mágico. ¿Por qué la sombra no podía apoderarse de *su* cuerpo? Un dragón dominado por una sombra tendría otras cosas en mente que devorar a una persona oculta. Si tan sólo pudiera situarse de manera que la cola que colgaba quedase colocada entre él y la sombra...

Lo intentó, cambiando su postura con una tediosa lentitud, tratando de alzar un pie para adelantarlo. En silencio. Pero, en el momento en que lo levantó, le dolió y sintió un pinchazo. La cola del dragón se contrajo, y Bink tuvo que congelar sus actos. Era terriblemente extraño, ya que su equilibrio en esta postura acuclillada era, como mucho, tenue, y ahora sintió como si tuviera los dos pies en llamas. La sombra avanzó de nuevo.

Bink trató de apoyar el pie más lejos, con el fin de lograr una postura más confortable sin caerse. ¡Y alejarse de la sombra! Una agonía recorrió otra vez su cuerpo y la cola se contrajo de nuevo; volvió a quedarse quieto, en una postura más incómoda aún. Y otra vez la sombra se le acercó. No podía seguir así. La sombra tocó su hombro. En esta ocasión, Bink adoptó la determinación de no moverse; con toda seguridad habría perdido el equilibrio y luego su vida. El contacto fue espantosamente fresco, no frío; le puso la piel de gallina. ¿Qué debía hacer?

Se controló con un enorme esfuerzo. A la sombra le llevaría una hora apoderarse de su cuerpo; él podría quebrar el hechizo, antes de que estuviera completo, en el instante que quisiera. El dragón le engulliría en segundos. Aunque la idea pareciera extraña, la sombra era una elección mejor; por lo menos, era lenta. Quizá en media hora el dragón se habría marchado... ¡Quizá también la luna caería del cielo y ahogaría al dragón en queso verde! ¿Por qué desear lo imposible? Si el dragón no se

marchaba, ¿entonces qué? Bink no lo sabía. Hasta ahora no veía muchas alternativas.

La sombra progresaba inexorable, enfriando su hombro hasta parte del pecho y la espalda. Bink sentía esa intrusión con asco apenas reprimido. ¿Cómo era posible entregarse a esta invasión de los muertos? No obstante, tenía que hacerlo, al menos durante un rato, si no deseaba que el dragón lo convirtiera con rapidez también en una sombra. ¿O sería preferible eso? Mejor que muriera como un hombre. La espantosa esencia fría estaba afectando con lentitud su cerebro. Ahora Bink se hallaba aterrorizado, pero siguió inmóvil; ya no podía apartar más la cabeza. El horror prosiguió su avance, y sintió que se hundía, que se perdía, anulado por... Y entonces le sobrevino una extraña calma.

Paz, comentó la sombra en el interior de su mente.

¿La paz del bosque de pinos, donde los durmientes jamás despertaban? Bink no podía protestar en voz alta debido a los oídos del dragón. Se aprestó para realizar un último esfuerzo para salir de esta horrible posesión. Se lanzaría más allá de la cola del dragón antes de que el monstruo pudiera reaccionar, se arriesgaría con el río subterráneo.

¡No! ¡Amigo, yo puedo ayudarte!, gritó en su interior la sombra, esta vez más fuerte.

De forma insidiosa, Bink comenzó a tener fe. En tono del espíritu parecía sincero. Quizá fuera por el contraste con las alternativas: ser devorado por el dragón o ahogarse en el río.

Un intercambio justo, insistió el espíritu. *Deja que entre en ti durante una hora. Salvaré tu vida y, cuando finalice mi responsabilidad, me disiparé.*

Poseía el tono de la convicción. De todas formas, Bink enfrentaba a la muerte; si la sombra, de algún modo, podía salvarle, eso bien valdría una hora de posesión. Era verdad que las sombras se disipaban una vez desaparecía la responsabilidad contraída.

No obstante, no todas eran honestas. Las sombras criminales les eran a menudo recalcitrantes, y no elegían expiar los pecados cometidos en vida. En vez de ello, añadían más a su cuenta en la muerte, bajo la protección de la nueva identidad, arruinando la reputación del desafortunado al que controlaban. Después de todo, la sombra tenía poco que perder; ya estaba muerta. La absolución la enviaría nuevamente al olvido o al lugar que tenía reservado en las regiones infernales; todo dependía de cuál fuera su fe. No era de extrañar que algunas eligieran no morir nunca.

¡Mi esposa, mi hijo!, imploró la sombra. *Pasan hambre y sufren, ignorantes de mi condición. Debo decirles dónde crece el árbol de plata en el cual morí, de forma que puedan localizarlo.*

¡El árbol de plata! Bink había oído hablar de él. Un árbol con hojas de plata pura,

de increíble valor..., ya que la plata era un metal mágico. Ayudaba a repeler la magia maligna; una armadura hecha con ese material podía resistir armas mágicas. Y, claro, también se la podía utilizar como dinero.

¡No, es para mi familia!, gritó la sombra. Para que nunca más vivan en la pobreza. ¡No la cojas para ti!

Eso convenció a Bink. Una sombra deshonesto le habría prometido cualquier cosa; esta sólo prometía vida, no riquezas.

De acuerdo, pensó Bink, con la esperanza de no estar cometiendo un grave error. Cuando se entregaba la confianza sin sabiduría...

Aguarda a que la fusión sea completa, le comunicó la sombra. *No puedo ayudarte hasta que no me convierta en ti.*

Bink esperaba que no fuera un engaño. En realidad, ¿qué tenía que perder? ¿Y qué ganaría la sombra con una mentira? Si engañaba a Bink, únicamente compartiría la sensación de ser devorado por el dragón. Entonces los dos serían sombras..., Bink sería una muy iracunda. Se preguntó qué le podía hacer una sombra a otra. Mientras tanto, aguardó. Por fin se completó el proceso. Era Donald, el explorador, hombre cuyo talento era el de volar.

—¡Nos vamos! —gritó Donald, exultante, a través de los labios de Bink.

Alzó los brazos como si fuera a lanzarse al agua, y levitó a través de la grieta del techo, con tanta fuerza que montones de roca y barro brotaron lanzados a los lados.

El puro resplandor del día los cegó cuando emergieron. El dragón del Desfiladero necesitó un momento para centrarse en el extraño acontecimiento, luego lanzó un mordisco. Pero Donald hizo otro esfuerzo y voló con tanta velocidad que los dientes se cerraron en el aire. Con fuerza, le propinó patada en el hocico al monstruo.

—¡Ja, dientes sueltos! —aulló—. ¡Toma eso!

Y golpeó con rabia la parte suave del hocico. Las mandíbulas, incrédulas, permanecieron abiertas, y una nube de vapor brotó de ellas. Donald ya se alejaba más allá de su alcance. El dragón no tuvo ninguna oportunidad de cogerles.

Hacia arriba; hacia arriba volaron, fuera del cañón, por encima de los árboles y las pendientes. El único esfuerzo era mental, ya que se trataba de un vuelo mágico. Siguieron un curso horizontal en dirección al norte, a través de Xanth. Con una reacción tardía, Bink se dio cuenta de que poseía un talento mágico. Por delegación, por supuesto..., pero, por primera vez en su vida, experimentó lo que todos los ciudadanos de Xanth experimentaban. Estaba poniendo en práctica su talento. Ahora ya sabía lo que se sentía.

Era maravilloso.

El sol caía a plomo; ya era mediodía. Volaban entre las nubes. Bink notó una cierta incomodidad en sus oídos, pero una reacción automática de su otro yo los destapó. Se preguntó por qué el volar molestaba a los oídos; quizá fuera debido a que

aquí arriba no había mucho que escuchar.

También por primera vez, contempló en su totalidad el contorno superior de las nubes. Desde abajo se las veía generalmente planas, pero desde arriba parecían esculpidas con elegancia, aunque un poco al azar. Lo que parecían diminutas bolas desde la tierra eran grandes masas de niebla aquí. Donald las atravesó con ecuanimidad; sin embargo, a Bink no le agradó la pérdida de visión. Estaba nervioso por el temor de chocar con algo.

—¿Por qué tan alto? —inquirió—. Apenas puedo ver el suelo.

Eso era una exageración; lo que quería decir era que no podía distinguir los detalles a los que estaba acostumbrado. Además, le hubiera gustado que alguna gente le viera volar. Podría pasar por encima del Poblado del Norte dejando boquiabiertos a los que se burlaban de él y así quedar cualificado para su ciudadanía..., no, no sería honesto. Era una pena que las cosas más tentadoras no fueran las correctas.

—No deseo hacer publicidad —indicó Donald—. Podría complicar las cosas si la gente pensara que me encontraba vivo de nuevo.

Oh. Quizá tuviera razón. Habría nuevas expectativas, tal vez deudas que pagar, unas que la plata no podría saldar. Los asuntos de la sombra eran por necesidad anónimos, por la menos hasta donde estuviera involucrada la comunidad.

—¿Ves aquel resplandor? —le indicó Donald por entre dos nubes—. Es el roble de plata. Se halla tan bien escondido que sólo se puede divisar desde arriba. Pero yo le puedo explicarle a mi hijo el lugar exacto donde localizarlo. Entonces podré descansar.

—Desearía que pudieras decirme dónde encontrar un talento mágico —acotó Bink con tristeza.

—¿No posees ninguno? Cada ciudadano de Xanth tiene magia.

—Esa es la razón por la que no soy un ciudadano —expuso Bink sombrío. Los dos hablaban a través de la misma boca—. Voy en busca del Buen Mago. Si él no puede ayudarme, me exiliarán.

—Sé lo que se siente. Pasé dos años exiliado en aquella cueva.

—¿Qué te sucedió?

—Volaba de regreso a casa después de haber encontrado el árbol de plata cuando surgió una tormenta. Estaba tan excitado por el pensamiento de las riquezas que no pude esperar. Me arriesgué en un viaje con fuertes vientos..., y fui lanzado al desfiladero. El impacto fue tan grande que cuando aterricé en la cueva ya estaba muerto.

—No vi huesos.

—Tampoco viste ningún agujero en la tierra. El barro me cubrió por completo, y luego mi cuerpo fue empujado al río.

—Sin embargo...

—¿Acaso lo ignoras todo? Es el sitio donde ocurre la muerte lo que encadena a la sombra, no el lugar donde yace el cadáver.

—Oh. Lo siento.

—Me resistí, aunque sabía que era inútil. Entonces llegaste tu. —Donald hizo una pausa—. Mira, me has hecho un gran favor..., compartiré la plata contigo. En ese árbol hay suficiente para mi familia y para ti. Sólo me tienes que prometer que no le dirás a nadie más dónde se encuentra.

Bink se sintió tentado; un momento de reflexión, sin embargo, hizo que cambiara de idea.

—Necesito magia, no plata. Sin la magia, me veré exiliado de Xanth, de forma que no podré compartir la plata. Con magia..., no me importan las riquezas. De modo que, si deseas compartirla, hazlo con el árbol; no te lleves todas sus hojas, sino unas pocas cada vez, y planta las bellotas de plata que tengan, de manera que el árbol continúe viviendo con salud y tal vez se reproduzca. A la larga, esa será una forma más productiva.

—Fue un día afortunado para mí cuando caíste en la cueva dijo Donald.

Trazó una curva y descendió.

Los oídos de Bink se destaparon de nuevo mientras bajaban. Aparecieron en el claro de un bosque, luego anduvieron medio kilómetro hasta llegar a una granja aislada y desvencijada. Le llevó a Bink toda esa caminata eliminar los calambres de sus piernas.

—¿No es hermoso? —preguntó Donald.

Bink observó las tambaleantes vallas y el techo semihundido. Unos pocos pollos picoteaban entre las malas hierbas. Pero para un hombre cuyo amor estaba invertido aquí, un amor suficiente como para mantenerlo dos años después de su muerte, debía tratarse del más bonito de los lugares.

—Hummm —comentó.

—Sé que no es mucho..., sin embargo, después de aquella cueva, es como el mismo cielo —prosiguió Donald—. Mi mujer e hijo poseen magia, por supuesto, pero con eso no es suficiente. Ella cura las plumas marchitas en los pollos, y él hace remolinos de viento. Ella apenas gana lo suficiente para alimentarse ambos. No obstante, es una buena esposa, y adorable más allá de cualquier descripción.

Entraron en el patio. Un niño de siete años de edad levantó vista del dibujo que realizaba en el polvo. A Bink le recordaba ligeramente al niño-lobo que había dejado..., ¿hacía sólo horas? Pero esa impresión desapareció cuando el niño abrió labios.

—¡Lárgate! —aulló.

—Será mejor que no se lo cuente —pronunció con lentitud Donald, un poco cortado—. Dos años..., eso es mucho tiempo esa edad. Y no reconoce este cuerpo.

Mira cómo ha crecido.

Llamaron a la puerta. Respondió una mujer, vulgar, con un vestido pobre, el cabello recogido hacia atrás, con un pañuelo sucio. En su mejor época tal vez podría haber sido ordinaria, ahora el trabajo duro la había envejecido prematuramente.

¡No ha cambiado ni un ápice!, pensó Donald con admiración.

En voz alta, exclamó:

—¡Sally!

La mujer le contempló con ignorante hostilidad.

—Sally..., ¿no me reconoces? He vuelto de entre los muertos para arreglar mis asuntos.

—¡Don! —pronunció ella, y sus pálidos ojos se iluminaron por fin.

Entonces los brazos de Bink la abrazaron y sus labios besaron los de ella. La vio a través de las abrumadoras emociones de Donald..., y era buena y adorable más allá de toda descripción.

Donald dio un paso atrás, contemplando el esplendor del amor de ella a medida que hablaba:

—Recuerda esto, cariño: a veintiún kilómetros hacia el nornordeste de la pequeña represa de molino, al lado de un pronunciado risco que va de este a oeste, hay un árbol de plata. Ve a recolectarlo..., unas pocas hojas cada vez, de modo que no sufra daño alguno. Vende el metal tan lejos de aquí como puedas, o que un amigo actúe por ti. No comentes con nadie la fuente la riqueza. Cásate de nuevo..., con eso tendrás una buena dote. Quiero que tú seas feliz y que el muchacho tenga un padre.

—Don —repitió ella, con los ojos bañados por lágrimas de alegría y pena—. Ahora que has vuelto, no me importa la plata.

—¡No he vuelto! Estoy muerto, y sólo he retornado como sombra para contarte lo del árbol. Tómallo, úsalo, de lo contrario mi lucha habrá sido en vano. ¡Promételo!

—Pero... —comenzó ella, y entonces vio la expresión de su marido—. De acuerdo, Don, te lo prometo. ¡Pero nunca amaré a ningún otro hombre!

—Mi responsabilidad ha sido cumplida, mis tareas realizadas —comentó Donald—. Una vez más, amada. —Se inclinó para besarla de nuevo... y se disipó.

Bink se encontró besando la mujer de otro hombre. Ella lo supo de inmediato y apartó la cara.

—Oh, lo siento —se disculpó Bink, humillado—. Tengo que irme.

Ella le contempló con ojos repentinamente duros. La poca felicidad que le quedaba le había sido arrebatada por la breve manifestación de su marido.

—¿Qué te debemos, desconocido?

—Nada. Donald salvó mi vida al transportarnos lejos del Desfiladero del dragón que hay en el abismo. La plata es toda vuestra. Nunca les volveré a ver.

Ella se suavizó cuando comprendió que él no les quitaría la plata.

—Gracias, desconocido. —Luego, movida por un evidente impulso, añadió—: Podemos compartir la plata si lo deseas. Él me dijo que me casara de nuevo...

¿Casarse con ella?

—No poseo magia —dijo Bink—. Me exiliarán.

Era la manera más amable que se le ocurría de declinar la oferta. Ni toda la plata de Xanth, a ningún nivel, podía hacer que la situación le resultara atractiva.

—¿Te quedarás a comer?

Estaba hambriento, pero no tanto.

—He de emprender mi camino. No le cuente a su hijo la aparición de Donald; él creyó que si lo hacía sólo heriría al muchacho. Adiós.

—Adiós —dijo ella.

Por un momento vislumbró en la mujer la belleza que Donald había visto en ella; luego, eso también se perdió.

Bink dio media vuelta y se marchó. Al salir de la granja notó que un pequeño remolino de polvo se dirigía hacia él, producto de la pequeña malicia del niño hacia los extraños. Bink lo esquivó y se dio prisa. Estaba contento de haber hecho este favor al explorador, aunque también sentía alivio de que hubiera terminado. Nunca antes había apreciado en su medida lo que podía significar la pobreza y la muerte para una familia.

4

Ilusión

Bink continuó su viaje..., en el lado equivocado del abismo. ¡Si tan sólo la granja de Donald hubiera estado hacia el sur!

Qué extraño resultaba el que aquí todo el mundo conociera existencia del abismo y lo diera por hecho..., cuando en el poblado del Norte nadie lo sabía. ¿Podía tratarse de una conspiración de silencio? Parecía poco probable, ya que tampoco los centauros parecían saberlo, y ellos solían estar muy bien informados. Su existencia se remontaba como mínimo a dos años atrás; según le había informado la sombra, llevaba ese período de tiempo allí, y casi seguro mucho más, porque el dragón del Desfiladero debió haber pasado toda su vida en él.

Sería un hechizo: un encantamiento de ignorancia, de modo que sólo la gente de la inmediata vecindad del abismo fuera consciente de su existencia. Aquellos que se marchaban, lo olvidaban. Estaba claro que nunca hubo un sendero abierto que atravesara desde el norte hasta el sur de Xanth..., no en años recientes.

Bueno, eso no era asunto suyo. Tendría que rodearlo. No intentaría cruzarlo otra vez; lo único que salvó su piel fue una fenomenal serie de coincidencias. Bink sabía que las coincidencias eran un aliado peligroso.

La tierra aquí era verde y montañosa, con helechos rayados que crecían hasta la altura de la cabeza e impedían ver muy lejos. Ahora no tenía ningún sendero claro. Se perdió en una ocasión, despistado en apariencia por un hechizo de aversión. Algunos árboles se protegían de ser molestados haciendo que el viajero se apartara y pasara a una cierta distancia de ellos.

Quizás esa era la causa de que el roble de plata hubiera permanecido tanto tiempo sin ser descubierto. Si alguien se metía en una arboleda así, podría ser desviado bastante lejos de su camino e incluso meterse en un trayecto perpetuamente circular. Podía ser muy difícil quebrar esa clase de trampas que no eran tan obvias; el viajero creía que se dirigía a donde él deseaba ir.

En otra ocasión halló un sendero muy estrecho que discurría en su dirección..., era tan perfecto que una cautela repentina le impulsó a abandonarlo. Había una especie de plantas que hacían que el acceso resultara muy atractivo, justo hasta el momento en que cerraban sus trampas.

De este modo transcurrieron tres días. Pero seguía en buena forma, aparte su resfriado. Encontró algunos ramilletes medicinales que le ayudaron a despejar su nariz, y aliviar el dolor de cabeza. Como el aspecto de Bink era inofensivo, tuvo la buena suerte de encontrar alojamiento decente cada noche, aunque tuvo que pasar algunas horas de trabajo, ganándose la cama. La gente de esta zona interior poseía un talento mínimo; su magia era de la variedad de «una mancha en la pared». De modo

que, básicamente llevaban vidas mundanas, y siempre tenían tareas menores que realizar.

Finalmente, la tierra condujo al mar. Xanth era una península que nunca había sido bien cartografiada —¡el abismo oculto lo probaba!—, de modo que sus imprecisas dimensiones eran desconocidas, tal vez impenetrables. En general, era una especie de óvalo oblongo que se extendía de norte a sur, conectado a Mundania por un estrecho puente de tierra al noroeste. Indudablemente en su momento fue una isla, y por ese motivo desarrolló su especial tipo de vida, libre de la interferencia del mundo exterior. Ahora, el Escudo le había devuelto el aislamiento, poniendo una barrera en ese puente de tierra con la cortina de muerte y eliminando a los marineros de los barcos invasores. Si ello no fuera suficiente, se rumoreaba la existencia de feroces monstruos marinos cerca de la costa... No, Mundania ya no se entrometía.

Bink tuvo la esperanza de que el mar le permitiría rodear el abismo. Seguro que el dragón del Desfiladero no podía nadar y los monstruos marinos no se acercarían demasiado a tierra. Tendría que haber una parte estrecha en la que no reinaran ni el dragón ni los monstruos marinos. Tal vez una playa que pudiera cruzar, y en la que pudiera lanzarse al agua si el dragón del abismo cargaba contra él, e internarse en tierra firme cuando la amenaza viniera desde el mar.

Allí estaba: una hermosa línea de blanca arena que se extendía de un lado a otro del abismo. No había ningún monstruos a la vista. Apenas podía creer en su buena suerte..., por lo que decidió ponerse en marcha antes de que cambiara.

Bink llegó corriendo a la playa. Durante diez pasos todo fue bien. Entonces su pie tocó agua, y cayó sobre salmuera.

La playa era una ilusión. Había caído en la más elemental las trampas. ¿Qué mejor manera para que un monstruo marino atrapara a sus presas que una playa que se desvanece y convierte en aguas profundas?

Bink braceó hacia la verdadera costa, que ahora veía que se trataba de un descampado rocoso sobre el cual rompían las olas levantando espuma. No era un sitio seguro, pero sí su mejor elección. No podía regresar a la «playa» por la que vino; no parecía existir, ni siquiera ilusoriamente. Se le ocurrieron dos explicaciones: o había sido transportado a través del aire, o había nadado todo el tiempo sin saberlo. De cualquier modo, no tenía ningún interés en verse envuelto de nuevo con la magia. Mejor que se enterara con exactitud de dónde se encontraba.

Algo frío y plano y tremendamente fuerte se enroscó alrededor de su tobillo. Bink había perdido su bastón cuando el dragón del Desfiladero cargó contra él, y todavía no había podido conseguir otro nuevo; de lo único que disponía era de su cuchillo de caza. Se trataba de un recurso insignificante contra un monstruo marino, pero tenía que intentarlo.

Extrajo el cuchillo de su funda, contuvo la respiración, y lanzó un tajo por las

cercanías del tobillo. Lo que le sujetaba tenía un tacto correoso; para cortarlo tendría que aserrar. ¡Estos monstruos eran duros!

Vislumbró algo enorme y turbio debajo del agua, enroscándose en torno a su pierna la lengua que él trataba de cortar. Unos dientes de un metro brillaron cuando se abrieron unas enormes mandíbulas.

Bink perdió el poco nervio que le quedaba. Gritó.

Su cabeza estaba bajo el agua. El grito fue desastroso, el agua inundó su boca y se vertió por su garganta.

Unas manos firmes presionaban con regularidad su espalda, haciendo que expulsara el agua y permitiendo que entrara el aire. Bink se atragantó, vomitó y tosió. ¡Le habían rescatado!

—Estoy... estoy bien —jadeó.

Las manos dejaron de apretar. Bink se sentó, parpadeando.

Se encontraba en un pequeño yate. Las velas eran de un blanco resplandeciente, la cubierta de lustrosa caoba. El mástil era de oro.

¿Oro? Tal vez fuera un baño de oro. El oro puro habría resultado tan pesado que hubiera volcado la embarcación.

Contempló con disimulo a quien lo había rescatado, y de nuevo quedó sorprendido. Era una Reina.

O al menos parecía una Reina. Llevaba una diadema y una túnica con ricos bordados, y era hermosa. Quizá no tan adorable como Wynne; esta mujer era mayor, con más porte. La vestimenta adecuada y los modales compensaban la total voluptuosidad de la juventud que poseía Wynne. El color del cabello de la Reina era del rojo más profundo que jamás hubiera visto..., al igual que las pupilas de sus ojos. Era difícil imaginar qué hacía una mujer como esta navegando en aguas infestadas de monstruos.

—Soy la Hechicera Iris —dijo ella.

—Uh, yo soy Bink —pronunció él con dificultad—. Del Poblado del Norte.

Nunca antes había conocido a una Hechicera, y no creía estar vestido para la ocasión.

—Fue una suerte que pasara por aquí —comentó Iris—. Podrías haber tenido problemas.

¡La declaración más modesta del año! Bink estaba perdido, y ella le había devuelto a la vida.

—Me estaba ahogando. Nunca te vi. Sólo a un monstruo —señaló él, sintiéndose necio.

¿Cómo podía agradecerle a esta criatura real el que hubiera posado sus delicadas manos en algo como él?

—Tu situación no era la más idónea para ver nada —apuntó ella mientras se erguía, de tal modo que su excelente figura cobró toda su dimensión.

Había estado equivocado; bajo ningún aspecto era inferior Wynne; sólo distinta y, sin ninguna duda, más inteligente. Más al nivel de Sabrina. Se dio cuenta de que la mente de una mujer modificaba totalmente su atractivo. La lección del día.

A bordo del yate había marineros y sirvientes, aunque permanecían discretamente al margen, y la misma Iris ajustó las velas. ¡No era una mujer ociosa!

El yate se adentró hacia el mar. Pronto llegó a las proximidades de una isla..., ¡y qué isla! Una frondosa vegetación crecía por doquier, con flores de todos los colores y tamaños: margaritas como platos, orquídeas de esplendor exquisito, lilas-tigre que bostezaron y ronronearon a medida que se acercaba el barco. Bien trazados senderos iban desde el muelle dorado hasta un palacio de cristal sólido, que resplandecía como un diamante bajo el sol.

¿Como un diamante? Bink sospechó que era realmente un diamante por la forma en que la luz se refractaba en sus miríadas de facetas. El diamante más grande y perfecto que jamás había existido.

—Creo que te debo la vida —murmuró Bink, inseguro de como debía llevar la situación.

Parecía ridículo ofrecerse para cortar leña o recoger el estiércol para ganarse una cama para la noche; ¡no podía haber nada tan vulgar como un poco de leña o los excrementos de animales en esta hermosa isla! Probablemente lo mejor que podía hacer por ella era sacar su empapada y sucia presencia de allí tan rápido como le fuera posible.

—Creo que sí —admitió ella, con un tono de sorprendente normalidad.

De algún modo, él había imaginado que sería más distante, como corresponde a la pseudorrealeza.

—Aunque quizá mi vida no valga tanto. No poseo ninguna magia; seré exiliado de Xanth.

Ella guio el yate hasta el muelle, donde lanzó una fina cadena de plata hasta el amarradero y la sujetó con firmeza. Bink había creído que su confesión la molestaría; lo declaró desde un principio para no mantener la situación sobre premisas falsas. Ella tal vez le confundiera con alguien importante. Sin embargo, su reacción fue una sorpresa.

—Bink, me alegra que me lo hayas contado. Indica que eres un muchacho sincero y honesto. De todos modos la mayoría de los talentos mágicos no valen nada. ¿Para que sirve la capacidad de hacer aparecer una mancha de color rosa en una pared? Tal vez sea magia, pero no se consigue nada útil. Tu, con tu fuerza e inteligencia, tienes más para ofrecer que la mayoría de los ciudadanos.

Sorprendido y satisfecho por esta alabanza, tan inesperada como injustificada,

Bink no supo qué responder. Ella estaba en lo cierto acerca de la inutilidad de la magia tipo «mancha en la pared», no había duda; y a menudo él también había pensado lo mismo. Por supuesto, normalmente se empleaba como un comentario denigrante, con el que se quería dar a entender que una persona determinada poseía una magia insignificante. En cierto modo no era una observación muy sofisticada. A pesar de ello le hizo sentir bien.

—Vamos —repuso Iris, tomándole de la mano.

Le condujo a través de la plancha hasta el muelle y luego por el camino principal hacia el palacio. El olor a flores era casi abrumador. Predominaban las rosas de todos los colores, inundando la atmósfera con sus fragancias. Más abundantes aún eran unas plantas de hojas afiladas y con unas flores parecidas a las orquídeas, también de todos los colores.

—¿Qué son esas? —inquirió.

—Iris, por supuesto —contestó ella.

Tuvo que reírse.

—¡Claro!

Que pena que no hubiera flores con el nombre de «Bink».

El sendero atravesaba un seto con flores que se enroscaban alrededor de una fuente y un estanque hasta llegar a la entrada del palacio de cristal. No se trataba de un gran diamante después de todo.

—Vamos a mi salón —invitó la Hechicera con una sonrisa.

Los pies de Bink se clavaron en el suelo cuando el sentido de aquello penetró en su cerebro. ¡Había oído muchas historias sobre arañas y de moscas! ¿Le había salvado su vida para luego...?

—¿Qué sucede? —preguntó ella—. ¿Eres supersticioso? Nada te hará daño.

La actitud recalcitrante de él parecía tonta. ¿Por qué le reviviría ella para traicionarle luego? Podría haberle dejado ahogarse hasta morir en vez de quitarle el agua de los pulmones; la carne habría estado igual de fresca. O podría haberle atado y hacer que los marineros le llevaran a la costa. No tenía ninguna necesidad de engañarle. Ya se hallaba en su poder... Sin embargo...

—Veo que desconfías de mí —señaló Iris— ¿qué puedo hacer para tranquilizarte?

Esta aproximación directa al problema no le tranquilizó. No obstante sería mejor que se enfrentara a ello...

—Eres una poderosa Hechicera —murmuró—. Parece que posees todo lo que necesitas. ¿Qué puedes querer de mí?

Ella se rio.

—Por supuesto que devorarte no.

Pero Bink no tenía ganas de reír.

—Alguna gente... frente algunas magias... acaba devorada —dijo mientras tenía

la visión de él siendo atrapado en la telaraña de una monstruosa araña. Una vez que entrara en el palacio...

—Muy bien, sentémonos en el jardín —dijo Iris— o donde te sientas a salvo. Si no puedo convencerte de mi sinceridad puedes tomar mi barco y marcharte. ¿Te parece justo?

Incluso demasiado, lo que le hizo sentirse como un canalla. Pero de repente se le ocurrió a Bink que toda la isla era una trampa. No podía llegar a nado a tierra —no con los monstruos marinos— y la tripulación del barco, si intentaba zarpar, podían cogerle y atarle.

Bien, escucharla no haría ningún daño.

—De acuerdo.

—Verás Bink, —dijo ella persuasivamente, y resultó tan adorable su intensidad que fue convincente de veras—. Sabes que aunque todos los ciudadanos de Xanth poseen magia, sin embargo esa magia está muy limitada. Alguna gente tiene más magia que otros, pero sus talentos también tienden a estar confinados a un tipo particular. Incluso los Magos han de obedecer esta ley de la naturaleza.

»El rey de Xanth es un Mago..., pero su poder está limitado, puede levantar un tornado o un huracán, o producir una sequía o una lluvia que dure diez días..., pero no puede volar o transmutar la nieve en plata o encender un fuego por medios mágicos. Es un especialista atmosférico.

—Sí —admitió Bink otra vez.

Recordó al hijo de Donald, la sombra, que tenía la capacidad de crear remolinos, esas evanescentes espirales de polvo. El muchacho poseía un talento corriente; el Rey uno importante..., pero la diferencia era de grados, no de tipo.

Claro que el talento del Rey se había ido debilitando con la edad; quizá lo único que pudiera provocar ahora fuera un pequeño remolino. ¡Menos mal que el Escudo protegía a Xanth!

—De modo que, si conoces el talento de un ciudadano conoces sus limitaciones —prosiguió Iris—. Si ves a un hombre produciendo una tormenta, no tienes que preocuparte de que forme un agujero bajo tus pies o te transforme en una cucaracha. Nadie posee *campos* múltiples de talento.

—Con la posible excepción del Mago Humfrey —contestó Bink.

—Es un Mago poderoso —aceptó ella—. Pero incluso él se halla limitado. Su talento es la adivinación, o la información. Yo no creo que de verdad vea el futuro, sólo el presente. Todos sus denominados cien hechizos se relacionan con eso. Ninguno pertenece a la magia realizadora.

Bink no conocía lo suficiente de Humfrey como para refutar esta aseveración, pero parecía correcta. Se hallaba impresionado por lo informada que estaba la Hechicera acerca de la magia de su igual. ¿Existía rivalidad profesional entre los que

poseían una magia poderosa?

—Sí..., los talentos van por escuelas. Sin embargo...

—El mío es la ilusión —afirmó ella con suavidad—. Esta rosa... —arrancó una roja, muy bonita, y la acercó a su nariz ¡Qué olor tan dulce!—. Esta rosa, en realidad, es...

La flor se desvaneció. En su mano había un manojo de hierba. Incluso olía a pasto.

Bink miró a su alrededor y se sintió mortificado.

—¿Todo esto es una ilusión?

—En su mayor parte. Podría mostrarte cómo es todo el jardín, pero no sería ni la mitad de bonito. —La hierba en su mano relució trémula y se convirtió en un iris—. Esto debería convencerte. Soy una hechicera poderosa. Puedo hacer que toda una región parezca algo que no es, y cada detalle será auténtico.

»Mis rosas huelen como rosas, mis tartas de manzana saben a tarta de manzana. Mi cuerpo... —Se detuvo, con una sonrisa—. Mi cuerpo tiene el tacto de un cuerpo. Todo parece real..., no obstante, es una ilusión. Es decir, cada cosa tiene una base real, pero mi magia la aumenta, la modifica. Así es mi complejo de talentos. Por consiguiente, no poseo otro talento..., y puedes confiar en mí en lo que a esto respecta.

Bink no estaba seguro de ese último punto. ¡Una Hechicera de la ilusión era la última persona en la que se podía confiar, en cualquier sentido! Sin embargo, ahora comprendía su punto de vista. Le había mostrado su magia, y era poco probable que fuera a efectuar una magia distinta sobre él. Nunca antes lo había analizado de esta manera, pero no cabía duda de que nadie en Xanth mezclaba distintos tipos de talentos mágicos.

A menos que ella fuera una ogresa y que utilizara la ilusión para cambiar también su propia apariencia... No. Los ogros eran criaturas mágicas, y estas no poseían talentos mágicos. Eso parecía. Sus talentos *eran* su existencia. De modo que los centauros, los dragones y los ogros siempre parecían lo que eran, a menos que alguna persona, animal o planta naturales los modificara. ¡Tenía que creerlo!

Aunque también era posible que Iris estuviera confabulada con un ogro..., pero sería poco probable, ya que los ogros eran notoriamente impacientes y tendían a consumir todo que podían atrapar, sin importarles las consecuencias. Incluso Iris ya habría sido devorada.

—De acuerdo, confío en ti —aceptó Bink, con reservas.

—Bien. Entra en mi palacio, y me ocuparé de todas tus necesidades.

Aquello no era muy factible. Nadie podía proporcionarle un talento mágico propio. Humfrey tal vez descubriera por él cuál era el suyo —¡al precio de un año de servicio!—, pero eso simplemente sería revelar lo que ya estaba allí, no crearlo. Se

dejó conducir al palacio. El interior también era exquisito. Haces de luz con todos los colores del arco iris caían desde las formaciones prismáticas del techo a la vez que las paredes de cristal formaban espejos. Podía haber ilusión..., pero vio su propio reflejo en ellos; su aspecto era más saludable y varonil de lo que en realidad se sentía. Sus ropas no estaban sucias ni mojadas. ¿Más ilusión?

Había suaves y bonitos almohadones apilados en el suelo en lugar de sillas o sofás. De repente, Bink se sintió muy cansado; ¡tenía que tumbarse un poco! En ese momento regresó a su mente la imagen del esqueleto en el bosque de pinos. No sabía qué pensar.

—Hay que quitarte estas ropas mojadas —comentó ella solícita.

—Uh, yo me secaré —repuso Bink, que no quería exponer su cuerpo ante una mujer.

—¿Piensas que deseo que se estropeen mis almohadones? —exigió con preocupación de ama de casa—. Te debatías en aguas saladas; primero has de quitarte la sal antes de que puedas frotarte. Ve al cuarto de baño y cámbiate. Dispones de un uniforme seco para ti.

¿Un uniforme para él? Como si ella le hubiera estado esperando ¿Qué significado tenía aquello?

Bink obedeció reluciente.

El baño era, desde luego, palaciego. La bañera era enorme, del tamaño de un pequeño estanque. Los accesorios eran de un diseño elegante del tipo que usaban los mundanos, según se decía. Pudo comprobar como el agua fluía en un suave murmullo. Estaba fascinado.

También había una ducha; un chorro de agua —como si fuera lluvia— salió de una boquilla situada arriba, limpiándole. Casi era gracioso, aunque no estaba seguro de que le gustase todos los días. Debía haber un tanque en algún lugar para que le proporcionara la suficiente presión al aparato.

Se secó con una suave toalla decorada con iris.

La ropa colgaba detrás de la puerta: una túnica principesca y unas zapatillas. ¿Zapatillas? Oh, bueno..., estaban secas y nadie le vería en el palacio. Se puso el uniforme y se ajustó el cuchillo de caza, ocultándolo bajo un pliegue de la túnica.

Ahora se sentía mejor..., aunque su resfriado seguía empeorando. Su irritada garganta dio lugar a una nariz moqueante; había creído que sólo se debía al agua salada que había tragado, pero ahora estaba seco, y era evidente que su nariz no requería ningún suministro externo de fluido. No deseaba sorberse la nariz en público, pero carecía de pañuelo.

—¿Tienes hambre? —le preguntó diligente Iris cuando salió—. Te prepararé un banquete.

Sí que estaba hambriento, puesto que apenas había comido de sus raciones,

reservándolas, y había buscado alimentos en el camino. Ahora su mochila estaba empapada de agua salada; y eso complicarla las comidas futuras.

Se dejó caer medio enterrado en cojines, con la nariz un poco hacia atrás para que no chorreara, limpiándola subrepticamente en el extremo de una almohada cada vez que era necesario.

Se relajó un poco mientras ella se atareaba en la cocina. Ahora que sabía que todo era una ilusión, comprendió por qué ella tenía realizar tantos trabajos bajos. Los marineros y los jardineros parecían ser parte de la ilusión; Iris vivía sola. De manera que se veía obligada a cocinar su comida. La ilusión podía ser estupenda para dar la apariencia, la textura y el sabor, pero no impedía que se muriera de hambre.

¿Por qué no se casaba Iris, o intercambiaba sus servicios por alguna ayuda competente? La mayoría de la magia era inútil en asuntos prácticos, pero la suya era extraordinaria. Cualquiera podría habitar en un palacio de cristal si viviera con la hechicera. Bink estaba convencido de que a mucha gente le gustaría esto; de todos modos, a menudo la apariencia era más importante que la substancia. Y, si tenía la capacidad de hacer que las patatas corrientes tuvieran el sabor de un banquete, y que la medicina supiera a dulces..., ¡el suyo sí que era talento comerciable!

Iris volvió con una humeante bandeja. Llevaba puesto un mandil que le daba un aspecto casero, y su diadema había desaparecido. Tenía un apariencia menos real y bastante más anodina. Colocó las cosas sobre una mesita baja, y se sentaron con las piernas cruzadas sobre cojines, uno enfrente del otro.

—¿Qué te apetece? —preguntó ella.

Bink se sintió de nuevo nervioso.

—¿Qué hay?

—Lo que tú quieras.

—Me refiero..., real.

Ella hizo un mohín.

—Si te empeñas en saberlo, arroz blanco. Tengo una saca de cincuenta kilos y he de acabarlo antes de que las ratas se den cuenta de que el gato es una ilusión y se lo coman. Podría hacer que los excrementos de las ratas supieran a caviar, por supuesto, pero preferiría no hacerlo. No obstante, tú puedes pedir lo que desees..., cualquier cosa. —Respiró hondo.

Eso parecía..., y a Bink se le ocurrió que no lo restringía a la comida. No cabía duda de que debía sentirse bastante sola aquí en su isla, y que se abriría a la compañía. Los granjeros locales seguro que la esquivaban —¡ya se encargarían de ello sus esposas!—, y los monstruos no eran demasiado sociables.

—Filete de dragón —pidió—. Con salsa caliente.

—El hombre es audaz —murmuró ella, alzando la tapa de plata.

El rico aroma se desperdigó, y Bink vio dos filetes de dragón cubiertos de salsa

caliente. Con práctica, le sirvió uno a Bink y el otro a ella.

Con resquemor, Bink cortó un trozo y se lo llevó a la boca. Era el entrecot de dragón más rico que jamás hubiera probado..., lo cual no significaba mucho, ya que los dragones eran una presa difícil de obtener; dos veces lo había comido con anterioridad. Era un tópico que había más gente que resultaba comida por los dragones que estos por la gente. Y la salsa... tuvo que abalanzarse sobre la copa de vino que ella le había servido para apagar el calor. Fue una quemadura deliciosa. En seguida se transformó en sabor. Todavía dudaba.

—Hum..., ¿te importaría...?

Ella hizo una mueca.

—Sólo durante un momento —advirtió.

El filete se convirtió en arroz cocido, y de nuevo se transformó en carne de dragón.

—Gracias —dijo Bink—. Aún me cuesta creerlo.

—¿Más vino?

—Hum, ¿emborracha?

—Desafortunadamente, no. Podrías beberlo durante todo el día y no sentirlo, a menos que tu imaginación te maree.

—Me alegra oír eso.

Aceptó la elegante copa de dorado fluido y dio un sorbo. Había bebido demasiado rápido la primera como para saborearlo. Quizás en realidad fuera agua, pero parecía ser un perfecto vino azul, el adecuado para la carne de dragón, con un buen cuerpo y un sabor delicado. Muy parecido a la misma Hechicera.

De postre comieron unas pastas caseras de chocolate que estaban ligeramente quemadas. Ese último toque las hacía tan reales que a Bink le costó mantener su incredulidad. Estaba claro que ella conocía algo sobre cocina, incluso ilusoria.

Ella retiró los platos y volvió para sentarse con él en los almohadones. Ahora vestía un traje corto de noche, y pudo ver con detalles más que adecuados lo bien formada que estaba. Claro que eso también podía tratarse de una ilusión... Sin embargo, si al tacto era igual que a la vista, ¿a quién podía importarle?

Entonces su nariz casi chorreó sobre el invitador traje, y retiró la cabeza con un movimiento brusco. Había estado mirando desde un kilómetro *demasiado* cerca.

—¿Estás descontento? —inquirió Iris con simpatía.

—Oh, no. Es mi nariz...

—Toma un pañuelo. —Le dio uno adorable, de encaje. Bink odió utilizar semejante obra de arte para sonarse la nariz, pero era mejor que usar los cojines.

—Esto, ¿hay algún trabajo que pueda hacer antes de irme? —preguntó, incómodo.

—Piensas en pequeño —contestó Iris, inclinándose con ansiedad hacia delante y

respirando profundamente. Bink notó que los colores le subían por la cara. Sabrina parecía muy lejana..., y, de todas formas, nunca se habría vestido así.

—Ya te lo he dicho..., he de ver al Buen Mago Humfrey para que encuentre mi magia..., o de lo contrario me exiliarán, realidad no creo que posea magia alguna, por lo que...

—Sin importar si la tienes o no, yo podría arreglar las cosas para que te quedaras —comentó ella, acercándose más.

Definitivamente, estaba actuando para él. Pero ¿por qué una mujer tan inteligente y con tanto talento como ella estaría interesada en un don nadie como él? Bink se limpió otra vez la nariz. —Un don nadie con un resfriado—. Su apariencia quizá estuviera muy aumentada por la ilusión, pero la mente y el tálento eran claramente genuinos. No debería necesitarle... para nada.

—Podrías realizar una magia que todo el mundo vería. —Continuó ella con aquel arrebatador modo persuasivo suyo. No cabía duda de que parecía real, provocativamente real—. Podría crear una ilusión de actividad que nadie penetraría. —Deseó que no hubiera dicho eso mientras le tocaba tan íntimamente—. Yo puedo ejecutar magia desde una gran distancia, de manera que nadie sabría que yo estaba involucrada. Aunque eso es lo de menos. Puedo traerte riquezas, poder y comodidades..., todas reales, no ilusorias. Puedo darte belleza y amor. Todo lo que podrías desear como ciudadano de Xanth...

Bink se volvió más suspicaz. ¿A dónde quería llegar?

—Tengo una novia...

—Incluso eso —aceptó Iris—. No soy una mujer celosa. Podrías tenerla como una concubina, siempre y cuando seas discreto.

—¡Como una concubina! —estalló Bink.

Ella no se inmutó.

—Porque estarías casado conmigo.

Bink la miró, asustado.

—¿Por qué querrías casarte con un hombre sin magia?

—Para poder ser la Reina de Xanth —contestó ella.

—¡La Reina de Xanth! Tendrías que casarte con el Rey.

—Por eso mismo.

—Pero...

—Una de las originales y arcaicas leyes y costumbres de Xanth es que el gobernador nominal ha de ser macho. Por ese motivo se han visto eliminadas de toda consideración algunas mujeres con una magia perfectamente capaz. Ahora el rey actual es viejo, senil y sin ningún heredero; es hora de que haya una Reina. Pero primero debe haber un nuevo Rey. Y ese Rey podrías ser tú.

—¡Yo! No tengo ningún conocimiento de gobierno.

—Por supuesto. Claro que todos los aburridos detalles del gobierno me los dejarías a mí.

Por fin resultaba todo claro. Iris deseaba poder. Lo único que necesitaba era un figurín adecuado para instalarse en trono. Uno con la carencia suficiente de talento y lo bastante ingenuo como para ser manipulado de modo adecuado. De forma que nunca se hiciera ilusiones de ser Rey de verdad. Si cooperaba, dependería de ella. Sin embargo, era una oferta justa. Le brindaba una alternativa viable al exilio, sin importar el estado de su propia magia.

Eso reducía considerablemente el lado romántico. La realidad siempre parecía menos tentadora que la ilusión. Sin embargo, su alternativa era lanzarse de nuevo al yermo en una misión que sospechaba que era fútil. Su suerte ya había pasado de su cuota normal; las oportunidades que tenía de llegar siquiera al castillo del Mago Humfrey eran menos que ideales ahora que había de viajar a través del borde del yermo central. Sería un tonto si no aceptaba la oferta de la Hechicera. Iris le observaba con intensidad. Cuando le devolvió la mirada, su traje parpadeó y se hizo transparente. Ilusión o no, fue una visión que le cortó el aliento. ¿Y qué importancia tenía si su carne únicamente parecía real? Ya no le cabía ninguna duda de lo que ella le estaba ofreciendo a un nivel inmediato y personal. A ella le encantaría demostrarle lo bien que podía hacerlo, igual que con la comida. Y todo porque le hacía falta la cooperación voluntaria de él.

En realidad, tenía sentido. Podría obtener la ciudadanía y a Sabrina, ya que, por razones obvias, la Hechicera jamás delataría ese aspecto...

Sabrina. ¿Cuál sería su opinión acerca de este trato? La sabía. No lo aceptaría. Por nada, en ningún momento. Sabrina era muy conservadora acerca de ciertas cosas, muy atada a las formas.

—No —dijo en voz alta.

El traje de Iris se volvió opaco.

—¿No?

De repente, sonó como Wynne cuando él le dijo a esa chica idiota que no podía acompañarle.

—No deseo ser Rey.

La voz de Iris ahora sonó controlada, suave.

—¿No crees que pueda hacerlo?

—Pienso que sí. Pero no es mi estilo.

—¿Y cuál es tu estilo, Bink?

—Lo único que deseo es seguir mi propio camino.

—Quieres seguir tu propio camino —repitió ella, con un admirable control—. ¿Por qué?

—A mi novia no le gustaría...

—¡No le gustaría! —Iris parecía estar acumulando una considerable cantidad de vapor, igual que el dragón—. ¿Qué te ofrece ella que yo no supere cien veces?

—Pues, en principio, autorrespeto —contestó Bink—. Me quiere por lo que soy, no desea usarme.

—Tonterías. Todas las mujeres son iguales en su interior. Solo difieren en aspecto y talento. Todas utilizan a los hombres.

—Quizá sea así. Estoy convencido de que tú sabes más que yo al respecto. Lo siento, pero tengo que marcharme ya.

Iris extendió una suave mano para frenarlo. Su traje desapareció por completo.

—¿Por qué no te quedas esta noche y ves lo que puedo hacer por ti? Si por la mañana aún deseas marcharte...

Bink sacudió la cabeza.

—Sé que en el transcurso de la noche me convencerías. Así que he de irme ahora.

—¡Qué candor! —exclamó ella con tristeza—. Podría brindarte una experiencia como nunca has imaginado.

En su artístico desnudo, ya le estimulaba la imaginación más de lo que resultaba cómodo. Se contuvo.

—Jamás podrías devolverme mi integridad.

—¡Estúpido! —gritó, con un sorprendente cambio de actitud—. Debí haberte dejado a merced de los monstruos marinos.

—También se trataba de una ilusión —repuso él—. Tú lo organizaste todo para que me fijase en ti. La playa ilusoria, la amenaza ilusoria, todo. Era tu correa de cuero la que se enredó en mi tobillo. Mi rescate no fue ninguna coincidencia, ya que nunca me encontré en peligro.

—Estás en peligro ahora —masculló ella.

Su adorable torso quedó cubierto por el traje militar de una amazona.

Bink se encogió de hombros y se puso de pie. Se limpió la nariz.

—Adiós, Hechicera.

Ella le estudió con detenimiento.

—Subestimé tu inteligencia, Bink. Estoy segura de que, si sólo me haces saber lo que deseas, podría mejorar mi oferta.

—Quiero ver al Buen Mago.

Su cólera surgió renovada.

—¡Te destruiré!

Bink se alejó de ella.

El techo de cristal del palacio se resquebrajó. Se desprendieron fragmentos y cayeron hacia él. Bink los ignoró, sabiendo que no eran reales. Siguió andando. Se hallaba muy nervioso, pero tenía la determinación de no mostrarlo.

Oyó un estruendoso y ominoso sonido crujiente, como si se derrumbaran piedras.

Se obligó a no alzar la vista.

Las paredes se abrieron y cayeron hacia dentro. El resto del techo se vino abajo. El ruido era ensordecedor. Bink se hallaba sepultado bajo los escombros..., y avanzó a través de ellos, sin sentir nada. A pesar del opresivo olor a polvo y escayola, y al continuo retumbar, en realidad el palacio no se desmoronaban ¡Sin embargo, Iris era una maravillosa ama de la ilusión! Vista, sonido, olor, sabor..., todo menos el tacto. Porque tenía que haber algo que tocar antes de que ella pudiera convertirlo en algo distinto. Por ese motivo su derrumbamiento no tenía solidez.

Chocó de bruces contra una pared. Sacudido más que en lo físico, se masajeó la mejilla y escudriñó. Se trababa de un panel de madera, con la pintura descascarillada. Era la pared verdadera de la verdadera casa. La ilusión la había ocultado, pero ahora comenzaba a emerger la realidad. Sin duda ella la podría haber hecho parecer oro o cristal o incluso babosas, pero la ilusión se resquebrajaba. Estaba seguro de poder hallar la salida.

Bink tanteó a lo largo de la pared, sin prestarle atención a las aterradoras visiones y sonidos del derrumbamiento, esperando que ella no decidiera cambiar el tacto de la pared de modo que lo engañara y le ayudara a perderse. ¿Supón que se convirtieran en trampas para ratones o en cardos que le obligaran a apartar la mano?

Encontró la puerta, y de forma invisible la abrió. ¡Lo había conseguido! Dio media vuelta y, por un momento, miró hacia atrás. Allí estaba Iris, de pie en el esplendor de su femenina furia. Era una mujer de mediana edad, con tendencia a la gordura, que llevaba una bata desgastada y una redecilla en su descuidado cabello. Poseía las cualidades físicas que le había mostrado a través de su falsa imagen, pero eran menos seductoras a la edad de cuarenta años que con la ilusión de los veinte.

Salió fuera. El relámpago resplandeció y el trueno rugió, sobresaltándole. Se recordó que Iris era la señora de la ilusión, no del clima, de modo que continuó su marcha.

La lluvia le empapó y cayó granizo. Sintió la fría sensación del agua en su piel y el agujijón de las piedras al golpearle..., pero no tenían sustancia, y él, pasada la primera sensación, no se hallaba ni mojado ni magullado. La magia de Iris se encontraba en su mejor momento, aunque la ilusión tenía límites, y su propia incredulidad en lo que veía ayudaba a reducir el impacto.

De repente escuchó el rugido de un dragón. Bink se sobresaltó otra vez. Una bestia alada que despedía fuego descendía sobre él; no era un mero lanzavapor como el dragón del Desfiladero, se trataba de un genuino lanzallamas. Genuino en apariencia; ¿era real o ilusión? Con toda seguridad se trataba de lo último..., pero no podía arriesgarse. Se lanzó al suelo en busca de cobijo.

El dragón sobrevoló bajo, pasando por encima suyo. Experimentó la ráfaga de aire provocada por su movimiento, la intensidad del calor. Todavía no estaba seguro

de su condición pero quizá pudiera adivinarlo por sus actos; los lanzallamas verdaderos eran estúpidos, dentro de la escala de los dragones debido a que el calor marchitaba sus cerebros. Si este reaccionaba con inteligencia... Giró casi en el acto y se dirigió tras él para una segunda pasada. Bink amagó hacia su derecha y luego se lanzó hacia la izquierda. No engañó al dragón; este siguió su trayectoria. Se trataba del intelecto de la Hechicera, no del animal.

El corazón de Bink palpitaba con fuerza, pero se obligó a permanecer de pie y erguido, de cara a la amenaza a medida que esta caía sobre él. Alzó un dedo en un gesto obscuro. El dragón abrió sus fauces, descargando una tremenda nube de fuego y humo que envolvió a Bink, chamuscándole el vello por todo su cuerpo..., y dejándole intacto.

Se había arriesgado, y ganó. Casi había tenido la certeza, pero su cuerpo aún temblaba por la reacción, ya que ninguna de sus sentidos había dudado de la ilusión. Únicamente su cerebro le defendió, evitando que se viera reducido a la temblorosa aceptación de la voluntad de la Hechicera, o que fuera conducido a un peligro real. Las ilusiones podían matar..., si uno les prestaba atención.

Bink continuó su marcha con más confianza. Si existía algún dragón real en las proximidades, no habría hecho falta uno ilusorio; lo que demostraba que todos los dragones de aquí eran falsos.

Tropezó. La ilusión podía herirle de otra forma: ocultando las grietas peligrosas del terreno y haciendo que pisara mal o cayera en un pozo. Tendría que vigilar sus pasos..., literalmente.

Mientras se concentraba en la zona cercana a sus pies, fue capaz de penetrar en la ilusión con mayor facilidad. El talento de Iris era fenomenal, pero, al cubrir toda la isla, se encontraba por necesidad extendido de un modo más elástico. Su voluntad se podía oponer a la de ella en una zona localizada en el momento que la atención de ella estuviera abstraída. Detrás de la fachada de los jardines de flores se hallaba el yermo de malas hierbas de la isla. El palacio era una cabaña herrumbrosa, prima directa de las granjas que había visto en el camino. ¿Por qué construir una buena casa cuando la ilusión lo realizaba mucho mejor?

También sus ropas prestadas habían cambiado. Ahora vestía un crudo chal femenino y —lo comprobó con desmayo— calzones. Calzones de seda. Su bonito pañuelo era lo que aparentaba ser. Al parecer, la Hechicera se permitía algunos toques de realidad, y los pañuelos de encaje era lo que se hallaba aún a su alcance. Al igual que los calzones.

Vaciló. ¿Debería regresar en busca de sus propias ropas? No deseaba ver a Iris otra vez; pero viajar por el yermo, o encontrarse con gente, vestido de *este modo*...

Tuvo una visión en la que se aproximaba hasta el Buen Mago Humfrey en busca de su recompensa de información.

BINK: Señor, he atravesado Xanth con gran peligro para mi integridad con el fin de pedirte...

MAGO: ¿Un vestido nuevo? ¿Un sujetador? ¡Ja, ja, ja!

Bink suspiró al tiempo que se ruborizaba de nuevo. Dio media vuelta.

Iris le vio tan pronto como entró en la choza. Un destello de esperanza iluminó su rostro..., y esa expresión brevemente honesta tuvo más poder que toda su ilusión. Los valores humanos conmovían a Bink. Se sintió como un supremo canalla.

—¿Has cambiado de parecer? —preguntó ella.

De pronto toda su joven voluptuosidad volvió, y un sector del resplandeciente palacio se formó a su alrededor.

Eso lo estropeó. Era una criatura de artificios, y él prefería la realidad..., incluso la de una cabaña entre malas hierbas. Después de todo, la mayoría de los granjeros de Xanth no poseían nada mejor. Cuando la ilusión se convertía en una muleta esencial para la vida, esta perdía su valor.

—Sólo deseo mis ropas —repuso Bink.

Aunque su decisión era firme, todavía se sentía como un canalla por interferir en sus espléndidas aspiraciones.

Se encaminó al baño..., que ahora vio que se trataba de un anexo exterior. El fabuloso retrete sólo era una tabla corriente con un agujero en el centro, y las moscas zumbaban con alegría en su interior. La bañera era un abrevadero de caballos. ¿Cómo había podido darse una ducha? Vio un cubo; ¿se habría arrojado agua sobre su propia cabeza sin darse cuenta? Su ropa y su mochila se hallaban apiladas en el suelo.

Comenzó a cambiarse..., y vio que la habitación únicamente era una abertura en la pared posterior de la choza. Iris estaba de pie, mirándole. ¿Le habría observado antes mientras se cambiaba de ropa? Si fue así, tenía que tomarlo como un cumplido; su acercamiento había sido mucho más directo y físico poco después.

Sus ojos se posaron de nuevo en el cubo. *Alguien* le había volcado el agua, y ahora estaba totalmente seguro de que no había sido él mismo. La única otra persona que pudo hacerlo... ¡uf!

No pensaba exhibirse ante ella con tanta libertad, ¡aunque era obvio que ya no le quedaba ningún secreto físico! Recogió sus cosas y se encaminó a la puerta.

—Bink...

Se detuvo. El resto de la casa era madera mal desbastada con la pintura descascarillada, paja en el suelo y luz que se filtraba por las grietas. Pero la Hechicera era adorable. Llevaba muy poca ropa encima, y aparentaba unos arrebatadores dieciocho años.

—¿Qué deseas en una mujer? —preguntó ella—. ¿Voluptuosidad? —Se convirtió en una mujer extremadamente bien dotada, con una exagerada figura de reloj de arena—. ¿Juventud? —De pronto aparentó catorce años, muy esbelta, sin arrugas,

inocente—. ¿Madurez? —De nuevo fue ella misma, esta vez mejor vestida—. ¿Competencia? —Ahora llevaba unas ropa conservadoras, rondaría los veinticinco años, con una buen figura pero de un porte profesional—. ¿Violencia? —Repitió la Amazona, robusta e igual de adorable.

—No lo sé —repuso Bink—. Odiaría tener que elegir, veces deseo una cosa, otras algo distinto.

—Todo puede ser tuyo —ofreció ella. Reapareció la seductora adolescente de catorce años—. Ninguna otra mujer puede hacerte esta promesa.

De pronto se sintió enérgicamente tentado. Había momentos en que lo deseaba, aunque nunca se atrevió a reconocerlo abiertamente. La magia de la Hechicera era a todas luces potente..., la más fuerte que jamás experimentara en sí mismo. Era ilusión..., pero en Xanth esto era normal y bastante legítimo; nunca se podía saber con certeza lo que era real. De hecho, la ilusión formaba parte de la realidad de Xanth, y se trataba de una realidad importante. Iris podía proporcionarle realmente poder, riquezas y la ciudadanía, y podía ser, para él, cualquier clase de mujer que deseara. O todas.

Más aún: a través de sus ilusiones, y aplicadas políticamente, con el tiempo podría llegar a crear una realidad idéntica. Podría erigir un palacio de cristal verdadero con todos sus adornos; los poderes de la Reina lo convertirían en algo posible. Bajo ese prisma, lo que ella le ofrecía era la realidad, y su magia sólo era un medio para llegar a ese fin.

Pero ¿qué había de verdad en su mente de intrigas? La realidad de sus pensamientos interiores quizá no fuera nada dulce. Nunca podría estar seguro de que la comprendía por completo, por lo que jamás podría confiar plenamente en ella. No estaba muy seguro de que fuera una buena Reina; se hallaba demasiado interesada en los adornos del poder en vez de pensar en el bienestar de la tierra de Xanth en su totalidad.

—Lo siento —dijo, y dio media vuelta.

Ella le dejó marchar. No más palacio, no más tormenta. Había aceptado su decisión..., y eso, de una forma perversa, le tentó de nuevo. No podía creer que ella fuera malvada; simplemente se trataba de una mujer con una necesidad, y le había ofrecido un trato, con la suficiente madurez de aceptar lo inevitable, una vez que su temperamento se habla enfriado. Se obligó a marchar, confiando más en su lógica que en sus confusos sentimientos.

Descendió con cuidado hasta el precario muelle, donde estaba amarrado el bote. La embarcación parecía insegura, pero le había traído aquí, de modo que también podía sacarle.

Se subió a él..., y pisó un charco. El bote hacía agua. Cogió un cubo oxidado y logró a duras penas achicar, luego se sentó y cogió los remos.

Iris tuvo que realizar una gran maniobra para remar a la vez que aparentaba ser una Reina ociosa. Poseía un montón de viejo talento práctico que apoyaba su magia. Con toda probabilidad *podría* ser una buena gobernante de Xanth..., si alguna vez hallaba a un hombre que se doblegara a ella.

¿Por qué no había cooperado? A medida que remaba, analizó el asunto con más detenimiento, mientras contemplaba la isla de ilusión. De momento, sus razones superficiales bastaban, pero no para resistir una decisión duradera. Seguro que tenía una razón lógica más profunda a la que le era fiel, aunque se convenciera con una justificación más presentable. No podía tratarse únicamente de su recuerdo de Sabrina, por evocador que resultara, ya que Iris era tan mujer como Sabrina, y mucho más mágica. Debía haber algo más, difuso pero inmenso... ¡Ah, ya lo tenía! Era su amor por Xanth.

No se podía permitir a sí mismo convertirse en el instrumento de la corrupción de su tierra natal. Aunque el actual Rey fuera ineficaz, y surgieran muchos problemas, Bink se mantenía leal al orden establecido. Los días de la anarquía, o de la fuerza bruta imponiendo la ley, habían pasado; se habían establecido unos procedimientos para la transferencia de autoridad, y tenían que ser respetados. Bink haría cualquier cosa por permanecer en Xanth..., salvo traicionarlo.

El océano estaba en calma. Las devastadoras rocas de la playa también habían sido una ilusión; después de todo, si existía una playa..., aunque no se hallaba donde antes le pareciera, ni cuando creyó correr por ella ni cuando estuvo inmerso en la salmuera. Un malecón estrecho y largo sobresalía por el lado del abismo; había corrido por allí al principio. Hasta que llegó al final y cayó de golpe en aguas profundas. En más de un sentido.

Introdujo el bote en la arena de la parte sur de la costa. ¿Cómo le devolvería ahora el bote a la Hechicera?

No tenía ninguna forma. Si ella no poseía otro, tendría que venir a buscarlo a nado. Lo lamentaba, pero no pensaba volver a la isla de ilusión otra vez. Con sus poderes, seguro que ella podría ahuyentar a cualquier criatura marina que resultara una amenaza, y estaba convencido de que era una nadadora adecuada.

Se cambió a sus ropas originales, sin importarle lo saladas que pudieran estar, se colocó la mochila a la espalda, y echó a andar hacia el oeste.

5

Manantial

El paisaje al sur del abismo era más quebrado que el del norte, más montañoso. Las cimas más altas estaban encantadas con nieve blanca. Los estrechos pasos se veían ahogados con un follaje casi impenetrable, lo que obligaba a Bink a dar rodeos una y otra vez. Las ortigas corrientes y los matorrales-aguijón habrían sido de por sí malos, pero era imposible de decir la magia que poseían estas extrañas plantas. Siempre era mejor evitar a un único árbol-enredadera, y aquí había arboledas enteras de ellos. No podía arriesgarse.

De modo que, siempre que algún aspecto de la jungla le detenía, Bink daba la vuelta y lo intentaba por otro camino más alejado. También evitó los senderos más claros; eran sospechosos. Así, avanzó a través de una vegetación intermedia: la frontera entre la jungla y el campo, a menudo situada en los terrenos más quebrados, con superficies de roca desnuda y caliente; pendientes muy empinadas; altas llanuras barridas por el viento. Lo que hasta las plantas mágicas desdeñaban apenas valía el esfuerzo de cualquier persona..., salvo para el viajero que deseaba mantenerse al margen de los problemas. Una zona despejada resultó ser la pista de aterrizaje de un enorme dragón volador; no resultaba extraño que no hubiera ningún otro predador por la región. El avance de Bink era tan lento que supo que le llevaría varios días alcanzar el castillo del Buen Mago.

Se construyó una madriguera en el suelo con un montón de rocas como protección contra el viento y matorrales muertos como colchón, donde durmió incómodo. Se preguntó por qué no había aceptado al menos la oferta de la Hechicera de permanecer una noche con ella; seguro que habría sido bastante más confortable que esto.

No, sabía la razón para marcharse. Quizá nunca se habría ido de la isla después de esa noche. No como su propio dueño. Y, si lo hubiera hecho, Sabrina nunca se lo habría perdonado. El hecho de que semejante noche le tentara retrospectivamente —y no sólo por la comodidad del sueño— significaba que no se trataba de una noche que se hubiera podido permitir.

Se recordó varias veces ese hecho antes de caer dormido, dominado por los temblores del frío. Entonces soñó con un castillo de diamante-cristal, despertó con emociones contradictorias, y tuvo que obligarse a dormir de nuevo entre escalofríos. Ciertamente, rechazar la tentación no era algo muy agradable cuando te encontrabas solo a la intemperie. Mañana buscaría afanosamente algún árbol-manta y unas calabazas de sopa caliente.

A la tercera mañana de su trayecto por la parte sur del abismo caminó a lo largo de una cadena de colinas, puesto que esta era su única ruta viable hacia el oeste.

Había cortado un nuevo bastón después de varios intentos; las primeras ramas a las que se dirigió le alejaron por medio de la magia, utilizando hechizos de aversión de diversas clases. No le cabía ninguna duda de que había muchos árboles adecuados que jamás llegó a ver, debido a sus encantamientos pasivos de «no te fijes en mí». Uno utilizó un hechizo de repulsión física dirigido a los objetos cortantes; cada vez que quería aserrar, su cuchillo se apartaba.

Aproximadamente una hora después de conseguir su nuevo bastón, aún meditaba en la selectividad natural de la magia. Las plantas con los hechizos más efectivos eran las que mejor sobrevivían, razón por la cual se volvían más comunes; sin embargo, ¿cuántas veces los viajeros perdidos llegaban hasta allí con cuchillos? Entonces se dio cuenta de que quizá podría hacer un buen uso de ese encantamiento de repulsión. Si conseguía cortar una rama de un árbol así, ¿le ayudaría a repeler en el futuro todos los ataques dirigidos contra él? Estaba claro que esta magia era para la defensa contra las depredaciones de los dragones, los castores y animales por el estilo, no contra cuchillos de verdad..., por cierto que él se sentiría más a salvo con un bastón anti-dragón. No; cortar el árbol lo mataría, y su magia desaparecería. Quizá una semilla suya...

No tenía ningún sentido perder tiempo en regresar; podía localizar otro árbol con esas características. Lo único que tenía que hacer era tratar de cortar un nuevo bastón y fijarse en el árbol que repelía su cuchillo. Tal vez fuera capaz de arrancar de cuajo a uno pequeñito de la tierra, manteniéndolo así vivo y efectivo.

Descendió por la ladera de la cadena montañosa y fue probando los árboles. Esto resultó ser más peligroso de lo que había anticipado; el acercamiento del cuchillo a su tierna corteza despertaba lo peor en ellos. Uno le arrojó frutas duras, que estuvieron a punto de darle en la cabeza; otro exhaló perfume del sueño que casi acaba allí mismo con su viaje. Pero no descubrió ningún hechizo de aversión.

Un árbol grande tenía una dríada, una ninfa de los bosques, que mostraba un aspecto muy atractivo, como el de Iris con catorce años, pero que maldijo a Bink con un lenguaje muy poco femenino.

—¡Si quieres cortar a los indefensos, ve a talar a los de tu clase! —aulló—. Ve a cortar al soldado desprotegido que yace en la zanja, tú, hijo de...

Afortunadamente, se detuvo antes de completar la frase. Se suponía que las dríadas desconocían ese lenguaje.

¿Un soldado herido? Bink localizó la zanja y la exploró con cautela. Sí, ahí yacía un hombre con atuendo militar que tenía sangre reseca en la espalda; gemía lastimeramente.

—Paz —dijo Bink—. Te ayudaré, si me lo permites. —Xanth había necesitado en una ocasión un ejército de verdad, pero ahora la mayoría de los soldados cumplían el papel de mensajeros del Rey. No obstante, sus trajes y orgullo sobrevivían.

—¡Ayúdame! —exclamó débilmente el hombre—. Te recompensaré..., de algún modo.

Tras esto Bink creyó seguro aproximarse a él. El soldado sufría una herida muy grave y había perdido mucha sangre. Ardía con la fiebre producida por la infección.

—Personalmente no puedo hacer nada por ti; no soy médico, y si te muevo puedes morir. Volveré con medicinas —expuso Bink—. He de pedirte prestada la espada.

Si el soldado entregaba su acero, entonces se hallaba realmente enfermo.

—Vuelve pronto..., o nunca —jadeó el hombre, alzando la empuñadura.

Bink cogió la pesada arma y salió de la zanja. Se acercó al árbol de la dríada.

—Necesito magia —le comunicó—. Restauración de sangre, curación de heridas, abatimiento de la fiebre..., ese tipo de cosas. Dime dónde puedo hallarla, rápido, o derribaré tu árbol.

—¡No lo harás! —gritó ella, horrorizada.

Bink alzó la espada en un gesto amenazador. En ese momento se vio como Jama, el conjurador de espadas de la villa; la imagen le dio asco.

—¡Te lo diré! ¡Te lo diré! —aulló la dríada.

—De acuerdo. Adelante.

Se sintió aliviado; dudaba de que hubiera sido capaz de talar de verdad el árbol. Eso habría matado a la dríada, y para nada. Las dríadas eran criaturas inofensivas y bonitas; no tenía ningún sentido molestarlas a ellas o a sus queridos árboles-casa.

—A cinco kilómetros al oeste. El Manantial de la Vida. Su agua lo cura todo.

Bink dudó.

—Hay algo que no me estás diciendo —repuso, alzando de nuevo la espada—. ¿Cuál es la trampa?

—No puedo revelarlo —protestó ella—. Al que lo comunica... la maldición...

Bink amagó un tajo contra el tronco del árbol. La dríada emitió un chillido de tanta agonía que él frenó el movimiento. Allí en su hogar había luchado para proteger al Árbol Justin; no podía matar a este.

—Muy bien. Me arriesgaré con la maldición —indicó.

Emprendió la marcha hacia el oeste.

Descubrió un sendero que iba en esa dirección. No era muy atractivo, sólo un camino de animales, de manera que consideró justificado utilizarlo con suma cautela. Parecía que había otros que conocían la ruta hacia el Manantial. Sin embargo, a medida que se acercaba, su nerviosismo fue en aumento. ¿Cuál era la trampa, y cuál la maldición? Debía de averiguarlo antes de arriesgarse él o darle el agua al soldado.

Xanth era la tierra de la magia..., pero la magia poseía sus reglas y sus requisitos. Era peligroso jugar con ella a menos que se comprendiera la naturaleza precisa del hechizo. Si esa agua podía curar realmente al soldado, se trataba de un Manantial

fuertemente encantado. Para una ayuda de ese calibre tenía que existir un precio.

Halló el Manantial. Se encontraba situado en una depresión del terreno, bajo un bellotero extenso y grande. La salud del árbol hablaba bien del agua; era improbable que estuviera envenenada. Pero podía existir otra amenaza asociada a él. ¿Supón que en su interior se escondiera un monstruo marino que utilizaba sus aguas para tentar al incauto? Las criaturas heridas o moribundas serían una presa fácil. Una falsa reputación curativa las atraería desde muchos kilómetros a la redonda.

Bink no disponía de tiempo para esperar y vigilar. Tenía que ayudar al soldado de inmediato, o sería demasiado tarde. De modo que este era un riesgo que tenía que correr.

Se acercó con cuidado al Manantial. Parecía fresco y limpio. Hundió su cantimplora en las aguas, manteniendo su otra mano en la empuñadura de la espada. No sucedió nada; ningún viscoso tentáculo surgió de sus profundidades para desafiarle.

Contemplando la cantimplora llena, se le ocurrió otro pensamiento. Aunque el agua no estuviera envenenada, no tenía que ser necesariamente curativa. ¿Qué sentido tenía el que se la llevara al soldado si no podía sanarle?

Sólo había un modo de averiguarlo. Además, estaba sediento. Bink se llevó la cantimplora a los labios y bebió.

El agua era fría y buena. Tragó más, y la encontró sumamente refrescante. Era obvio que no estaba envenenada.

Hundió de nuevo la cantimplora y observó el ascenso de las burbujas. Distorsionaban la visión que tenía de su mano izquierda bajo el agua, haciéndole ver como si tuviera todos los dedos. No solía pensar mucho en el que había perdido en su infancia, pero esa imagen de una mano supuestamente completa parecía una burla desagradable.

Alzó la cantimplora..., y casi la soltó. *¡Su dedo se hallaba entero!* ¡Realmente! La herida de su infancia había sido eliminada.

Lo dobló y lo tocó, sorprendido. Lo pellizcó, y sintió dolor. No había dudas: su dedo era real.

El Manantial *era* mágico. Si podía sanar al instante, con tanta limpieza y falta de dolor, una amputación que databa de quince años atrás, ¡curaría cualquier cosa!

¿Y un resfriado? Bink aspiró por la nariz..., y descubrió que estaba despejada. ¡También había eliminado su moquear!

No existía duda al respecto: podía recomendar el Manantial de la Vida. Un título descriptivo para una magia potente. Si este Manantial fuera una persona, podría tener el rango de Mago.

De nuevo intervino la cautela natural en Bink. Aún desconocía la naturaleza de la trampa..., o de la maldición. ¿Por qué nadie hablaba del secreto de este Manantial?

¿Cuál era su secreto? Obviamente, no se trataba del hecho de sus propiedades curativas; la dríada se lo había comentado, y él mismo podría hacerlo con otros. La maldición no podía ser un monstruo marino, ya que ninguno le había atacado. Ahora que Bink estaba completo y bien, se encontraba mejor capacitado para defenderse. Eso eliminaba una teoría.

Pero eso no significaba que no hubiera peligro. Sólo que la amenaza era más sutil de lo que él había imaginado. Los peligros sutiles eran los peores. El hombre que huía de la amenaza clara de un dragón humeante podía sucumbir ante la oculta del hechizo de paz de los pinos.

El soldado se moría. Los momentos eran preciosos, pero Bink se retrasaba. Tenía que descubrir el secreto, a menos que quisiera poner al soldado y a sí mismo en un peligro mayor que el anterior. Se decía que una persona no debía mirarle los dientes a un unicornio regalado, salvo que estuviera encantado, pero Bink siempre lo hacía.

Se arrodilló al lado del Manantial y observó sus profundidades. Directamente a su boca.

—Oh, Manantial de la Vida —murmuró—, vengo en una misión de piedad, sin buscar mi beneficio personal, aunque lo he obtenido. Te conjuro para que reveles tus motivos, de modo que yo, inadvertidamente, no traspase los límites.

No tenía mucha confianza en esta invocación formal, ya que no poseía ninguna magia con la que pudiera hacerla cumplir; no obstante, era todo lo que se le ocurría. No podía aceptar así un regalo tan maravilloso sin tratar de determinar el precio requerido. Siempre había un precio.

Algo remolineó en las profundidades del Manantial. Bink notó su potente magia. Era como si vislumbrara por un agujero hacia otro mundo. ¡Oh, sí..., este Manantial poseía su propio orgullo y consciencia! El campo de su ánimo se elevó para abarcarlo, y su propia consciencia se lanzó a sus profundidades, brindándole la comprensión. *Quien me bebe no puede actuar en contra de mi interés, bajo pena de perder todo lo que le he dado.*

Oh-oh. Se trataba de un hechizo de autoconservación, llano y simple. Pero tremendamente complicado en su ejecución. ¿Quién definía lo que era contrario y lo que no para los intereses del Manantial? ¿Quién sino el mismo Manantial? No podían talarse los árboles de esta zona, ya que su derribo dañaría el círculo ecológico y alteraría el clima, afectando a las lluvias. Nada de minería, ya que eso podía hacer bajar el nivel del agua y polucionar al Manantial. Incluso tenía sentido la prohibición de revelar sus motivos, porque la gente con heridas leves y simples dolores quizá no utilizara el agua si estaba al tanto del precio exigido. Los taladores y los mineros no la usarían. Toda acción tenía consecuencias que se extendían, aunque fueran disminuyendo, como las ondas producidas por una piedra que cayera en un estanque. Con el tiempo, esas ondas podían recorrer todo el océano. O, en este caso, todo

Xanth.

Supongamos que el Manantial decidiera que sus intereses se veían amenazados de forma indirecta por alguna acción del distante Rey de Xanth, como el de aumentar el impuesto sobre la tala de árboles, lo cual podía hacer que los taladores cortaran más madera para poder pagarlo. ¿Obligaría el Manantial a todos los que de él habían bebido a oponerse al Rey, tal vez incluso a asesinarle? Una persona que le debiera la vida al Manantial bien podría hacerlo.

En teoría, era posible para este Manantial mágico transformar toda la sociedad de Xanth..., incluso convertirse en su gobernante *de facto*. Sin embargo, los intereses de una fuente aislada no tenían que ser necesariamente los intereses de la sociedad humana. Con toda probabilidad la magia del Manantial no podía extenderse hasta tales extremos, ya que debería ser igual de fuerte que todos los poderes unidos de las otras entidades de Xanth. Pero despacio, con tiempo, se sentirían sus efectos. Lo que convertía todo este asunto en algo ético.

—No puedo aceptar este pacto —se dirigió Bink al profundo remolino—. No siento ninguna animosidad hacia ti, pero no puedo jurar que actuaré sólo en favor de tus intereses. Son más importantes los de todo Xanth. Quítame tus beneficios; continuaré mi propio camino.

Ahora hubo cólera en el Manantial. Sus inescrutables profundidades se revolvieron. El campo de magia se alzó de nuevo envolviéndole. Padecería las consecuencias de su temeridad. Sin embargo, desapareció como una tormenta que se disipa, dejándole... completo. Su dedo seguía restaurado y su resfriado permanecía curado. Había desafiado al Manantial..., había vencido.

¿O no era así? Quizá sus beneficios no desaparecieran hasta que actuara de forma específica contra el interés del Manantial. Bueno, los suyos eran menores; podía permitirse el castigo. Ciertamente que no vacilaría en hacer lo que creyera correcto por miedo a las consecuencias.

Bink se incorporó con la espada aún en la mano mientras se pasaba la correa de la cantimplora por el hombro. Dio media vuelta.

Una quimera se arrastraba hacia él.

Bink agitó la espada delante suyo, aunque apenas era un experto en su uso. ¡Las quimeras eran peligrosas!

Pero en seguida vio que la criatura se hallaba en peligro. Le colgaba la lengua de su cabeza de león, la cabeza de macho cabrío se hallaba inconsciente, y la cabeza de serpiente en el extremo de su cola se arrastraba por el suelo. La criatura avanzaba a rastras sobre su estómago hacia el Manantial, dejando un rastro de sangre.

Bink se hizo a un lado y la dejó pasar. No sentía ninguna malicia ni siquiera hacia una quimera en este estado. Nunca antes había visto a un ser vivo sufrir de este modo. Salvo al soldado.

La quimera llegó hasta el agua e introdujo en ella su cabeza de león. Bebió desesperada.

El cambio fue inmediato. La cabeza de macho cabrío se irguió de pronto, alerta, girando el cuello desde el centro de la espalda para contemplar a Bink. La cabeza de serpiente siseó. No cabía ninguna duda: la quimera ya se encontraba curada y sana. Y ahora era peligrosa, ya que esta clase de monstruos odiaban todo lo que fuera humano. Dio un paso hacia Bink, que mantenía la espada recta delante suyo con ambas manos, sabedor de que la huida resultaría inútil. Si la hería, quizá pudiera escapar antes de que se arrastrara de vuelta al Manantial para una segunda restauración.

Sin embargo, y de repente, la cosa se alejó sin atacarle. Bink lanzó un suspiro de alivio; le había plantado cara, pero lo último que deseaba era entablar combate con semejante monstruo y en presencia de un Manantial poco amistoso.

Bink se dio cuenta de que seguramente había una tregua general en toda la vecindad. Era contrario al interés del Manantial tener a predadores acechando aquí, de modo que no se permitía ninguna caza o lucha. ¡Suerte para él!

Subió la cuesta y se encaminó hacia el este. Esperaba que el soldado aún estuviera vivo.

Lo estaba. Era duro, como solían ser la mayoría de los soldados; se negaban a exhalar su último aliento hasta que la naturaleza se lo arrebatara. Bink volcó algo de agua mágica en su boca y luego le roció la herida con ella. De repente, el hombre se encontró bien.

—¿Qué hiciste? —exclamó—. Es como si nunca hubiera recibido una puñalada en la espalda.

Ascendieron juntos la colina.

—Cogí agua de un Manantial mágico —le explicó Bink. Se detuvo al lado del árbol de la dríada—. Esta atenta ninfa me indicó muy amablemente su paradero.

—Vaya, gracias, ninfa —repuso el soldado—. Cualquier favor que te pueda hacer a cambio...

—Seguid vuestro camino —pidió con sequedad la dríada, a la vez que vigilaba la espada en las manos de Bink.

Prosiguieron su marcha.

—No puedes obrar en contra de los intereses de ese Manantial —comentó Bink—. Ni contarle a nadie el precio que pagaste por su ayuda. Si lo haces, volverás al principio. Creí que, para ti, el precio valía la pena.

—¡Vaya si lo vale! Me encontraba de guardia, vigilando uno de los helechos-ojo del Rey, cuando alguien..., eh, un sorbo de este elixir, y los ojos del Rey no necesitarían más esos helechos, ¿verdad? Debería llevarle... —Se detuvo.

—Puedo enseñarte la ubicación del Manantial —ofreció Bink—. Por lo que sé,

cualquiera puede usarlo.

—No, no se trata de eso. De repente he tenido la sensación..., no creo que el Rey deba disponer de esta agua.

Ese simple comentario tuvo un fuerte impacto en Bink. ¿Confirmaba su razonamiento de que la influencia del Manantial se extendía amplia y desinteresadamente? La salud recuperada del Rey tal vez no fuera del interés del Manantial, de modo que...

Pero, por otro lado, si el Rey se curaba con el agua del Manantial, entonces él mismo serviría los intereses del Manantial. ¿Por qué el agua habría de poner alguna objeción a eso?

Además, ¿por qué Bink no había padecido la pérdida de su dedo y el retorno del resfriado cuando le habló del secreto al soldado? Había desafiado al Manantial, pero no pagó precio alguno. ¿Era la maldición un simple farol?

El soldado extendió la mano.

—Me llamo Crombie. Cabo Crombie. Salvaste mi vida ¿Cómo puedo pagarte?

—Oh, sólo hice lo que debía —contestó Bink—. No podía dejarte morir. Me encuentro de viaje al castillo del Mago Humfrey para descubrir si poseo algún talento mágico.

Crombie se atusó la barba y meditó. Era atractivo en esa postura.

—Puedo señalarte la dirección. —Cerró los ojos, extendió la mano derecha y giró con lentitud—. El castillo es por aquel camino. Ese es mi talento..., la dirección. Puedo indicarte dónde se encuentra todo.

—Ya conozco la dirección —dijo Bink—. Hacia el oeste. Mi principal problema radica en atravesar esta jungla. Hay tanta magia hostil...

—Vaya si la hay —admitió Crombie con vehemencia—. Casi tanta como en las regiones civilizadas. Los que me atacaron debieron transportarme por medio de la magia hasta aquí pensando que jamás lograría salir vivo y que nunca encontrarían mi cuerpo. Mi sombra no podría vengarme en el corazón de la jungla.

—Oh, no sé —comentó Bink, pensando en la sombra de Donald en el abismo.

—Pero ya me he recuperado, y gracias a ti. Te diré lo que haré: seré tu guardaespaldas hasta que llegues junto al Mago. ¿Te parece justo?

—De verdad que no necesitas...

—¡Oh, sí que lo necesito! Por el honor del soldado. Me hiciste un gran favor, y yo te brindaré otro. Insisto. Puedo ser de mucha ayuda. Te lo demostraré. —Cerró de nuevo los ojos alargó la mano y giró. Cuando terminó, prosiguió—. Esa es la dirección en la que se halla la peor amenaza para tu seguridad ¿Deseas verificarlo?

—No —repuso Bink.

—Bueno, pues yo sí. El peligro nunca desaparece ignorándolo. Has de enfrentarte a él y conquistarlo. Devuélveme la espada.

Bink se la dio, y Crombie se encaminó en la dirección que había señalado: el norte.

Bink le siguió de mala gana. No deseaba salir en busca del peligro, pero sabía que no era correcto que el soldado fuera a su encuentro en lugar suyo. Quizá se tratara de algo obvio, como el dragón del Desfiladero. Aunque eso no sería una amenaza inmediata, siempre que Bink se mantuviera alejado del abismo. Y esa era su intención.

Cuando Crombie se vio detenido por unos espesos matorrales, los segó con su espada. Bink notó que parte de la vegetación se apartaba antes de ser rozada por el acero; si el mejor modo de sobrevivir era suministrar un sendero, estas plantas así lo aceptaban. ¿Supón que el soldado se metía en un árbol-ahorcador? Quizás ese fuera el peligro que le había indicado.

No..., el ahorcador era peligroso para el incauto, pero no podía moverse del lugar en el que había asentado sus raíces. Como Bink había estado marchando hacia el oeste, no hacia el norte, ninguna cosa inmóvil era un peligro para él a menos que se encontrara en su camino.

Se oyó un grito. Bink se sobresaltó, y Crombie alzó su espada. Sólo se trataba de una mujer, asustada y temblorosa.

—¡Habla, muchacha! —rugió Crombie, enarbolando su peligroso acero—. ¿Qué mal nos preparas?

—¡No me hagas daño! —gritó ella—. Sólo soy Dee, perdida y sola. Pensé que veníais en mi rescate.

—¡Mientes! —exclamó Crombie—. Tus intenciones son provocarle algún mal a este hombre, el amigo que me salvó la vida. ¡Confiesa! —Alzó otra vez la espada.

—¡Por el amor de Dios... déjala! —aulló Bink—. Cometiste un error. Está claro que es inofensiva.

—Mi talento nunca se ha equivocado —repuso Crombie—. Esta es la dirección en la que señalaba a tu mayor amenaza.

—Tal vez esté detrás de ella, más allá —arguyó Bink—. Ella simplemente se encontraba en la línea de visión.

Crombie se detuvo.

—Puede ser. No pensé en ello. —Era evidente que se trataba de un hombre razonable bajo su violencia—. Espera, lo comprobaré.

El soldado retrocedió un poco, colocándose al este de la muchacha. Cerró los ojos y giró. Su dedo cayó directamente sobre Dee.

La muchacha prorrumpió en sollozos.

—No te deseo ningún daño... te lo juro. ¡No me lastiméis!

Era una muchacha sencilla, con un rostro y una figura corrientes, ninguna belleza. Esto era un contraste con las diversas mujeres que Bink había encontrado

recientemente. No obstante, tenía algo que le resultaba vagamente familiar; y Bink siempre se irritaba con las desventuras femeninas.

—Quizá no se trate de un peligro físico —comentó—. ¿Sabe diferenciar tu talento?

—No, no lo hace —reconoció Crombie, un poco a la defensiva—. Puede tratarse de cualquier tipo de amenaza, y tal vez ella no te desee ningún mal..., pero por todos los infiernos que hay algo.

Bink estudió a la chica, cuyos lloriqueos estaban cesando. Esa familiaridad..., ¿dónde la había visto antes? No pertenecía a la Villa del Norte y, en realidad, él no se había encontrado con muchas mujeres de otros sitios. ¿En algún punto de su actual viaje?

Con lentitud, la idea se perfiló en su mente: una Hechicera de la ilusión no tenía por qué aparentar belleza. Si quería seguirle la pista, podía adoptar un aspecto totalmente distinto, creyendo que así no despertaría sus sospechas. Sin embargo, la ilusión sería mucho más fácil de mantener si correspondía con su contorno natural. Quita unos kilos aquí y allí, modifica la voz..., tal vez. Si caía en este engaño, podía hallarse en serio peligro de ser conducido a la corrupción. Sólo la magia especial del soldado lo había descubierto.

¿Cómo poder estar seguro? Incluso si Dee representaba algún peligro crítico para él, debía asegurarse de que había identificado el peligro correcto.

Se le ocurrió una idea brillante.

—Dee, debes tener sed —dijo—. Toma un poco de agua.

—Oh, gracias —comentó ella, aceptándola.

El agua curaba todos los males. Un encantamiento era un mal, ¿verdad? Así que, si ella bebía, quizá la mostrara —por lo menos un instante— en su verdadera forma. Entonces él sabría.

Dee bebió con ganas.

No se produjo ningún cambio.

—Oh, es muy buena —alabó—. Me siento mucho mejor.

Los dos hombres intercambiaron miradas. Eliminada otra idea genial. Dee no era Iris, o la Hechicera poseía un mejor control del que él suponía. No lo sabía.

—Ahora prosigue tu camino, muchacha —indicó secamente Crombie.

—Voy a ver al Mago Humfrey —explicó ella con pesar—. Necesito un encantamiento que me ponga bien.

Bink y Crombie intercambiaron de nuevo miradas. Dee había bebido del agua mágica; ahora estaba bien. Por lo tanto, ya no le hacía falta entrevistarse con el Buen Mago por esa excusa. Estaba mintiendo. Y, si era así, ¿qué les ocultaba?

Con toda seguridad había elegido ese destino en particular porque estaba al tanto de que Bink se dirigía hacia allí. No obstante, todo ello aún era una conjetura. Podía

tratarse de una coincidencia..., o podía ser un ogro en forma de mujer —¡un ogro saludable!—, a la espera del momento adecuado para atacar.

Crombie, al notar la indecisión de Bink, tomó la suya propia.

—Si dejas que vaya contigo, entonces yo también os acompañaré. Con la mano continuamente sobre la empuñadura de mi espada. La vigilaré..., todo el tiempo.

—Quizá sea lo mejor —aceptó Bink a regañadientes.

—No te deseo ningún mal —protestó Dee—. No haría nada para herirte, aun si estuviera en mis manos. ¿Por qué no me crees?

Bink descubrió que era demasiado complicado de explicar.

—Puedes viajar con nosotros si lo deseas —concedió.

Dee sonrió agradecida, pero Crombie sacudió sombríamente la cabeza y rozó su espada.

Crombie siguió receloso, pero Bink no tardó en descubrir que gozaba de la compañía de Dee. No poseía ninguna traza de la personalidad de la Hechicera. Era una muchacha corriente con la que él se identificaba bastante. Parecía no tener magia; por lo menos, evitaba ese tema. Quizá también iba a ver al Mago con la esperanza de descubrir su talento; tal vez era eso lo que quiso indicar cuando comentó que necesitaba un encantamiento que la pusiera bien. ¿Quién se encontraba en su plenitud en Xanth sin magia?

De todos modos, si se trataba de la Hechicera Iris, su ardid pronto quedaría al descubierto por el poder adivinatorio del Mago. De modo que se conocería la verdad.

Se detuvieron en el Manantial de la Vida para rellenar sus cantimploras, prosiguieron el viaje durante medio día, y luego fueron atrapados en una tormenta de granizo multicolor. Era magia, por supuesto, o como mínimo aumentada por medios mágicos. Los colores la delataron. Lo cual significaba que no se produciría un gran torrente de agua cuando se derritiera. Lo único que tenían que hacer era refugiarse hasta que acabara.

Pero se hallaban en una colina desnuda, no se veía ningún árbol en kilómetros a la redonda, ninguna cueva ni casas. La tierra subía y bajaba, cortada por barrancos producidos por la erosión, salpicados de rocas... Sin embargo, no se veía nada que pudiera protegerles efectivamente de la tormenta.

Azotados por un granizo cada vez mayor, los tres se apresuraron en la dirección que indicaba la magia de Crombie: el camino hacia un refugio seguro. Apareció detrás de una roca; enorme: un árbol con tentáculos que se extendían monstruosamente.

—¡Es un ahorcador! —exclamó Bink con horror—. No podemos meternos ahí.

Crombie se detuvo en seco, escudriñando entre el granizo que caía.

—Es verdad. Mi talento nunca se había equivocado antes.

Salvo cuando acusó a Dee, pensó Bink. Se preguntó hasta qué punto era de fiar la

magia del soldado. Además, ¿por qué no le había señalado el peligro que corría antes de que le apuñalaran por la espalda y lo abandonaran para que muriera? Pero Bink no lo comentó en voz alta. A menudo la magia tenía complejidades y cierta confusión; estaba seguro de que las intenciones de Crombie eran buenas.

—Hay un hefalunfo ahí —gritó Dee—. Medio devorado.

El enorme cadáver que yacía junto al orificio del tronco del árbol se distinguía con bastante claridad. Su parte trasera había desaparecido, pero la delantera permanecía intacta. Era evidente que el árbol lo había atrapado y consumido todo lo que pudo..., pero un hefalunfo era tan grande que ni siquiera un árbol-ahorcador podía acabarlo en una sola comida. Ahora el árbol se hallaba saciado, los tentáculos colgaban flácidos.

—Después de todo, sí que es un lugar seguro —comentó Bink, haciendo una mueca ante una piedra de granizo del tamaño de un huevo que pasó rozando su cabeza. Estaba hinchado y era ligero, pero todavía podía causar daño—. Pasarán horas antes de que el árbol reviva lo suficiente como para volverse agresivo. Quizás incluso días..., y aun entonces, primero empezará con ese lunfo.

Crombie, comprensivamente, seguía inmóvil.

—Tal vez ese cadáver sea una ilusión —advirtió—. Sospecha de todas las cosas..., ese es el lema del soldado. Una trampa para convencernos de que el árbol es dócil. ¿Cómo crees que tentó al hefalunfo hasta ahí?

Cierto. Tormentas de granizo en la colina con cierta periodicidad, para conducir a sus presas en busca de refugio, y en apariencia con el ideal a la vuelta de la esquina..., un hermoso sistema.

—Pronto estaremos aplastados por el granizo si no nos ponemos a cubierto —señaló Bink.

—Yo iré —dijo Dee.

Antes de que Bink pudiera protestar, ella se lanzó al interior del territorio del árbol.

Los tentáculos temblaron un poco, se retorcieron hacia ella..., pero carecían del imperativo para realizar un verdadero esfuerzo. Avanzó y le dio una patada al hefalunfo atrapado en el tronco..., era sólido.

—No se trata de ningún espejismo —exclamó—. Entrad.

—A menos que sea su aliada —murmuró Crombie—. Te lo repito, es una amenaza para ti, Bink. Si ha mentido por el ahorcador, podría engañar a docenas de personas para que entraran en sus garras...

El hombre era paranoide. Quizá se tratara de una característica útil para los soldados..., aunque no parecía que le hubiera mantenido apartado de los problemas en el pasado.

—No lo creo —repuso Bink—. ¡Y sí creo en esta tormenta de granizo! Voy a

entrar.

Y lo hizo.

Nervioso, pasó por entre el umbral exterior de los tentáculos, pero estos permanecieron inmóviles. Un ahorcador hambriento no era una planta sutil; usualmente atrapaba a su presa en el momento mismo en que era atrapable.

Finalmente, Crombie le siguió. El árbol tembló de nuevo ligeramente; como si estuviera irritado por su incapacidad para consumirlos, y eso fue todo.

—Bueno, yo sabía que mi talento indicaba la verdad. Siempre lo hace —comentó en voz baja.

En realidad, se estaba bien aquí. El granizo había crecido al tamaño de puños, pero rebotaba en el follaje superior del árbol y se amontonaba en círculos en derredor suyo, atrapado por una leve depresión en el suelo. Los árboles predadores tendían a aposentarse en esas depresiones, que se formaban por la acción de sus tentáculos al limpiar el suelo de rocas y hierbas, de modo que presentaran un atractivo césped para los viajeros que pasaran por delante. Los desechos eran arrojados lejos y en círculos, de forma que con el transcurso de los años la superficie de la tierra se elevaba. El ahorcador era un tipo de árbol con mucho éxito, y algunos de ellos formaban pozos cuyos bordes estaban formados por los sepultados huesos de sus anteriores presas. Habían sido barridos de las cercanías del Poblado del Norte, pero se instruía a todos los niños acerca de esta amenaza. En teoría, un hombre que fuera perseguido por un dragón podía esquivar a un ahorcador, haciendo que el dragón se acercara hasta los límites de los tentáculos..., siempre que tuviera la habilidad y el valor necesarios.

Dentro de la zona protegida se veía un césped cuidado que se alzaba en pequeños montículos, con un ligero parecido al torso de una mujer. Flotaban dulces aromas, y el aire era de una calidez agradable. En resumen, se trataba de un lugar aparentemente ideal para buscar refugio... y así había sido planeado. Engañó al hefalunfo. Estaba claro que se trataba de un buen sitio, ya que el ahorcador había crecido hasta proporciones enormes. Aunque de momento el alquiler les resultaba gratis.

—Bueno, mi magia estuvo en lo cierto todo el tiempo —comentó Crombie—. Debí confiar en ella... Aunque... —miró con ojos significativos a Dee.

Bink meditó sobre ello. Creía en la sinceridad del soldado, y no había dudas acerca de la funcionalidad de la magia localizadora. ¿Había fallado en el caso de Dee, o en verdad ella era una mala aunque oscura amenaza? En ese caso, ¿de qué tipo? No podía creer que deseara su mal. Había sospechado que fuera Iris, la Hechicera, pero ya no lo pensaba; no mostraba ningún signo del temperamento de la señora de la ilusión, y la personalidad no era algo que la magia pudiera ocultar durante mucho tiempo.

—¿Por qué tu magia no te advirtió de la puñalada en la espalda? —le preguntó

Bink al soldado, haciendo otro intento por descubrir lo que era de fiar de lo que no se podía confiar.

—No se lo pregunté —contestó Crombie—. Fui un perfecto idiota. Pero, una vez te haya llevado a salvo hasta tu Mago, por todos los infiernos que le preguntaré quién me apuñaló, y entonces... —Sujetó la hoja de su espada, dando a entender sus intenciones.

Una respuesta justa. El talento no era una luz de advertencia; simplemente funcionaba al ser invocado. Estaba claro que Crombie no había tenido ningún motivo para sospechar del peligro, al igual que Bink no sentía razones para pensar que se hallaba amenazado ahora. ¿Dónde se hallaba la distinción natural entre la cautela y la paranoia?

La tormenta proseguía. Ninguno deseaba dormir, ya que no confiaban en el árbol hasta ese punto, de modo que se sentaron y charlaron. Crombie narró una dura historia de antiguas batallas y heroísmo en los días de la Cuarta Oleada de Xanth. Bink no era un militar, pero se vio arrastrado por su caballerosidad, y casi deseó haber vivido en aquella época de aventuras, cuando a los hombres sin magia se les consideraba *hombres*.

Al final de la historia la tormenta había amainado, pero el granizo apilado a su alrededor estaba tan alto que no les pareció atinado salir todavía. Usualmente los residuos de una tormenta mágica se derretían con rapidez una vez volvía a salir el sol, de modo que valía la pena esperar.

—¿Dónde vives? —le preguntó Bink a Dee.

—Oh, sólo soy una chica de campo, ya sabes —replicó ella—. Nadie más se atrevería a viajar a través del páramo.

—Eso no es una respuesta —lanzó Crombie, suspicaz.

Ella se encogió de hombros.

—Es la única que tengo. No puedo cambiar lo que soy, aunque lo pueda desear.

—Es la misma respuesta que poseo yo —intervino Bink—. Soy sólo un pueblerino, nada especial. Espero que el Mago sea capaz de convertirme en alguien especial descubriendo que dispongo de un buen talento mágico del que nadie sospechó nunca, y estoy dispuesto a trabajar un año para él a cambio.

—Sí —opinó ella, con una sonrisa apreciativa.

De repente, Bink descubrió que la muchacha le gustaba. Era corriente..., como él. Estaba motivada..., como él. Tenían algo en común.

—¿Buscas la magia para que tu novia se case contigo? —inquirió Crombie, con voz cínica.

—Sí —admitió Bink, recordando a Sabrina con repentina intensidad. Dee desvió el rostro—. Y para poder permanecer en Xanth.

—Eres un tonto. Un civil tonto —comentó el soldado con amabilidad.

—Bueno, es mi única oportunidad —replicó Bink—. Cualquier apuesta es buena cuando la alternativa...

—No me refiero a la magia. Es útil. Y querer quedarte en Xanth tiene sentido. Me refiero al matrimonio.

—¿Matrimonio?

—Las mujeres son la maldición de la humanidad —aseveró Crombie con vehemencia—. Atrapan al hombre con el matrimonio de la misma forma que este árbol atrapa a sus presas, y lo atormentan el resto de sus días.

—Eso no es justo —intervino Dee—. ¿No has tenido una madre?

—Empujó a mi excelente padre a la bebida y la locura —expuso Crombie—. Hizo que su vida fuera un infierno en la tierra..., y también la mía. Podía leer nuestras mentes... ese era su talento.

Una mujer que podía leer la mente de los hombres: ¡de verdad que sería un infierno para estos! Si cualquier mujer hubiera podido leer la mente de Bink... ¡uff!

—Habría sido un infierno también para ella —observó Dee.

Bink reprimió una sonrisa, pero Crombie hizo una mueca.

—Me escapé y me uní al ejército dos años antes de la mayoría de edad. Nunca lo lamenté.

Dee frunció el ceño.

—Tú tampoco pareces el regalo de Dios para las mujeres. Podemos estar agradecidas de que nunca tocaras a ninguna.

—Oh, las toco —dijo Crombie con una áspera risa—. Lo que no hago es casarme con ellas. Ninguna me pondrá la correa.

—Eres desagradable —centelleó ella.

—Soy inteligente. Y si Bink lo fuera, tampoco dejaría que comenzaras a tentarle.

—¡No lo hacía! —exclamó ella, irritada.

Crombie se volvió con evidente repugnancia.

—Ah, sois todas iguales. ¿Por qué pierdo mi tiempo hablando con gente como tú? Bien podría dedicarme a discutir sobre ética con el diablo.

—Bien, si eso es lo que sientes, ¡me marcharé! —repuso Dee.

Se puso de pie y se acercó hasta el límite del árbol.

Bink pensó que era un farol, ya que la tormenta, aunque amainaba, todavía mostraba algunos destellos de renovada intensidad. El granizo multicolor se apilaba hasta medio metro, y aún no había salido el sol.

Pero Dee se lanzó fuera.

—¡Eh, aguarda! —gritó Bink.

Corrió en pos de ella.

Dee había desaparecido, oculta por la tormenta.

—Deja que se vaya, eso es bueno —comentó Crombie—. Tenía planes sobre ti;

las conozco. Supe que sería un problema desde el principio.

Bink se cubrió la cara y la cabeza con las manos y salió de la protección del árbol. Sus pies resbalaron sobre el granizo, y cayó de cabeza en el montón. Ahora ya sabía lo que le había ocurrido a Dee. Se hallaba sepultada en algún lugar.

Tuvo que cerrar los ojos, ya que el polvillo de las piedras de hielo aplastadas se metía en ellos. No era hielo de verdad, sino vapor solidificado, mágico; las piedras eran secas y no muy frías. Pero sí resbaladizas.

Algo atrapó su pie. Bink pateó con violencia al recordar el monstruo marino cerca de la isla de la Hechicera, olvidando que había sido una ilusión y que era muy improbable que aquí acechara un monstruo marino. El apretón era firme; lo arrastraba hacia un recinto cerrado.

Se incorporó cuando le soltó. Saltó sobre la forma del troll que vio a través de la capa de polvo que cubría sus ojos.

Bink se encontró volando por los aires. Cayó con fuerza de espaldas, mientras la criatura le arrastraba ahora del brazo. ¡Los trolls eran duros! Se retorció e intentó sujetar sus piernas..., pero la cosa cayó sobre él y le sujetó con firmeza al suelo.

—Tranquilo, Bink —le dijo—. Soy yo..., Crombie.

Bink frenó como pudo su reacción tardía, teniendo en cuenta su posición, y reconoció al soldado.

Crombie le dejó incorporarse.

—Supe que nunca saldrías de ahí, de modo que te atraje por la única parte a la que pude llegar, el pie. Tus ojos hallaban cubiertos de polvo mágico, por lo que no pudiste reconocerme. Siento haber tenido que tirarte al suelo.

Polvo mágico..., claro. Distorsionaba la visión, dándolo los hombres apariencias de trolls, ogros y cosas peores viceversa. Era un peligro adicional de estas tormentas, para que la gente no encontrara ninguna salida. Con toda probabilidad un montón de personas confundían el árbol-ahorcador con un inocente árbol-manta.

—Está bien —repuso—. Los soldados sí que sabéis luchar.

—Forma parte del negocio. Nunca cargues contra un hombre que conoce el arte del derribo. —Crombie alzó un dedo cerca de su oído, lo cual significaba que tenía una idea—. Te enseñaré a hacerlo; es un talento no-mágico que podrás usar.

—¡Dee! —gritó Bink—. ¡Todavía se encuentra ahí afuera!

Crombie hizo una mueca.

—De acuerdo. Yo fui el culpable de que se marchara; si significa tanto para ti, te ayudaré a buscarla.

De modo que el hombre poseía cierta decencia, aunque se tratara de mujeres.

—¿De verdad las odias a todas? —inquirió Bink, preparándose para luchar de nuevo con el granizo—. ¿Incluso a las que no leen las mentes?

—Todas lo hacen —aseguró Crombie—. La mayoría de ellas sin magia, eso es

todo. Aunque no me atrevo a jurar que no haya una muchacha para mí en todo Xanth. Si encontrara a alguna que no fuera mezquina, fastidiosa e intrigante... —Sacudió la cabeza—. Pero si existe una así, con toda seguridad que no se casaría conmigo.

Así que el soldado rechazaba a todas las mujeres porque creía que estas le rechazaban a él. Bueno, se trataba de una razón lo suficientemente buena.

La tormenta ya se había detenido. Salieron hasta el granizo apilado fuera, pisando con cuidado para no volver a resbalar. Las coloreadas nubes de la tormenta se aclararon, disipándose con rapidez ahora que el imperativo mágico se había gastado. ¿Qué provocaba estas tormentas?, se preguntó Bink. Tenían que ser inanimadas..., aunque el trayecto de este viaje le había enseñado que en verdad los objetos poseían magia, y a menudo, bastante potente. Tal vez radicara en la misma sustancia de Xanth y, lentamente, se trasvasara hacia los seres vivos e inanimados que ocupaban la tierra. Los seres vivos controlaban su parte de magia, canalizándola, enfocándola, haciendo que se manifestara a voluntad. Las cosas inanimadas la liberaban de forma fortuita, como el caso de esta tormenta. Tenía que haber un montón de magia aquí, reunida desde una enorme zona. Toda desperdiciada en una inútil masa de granizo.

Aunque no tan inútil. Estaba claro que ese árbol-ahorcador se beneficiaba de estas tormentas, y seguro que existían otras formas en las que contribuían a la ecología local. Quizá la tormenta seleccionaba a las criaturas más débiles, animales menos aptos para sobrevivir, y de este modo ayudaba a la evolución del páramo. Y otra magia inanimada tenía sus motivos, como la de la Roca de Observación y el Manantial de la Vida..., ¿se destilaba su magia del agua que se filtraba por toda la región, aumentando su potencia? Quizá fuera la magia misma la que les daba a estas cosas consciencia de su individualidad. Cada aspecto de Xanth estaba afectado por la magia, y gobernado por ella. Sin magia, Xanth sería..., la misma noción le llenó de pánico..., Xanth sería mundano.

El sol salió por entre las nubes. Donde se posaban los haces de luz, el granizo desaparecía en un vapor multicolor. Su entramado mágico no podía resistir el golpe directo del sol. Eso hizo que Bink se cuestionara de nuevo: ¿era el sol antipático a la magia? Si la magia emanaba de las profundidades, la superficie de la tierra era meramente una franja de ella. Si alguien se adentraba alguna vez en las profundidades, quizá se aproximara a la verdadera fuente de poder. ¡Una idea intrigante!

De hecho, Bink deseó poder hacer a un lado su búsqueda personal de la magia y emprender la búsqueda de la naturaleza última de la realidad en Xanth. Estaba convencido de que muy abajo yacía la respuesta a todas sus preguntas.

Pero no podía. Aunque no fuera más que por una sola cosa, tenía que localizar a Dee.

En unos pocos minutos todo el granizo desapareció. Lo mismo ocurrió con la

chica.

—Habrá resbalado por la pendiente hacia el bosque —comentó Crombie—. Sabe dónde estamos; podr  encontrarnos si lo desea.

—A menos que se halle en problemas —dijo Bink, preocupado—. Utiliza tu talento; señala su paradero.

Crombie suspiró.

—De acuerdo.

Cerró los ojos, giró y señaló hacia abajo, al extremo sur de la cadena de colinas.

Bajaron trotando..., y encontraron sus huellas en la blanda tierra al comienzo de la jungla. Las siguieron, y pronto la alcanzaron.

— Dee! —gritó Bink, con alegría—. Lo sentimos. No entres en la selva sola.

Ella continuó su marcha con decisión.

—Dejadme sola —repuso—. No deseo ir con vosotros.

—Pero Crombie no hablaba en serio al... —empezó a decir Bink.

—S . No confiáis en mí, así que manteneos alejados. Prefiero andar sola.

Y eso fue todo. Su elección era firme. Bink no pensaba forzarla.

—Bien, si necesitas ayuda o algo, llámanos..., o lo que sea...

Ella siguió andando sin responder.

—No podrá tratarse de una gran amenaza —indicó Bink, desamparado.

—Es una amenaza —insistió Crombie—. Pero ninguna amenaza es muy amenazadora cuando se encuentra en otra parte.

Ascendieron otra vez la pendiente y prosiguieron la marcha.

Al día siguiente se hizo visible el castillo del Mago, gracias al infalible sentido direccional mágico y a la capacidad de evitar los peligros del yermo que tenía el soldado. Había sido de gran ayuda.

—Bien, ahí está —indicó Crombie—. He cuidado de que llegaras hasta aquí a salvo, razón por la que creo que estamos en paz. He de concluir un asunto personal antes de presentarme ante el Rey para que me asigne una nueva misión. Espero que encuentres tu magia.

—Yo también —suspiró Bink—. Gracias por las llaves de lucha que me has enseñado.

—Ha sido muy poco. Tendrás que practicar mucho más antes de que de verdad te sirvan. Lamento haber hecho que la muchacha se enfadara contigo. Quizá mi talento se equivocó con ella.

Bink no deseaba discutir ese punto, así que simplemente le estrech  la mano y se encaminó al castillo del Buen Mago.

6

Mago

El castillo era impresionante. No era amplio, pero sí alto y bien diseñado. Tenía un profundo foso, una recia muralla exterior rodeada de torres con parapetos y troneras. Debió ser construido mediante la magia, ya que, de lo contrario, le hubiera llevado a todo un ejército de habilidosos artesanos un año erigirlo a mano.

Sin embargo, se suponía que Humfrey era un Mago de la información, no de la construcción o la ilusión. ¿Cómo pudo hacer semejante edificio?

No importaba; el castillo estaba ahí. Bink descendió hasta el foso. Oyó un horrible sonido de chapoteantes cascos y, desde detrás del castillo, surgió un caballo que galopaba por encima del agua. No, no se trataba de un caballo..., era un hipocampo, o un caballo de mar, con la cabeza y las patas delanteras de este último y la cola de un delfín. Bink sólo conocía a los delfines de viejas imágenes; era una especie de pez mágico que respiraba aire en vez de agua.

Bink retrocedió. La cosa parecía peligrosa. No podría seguirle a tierra firme, pero sí podría pulverizarle en el agua. ¿Cómo haría para cruzar el foso? No parecía haber ningún puente levadizo.

Entonces observó que el hipocampo tenía una silla de montar encinchada. ¡Oh, no! ¿Cabalgar sobre el monstruo marino?

Estaba claro que esa era la forma de cruzar el foso. El Mago no deseaba que le hicieran perder su tiempo por un asunto que no fuera de la máxima seriedad. Si alguien no poseía el valor para montar al caballo marino, no merecía la atención de Humfrey. La cosa tenía un cierto sentido perverso.

¿Deseaba de verdad Bink la respuesta a su pregunta al precio de un año de servicio?

Le vino a la mente la imagen de la hermosa Sabrina tan real y evocativa que todo lo demás perdió su importancia. Se encaminó hacia el hipocampo, que le aguardaba expectante al borde del foso, y montó en la silla.

La criatura emprendió el galope. Relinchó cuando cobró velocidad alrededor del foso en vez de atravesarlo. El corcel se mostraba jubiloso, usando el agua como una auténtica pista de carreras, mientras Bink se aferraba con desesperación a la silla. Las poderosas patas delanteras del hipocampo terminaban en aletas, no en cascos, que lanzaban chorros de agua hacia los lados, bañándole con la espuma. La cola, que mantenía enroscada en un poderoso rizo cuando la criatura permanecía quieta, se hallaba ahora extendida y golpeaba el agua con tal vigor que la silla se movía constantemente, con la continua amenaza de desmontar al jinete.

—¡Hihhhh, Hihhhh! —relinchaba con alborozo el monstruo. Le tenía donde quería: en mitad de la silla, preparado para lanzarle lejos. En el momento en que

tocara el agua, se encararía con él y lo devoraría. ¡Qué idiota había sido!

Aguarda..., mientras permaneciera en la silla, estaría fue de su alcance. Lo único que debía de hacer era resistir, y a su debido tiempo se agotaría.

Era más fácil pensarlo que llevarlo a cabo. El hipocampo se elevaba y caía, primero alzándole por encima del foso para luego sumergirle en la espumeante agua. Enroscaba su cola en una espiral y luego la desenrollaba, empapándole una y otra vez. Bink temía que se detuviera con él en el fondo, obligándole a soltarse o a ahogarse. Sin embargo, la silla se hallaba firmemente sujeta a su lomo, y su cabeza de caballo iba en la misma dirección que la de Bink, de modo que tenía que retener su aliento al mismo tiempo que Bink. El monstruo se ejercitaba, mientras que él sólo intentaba mantenerse montado; quemaba más energías que él, de manera que habría de respirar más pronto. Por lo que no podía ahogarle..., ahora que lo había deducido.

De hecho, lo único que tenía que hacer era mantener fría la cabeza y ganaría, sirviera para lo que sirviera eso.

Por fin, la criatura desistió de su empeño. Aleteo hasta la parte interior y permaneció quieta mientras Bink desmonta. Había logrado salvar la primera valla.

—Gracias, Hip —comentó, haciéndole una leve inclinación de cabeza al caballo marino.

Este bufó y se alejó, levantando una pequeña marejada.

Ahora Bink se hallaba ante una gigantesca puerta de madera. Estaba cerrada; golpeó con fuerza con el puño, pero era tan sólida que le dolió la mano, y el sonido quedó minimizado: *¡dink... dink... dink!*

Extrajo su cuchillo y aporreó la madera con la empuñadura, ya que también había perdido su nuevo bastón en el foso.

Si una partición hueca producía un mayor ruido, no cabía la menor duda de que esta era totalmente maciza. En modo alguno se la podía derribar.

¿Tal vez el Mago se hallara fuera? Debería haber sirvientes cuidando del castillo.

Bink empezaba a irritarse. Había emprendido un largo y peligroso viaje para llegar hasta aquí, y estaba dispuesto a pagar el exorbitante precio por una miserable ración de información..., y el maldito Buen Mago carecía incluso de la cortesía de responder a su llamada.

Bueno, entraría a pesar del Mago. De algún modo. *Exigiría* su audiencia.

Analizó la puerta. Medía sus buenos tres metros de alto por uno y medio de ancho; parecía estar compuesta de ocho postes cortados a mano. Literalmente, debía de pesar una tonelada. No tenía bisagras, lo cual significaba que se abriría hacia un lado..., no, el marco era de piedra sólida. ¿Sería levadiza? No veía ninguna sogas o poleas con la que alzarla. Quizá hubiera tornillos escondidos en el interior de la madera, pero eso parecía demasiado complicado y algo arriesgado. A menudo los tornillos cedían en los momentos más inoportunos. ¿Quizá toda la puerta se hundía en

el suelo? También era de piedra. Parecía que toda la masa tenía que ser retirada cada vez que alguien pidiera acceso al interior.

¡Ridículo! Debía de ser falsa. Seguro que existía una apertura mucho más sencilla para el uso cotidiano, ya fuera mágica o física. Lo único que tenía que hacer era encontrarla.

¿En la roca? No, aquello sería imposiblemente pesado; de lo contrario, representaría un punto débil por el que un enemigo lograría entrar. No tenía sentido que se construyera un castillo con esa debilidad. ¿Dónde, entonces?

Bink pasó los dedos por la superficie de la enorme puerta falsa. Encontró una grieta. Descubrió que formaba un cuadrado. Sí. Apoyó las dos manos en el centro y empujó.

El cuadrado se movió. Se deslizó hacia dentro y finalmente cayó al suelo, dejando un agujero lo suficientemente grande como para que un hombre se arrastrara por él. Ahí estaba la entrada.

Bink no perdió el tiempo. Se metió en el agujero.

Dentro había un pasillo débilmente iluminado. Y otro monstruo.

Se trataba de una mantícora..., una criatura del tamaño de un caballo, con la cabeza de un hombre, cuerpo de león, alas de dragón y el aguijón de un escorpión por cola. Uno de los monstruos mágicos más feroces que se conocían.

—Bienvenido al almuerzo, bocado de comida —saludó la mantícora, arqueando su segmentado aguijón por encima de la espalda.

Su boca era extraña, con tres hileras de dientes, una detrás de la otra..., pero su voz era aún más peculiar. Parecida al sonido de una flauta, con una mezcla de trompeta, bonita a su manera pero difícil de comprender.

Bink sacó su cuchillo.

—No soy tu almuerzo —repuso, con mucha más convicción de la que sentía.

La mantícora se rio, ahora con los amargos tonos de la ironía.

—No eres el almuerzo de nadie más, mortal. Has caído con presteza en mi trampa.

Eso era verdad. Sin embargo, Bink ya estaba harto de estos inútiles obstáculos, y también tenía la sospecha de que no eran inútiles, aunque pudiera parecer paradójico. Si los monstruos del Mago devoraban a todos los que buscaban sus servicios, Humfrey nunca recibiría trabajo, no podría cobrar sus emolumentos. Y el Buen Mago era un hombre práctico, cuyo motivo principal de existencia era el beneficio propio; necesitaba esos pagos exorbitantes para incrementar su riqueza. De modo que con toda probabilidad se trataba de otra prueba, como las del caballo marino y la puerta; lo único que tenía que descubrir Bink era la solución.

—Puedo retroceder fuera de esta jaula cuando lo desee —comentó Bink con audacia. Con un esfuerzo de voluntad, controló que sus rodillas no entrecocaran con

el temblor que le dominaba—. No está hecha para retener a gente de mi tamaño; retiene a los monstruos del tuyo. Tú eres el prisionero, cara de molar.

—¡Cara de *molar*! —repitió la mantícora con incredulidad, mientras mostraba en el proceso unos sesenta molares—. ¡Rechinante mortal, te agujonearé enviándote a un sueño de sufrimiento de mil millones de años!

Bink hizo ademán de dirigirse al portal cuadrado. El monstruo atacó de pronto, lanzando el agujón por encima de su cabeza. Era terriblemente veloz.

No obstante, Bink sólo había hecho un amago; ya se lanzaba hacia delante, directo hacia las garras de león. Se trataba de la dirección opuesta a la que había esperado el monstruo, y la cosa no podía dar media vuelta en el aire. Su mortal agujón se clavó en la madera de la puerta, su cabeza pasó a través del agujero cuadrado. Sus hombros de león chocaron con fuerza, incapaces de encajar en la abertura; las alas batieron en vano. Bink no pudo resistirse. Se irguió, dio media vuelta y aulló:

—No habrás pensado que hice todo este viaje sólo para marcharme otra vez, ¿verdad, monstruo de medio culo?

Desde la puerta brotó un aflautado aullido de ira y dolor. Bink se alejó corriendo pasillo abajo, con la esperanza de que hubiera una salida para el tamaño de un hombre. De otro modo...

A sus espaldas la puerta pareció estallar. La mantícora estaba libre ahora y volvía corriendo tras sus pasos. Estaba realmente furiosa ahora. Si no había salida...

Pero la había. El desafío había sido pasar delante del monstruo, no matarlo; ningún hombre podría eliminar a semejante criatura con un cuchillo. Bink llegó a una puerta enrejada y pasó dificultosamente mientras la mantícora cargaba corredor abajo demasiado tarde, con astillas de madera cayendo de su agujón.

Ahora Bink se encontraba en lo que era propiamente el castillo. Se trataba de un lugar bastante oscuro, húmedo y con pocas evidencias de habitantes humanos. ¿Dónde estaba el Buen Mago?

Tenía que haber un modo en que pudiera anunciar su presencia, siempre que el alboroto con la mantícora no hubiera bastado. Bink miró a su alrededor y vio un cordón colgando.

Tiró con fuerza y retrocedió, por si algo le caía encima. No confiaba mucho en este adorable castillo.

Sonó una campana. DONG-DONG, DONG-DONG.

Se acercó alguien, parecía un enano jorobado, o quizá fuera un gnomo aunque tenía unos rasgos algo élficos que no encajaban del todo.

—¿A quién he de anunciar?

—Bink, del Poblado del Norte.

—¿Bingo de qué?

—¡Bink! B-I-N-K.

El gnomo-elfo le estudió.

—¿Cuál es el asunto que he de anunciar que trae a tu amo Bink?

—¡Yo soy Bink! Vengo en busca de un talento mágico.

—¿Y qué recompensa ofreces por el inestimable tiempo del Buen Mago?

—La tarifa usual: un año de servicio. —Luego, con un tono más bajo, añadió—: Es un robo, pero lo acepto. Tu amo le saca los ojos a la gente de una manera horrible.

El gnomo lo meditó.

—El Mago está ocupado en estos momentos. ¿Puedes volver mañana?

—¿Volver mañana? —estalló Bink, pensando en lo que le harían el hipocampo y la mantícora si dispusieran de una segunda oportunidad—. ¿Está esa vieja sabandija interesada en mi pregunta o no?

El gnomo frunció el ceño.

—Bueno, si te has de poner así, subamos.

Bink siguió al hombrecito por una escalera de caracol. El interior del castillo, a medida que subían, se hacía más luminoso y mejoraban los adornos, mostrándose mucho más residencial.

Finalmente, el gnomo lo condujo hasta un estudio lleno de papeles. Allí se sentó ante un escritorio de madera.

—Muy bien, Bink del Poblado del Norte. Has atravesado las defensas de este castillo. ¿Qué te hace pensar que tus servicios le interesan a una vieja sabandija sacaojos?

Bink iba a emitir una colérica exclamación..., pero se detuvo en seco cuando se dio cuenta de que este era el Buen Mago Humfrey. Se sintió hundido.

Todo lo que le quedaba ahora era dar una respuesta directa antes de que le echaran.

—Soy fuerte y no rehuyo el trabajo. Está en ti decidir si eso te interesa.

—Tienes un cerebro reducido y sin duda un apetito grotesco. Con toda probabilidad me resultaría más caro tu alojamiento de lo que alguna vez pudieras compensarme con tus servicios.

Bink se encogió de hombros, con la certeza de que era inútil debatir esos puntos de vista. Lo único que conseguiría sería aumentar la hostilidad del Mago. En realidad, se había metido en la última trampa: la de la arrogancia.

—Tal vez podrías cargar libros y girarme las páginas. ¿Sabes leer?

—Un poco —contestó Bink.

Había sido un pupilo razonablemente atento del maestro centauro; sin embargo, eso fue hace años.

—También parece que posees una lengua afilada para el insulto; quizá sirvieras para espantar a los intrusos que vienen con sus mezquinos problemas.

—Quizás —admitió Bink, sombrío.

Era obvio que esta vez lo había estropeado todo..., después de haber llegado tan cerca de la meta.

—Bien, vamos; no disponemos de todo el día —restalló Humfrey, saltando fuera de su silla.

Bink vio ahora que no era un gnomo ni un elfo de verdad, sino un ser humano muy pequeño y viejo. Un elfo, por supuesto, tratándose de una criatura mágica, no podía ser un Mago. Eso fue lo que en un principio le había engañado..., aunque cada vez se cuestionaba más la exactitud de esa conjetura. Xanth no dejaba de mostrarle ramificaciones de la magia en las que él no había pensado nunca antes.

Al parecer, el Mago había aceptado su caso. Bink le siguió a otra habitación. Se trataba de un laboratorio, lleno de aparatos mágicos que atiborraban las estanterías y el suelo, salvo una parcela limpia de todo objeto.

—Hazte a un lado —ordenó con brusquedad Humfrey, aunque Bink apenas disponía de espacio para moverse.

El Mago no poseía una personalidad por la que uno pudiera llegar a sentir afecto. Sería toda una prueba trabajar para él un año. Aunque tal vez mereciera la pena, si Bink descubría que tenía un talento mágico bueno.

Humfrey tomó una diminuta botella de una estantería, la agitó, y la depositó en el suelo en el centro de un pentagrama..., una figura de cinco lados. Luego realizó un gesto con las manos y entonó algo en una lengua arcana.

La tapa de la botella se desprendió de un salto. Salió algo de su interior. Se expandió hasta adquirir un tamaño razonable y después se consolidó con la forma de un demonio. No parecía un demonio particularmente feroz; sus cuernos apenas eran algo vestigial, y su rabo mostraba un sedoso vello en vez de los usuales bordes cortantes. Más aún, llevaba gafas, que debían ser importadas de Mundania, donde semejantes artefactos se usaban con regularidad para corregir la visión débil de sus ciudadanos. Por lo menos eso relataban los mitos. Bink casi se rio. ¡Imagina un demonio corto de vista!

—Oh, Beauregard —entonó Humfrey—, te invoco por la autoridad investida en mí por el Convenio para que nos digas qué talento mágico posee este muchacho, Bink del Poblado del Norte de Xanth.

Así que ese era el secreto del Mago: poseía el poder de invocar demonios. El pentagrama servía para contener a los demonios liberados de sus botellas; incluso un demonio erudito era una criatura del averno.

Beauregard enfocó los ojos cubiertos por las gafas en Bink.

—Entra en mi campo para que pueda inspeccionarte adecuadamente —repuso.

—¡No, *no!* —exclamó Bink.

—Eres un loco difícil —comentó el demonio.

—No te pedí su perfil de personalidad —cortó Humfrey—. ¿Cuál es su magia? El demonio se concentró.

—Posee magia..., una magia fuerte..., pero...

¡Una magia fuerte! Las esperanzas de Bink ascendieron hasta las alturas.

—Pero no logro descifrarla —prosiguió Beauregard. Le hizo una mueca al Buen Mago—. Lo siento, cabeza de sebo; tendré que renegar de este.

—Entonces desaparece, incompetente —rugió Humfrey, dando una palmada con un notable ruido. Evidentemente, estaba acostumbrado a los insultos; formaba parte de su estilo de vida. Quizás a Bink se le había acabado la suerte.

El demonio se disolvió en humo y volvió a su botella. Bink la contempló, tratando de determinar qué era visible en su interior. ¿Había una figura diminuta inclinada sobre un libro ni miniatura?

Ahora el Mago observó a Bink.

—De modo que posees una magia poderosa que no puede ser descifrada. ¿Lo sabías? ¿Viniste a verme con la intención de desperdiciar mi tiempo?

—No —repuso Bink—. Nunca tuve la certeza de que poseyera magia. No había evidencias al respecto. Esa era mi esperanza..., pero temía que no fuera así.

—¿Sabes algo que pueda justificar esta opacidad? ¿Un contrahechizo, tal vez?

Era evidente que Humfrey se hallaba muy lejos de la omnipotencia. No obstante, ahora que Bink sabía que se trataba de un conjurador de demonios, lo comprendía. Nadie invocaba a un demonio sin una buena razón. El Mago cobraba un precio alto por sus servicios debido al serio riesgo que asumía.

—No conozco nada —replicó Bink—. Con la posible excepción del agua mágica de propiedades curativas que bebí.

—Eso no engañaría a Beauregard. Es un demonio bastante inteligente, un verdadero especialista en magia. ¿Te queda algo del agua?

Bink le tendió su cantimplora.

—Guardé un poco. Nunca se sabe cuándo la puedes necesitar.

Humfrey la tomó, vertió un poco sobre su palma, la rozó con la lengua e hizo un gesto pensativo.

—Es la fórmula corriente —dijo—. No frenaría la magia adivinatoria o informativa. Tengo un tonel de agua similar en la bodega. La preparé yo mismo. Por supuesto, la mía carece del condicionamiento que impone la del Manantial en su propio interés. Puedes conservarla; quizá te resulte útil.

El Mago preparó un puntero que había sujeto de un cordón al lado de un gráfico con las imágenes de un sonriente querubín y un diablo con el ceño fruncido.

—Juguemos a las Veinte Preguntas.

Movió las manos y proyectó un hechizo, momento en el que Bink comprendió que su anterior aseveración había sido prematura. Humfrey hacía algo más que

invocar demonios..., aunque su magia seguía en el campo especializado de la información.

—Bink del Poblado del Norte —entonó—. ¿Te has centrado en él?

El puntero se movió para señalar al querubín.

—¿Posee magia?

Querubín.

—¿Puedes identificarla?

Querubín.

—¿Me indicarás su naturaleza?

El puntero osciló hasta indicar al diablo.

—¿Qué es esto? —exigió Humfrey, irritado—. ¡No, eso no ha sido una pregunta, idiota! Es una exclamación. No comprendo qué hace que vosotros, los espíritus, os frenéis. —Irritado, proyectó el hechizo de liberación y se volvió hacia Bink—. En este asunto hay algo poderosamente raro. Pero ya lo capto como un desafío personal. Utilizaré un encantamiento de la verdad sobre ti. Llegaremos al fondo de esto.

El Mago movió de nuevo sus gordezuelos brazos, musitó un hechizo que pareció grosero..., y de pronto Bink se sintió extraño. Nunca antes había experimentado este tipo peculiar de magia, con toda su parafernalia de gestos, palabras y equipo variado; estaba acostumbrado a los talentos inherentes que funcionaban con la voluntad. El Buen Mago se parecía un poco a un científico..., aunque Bink tampoco comprendía mucho ese término mundano.

—¿Cuál es tu identidad? —preguntó Humfrey.

—Soy Bink, del Poblado del Norte.

Era la verdad...; no obstante, Bink lo reveló porque el hechizo le obligó a hacerlo, no por deseo propio.

—¿Por qué viniste aquí?

—Para averiguar si poseía magia y saber de qué naturaleza podía ser, de modo que no me exilien de Xanth y pueda casarme...

—Suficiente. No me interesan los detalles sórdidos —el Mago sacudió la cabeza—. Así que todo el tiempo me contaste la verdad. El misterio se intensifica, la trama se espesa. Bueno..., ¿cuál es tu talento?

Bink abrió la boca, obligado a responder..., y se escuchó un rugido animal.

Humfrey parpadeó.

—Oh, la mantícora tiene hambre. Desaparece, hechizo; aguarda aquí mientras le doy de comer.

Se marchó.

¡Vaya momento inoportuno para que la mantícora exigiera su comida! Bink no podía culpar al Mago por ir a cumplir con ese cometido. Si el monstruo destrozaba su jaula...

Bink se hallaba libre. Recorrió el cuarto, evitando pisar los trastos que había por el suelo y tocar algo. Llegó hasta el espejo.

—Espejito, espejito —comentó en broma—, ¿quién es la más hermosa de todas?

El espejo se oscureció, para aclararse de inmediato. Una burda rana, gorda y verrugosa, se asomó a su superficie. Bink se sobresaltó. Entonces comprendió: se trataba de un espejo mágico; le había mostrado a la más hermosa... la más hermosa de las ranas.

—Me refiero a la más hermosa de las mujeres humanas —aclaró.

Ahora Sabrina le miró desde el otro lado. En un principio Bink había estado bromeando, pero hubiera debido darse cuenta de que el espejo le tomaría en serio. ¿Era Sabrina de verdad la más hermosa de todas? Si se miraba objetivamente, no parecía muy probable. El espejo se la mostró porque, a los ojos mediatizados de Bink, sí lo era. Para otro hombre...

La imagen cambió. Ahora le miró la muchacha llamada Wynne. Sí, también ella era bonita, aunque demasiado estúpida para que valiera la pena. No obstante, a algunos hombres les gustaría eso. Por otro lado...

En ese momento apareció la Hechicera Iris, en su ilusión más seductora.

—Bueno, ya era hora de que llegaras a mí, Bink —comentó la mujer—. Todavía puedo ayudarte a...

—¡No! —gritó Bink.

El espejo quedó vacío.

Se calmó y lo miró otra vez.

—¿Puedes responder a preguntas que requieran respuestas informativas?

Claro que podría, de otro modo no se hallaría aquí.

El espejo se oscureció y se volvió a aclarar. Apareció una imagen del querubín, lo cual quería decir que sí.

—¿Por qué tenemos tantos problemas para descubrir mi talento?

La imagen que se formó ahora fue la de un pie, una pata..., la pata de un mono.

Bink la observó durante un tiempo, tratando de descubrir su significado, pero no lo logró. Seguro que el espejo se había sentido confuso y había mostrado una imagen irrelevante.

—¿Cuál es mi talento? —preguntó al fin.

El espejo se rompió.

—¿Qué estás haciendo? —le exigió Humfrey. Bink se sobresaltó, culpable.

—Parece... que te he roto el espejo —replicó—. Yo sólo...

—...le estabas haciendo estúpidas preguntas directas a un instrumento diseñado para la sutileza —cortó Humfrey, colérico—. ¿Acaso creíste de verdad que el espejo podría revelarle aquello ante lo que tuvo que frenarse Beauregard?

—Lo siento —se disculpó Bink dócilmente.

—Los problemas que causas son mayores que tu valor. Sin embargo, también eres un desafío. Continuemos. —El Mago repitió los gestos y el encantamiento, reinstaurando el hechizo de la verdad—. ¿Cuál es tu...?

Se escuchó un ruido. El cristal había acabado de caer del espejo.

—¡No te lo estaba preguntando a ti! —le aulló Humfrey. Se volvió hacia Bink—. ¿Cuál...?

Hubo un temblor. El castillo se sacudió.

—¡Un terremoto! —exclamó el Mago—. Todo ocurre al mismo tiempo.

Atravesó la habitación y escrutó por encima del alféizar de la ventana.

—No, sólo se trata del paso del gigante invisible.

Regresó de nuevo al lado de Bink. Esta vez le observó fijamente.

—No es una coincidencia. Algo te impide a ti, y a todo el que lo intenta, dar esa respuesta. Una magia muy poderosa y no identificada. Un hechizo del calibre de un Mago. Creí que sólo había tres personas vivas con esa categoría, aunque parece que hay una cuarta.

—¿Tres?

—Humfrey, Iris, Trent. Sin embargo, ninguno de los tres posee una magia de ese tipo.

—¡Trent! ¿El Mago Maligno?

—Quizá tú le llames maligno. Yo nunca vi que lo fuera. A nuestra manera, éramos amigos. Al mismo nivel de magia, existe siempre una especie de camaradería...

—Fue exiliado hace veinte años.

Humfrey miró de reojo a Bink.

—¿Consideras el exilio como la muerte? Reside en Mundania. Mi información no va más allá del Escudo, pero estoy seguro de que sobrevivió. Es un hombre excepcional. Aunque ahora no posea magia.

—Oh.

Bink, de manera emotiva, había considerado el exilio como la muerte. El Mago le recordó que no era así; existía vida más allá del Escudo. Seguía sin desear ir allí, pero esto controló el espectro.

—Aunque me intriga sobremanera, no me atrevo a insistir con la pregunta. No me encuentro adecuadamente protegido contra la magia de interferencia.

—Pero ¿por qué alguien querría impedirme conocer mi propio talento? —inquirió Bink, perplejo.

—Oh, lo conoces. Lo que ocurre es que no puedes comentarlo..., ni siquiera a ti mismo. El conocimiento se halla enterrado en tu interior. Y parece que ahí es donde seguirá. No estoy preparado para correr el riesgo que conlleva este asunto por el mero servicio de un año; ya casi he perdido con este contrato.

—Pero ¿por qué un Mago...? Quiero decir, ¡yo soy un don nadie! ¿Cómo podría beneficiar a alguien impedirme...?

—Puede que no se trate de una persona, sino de una cosa que te impone un velo. Un velo de ignorancia.

—¿Por qué?

Humfrey sonrió con una mueca.

—Muchacho, eres repetitivo. Quizá tu talento represente una amenaza para unos intereses especialmente poderosos. Así como una espada de plata es una amenaza para un dragón, aunque no esté cerca de él. Así, esta entidad se protege bloqueando el conocimiento de tu talento.

—Pero...

—Si lo supiéramos, descubriríamos cuál es tu talento —cortó Humfrey, respondiendo a la pregunta no formulada.

Bink insistió.

—Entonces, ¿de qué forma podría demostrar mi talento y poder quedarme en Xanth?

—Parece que te encuentras en un problema —comentó Humfrey, como si fuera de importancia académica. Se encogió de hombros—. Te lo diría si pudiera, pero no puedo. Claro que no te cobraré por mis servicios, ya que me he visto imposibilitado a cumplirlos. Te daré una nota aclaratoria. Tal vez el Rey, después de todo, te permita continuar aquí. Creo que los estatutos especifican que cada ciudadano ha de poseer magia, no que deba demostrarlo en público. En ocasiones se ha suspendido la demostración. Por ejemplo, recuerdo a un joven que podía cambiar el color de su orina. Se aceptó una declaración jurada en vez de una exhibición pública.

El fracaso parecía haber ablandado considerablemente al Mago. Le sirvió a Bink una agradable comida de pan marrón y leche —de su huerto privado de frutas de pan y de su establo de ciervos voladores, respectivamente—, y conversó con afabilidad.

—Hay tanta gente que viene a verme y desperdician sus preguntas —le confió—. El truco no es necesariamente hallar la respuesta, sino la pregunta adecuada. La tuya es el primer desafío real que he tenido en años. El último fue, déjame pensar, el amaranto. Este granjero deseaba saber cómo desarrollar una planta superior para las verduras y los cereales, de forma que pudiera alimentar mejor a su familia a la vez que incrementaba sus ingresos para mayor comodidad de sus vidas. Yo le localicé el amaranto mágico, y ahora su uso se ha extendido por todo Xanth y, por lo que sé, más allá también. De él se puede hacer un pan que es irreconocible del verdadero. —El Mago abrió un cajón y sacó una rebanada especial—. ¿Ves?, este trozo no ha salido de un tallo, fue horneado, no recolectado. —Le partió un trozo a Bink, que lo aceptó de buena gana—. Esa era una pregunta adecuada que formular. La respuesta benefició a toda la tierra de Xanth al mismo tiempo que al individuo. Como contraste,

muchos deseos son de la variedad pata-de-mono.

—¡La pata de mono! —exclamó Bink—. Cuando le pregunté al espejo mágico, me mostró...

—Correcto. La frase deriva de una historia mundana. Creían que sólo era ficción. Pero aquí en Xanth existe magia de esa clase.

—Pero ¿qué...?

—¿Aún quieres dedicarme un año de servicio?

—Oh, no, no por eso.

Bink se concentró en masticar el nuevo pan. Era más duro que el verdadero.

—Entonces te lo daré gratis. Se refiere únicamente a un tipo de magia que te proporciona más preocupaciones que satisfacciones, aunque te brinda lo que técnicamente le pides. Sin esa magia vives mejor.

¿Estaba mejor Bink sin conocer cuál era su talento? Eso fue lo que en principio le quiso advertir el espejo. Sin embargo, ¿cómo podía ser el exilio, que le privaría de la magia en su totalidad, mejor que el conocimiento?

—¿Vienen muchas personas a formularte preguntas, ya sean estúpidas o de las otras?

—Ahora que he construido este castillo y lo he ocultado, no tantas. Sólo aquellos con una gran determinación lo encuentran. Como tú.

—¿Cómo lo construiste? —Mientras el Mago siguiera hablando...

—Lo edificaron los centauros. Les dije cómo podían deshacerse de una plaga local, y me sirvieron durante un año. Son artesanos muy cualificados, e hicieron un buen trabajo. Cada cierto tiempo confundo las rutas que llegan hasta aquí con hechizos de falsa dirección a fin de no ser importunado por gente insoportable; este es un buen emplazamiento.

—¡Los monstruos! —exclamó Bink—. El hipocampo, la mantícora..., ¿están cumpliendo su año de servicio espantando a los ociosos?

—Claro. ¿Crees que se quedarían aquí sólo por placer?

Bink lo pensó. Recordó la malsana alegría con la que el caballo de mar había intentado desmontarlo. No obstante, seguro que preferiría el mar abierto a un simple foso.

Había acabado su pan. *Casi* era tan bueno como el real.

—Con tus poderes de información, podrías..., podrías ser Rey.

Humfrey se rio. Y no había ningún síntoma de queja amarga en su risa.

—¿Quién en sus cabales desearía ser Rey? Es un trabajo tedioso y extenuante. No me interesa imponer disciplina; soy un especialista. La mayor parte de mi trabajo se centra en hacer que mi magia sea más segura y específica, refinándola para que tenga más aplicaciones. Queda mucho por hacer, y me vuelvo viejo. No puedo perder el tiempo con distracciones. Deja que aquellos que deseen la corona la cojan.

Desconcertado, Bink pensó en alguien que quisiera gobernar Xanth.

—La Hechicera Iris...

—El problema, cuando se trabaja la ilusión —repuso Humfrey con seriedad— es que uno termina por engañarse a sí mismo. Iris no necesita el poder tanto como necesita un buen hombre.

Incluso Bink pudo reconocer la verdad en esa aseveración.

—¿Pero, por qué no se casa?

—Es una Hechicera y buena. Posee poderes que tú ni siquiera has vislumbrado. Necesita a un hombre al que pueda respetar, uno que tenga una magia más poderosa que la de ella. En todo Xanth, solo yo poseo una más fuerte..., y pertenezco a una generación, demasiado viejo para ella, aunque sintiera interés por el matrimonio. Y aún así no haríamos buena pareja, pues nuestros talentos son opuestos: yo trabajo con la verdad, ella con la ilusión. Yo sé mucho, ella imagina demasiado. De forma que conspira con talentos menores, convenciéndose a sí misma de que podría funcionar. —Sacudió la cabeza—. Es una situación delicada de veras. El talento del Rey se desvanece, no hay un heredero y el requisito de que la corona la posea un Mago puede llevar a que el trono se vea sujeto a sus maquinaciones. No todos los jóvenes tienen tu integridad o tu amor por Xanth.

Bink sintió un escalofrío. Humfrey estaba al tanto de la oferta de Iris, de su encuentro. El Mago no solo podía contestar preguntas por un precio, mantenía un seguimiento sobre lo que sucedía en Xanth. Aunque parecía no estar interesado en intervenir, únicamente en observar. Quizá es que investigaba a aquellos que llegaban hasta él mientras el hipocampo y la mantícora los entretenían el tiempo suficiente para prepararse. O quizá guardaba este tipo de informaciones, en caso de que alguien viniera a preguntarle: «¿Cuál es el mayor peligro al que se enfrenta Xanth?» en cuyo caso podría cobrar su tarifa por la respuesta.

—Si el Rey muere, ¿tomarás tú la corona? —inquirió Bink—. Tal como has observado tendrá que estar en manos de un Mago poderoso, y, por el bien de Xanth...

—Planteas una pregunta casi tan difícil como la que te trajo aquí —replicó el Mago con tristeza—. Creo tener un cierto grado de patriotismo, aunque también mantengo una política de no interferencia con el orden natural de las cosas. Existe algo de sustancia en el concepto de la pata de mono; la magia requiere un precio. Supongo que, si no hubiera ninguna otra alternativa, sí que aceptaría la corona..., pero primero buscaría afanosamente a algún Mago superior que asumiera el cargo. Durante una generación no ha aparecido ningún talento elevado; ha de hacerlo pronto. —Miró con ojos especulativos a Bink—. Es como si una magia de ese calibre se hallara asociada a ti...; sin embargo, no podemos dominarla si no la definimos. Así que dudo que seas el heredero del trono.

Bink estalló con una risa incrédula y azarada.

—¿Yo? Insultas al trono.

—No, hay cualidades en ti que honrarían al trono..., si tan solo poseyeras una magia identificable y controlable. La Hechicera quizá eligió mejor de lo que ella misma sabía o era su propósito. Evidentemente, hay una contramagia que te está deteniendo..., aunque tampoco estoy seguro de si la fuente de esa contramagia haría un buen Rey. Es un asunto extraño, muy intrigante.

A Bink le tentó la idea de ser un Mago poderoso, que se convertía en Rey, y que gobernaba Xanth. De inmediato, sin embargo, esa noción ya no le gustó. Sabía muy en su interior que carecía de las cualidades necesarias, a pesar de los comentarios de Humfrey. Este no era únicamente un asunto de magia, sino de un estilo de vida, y de ambición. Nunca podría sentenciar a un hombre a la muerte o al exilio, sin importar lo justificada que fuera esa sentencia, o conducir a un ejército a la batalla, o pasar todo el día mediando entre las peleas de los ciudadanos. La absoluta responsabilidad le pesaría pronto demasiado.

—Tienes razón. Ninguna persona sensible desearía ser Rey. Lo único que yo deseo es casarme con Sabrina y establecerme.

—Eres un muchacho muy sensato. Pasa la noche aquí, y por la mañana te mostraré un camino directo a casa, con suficientes protecciones para los peligros del viaje.

—¿Repelente para niquelpiés? —preguntó Bink, esperanzado al recordar las zanjas que Cherie, la centauro, había saltado.

—Exacto. Pero tendrás que mantenerte alerta; no hay ningún camino seguro para los estúpidos. Creo que te será suficiente con dos días de viaje a pie.

Bink pernoctó allí. Se dio cuenta que le gustaba el castillo y sus habitantes; incluso la mantícora era afable con él, ahora que el Mago había dado el visto bueno.

—No te habría devorado, aunque he de reconocer que me sentí tentada de hacerlo en algunos momentos cuando me pateaste... el agujón —le contó a Bink—. Mi trabajo es asustar los que no son serios. Mira, no estoy encerrada. —Empujó la barras, y la puerta interior cedió—. De todas formas, mi año de servicio ya casi acaba; creo que lamentaré su término.

—¿Cuál fue tu pregunta? —inquirió Bink, un poco nervioso tratando de que no se le notara que estaba a punto de salir corriendo al menor movimiento. En un espacio abierto, él no era rival para la mantícora.

—Le pregunté si tenía un alma —replicó con seriedad el monstruo.

Bink tuvo que controlarse de nuevo. ¿Un año de servicio por una cuestión filosófica?

—¿Qué te respondió?

—Que sólo aquellos que poseen alma se preocupan por ella.

—Entonces..., no te hacía falta preguntarlo. Pagaste un año por nada.

—No. Pagué un año por todo. El hecho de tener un alma significa que nunca moriré de verdad. Mi cuerpo quizá se descomponga, pero yo renaceré y, en caso de no ser así, mi sombra permanecerá para nivelar las cuentas incompletas, o moraré para siempre en el cielo o en el infierno. Mi futuro está asegurado; nunca padeceré el olvido eterno. No existe ninguna pregunta o respuesta más vital. No obstante, la contestación ha de ser en la forma adecuada. Un simple «sí» o «no» no me habría satisfecho; podría tratarse de una mera adivinanza o de la opinión del Mago. Un detallado tratado técnico únicamente hubiera ofuscado la cuestión. Humfrey lo dijo de tal modo que su verdad fue evidente por sí misma. Ya no necesito dudar de nuevo.

Bink se hallaba conmovido. Analizándolo de esa manera, tenía sentido. Humfrey había dado algo de valor. Era un Mago honesto. Le había mostrado a la mantícora — y también a Bink— algo vital acerca de la naturaleza de la vida en Xanth. Si el grupo más feroz de monstruos poseía alma, con todo lo que ello implicaba, ¿quién podía condenarlos diciendo que eran malignos?

7

Exilio

El sendero era ancho y despejado, y no se hallaba bajo ningún encantamiento. Sólo una cosa le dio escalofríos a Bink: una zona en la que había pequeños agujeros como de gusanos en los troncos de los árboles y en las rocas circundantes. Agujeros que atravesaban de lado a lado los troncos. ¡Los culebreadores habían estado aquí!

Se tranquilizó. Desde luego, no habían pasado recientemente; esa amenaza hacía tiempo que fue barrida. Sin embargo, el lugar infestado por ellos era horrible, ya que los pequeños gusanos voladores perforaban mágicamente cualquier cosa que encontraran a su paso, incluyendo a los animales y a la gente. Un árbol podía sobrevivir a unos pocos agujeros limpios, pero una persona corría el peligro de desangrarse hasta morir, siempre que no pereciera por la perforación de algún órgano vital. Ese solo pensamiento provocó una mueca de desagrado en el rostro de Bink. Esperaba que nunca más pulularan por la superficie de Xanth..., aunque no existía esa certeza. No había nada seguro allá donde estaba involucrada la magia.

Aceleró el paso, nervioso por las viejas cicatrices producidas por los culebreadores. Media hora más tarde llegó al abismo... y allí, con claridad, se hallaba el puente imposible que le mencionó el Buen Mago. Verificó su existencia arrojando un puñado de tierra para observar su caída a las profundidades; se deslizó por una sección. Si hubiera tenido conocimiento de este camino antes..., claro que ese era el punto clave de la información. Sin ella, una persona padecía tremendas complicaciones.

¿Quién habría pensado que existía un puente invisible para cruzar el abismo?

Sin embargo, su largo rodeo no había sido una pérdida completa. Había participado en el juicio por violación y ayudó a la sombra; presencié algunas ilusiones fantásticas y rescató a Crombie, el soldado..., y, en general, aprendió mucho más de la tierra de Xanth. No le agradaría repetirlo, pero la experiencia le había hecho crecer.

Se adentró en el puente. El Mago le había advertido acerca de una cuestión: una vez que lo pisara ya no podía volver atrás, de lo contrario se desmaterializaría, dejándole caer en el abismo. Era una rampa de sentido único, que sólo existía delante suyo. Empezó la marcha con audacia, pese a que el vacío se abría terrible debajo suyo. Sólo la mano en la invisible barandilla le brindaba seguridad.

Se arriesgó a echar una mirada hacia abajo. En esta zona, el fondo del abismo era muy estrecho..., prácticamente una grieta en vez de un valle. Por aquí no podría correr el dragón del Desfiladero. No se veía ninguna forma de descender por la pronunciada pendiente; si la caída no mataba a una persona, lo harían la inanición y la falta de refugios. A menos que pudiera apoyarse a ambos bordes de la abertura en

su parte más estrecha y dirigirse al este o al oeste, hacia una parte mejor..., donde se las tendría que ver con el dragón.

Bink cruzó. Lo único que se requería era conocimiento y confianza. Ya con los pies a salvo sobre tierra firme, miró hacia atrás. No se veía ni una señal del puente y ninguna forma clara de acercarse a él. No pensaba arriesgarse a atravesarlo de nuevo.

La descarga de adrenalina le dejó sediento. Vio una fuente a un lado del sendero. ¿El sendero? No había ninguno hacía un momento. Miró otra vez hacia el abismo, y no se divisaba sendero alguno. Oh..., se alejaba del puente, no iba hacia él. Magia rutinaria de una sola dirección. Se dirigió hacia la fuente. Le quedaba agua en su cantimplora, agua del Manantial de la Vida, que prefería no beber y reservarla para una futura emergencia.

Un chorro de agua emergía de la fuente y fluía a lo largo de un sinuoso canal que, en su extremo final, se perdía en el abismo. El canal estaba profusamente cubierto de extrañas plantas, pertenecientes a especies que Bink no había observado antes: un estolón de frambuesa en el que crecían hayucos, unos helechos con hojas marchitas. Extraños, pero sin representar ninguna amenaza para su vida. Bink observó alrededor suyo en busca de bestias predatoras que pudieran acechar al lado de una fuente de agua; luego, satisfecho, se tumbó para acercarse a la boca al líquido que le esperaba.

En el momento en que bajaba la cabeza oyó un grito aflautado que provenía de arriba.

—¡Lo laaaaaamentarás!

Alzó la vista hacia los árboles. Había una cosa parecida a un pájaro posada allí; quizá se tratara de una variedad de arpía. Poseía unos abundantes pechos femeninos y una cola de serpiente enroscada. Nada que le preocupara, mientras mantuviera la distancia.

Inclinó de nuevo la cabeza y escuchó un crujido..., demasiado cerca. Se incorporó de un salto, extrajo el cuchillo, retrocedió unos pasos y, a través del follaje, vio algo increíble. Había dos criaturas batiéndose en combate: un grifo y un unicornio. Uno era macho, el otro, hembra, y estaban..., no estaban peleando..., ellos...

Bink dio marcha atrás, profundamente embarazado. ¡Se trataba de dos especies distintas! ¡Cómo podían!

Asqueado, regresó a la fuente. Ahora notó las recientes huellas de las criaturas: tanto el unicornio como el grifo habían venido a beber aquí, con toda probabilidad en la última hora. Quizá cruzaran el puente invisible, igual que él, y vieron la fuente, situada en un lugar tan adecuado. De forma que no era factible que estuviera envenenada...

De repente lo comprendió. Era una fuente de amor. Cualquiera que bebiera de esta agua se enamoraría irresistiblemente de la primera criatura que viera después,

y...

Miró al grifo y al unicornio. Insaciables, aún se dedicaban a ello.

Bink se apartó de la fuente. Si hubiera bebido...

Sintió un escalofrío. Su sed se había evaporado.

—Oh, ve y toma un poco —cantó la arpía.

Bink cogió una piedra y se la arrojó. La arpía graznó y ascendió aleteando fuera de su alcance mientras se reía con aspereza. Uno de sus excrementos estuvo a punto de acertarle. No existía nada más odioso que una arpía.

Ya le había advertido el Buen Mago que el camino a casa no estaba exento de problemas. Esta fuente debía ser uno de los detalles que Humfrey no creyó lo suficientemente importantes como para comunicarle. Una vez que Bink retornara al sendero por el que había venido al comienzo de su viaje, los peligros serían familiares, como el de los pinos...

¿Cómo los atravesaría? Necesitaba un enemigo con el que viajar, y no tenía ninguno.

Entonces se le ocurrió una brillante idea.

—¡Eh, tú..., cerebro de pájaro! —llamó, en dirección a las copas de los árboles—. ¡Mantente apartada de mí, o te meteré la cola por tu asquerosa garganta!

La arpía respondió con un arrollador torrente de insultos. ¡Qué vocabulario tenía! Bink le arrojó otra piedra.

—Te lo advierto..., no me sigas —le gritó.

—Te seguiré hasta el mismo Escudo —chirrió la arpía—. *Nunca* te desharás de mí.

Bink sonrió interiormente. Ya disponía de una compañía adecuada.

Prosiguió la marcha, esquivando los ocasionales excrementos que le arrojaba la arpía, con la esperanza de que su furia la llevara hasta los pinos. Después..., bueno, lo primero, primero.

El sendero se unió pronto con el que él había cogido rumbo al sur. Curioso, miró a ambos lados del camino principal; el paisaje era visible al sur y al norte. Echó un vistazo hacia el lugar de donde acababa de salir..., y sólo había un espeso bosque. Dio un paso atrás, por la ruta que sabía que había tomado..., y se halló metido hasta las rodillas en zarzas-de-brillo. Las malas hierbas destellaron al enroscarse en sus piernas, y sólo maniobrando con extremada precaución logró soltarse sin que sus piernas quedaran arañadas. La arpía se rio tan alto que casi se cayó de su posición elevada.

Simplemente no había ningún sendero en esa dirección. Sin embargo, cuando volvió a mirar, allí estaba, conduciendo con claridad a través de las zarzas para unirse con el camino principal. Ah, bueno..., ¿por qué se molestaba en cuestionar estas cosas? La magia era magia; no poseía ningún motivo salvo el propio. Todo el mundo

lo sabía. Todo el mundo menos él, a veces.

Anduvo todo el día, y pasó al lado del arroyo donde si bebías te convertías en un pez: «¡Toma un trago, arpía!», pero ella ya conocía el encantamiento, por lo que le insultó con renovada furia; los pinos de la paz: «¡Échate una siesta, arpía!»; y la zanja con los niquelpiés: «¡Te buscaré algo para comer, arpía!», pero lo que en realidad utilizó fue el repelente que le había suministrado el Buen Mago, y en ningún momento vio ni siquiera a uno.

Por fin se detuvo en una granja situada en el territorio centauro para pasar la noche. La arpía abandonó entonces su persecución; no se atrevió a ponerse al alcance de una de sus flechas. Se trataba de centauros mayores, nada agresivos, interesados en las noticias que pudiera proporcionarles. Escucharon con avidez la narración de sus experiencias al cruzar el abismo, y decidieron que sólo esto era suficiente para que le proporcionaran un cuarto y comida. Su nieto potrillo dormía con ellos esa noche, un chiquillo dicharachero y bailarín de apenas veinticinco años..., la edad de Bink, pero equivalente a un cuarto de esos años en términos humanos. Bink jugó con él e hizo el pino para que lo viera; se trataba de un truco que ningún centauro podía realizar, y el potrillo quedó fascinado.

Al día siguiente viajó otra vez hacia el norte, y no vio ninguna señal de la arpía. Qué alivio; casi hubiera preferido arriesgarse a entrar sin compañía en el bosque de pinos de la paz. Sus oídos se sentían indeleblemente mancillados después de escuchar sus imprecaciones. Atravesó toda la región de los centauros sin encontrarse con nadie. Cuando caía la noche, llegó al Poblado del Norte.

—¡Eh, ha regresado la Maravilla Sin Hechizos! —gritó Zinc.

Un agujero apareció delante de los pies de Bink, haciendo que trastabillara de forma involuntaria. Zinc hubiera sido un maravilloso compañero para los pinos. Bink ignoró el resto de agujeros y continuó hacia su hogar. Había regresado, cierto. ¿Por qué se había molestado en darse prisa?

El examen se llevó a cabo a la mañana siguiente, en el anfiteatro al aire libre. Las palmeras reales formaban como una columnata a los lados del escenario. Los bancos eran las retorcidas rodillas de un ciprés de las tierras secas. Se apoyaban contra cuatro enormes arcos-de-miel. A Bink siempre le había gustado esta formación..., pero ahora era un lugar incómodo. El sitio de su juicio.

Presidía el viejo Rey, ya que este era uno de sus oficios reales. Llevaba su enojada capa de ceremonias y su bonita corona de oro, y en su mano portaba el adornado cetro, todos ellos símbolos de su poder. Todos los ciudadanos inclinaron las cabezas cuando sonó la fanfarria. Bink no pudo evitar sentir un escalofrío de respeto ante la panoplia real.

El Rey tenía una impresionante cabellera blanca y una larga barba, aunque sus

ojos tendían a perderse en el vacío. Cada cierto tiempo un sirviente le daba un ligero codazo para que no se quedara dormido y recordarle el ritual.

Cuando comenzó la ceremonia, el Rey realizó su magia ceremonial generando una tormenta. Alzó sus artríticas manos y musitó una invocación. Al principio sólo hubo silencio; luego, cuando parecía que la magia había fracasado por completo, una ráfaga breve de viento atravesó el claro, agitando un puñado de hojas.

Nadie hizo comentarios, aunque fue evidente que esta manifestación pudo ser producto de la coincidencia. Sin lugar a dudas estaba muy lejos de parecer una tormenta. Sin embargo, varias de las damas presentes abrieron cumplidamente sus paraguas, momento en el que el maestro de ceremonias procedió a presentar con rapidez el problema.

Los padres de Bink, Roland y Bianca, se hallaban en la primera fila, al igual que Sabrina, tan adorable como la había recordado todo el tiempo. Roland captó la mirada de Bink y le hizo un gesto de aliento; los ojos de Bianca estaban húmedos, pero los de Sabrina miraban el suelo. Todos temían por él. Con razón, pensó.

—¿Con qué talento intentarás justificar tu ciudadanía? —le preguntó el maestro de ceremonias a Bink.

Se trataba de Munly, un amigo de Roland; Bink sabía que el hombre haría todo lo que pudiera por ayudarle, aunque estaba obligado a seguir las normas.

Ahora todo dependía de él.

—Yo..., no puedo mostrarlo —repuso Bink—. Sin embargo, traigo la carta del Buen Mago Humfrey en la que certifica que poseo magia.

Alargó la nota con mano temblorosa.

El hombre la cogió, la miró y se la pasó al Rey. El Rey la escudriñó; sin embargo, sus ojos padecían tantas cataratas que no podían leerla.

—Como Su Majestad puede ver —murmuró con discreción Munly—, es un mensaje del Mago Humfrey y lleva su sello mágico. —Era la imagen de una criatura con aletas que hacía equilibrios con una pelota en el hocico—. Declara que esta persona posee un talento mágico sin definir.

Algo parecido al fuego encendió la mirada cenicienta del viejo monarca.

—Esto no sirve para nada —masculló—. Humfrey no es el Rey; ¡yo lo soy!

Dejó caer el papel al suelo.

—Pero... —protestó Bink.

El maestro de ceremonias le dirigió una mirada de advertencia, y Bink supo que todo era inútil. El Rey sentía unos estúpidos celos del Mago Humfrey, cuyo poder aún era fuerte, y no pensaba hacerle caso al mensaje. Pero, por la razón que fuere, el Rey había hablado. La discusión sólo empeoraría las cosas.

Entonces tuvo una idea.

—Le he traído al Rey un regalo —dijo Bink—. Agua de un Manantial curativo.

Los ojos de Munly se iluminaron.

—¿Tienes agua mágica?

Conocía las posibilidades de un Rey completamente funcional.

—En mi cantimplora —replicó Bink—. La guardé..., mirad, curó mi dedo. —
Extendió la mano—. También me curó el resfriado, y vi cómo ayudaba a otra gente.
Sana todo, al instante.

Decidió que era mejor no mencionar la obligación que acarreaba.

El talento de Munly era la conjura de objetos pequeños.

—Con tu permiso...

—Concedido —contestó Bink con rapidez.

La cantimplora apareció en la mano del hombre.

—¿Es esta?

—Sí.

Por primera vez Bink tuvo una auténtica esperanza.

Munly se aproximó otra vez al Rey.

—Bink ha traído un regalo a Su Majestad —anunció—. Agua mágica.

El Rey tomó la cantimplora.

—¿Agua Mágica? —repitió, como si no comprendiera.

—Sana todos los males —le aseguró Munly.

El Rey la miró. Un trago y podría leer el mensaje del Mago, crear tormentas
decentes de nuevo..., y emitir juicios razonables. Esto quizá invirtiera el curso de la
demostración de Bink.

—¿Quieres dar a entender que estoy enfermo? —exigió el Rey—. ¡No necesito
ninguna cura! Estoy tan capacitado como siempre lo estuve.

Volcó la cantimplora, dejando que el precioso líquido cayera al suelo.

Fue como si la sangre de Bink se perdiera con ella, como si no fuera simplemente
agua. Vio su oportunidad arruinada por la misma senilidad que creyó que corregiría.
Además, ya no le quedaba agua curativa para sus propias emergencias; ya no podría
curarse de nuevo.

¿Era esta la retribución del Manantial de la Vida por desafiarlo? ¿Tentándole con
una victoria incipiente para retirarse en el momento crítico? No importaba, estaba
perdido.

Munly también lo sabía. Se inclinó para coger la cantimplora y la hizo
desaparecer de sus manos, devuelta a la casa de Bink.

—Lo siento —musitó en voz baja. Luego, en alto, añadió—: Demuestra tu
talento.

Bink lo intentó. Se concentró, dominando su magia con la voluntad, fuera cual
fuere, para que rompiera su barrera y se manifestara. Del modo que fuera. No ocurrió
nada.

Escuchó un sollozo. ¿Sabrina? No, era su madre, Bianca. Roland permanecía sentado con cara pétrea, negándose por su código de honor a dejar que los intereses personales interfirieran. Sabrina todavía no le miraba. Sin embargo, había gente que sí lo hacía: Zinc, Jama y Potipher sonreían con satisfacción. Ahora tenían una razón para sentirse superiores: ninguno de ellos era una maravilla sin hechizos.

—No puedo —murmuró Bink. Todo había acabado.

De nuevo emprendió el camino. Esta vez se dirigió al oeste, hacia el istmo. Llevaba consigo un nuevo bastón, un hacha pequeña y su cuchillo; la cantimplora había sido rellena con agua convencional. Bianca le había suministrado más excelentes bocadillos, sazonados con lágrimas. No recibió nada de Sabrina; no la volvió a ver desde la sentencia. La ley de Xanth no permitía que un exiliado se llevara más de lo que cómodamente podía cargar, y tampoco nada de valor, por miedo a atraer una atención no deseada por parte de los mundanos. Aunque el Escudo protegía a Xanth, nunca se estaba demasiado seguro.

En esencia, la vida de Bink había acabado, ya que iba camino del exilio de todo lo que conocía. Era, a todos los efectos, un huérfano. Nunca más experimentaría las maravillas de la magia. Permanecería para siempre sujeto, como si a ella perteneciera, a la tierra, a la insípida sociedad de Mundania.

¿Debió aceptar la oferta de la Hechicera Iris? Por lo menos podría haber permanecido en Xanth. Si lo hubiera sabido... No habría cambiado su decisión. Lo que era correcto era correcto, lo equivocado seguía siendo equivocado.

Lo más extraño era que no se sentía del todo abatido. Había perdido la ciudadanía, la familia y a su novia, y se enfrentaba al gran interrogante que era el Exterior; no obstante, había un cierto aire quijotesco en su paso. ¿Se trataba de una contrarreacción que elevaba su espíritu con el fin de que no se suicidara..., o realmente se sentía aliviado ahora que se había emitido el veredicto? Siempre fue una rareza entre la gente con magia; pronto estaría reunido con los de su clase.

No..., no era eso. Poseía magia. No era raro. Magia poderosa, del calibre de un Mago. Así se lo dijo Humfrey, y él lo creía. Simplemente, era incapaz de utilizarla. Como un hombre que pudiera crear una mancha de color en una pared..., cuando no había ninguna pared a mano. No sabía por qué mágicamente era mudo, pero ello significaba que él tenía razón y que la decisión del Rey era la equivocada. Aquellos que no permanecieron a su lado estaban mejor lejos de él.

No..., tampoco era eso. Sus padres se negaron a comprometer la ley de Xanth. Eran gente buena, honesta, y Bink compartía sus valores. Él mismo rechazó un compromiso similar cuando fue tentado por la Hechicera. Roland y Bianca no le podrían ayudar si le acompañaban a un exilio que no merecían..., o si engañaban al sistema. Hicieron lo que creían correcto, con un gran sacrificio personal, y él estaba

orgullosos de ellos. Sabía que le amaban, pero que le dejaron marchar por su propio camino sin interferir. Eso formaba parte de su oculta alegría.

Y Sabrina..., ¿con ella qué? También se había negado a hacer trampas. Sin embargo, tenía la sensación de que ella carecía del compromiso de sus padres con unos principios. Si hubiera tenido suficientes motivos, habría hecho trampas. Su integridad superficial se debía a que no se sintió lo suficientemente conmovida por la desgracia de Bink. Su amor no era realmente profundo. Le había amado sólo por el talento mágico que creía que él poseía, al ser el hijo de unos padres con un fuerte talento. La pérdida de ese talento potencial había minado aquel amor. En realidad no le quería como persona.

Y su amor por ella se revelaba ahora igual de liviano. Seguro, era hermosa..., pero tenía menos personalidad que, digamos, Dee. Esta se había marchado porque fue insultada, y mantuvo la coherencia con su decisión. Sabrina haría lo mismo, aunque por una razón diferente. Dee no fingió; estaba realmente furiosa. La actitud de Sabrina había sido más una fachada, con más arte y menos emoción..., porque poseía menos. Se preocupaba más por las apariencias que por la realidad.

Lo cual le recordó a la Hechicera Iris de nuevo..., la criatura definitiva de las apariencias. ¡Qué temperamento tenía! Bink respetaba eso; en los momentos en que había poco más, era una ventana hacia la verdad. Sin embargo, Iris era demasiado violenta... Aquella escena de la destrucción del palacio, completada con la tormenta y el dragón.

Incluso la estúpida cómo-se-llamaba..., la adorable muchacha del juicio por violación..., Wynne, así se llamaba..., tenía sentimientos. Esperaba haberle permitido huir del dragón del Desfiladero. No poseía mucho artificio. La actriz perfecta era Sabrina, de modo que nunca estuvo seguro de su amor. Había sido una imagen en su mente a la que llamaba en los momentos de necesidad sólo para observarla. En realidad no había querido casarse con ella.

Le hizo falta el exilio para ver sus propios motivos. Fuera lo que fuese lo que deseaba en una muchacha, Sabrina carecía de ello. Poseía belleza, lo cual le gustaba, y personalidad —que no era lo mismo que carácter— y una magia atractiva. Todas estas cosas eran buenas —muy buenas—, y él pensó que la amaba. Pero, cuando surgió la crisis, los ojos de Sabrina se apartaron. Eso lo decía todo. Crombie, el soldado, había dicho la verdad: Bink habría sido un tonto de casarse con Sabrina.

Bink sonrió. ¿Cómo se habrían llevado Crombie y Sabrina juntos? El definitivo hombre suspicaz, y la definitiva mujer astuta. ¿Sería un desafío la ferocidad innata del soldado para los poderes de adaptación de la muchacha? ¿Habrían conseguido una relación duradera? Todo indicaba que sí. O se separaban de forma inmediata y violenta, o conseguían un similar enamoramiento espectacular. Era una pena que no pudieran conocerse, y que él no estuviera presente en semejante encuentro.

Ahora que todo había finalizado, su mente, a gran velocidad, revivió sus experiencias en Xanth. Por primera vez en su vida, Bink era libre. Ya no necesitaba la magia. Ya no necesitaba la aventura. Ya no necesitaba a Xanth.

Sus observadores ojos detectaron una mancha oscura en un árbol. Sintió un repentino escalofrío. ¿Era la herida producida por un culebreador? No, sólo se trataba de una decoloración. Quedó aliviado..., y se dio cuenta de que se había estado engañando. Si ya no necesitaba a Xanth, no deberían preocuparle cosas como los culebreadores. *Necesitaba* a Xanth. Era su juventud. Pero..., no podía tenerla.

Entonces se aproximó al puesto del guardián del Escudo, y su incertidumbre aumentó. Una vez que atravesara el Escudo, Xanth y todo lo que contenía quedaría detrás suyo para siempre.

—¿Qué quieres? —le preguntó el guardián. Era un joven grande y gordo, de facciones pálidas. Sin embargo, formaba parte de la red de magia vital que componía la barrera que impedía la penetración externa a Xanth. Ninguna criatura podía atravesar el Escudo, en ambas direcciones..., pero, como no existía habitante de Xanth que deseara marcharse, el efecto de la red era tan sólo el de detener todos los intentos de intrusión mundanos. El roce con el Escudo significaba la muerte: instantánea, indolora y definitiva. Bink desconocía su funcionamiento..., claro está que desconocía el funcionamiento de cualquier magia. Simplemente existía.

—He sido exiliado —replicó Bink—. Tienes que permitir que atraviese el Escudo.

No pensaba mentir; se iría como se lo habían ordenado. Si hubiera sentido alguna inclinación de evitar el exilio, no habría funcionado; el talento de uno de los habitantes del poblado era la localización de individuos, y ahora se hallaba sintonizado con Bink. En seguida sabría si Bink permanecía de este lado del Escudo.

El joven suspiró.

—¿Por qué tienen que surgir todas las complicaciones e mi turno? ¿Sabes lo complicado que es abrir un agujero de tamaño de un hombre sin resquebrajar todo el Escudo?

—No sé nada referente al Escudo —admitió Bink—. Si embargo, el Rey me exilió, de modo...

—Oh de acuerdo. Mira..., no puedo acompañarte hasta el Escudo; he de permanecer aquí en el puesto. Lo que sí puedo hacer es crear un hechizo de apertura que cancelará todo un sector del Escudo durante cinco segundos. Estate allí y crúzalo en el momento acordado, ya que, si se cierra sobre ti, eres hombre muerto.

Bink se atragantó. A pesar de los pensamientos sobre la muerte y el exilio, ahora que eran una realidad, deseaba vivir.

—Lo sé.

—Bien. A la piedra mágica no le importa quién muere.

Para enfatizar sus palabras, el joven palmeó la roca sobre la que se apoyaba.

—¿Quieres decir que esa es la piedra? —inquirió Bink.

—La Piedra-Escudo. Claro. El Mago Ebnez la encontró hace casi un siglo y la modeló para formar el Escudo. Sin ella todavía estaríamos abiertos a las invasiones mundanas.

Bink había oído hablar del Mago Ebnez, una de las grandes figuras históricas. De hecho, Ebnez estaba en el árbol genealógico de la familia de Bink. Su talento había sido el de adaptar las cosas de modo mágico. En sus manos, un martillo se podía convertir en una almádena, o un trozo de madera transformarse en un componente del marco de una ventana. Aquello que existía se convertía en lo que fuera necesario..., dentro de unos ciertos límites. Por ejemplo, no podía adaptar aire en comida o realizar un traje del agua. No obstante, era sorprendente lo que había sido capaz de hacer. De modo que había adaptado una potente piedra de la muerte en la Piedra-Escudo, haciendo que matara a una distancia establecida y no desde cerca, con lo que descubrió la salvación de Xanth. ¡Qué orgullo de logro!

—De acuerdo —dijo el joven—. Aquí tienes una piedra horaria. —La golpeó contra la roca mayor y la fracturó en dos segmentos, que, de su color rojo original, se volvieron blancos. Le pasó un fragmento a Bink—. Cuando se ponga roja, cruza, están sincronizadas. La abertura se hallará justo enfrente de la haya..., y únicamente durará cinco segundos. De modo que muévete cuando se ponga roja.

—Cruzar cuando esté roja —confirmó Bink.

—Correcto. Ahora *muévete*; a veces estas piedras horarias curan con rapidez. Yo vigilaré la mía, para sincronizar el hechizo; tú vigila la tuya.

Bink corrió por el sendero en dirección oeste. El tiempo usual que tardaba en curar una piedra horaria era de media hora..., pero variaba un poco según la calidad de la piedra, la temperatura ambiental y varios factores desconocidos.

Quizá fuera algo inherente a la pieza original, ya que los fragmentos siempre cambiaban de color al unísono, aunque uno estuviera al sol y el otro en el fondo de un manantial. Pero... ¿Por qué seguía buscándole motivos a la magia? Era lo que era.

Y ninguna sería para él. Nada de esto tenía importancia en Mundania.

Ya tenía a la vista el Escudo... o, mejor dicho, sus efectos. El Escudo en sí mismo era invisible; no obstante, se veía una franja de vegetación muerta allá donde tocaba el suelo y los cadáveres de animales que habían sido tan estúpidos como para intentar cruzar la línea. A veces los ciervos saltadores se confundían y brincaban en busca de terreno seguro al otro fado. Pero ya estaban muertos al llegar. El Escudo era invisible pero implacable.

Ocasionalmente criaturas mundanas chocaban contra él. Un destacamento recorría la línea desde el lado de Xanth, en busca de cadáveres, sacándolos del escudo cuando lo habían cruzado parcialmente, y los sepultaban. Era posible manipular algo

que estuviera atravesado en el Escudo, siempre que esa persona no lo tocara. No obstante era una tarea desagradable, que a veces se asignaba como castigo.

Allí delante estaba la haya que le habían mencionado. Una de sus ramas rozaba el escudo y su extremo estaba muerto, el viento la habría empujado. Ahora le ayudó a localizar el punto por el que debería cruzar.

También se percibía el olor de esa línea de muerte. Probablemente se debía a la putrefacción de muchas criaturas diminutas: gusanos en el suelo, bichos voladores que cruzaban el Escudo y que se descomponían en el lugar donde caían. Esta era la región de la muerte.

Bink miró la piedra que llevaba en la mano..., y su aliento se cortó. *¡Estaba roja!* ¿Acababa de cambiar... o ya era demasiado tarde? Su vida dependía de esa respuesta.

Bink se lanzó hacia el Escudo. Sabía que lo más sensato sería volver hasta la posición del guardián y explicarle lo ocurrido..., pero quería acabar de una vez con el asunto. Quizá lo que le había llamado la atención había sido precisamente el cambio de color de la piedra, en cuyo caso sí disponía de tiempo. De modo que eligió el camino más peligroso y se decidió a cruzar.

Un segundo. Dos. Tres. Sería mejor que dispusiera de los cinco segundos completos, ya que aún no había llegado a la línea. El Escudo parecía próximo, pero requería tiempo tomar esa decisión supuestamente instantánea para romper con la inercia y ganar velocidad. Pasó al lado de la haya en una carrera suicida —tal vez fuera suicida en un sentido literal—, demasiado rápido para detenerse ya. Cuatro segundos..., estaba cruzando la línea de la muerte. Si se cerraba sobre su pierna, ¿moriría todo su cuerpo, o sólo la pierna? Cinco..., notó un cosquilleo. Seis..., no, el tiempo había finalizado, deja de contar, recupera el aliento. Había cruzado; ¿estaba vivo?

Rodó por el suelo, apartando con los pies hojas muertas y pequeños huesos. ¡Claro que estaba vivo! ¿Cómo podría preocuparse si no fuera así? Igual que el caso de la mantícora obsesionada con su alma: si no tuviera una, no estaría...

Bink se sentó y se quitó algo muerto del pelo. Así que lo había conseguido. El cosquilleo debió ser un efecto del Escudo desactivado, ya que no le produjo ningún daño.

Ya estaba hecho. Se hallaba libre de Xanth para siempre. Libre para emprender su propia vida, sin que nadie le ridiculizara, le sobreprotegiera o le tentara. Libre para ser él mismo.

Bink hundió el rostro entre sus manos y se echó a llorar.

8

Trent

Al cabo de un rato se incorporó y comenzó a andar, adentrándose en el terrible mundo de los mundanos. No parecía ser muy distinto: los árboles eran similares, las rocas no habían cambiado, y la playa por la que caminaba era exactamente como cualquier playa. Sin embargo, le embargó una intensa nostalgia. Su anterior euforia no había sido más que la oscilación del péndulo, que le suministró un falso optimismo. Mejor habría sido morir al cruzar.

Bueno, aún podía regresar. Lo único que tenía que hacer era cruzar la línea. La muerte sería indolora, y al menos lo enterrarían en Xanth. ¿Era eso lo que habían hecho otros exiliados?

Le repelió la idea. Él mismo había descubierto su propio farol. Amaba a Xanth, y ya lo echaba de menos..., pero no deseaba morir. Lo único que le quedaba era encontrar su propio camino entre los mundanos. Seguro que otros lo habían conseguido antes que él. Quizá hasta fuera feliz.

El istmo era montañoso. Bink sudaba a medida que ascendía por el estrecho paso. ¿Era esta la contrapartida del abismo, la cadena montañosa que se elevaba tan alta por encima de la tierra a la misma profundidad que el abismo se hundía en ella? ¿Habría un dragón de la montaña merodeando por sus alturas? No, en Mundania no. Pero posiblemente esa geografía tuviera algo que ver con la magia. Si la cualidad mágica descendía de las alturas, concentrándose en las profundidades..., no, no tenía mucho sentido. La mayor parte habría caído en el océano, diluyéndose.

Por primera vez se preguntó cómo era realmente Mundania. ¿Era posible sobrevivir sin magia? No sería ni la mitad de agradable que en Xanth, pero la ausencia de hechizos representaría un desafío formidable, y también habría lugares decentes. La gente no tenía por qué ser mala; después de todo, sus antepasados procedían de ese linaje. Había pruebas de que el lenguaje y muchas costumbres eran iguales.

Se detuvo en la parte más alta del paso y se preparó para echarle su primera ojeada al nuevo mundo..., y de repente se vio rodeado por hombres. ¡Una emboscada!

Bink dio media vuelta velozmente, con la intención de escapar. Quizá pudiera engañarlos y hacer que se lanzaran de lleno al Escudo y deshacerse de ellos del modo más fácil..., aunque no deseaba ser responsable de sus muertes. De cualquier modo, tenía que intentar huir de ellos.

Sin embargo, cuando giró, su cuerpo era más lento que sus pensamientos, encontró a un hombre detrás suyo, bloqueándole el camino con una espada en la mano.

Lo más sensato era rendirse. Le superaban en número y le tenían rodeado, y le podrían haber clavado una flecha por la espalda si lo que querían era matarlo de inmediato. Si lo único que deseaban era robarle, casi no tenía nada que perder.

No obstante, la sensatez nunca había sido el punto fuerte de Bink. Por lo menos no cuando se hallaba bajo presión o se veía sorprendido. Cuando reflexionaba después de consumado el hecho, sí era muy sensato e inteligente, pero eso le servía de poco al comienzo de la situación. Si tan sólo hubiera tenido un talento como el de su madre, aunque más fuerte, que le permitiera retroceder el tiempo un par de horas y analizar todas sus crisis para obtener ventaja de ellas...

Bink cargó contra el hombre de la espada mientras alzaba su bastón para bloquear el acero. Pero alguien le hizo caer de bruces antes de haber dado dos pasos. El rostro de Bink golpeó el suelo y su boca se llenó de tierra. Todavía forcejeó, retorciéndose para alcanzar al hombre que le sujetaba.

Entonces los tuvo a todos encima, inmovilizándole. Bink no tenía ninguna oportunidad; en unos pocos momentos le ataron y amordazaron.

Un hombre acercó su dura cara a los ojos de Bink mientras otros dos le ponían de pie.

—Métete esto en la cabeza, Xanth..., si intentas realizar magia, te dejaremos sin sentido y te llevaremos a cuestras.

No sabían que Bink no poseía ninguna que pudiera utilizar o que si la tuviera no serviría para nada aquí, fuera del Escudo. Sin embargo, asintió, indicándole que había entendido. Quizá le trataran mejor si les hacía creer que podía contraatacar.

Marcharon pendiente abajo por el otro lado, hacia un campamento militar establecido más allá del istmo.

¿Qué hacía un ejército aquí? Si era para invadir Xanth, no tendría éxito; el Escudo podía matar a mil hombres con la misma facilidad que a uno.

Le llevaron a la tienda principal. Dentro se sentaba un hombre atractivo que rondaría los cuarenta, vestido con una especie de uniforme mundano de color verde, una espada, un bigote bien arreglado y una insignia de oficial.

—Aquí está el espía, General —informó con respeto el sargento.

El General observó a Bink, analizándolo. Había una abrumadora inteligencia detrás de aquel estudio frío. No se trataba de un simple bandido.

—Soltadle —dijo con voz pausada—. Es inofensivo.

—Sí señor —contestó sumiso el sargento.

Desató a Bink y le quitó la mordaza.

—Retiraos —murmuró el general; sin pronunciar palabra, los soldados se marcharon. Estaba claro que eran disciplinados.

Bink se masajeó las muñecas tratando de mitigar un poco el dolor, sorprendido ante la confianza del general. El hombre era bien proporcionado y de buena

compleción, aunque no grande; Bink era más joven y alto y, sin lugar a dudas, más fuerte. Si actuaba con rapidez, quizá pudiera escapar.

Bink se encogió ligeramente, dispuesto a saltar sobre el hombre y someterlo. De pronto la espada del general apareció y su acero apuntó a Bink. El movimiento del hombre tuvo tal velocidad que Bink lo vio como una mancha imprecisa. El arma había saltado a su mano como por arte de magia, aunque estaba claro que no podía ser el caso.

—No te lo recomendaría, joven —le avisó el general, como si le estuviera advirtiéndole de que no pisara una espina.

Bink tropezó e intentó frenarse sin caer sobre la punta de la espada. No lo consiguió. A medida que su pecho se dirigía hacia el acero, la espada retrocedió, retornando a su funda. El general, que ahora se hallaba de pie, sujetó a Bink por los codos y lo devolvió a una postura erguida. Hubo tal precisión y poderío en esa acción que Bink supo de inmediato que había subestimado a este hombre; no tenía ni una posibilidad de vencerle, con o sin espada.

—Siéntate —ofreció el general, con educación.

Intimidado, Bink se acercó con torpeza a la silla de madera y se dejó caer en ella. Ahora era consciente de la suciedad en sus manos y rostro, su apariencia desarreglada, en contraste con la impecable pulcritud del general.

—¿Tu nombre?

—Bink.

No mencionó su pueblo, ya que nada le unía a él ahora. De todas formas, ¿cuál era el propósito de esta pregunta? Era una nulidad, sin importar cuál fuera su nombre.

—Yo soy el Mago Trent. Quizá me conozcas.

Necesitó un momento para que el significado quedara registrado en su cerebro. Luego, Bink no lo creyó.

—¿Trent? Se marchó. Fue...

—Exiliado. Exactamente hace veinte años.

—Pero Trent era...

—¿Feo? ¿Un monstruo? ¿Un demente? —El Mago sonrió sin mostrar ninguna de esas características—. ¿Qué historias cuentan sobre mí ahora en Xanth?

Bink pensó en el Árbol Justin. En los peces de la corriente, transformados en moscas de fuego para acosar a los centauros. En los oponentes que habían sido transformados en especies marinas y abandonados en tierra para morir.

—Usted..., él era un buscador de poder, un lanzador de hechizos que trató de usurpar el trono de Xanth cuando yo era un niño. Un hombre maligno cuyo mal perdura sin su presencia.

Trent asintió.

—Se trata de una reputación más amable de la que se le suele otorgar al perdedor

de una contienda política. Tenía más o menos tu edad cuando me desterraron. Quizá nuestros casos sean parecidos.

—No. Yo nunca maté a nadie.

—¿También me acusan de eso? Transformé a muchos, y lo hice para no matarlos. Desde el momento que puedo anular a un enemigo por otros medios, no me hace falta matar.

—¡Si se abandona a un pez en tierra muere!

—Oh, así que lo cuentan de esa forma. Sin lugar a dudas que sería un asesinato. Convertí a mis enemigos en peces..., pero siempre dentro del agua. En la tierra sólo utilicé a especies terrestres. Posiblemente algunos murieron como consecuencia de ello, aunque fue por la actuación de los predadores, siguiendo el curso normal de la naturaleza. Yo nunca...

—No me importa. Abusó de su magia. Yo no soy como usted. Yo... no poseo magia.

La ceja se enarcó expresivamente.

—¿Sin magia? Todo el mundo en Xanth posee magia.

—Porque exilian a aquellos que no disponen de ella —replicó Bink, con un destello de amargura.

Trent sonrió, y fue un sorprendente gesto encantador.

—A pesar de ello, nuestros intereses puede que corran paralelos, Bink. ¿Te gustaría volver conmigo a Xanth?

Por un instante, en el pecho de Bink creció una esperanza desbocada. ¡Volver! Pero la ahogó de inmediato.

—No hay retorno.

—Oh, yo no diría eso. Para cualquier acto de magia existe una contramagia. Simplemente se trata de invocarla. Yo mismo he desarrollado una réplica al Escudo.

Bink tuvo que controlar de nuevo su reacción.

—Si eso fuera cierto, ya podría haber vuelto a Xanth.

—Bueno, hay un pequeño problema de aplicación. Lo que tengo es un elixir destilado de una planta que crece al borde mismo de la zona mágica. Comprenderás que la magia se extiende un poco más allá del escudo, de lo contrario ni este mismo funcionaría, ya que es mágico y no puede operar más allá de las tierras de magia. Esta planta, que parece ser de constitución básicamente mundana, compite en el borde de la división con las plantas mágicas de Xanth. Es muy difícil competir con la magia, de modo que desarrolló una propiedad muy especial: la elimina. ¿Aprecias ese significado?

—¿Elimina la magia? Quizá sea eso lo que me ocurrió a mí.

Trent le estudió con aquella inquietante capacidad de cálculo.

—¿Sientes que la administración actual te ha perjudicado? Sí, tenemos algo en

común.

Bink no quería tener nada que ver con el Mago Maligno, sin importar lo seductora que fuera su apariencia. Sabía que el Mal podía aparecer con un rostro muy agradable; de otro modo, ¿cómo podría haber sobrevivido durante tanto tiempo?

—¿A dónde quiere llegar?

—El Escudo es mágico. Por lo tanto, el elixir debería anularlo. Pero no ocurre así, ya que no está en contacto con la fuente de su magia. Hace falta llegar hasta la misma Piedra-Escudo. Desafortunadamente, no sabemos con exactitud dónde se halla ahora esa roca, y no tenemos el suficiente elixir para abarcar toda la península de Xanth, ni siquiera una parte.

—Es igual —intervino Bink—. Aunque supiera la localización de la Piedra-Escudo, no podría llegar hasta ella.

—Oh, sí que podría. ¿Sabes?, disponemos de una catapulta, con el suficiente alcance como para lanzar una bomba en las cercanías de Xanth. La tenemos montada en un barco que podría navegar alrededor de Xanth. De modo que nos resultaría posible lanzar un contenedor de elixir sobre la Piedra-Escudo..., si tan sólo dispusiéramos de las coordenadas adecuadas.

Entonces Bink comprendió.

—¡El Escudo se colapsaría!

—Y mi ejército se apoderaría de Xanth. Claro está que el efecto anulador sería temporal, ya que el elixir se disipa pronto..., pero sólo diez minutos me bastarían para introducir al grueso de mis tropas a través de la línea. He estado haciendo que los hombres practicasen maniobras rápidas y de corto alcance. Después de eso, únicamente se trataría de una cuestión de tiempo hasta que el trono fuera mío.

—Nos devolvería a los días de conquista y pillaje —comentó Bink horrorizado—. La Decimotercera Oleada, peor que todas las anteriores.

—Bajo ningún concepto. Mi ejército es disciplinado. Sólo ejerceremos la fuerza necesaria, no más. De todos modos, mi magia eliminaría la mayor parte de la resistencia, por lo que no haría falta la violencia. No deseo destruir el reino que gobernaré.

—No ha cambiado nada —dijo Bink—. Todavía anhela el poder ilícito.

—Oh, he cambiado —le aseguró Trent—. Me he vuelto menos ingenuo, más educado y sofisticado. Los Mundanos poseen unos excelentes centros de enseñanza y un punto de vista global más amplio..., y son políticos despiadados. Esta vez no subestimaré la determinación de la oposición ni me expondré de una forma estúpidamente vulnerable. No tengo dudas de que seré un rey mucho más apto que hace veinte años.

—Bien, pero no cuente conmigo.

—Pero he de contar contigo, Bink. Tú conoces el paradero de la Piedra-Escudo.

—El Mago Maligno se inclinó hacia delante de forma persuasiva—. Es importante que el disparo sea preciso; únicamente disponemos de ciento veinticinco gramos del elixir, y eso representa un trabajo de dos años. Casi hemos vaciado la zona fronteriza de las plantas originales; nuestro suministro es irremplazable. No nos atrevemos a tratar de adivinar cuál es el emplazamiento de la Piedra-Escudo. Nos hace falta un mapa exacto..., un mapa que sólo tú puedes trazar.

Ahí estaba. Trent había colocado a sus hombres para que emboscaran a cualquier viajero de Xanth de modo que pudieran extraerle la información del paradero de la piedra. Ese era el único dato que necesitaba el Mago Maligno para emprender su oleada de conquista. Y ocurrió que Bink fue el primer viajero en caer en la trampa.

—No se lo diré. No ayudaré a derrocar al gobierno legítimo de Xanth.

—La legitimidad se suele definir después de los hechos —comentó Trent—. Si hubiera tenido éxito hace veinte años, yo sería el legítimo Rey ahora, y el actual monarca sería un forajido vilipendiado, famoso por ahogar a gente de forma irresponsable. Supongo que aún gobierna el Rey de la Tormenta, ¿verdad?

—Sí —replicó Bink con sequedad.

Tal vez el Mago Maligno intentara convencerle de que todo se trataba de una política palaciega; no era tan ingenuo como para aceptar eso.

—Estoy preparado para hacerte una generosa oferta, Bink. Prácticamente todo lo que puedas desear en Xanth. Bienes, autoridad, mujeres...

Había dicho las palabra errónea. Bink se apartó. De todos modos, no desearía a Sabrina sobre esa base; ya había rechazado una oferta similar hecha por la Hechicera Iris.

Trent unió sus dedos. Incluso en ese pequeño manierismo se insinuaba poder e implacabilidad. Los planes del Mago estaban demasiado bien planeados como para que los frenara un exiliado testarudo.

—Puede que te preguntes por qué deseo volver a Xanth después de dos décadas y con la evidente buena posición que disfruto en Mundania. Yo mismo le he dedicado tiempo de análisis a la cuestión.

—No —replicó Bink.

Pero el hombre sonrió, negándose a que le contrariara y Bink tuvo de nuevo la incómoda sensación de que maniobraba con habilidad, de que jugaría la baza del Mago sin importar la resistencia que opusiera.

—Deberías preguntártelo, a menos que desees mantener de forma inconsciente, una perspectiva estrecha, como me ocurrió a mí cuando salí de Xanth. Cada joven tendría que visitar Mundania por un período, como mínimo uno o dos años. Una experiencia que le ayudaría a ser un mejor ciudadano de Xanth. Lo viajes tienden a abrir la mente.

Bink no pudo argumentar contra eso, él mismo había aprendido mucho en su

viaje de dos semanas por Xanth ¿Cuánto más no le enseñaría un año en Mundania?

—De hecho —prosiguió el Mago—, cuando suba al poder desarrollaré esa política. Xanth no puede prosperar aislado del mundo real; en el aislacionismo sólo solo lleva al estancamiento.

Bink no pudo contener su morbosa curiosidad. El Mago poseía una inteligencia y una experiencia que se presentaba de forma insidiosa a la puerta del intelecto de Bink.

—¿Cómo es el mundo de ahí fuera?

—No hables con ese desagrado, joven. Mundania no es el lugar maligno que tú puedas imaginar. Esa es una parte de las razones por las que los ciudadanos de Xanth deberían exponerse más al mundo. La ignorancia del aislamiento planta las semillas de una hostilidad poco justificada. En muchos aspectos, Mundania es mucho más civilizado y avanzado que Xanth. Privados de los beneficios de la magia, los mundanos han tenido que compensar dicha carencia de forma ingeniosa. Se han volcado hacia los saberes de la filosofía, la medicina y la ciencias. Poseen unas armas a las que llaman revólveres que pueden matar con más rapidez que una flecha o un hechizo mortal; he hecho que mis soldados se entrenan con otras armas, ya que no deseo introducir las armas de fuego en Xanth. Disponen de vehículos que les transportan a través de la tierra a la misma velocidad que corre un unicornio, y barcos que atraviesan el mar con la rapidez con la que nada una serpiente marina, y globos de aire que los elevan tan alto como pueda volar un dragón. Hay gente a la que llaman médicos que pueden curar a los enfermos y heridos sin utilizar ni un solo hechizo. Y un aparato compuesto de pequeños hilos metálicos que multiplica números con una velocidad y exactitud maravillosas.

—¡Ridículo! —exclamó Bink—. Ni siquiera la magia puede multiplicar por una persona, a menos que se trate de un golem, y ya se trataría de una persona.

—Eso es lo que quiero decir, Bink. La magia es maravillosa, pero también limitada. A la larga, los instrumentos de los Mundanos quizá tengan un mayor potencial. Es muy posible que el estilo básico de ellos sea más comfortable que el que puedan tener muchos Xanths reunidos.

—Su población no será muy numerosa —murmuró Bink—. Así no se verán obligados a competir por la tierra.

—Todo lo contrario. Hay millones de personas.

—Nunca me convencerá si me cuenta semejantes exageraciones —indicó Bink—. El Poblado del Norte de Xanth tiene unos quinientos habitantes, contando a todos los niños, y es el más grande. No habrá más de dos mil personas en todo el reino. Me habla de miles de miles de gente, ¡pero yo sé que el mundo mundano no puede ser mucho más grande que Xanth!

El Mago Maligno sacudió la cabeza con fingida tristeza.

—¡Bink, Bink! No hay nadie más ciego que el que no desea ver.

—Y si de verdad disponen de globos que vuelan por el aire con gente, ¿por qué no han sobrevolado Xanth? —exigió Bink, acalorado, sabiendo que había puesto al Mago en un aprieto.

—Porque no saben dónde se encuentra Xanth..., ni siquiera creen que exista. No creen en la magia, de modo...

—¡No creen en la magia!

El humor de la conversación en ningún momento había sido muy gracioso, y empeoraba a cada instante.

—Los Mundanos nunca supieron mucho de la magia —explicó Trent con seriedad—. Aparece con asiduidad en su literatura, pero jamás en sus vidas cotidianas. El Escudo ha cerrado la frontera, por lo que no se ha visto en Mundania ningún animal mágico en más de cien años. Y quizá nos convenga seguir manteniéndoles en la ignorancia —continuó, con el ceño fruncido—. Si alguna vez se les ocurre la idea de que Xanth pueda ser una amenaza para ellos, tal vez puedan atacarnos lanzando bombas incendiarias... —Se detuvo y sacudió la cabeza, como si quisiera alejar un pensamiento horrible. Bink tuvo que admirar la perfección de su postura, que era tan adecuada como cualquiera de las que utilizaba su padre, Roland. Casi podía creer en la existencia de alguna amenaza fantástica al acecho—. No —concluyó el Mago—, el emplazamiento de Xanth ha de permanecer en secreto..., de momento.

—No se mantendrá ese secreto si envía a todos los jóvenes de Xanth a pasar dos años en Mundania.

—Oh, primero les bloquearíamos con un hechizo de amnesia, y sólo lo anularíamos cuando regresaran. O, como mínimo, un bloqueo de silencio, para que ningún mundano pudiera saber por ellos algo sobre Xanth. De esta forma, adquirirían una experiencia mundana que potenciaría su magia de Xanth. A unos elegidos, en los que confiara, se les permitiría retener sus recuerdos y libertad de expresión en el Exterior, para que pudieran actuar como enlaces y reclutaran a colonos cualificados y nos mantuvieran bien informados. Por nuestra propia seguridad y progreso. Pero, en líneas generales...

—Otra vez la Cuarta Oleada —repuso Bink—. Una colonización controlada. Trent sonrió.

—Eres un buen pupilo. Muchos ciudadanos prefieren no comprender la verdadera naturaleza de las colonizaciones originales de Xanth. En realidad, Xanth nunca fue muy fácil de localizar desde Mundania, ya que no parece tener un emplazamiento geográfico fijo. Históricamente, la gente colonizó Xanth desde todas partes del globo, atravesando siempre el puente terrestre desde sus propios países..., y todos jurarían que sólo emigraron unos pocos kilómetros. Aún más, todos entendían los distintos

idiomas en Xanth, aunque sus lenguas originales eran completamente diferentes. De lo que se puede deducir que hay algo mágico acerca de la aproximación a Xanth. Si no hubiera guardado unas meticulosas notas de mi ruta, jamás habría encontrado mi camino de regreso. Las leyendas mundanas de los animales que abandonaron Xanth en siglos pasados muestran que aparecieron por todo el mundo en vez de en un sitio específico. Lo que nos muestra que la cosa parece funcionar en ambos sentidos. —Sacudió la cabeza como si se tratara de un gran misterio..., y a Bink le costó mucho no sentirse intrigado por el concepto.

¿Cómo podía Xanth hallarse en todos los sitios a la misma vez? ¿Se extendía su magia, después de todo y de alguna forma peculiar, más allá de la península? ¿Era tan fácil que esa especulación te absorbiera!

—Si tanto le gusta Mundania, ¿por qué intenta regresar a Xanth? —preguntó Bink, con la intención de apartarse de la tentación centrándose en las contradicciones del Mago.

—No me gusta Mundania —contestó Trent con el ceño fruncido—. Simplemente indico que no es maligna, y que posee un considerable potencial, y que hay que tomarla en cuenta. Si no lo hacemos, tal vez ellos sí lo hagan..., lo cual podría resultar nuestra destrucción. Xanth representa un refugio como ningún otro que haya conocido el hombre. Un refugio provinciano y atrasado, fuera de toda duda..., aunque no existe ningún otro lugar igual. Y yo..., yo soy un Mago. Pertenezco a mi tierra, con mi gente, para protegerles de los horrores que surjan, que tú ni siquiera estás preparado para imaginar... —Se hundió en el silencio.

—Bueno, pero ningún cuento mundano me hará decirle cómo llegar a Xanth —contestó con firmeza Bink.

Los ojos del Mago se enfocaron en Bink, como si sólo ahora se diera cuenta de su presencia.

—Preferiría no tener que emplear la coacción —repuso con suavidad Trent—. Ya conoces mi talento.

Bink sintió un escalofrío de terrible aprensión. Trent era el transformador: el que convertía a los hombres en árboles..., o en cosas peores. El Mago más poderoso de la última generación..., demasiado peligroso para que se le permitiera permanecer en Xanth.

Luego se sintió aliviado.

—Está mintiendo —dijo—. Su magia no funciona fuera de Xanth..., y yo no le ayudaré a entrar.

—No creas que es una mentira —replicó Trent—. La magia, como ya he mencionado, se extiende un poco más allá del Escudo. Puedo llevarte hasta ese límite y transformarte en un sapo. Y lo haré..., si me veo obligado a ello.

El alivio de Bink se transformó en un nudo en su estómago. Transformación..., la

idea de perder su cuerpo de toda la vida, sin morir, le causó un insidioso horror. Le aterrorizó.

Aun así, no podía traicionar a su tierra natal.

—No —contestó, sintiendo la lengua pastosa.

—No lo comprendo, Bink. Está claro que no abandonaste Xanth por tu propia voluntad. Te estoy ofreciendo la oportunidad de recuperarlo.

—No de esa manera.

Trent suspiró, con tristeza aparentemente sincera.

—Eres leal a tus principios, y no puedo achacarte nada malo por ello. Tenía la esperanza de que no terminaría así.

Bink también. Parecía que no le quedaba otra elección, salvo aprovechar alguna oportunidad para escapar, arriesgando la vida. Mejor una muerte limpia en combate que convertirse en un sapo.

Entró un soldado, a Bink le recordó ligeramente a Crombie —más por su porte que por la apariencia—, y se puso firmes.

—¿Qué sucede, Hastings? —preguntó Trent.

—Señor, ha aparecido otra persona por el Escudo.

Trent apenas mostró su alegría.

—¿De veras? Parece que disponemos de otra fuente de información.

Bink sintió una emoción nueva..., aunque no agradable. Si había otro exiliado de Xanth, el Mago podría obtener su información sin la ayuda de Bink. ¿Dejaría que se marchara..., o, de todas formas, le convertiría en un sapo, como lección? Recordando la reputación pasada de Trent, Bink no tuvo muchas esperanzas de que le liberara. Cualquiera que retrasara los planes del Mago, sin importar lo pequeña que pudiera ser esa intervención, estaba acabado.

A menos que Bink se redimiera proporcionándole esa información de inmediato. ¿Debía hacerlo? Como ya daría igual para el futuro de Xanth...

Vio que Trent se detenía y le miraba expectante. De pronto, Bink lo comprendió todo. Era una farsa, un anuncio falso para que hablara. Y casi había caído en la trampa.

—Bueno, parece que ya no me va a necesitar —comentó Bink.

Una de las ventajas que tendría el que le transformara en sapo era que, con esa forma, no le podría decir nada al Mago. Imaginó un diálogo potencial entre el hombre y el sapo:

MAGO: ¿Dónde se encuentra la Piedra-Escudo?

SAPO: ¡Croac!

Bink casi sonrió. Trent le transformaría sólo como única alternativa.

Trent se volvió hacia el mensajero.

—Trae aquí al otro; le interrogaré de inmediato.

—Señor..., es una mujer.

¡Una mujer! Trent pareció levemente sorprendido, pero Bink quedó atontado. No era esto lo que esperaba en una mentira. No había ninguna mujer que fuera exiliada..., y tampoco otro hombre. ¿Qué pretendía Trent?

A menos que —¡oh, no!—, a menos que Sabrina le hubiera seguido.

La desesperación se apoderó de él. Si el Mago Maligno la tenía en su poder...

¡No! No podía ser. Sabrina no le amaba de verdad; su exilio y la reacción de ella lo demostraban. No abandonaría todo para seguirle. Simplemente, ella no era así. Y él tampoco la amaba de verdad; ya había llegado a esa conclusión. De modo que debía tratarse de un complejo engaño por parte del Mago.

—Muy bien —aceptó Trent—. Tráela.

Entonces, no se trataba de una mentira. No si de verdad la iban a traer a su presencia. Y si de verdad era Sabrina..., no podía ser, estaba totalmente convencido de ello..., ¿o le proyectaba sus propias actitudes a ella? ¿Cómo podía saber con certeza lo que había en su corazón? Si ella le había seguido, no podía permitir que Trent la transformara en un sapo. Sin embargo, si lo que había en juego era la totalidad de Xanth...

Bink alzó mentalmente las manos. Tendría decidir a medida que se desarrollaran los acontecimientos. Si tenían a Sabrina en su poder, estaba perdido; y si sólo era un ardid ingenioso, había ganado. Con la excepción de que sería un sapo.

Quizá no fuera algo tan malo ser un sapo. Sin duda las moscas le sabrían exquisitas, y los sapos hembra le gustarían como ahora le atraían las muchachas humanas. Tal vez el gran amor de su vida le esperaba en algún lugar entre la hierba, con verrugas y todo...

Entraron los hombres de la segunda emboscada, cargando a medias con una mujer que oponía resistencia. Bink vio con alivio que no era Sabrina, sino una mujer increíblemente fea que nunca antes había visto. Su cabello estaba revuelto, tenía los dientes torcidos, y su cuerpo era sexualmente amorfo.

—Alto —ordenó Trent con voz suave, y ella se quedó quieta, receptiva a su fácil tono de mando—. ¿Tu nombre?

—Fanchon —respondió ella con rebeldía—. ¿Y el tuyo?

—El Mago Trent.

—Es la primera vez que lo oigo.

Bink, cogido por sorpresa, tuvo que toser para evitar una risa. Pero Trent siguió impassible.

—Esto nos pone a un mismo nivel, Fanchon. Lamento los inconvenientes que te hayan podido causar mis hombres. Si tienes la amabilidad de comunicarme la localización de la Piedra-Escudo, te pagaré generosamente y me encargaré de que reempresas tu camino.

—¡No se lo digas! —gritó Bink—. Quiere invadir Xanth.

Ella frunció su bulbosa nariz.

—¿Y qué me importa a mí Xanth? —Miró con ojos entrecerrados a Trent—. Te lo podría decir, pero..., ¿cómo sé que puedo confiar en ti? Me podrías matar tan pronto tuvieras la información.

Trent unió sus largos y aristocráticos dedos.

—Es una legítima preocupación. No tienes modo alguno de saber que mi palabra es buena. No obstante, debería ser obvio que no pretendo causarles ningún daño a aquellos que me ayuden en la consecución de mis objetivos.

—De acuerdo —aceptó ella—. Tiene sentido. La Piedra-Escudo está en...

—¡Traidora! —exclamó Bink.

—Llévóslo —centelleó Trent.

Entraron unos soldados, lo cogieron y lo arrastraron fuera. Lo único que había conseguido era hacer las cosas más difíciles para él.

Pero entonces pensó en otro aspecto de la situación. ¿Cuáles eran las probabilidades de que apareciera otro exiliado una hora después de su partida? No podía haber más de uno o dos exiliados al año; cuando alguien dejaba Xanth todo el mundo se enteraba y, que él supiera, no estaba previsto ningún otro juicio.

Por lo tanto..., Fanchon no era una exiliada. Posiblemente ni siquiera fuera de Xanth. Era un agente plantado por Trent, como en un principio sospechó Bink. Su objetivo era convencer a Bink de que le estaba dando a Trent el emplazamiento de la Piedra-Escudo, tratando de engañarle para que él se lo confirmara.

Bueno, había descubierto sus planes..., y había ganado. Aunque le hiciera lo que quisiese, Trent no penetraría en Xanth.

No obstante, había una insistente incertidumbre...

9

Transformador

Bink fue arrojado a un agujero. El heno que había en el suelo mitigó su caída; un techo de madera sostenido por cuatro postes le ocultaba del sol. Más allá de eso, su prisión estaba desnuda y pelada. Las paredes eran de una especie de sustancia rocosa, demasiado dura para que pudiera socavarlas con las manos y muy empinadas para escalarlas; el suelo era tierra apisonada.

Caminó en círculos. La pared era sólida en todas partes y demasiado alta. Casi podía tocar el techo cuando saltaba y extendía el brazo..., pero un entramado de barras metálicas en la parte superior del agujero sellaban su escapatoria. Con mucho esfuerzo, quizá pudiera llegar a agarrar una de esas barras..., aunque lo único que conseguiría sería quedar colgando del aire. Tal vez fuera bueno como ejercicio, pero no le sacaría de ahí. La celda era segura.

Apenas acababa de llegar a esta conclusión cuando los soldados se acercaron a la reja. Permanecieron bajo la sombra que proporcionaba el techo de madera mientras uno de ellos se agachaba para abrir la puerta. Luego, arrojaron a otra persona por la abertura. Era la mujer llamada Fanchon.

Bink se puso debajo de un salto y la cogió con los brazos antes de que golpeará el heno, mitigando su caída. Los dos cayeron al suelo. La puerta se cerró y echaron el cerrojo.

—Vamos, sé que mi belleza no te conquistó —comentó ella mientras se desenredaban.

—Tenía miedo de que te rompieras una pierna —respondió Bink a la defensiva—. Yo casi me la rompo cuando me lanzaron aquí abajo.

Ella contempló sus nudosas rodillas, que se veían por debajo de su deslucida falda.

—Una rotura no afearía el aspecto de mis piernas.

Era un comentario bastante próximo a la verdad. Bink nunca había visto a una muchacha más fea que esta.

Pero ¿qué hacía aquí? ¿Por qué había arrojado el Mago Maligno a su mujer de paja junto a su prisionero? Esto no le iba a servir para hacer que su cautivo hablara. El procedimiento adecuado era comunicarle a Bink que ella había hablado, y ofrecerle la libertad a cambio de que confirmara la información. Aunque ella fuera una exiliada de verdad, no la tendrían que haber arrojado en su misma celda; la tendrían que haber encerrado por separado. Entonces, los guardias les podrían comunicar a cada uno que el otro había dado los datos del emplazamiento.

Bueno, si ella fuera hermosa, tal vez podrían haber imaginado que le seduciría y le haría hablar. Pero, con su aspecto, no existía ni la más remota posibilidad de eso.

Parecía que nada tenía sentido.

—¿Por qué no le dijiste el paradero de la Piedra-Escudo? —inquirió Bink, inseguro de la ironía que pretendía transmitir. Si ella era una fachada, no se lo podía haber proporcionado..., aunque tampoco deberían haberla arrojado con él. Si era sincera, debía ser leal a Xanth. Pero ¿por qué le había dicho a Trent que le podía comunicar dónde se hallaba la Piedra-Escudo?

—Lo hice —contestó ella.

¿Se lo había dicho? Ahora Bink estaba seguro de que era una secuaz de él.

—Sí —confirmo ella, mirándole a los ojos—. Le dije que estaba situada bajo el trono del Rey, en el Poblado del Norte.

Bink intentó calibrar las ramificaciones de esa declaración. El emplazamiento era equivocado..., ¿lo sabía ella? ¿O lo que intentaba era producir una reacción en él, hacerle revelar el verdadero paradero..., mientras los guardias escuchaban? ¿O se trataba de una exiliada real, que conocía la verdadera situación de la piedra y había mentido? Eso justificaría la reacción de Trent. Ya que, si la catapulta de Trent arrojaba una bomba de elixir al palacio de Xanth, no sólo fracasaría en su intento de anular el Escudo, sino que también alertaría al Rey —o, por lo menos, a los ministros más despiertos, que no eran tontos— sobre la naturaleza de la amenaza. La anulación de la magia en la región la delataría.

¿Había arrojado Trent ya la bomba..., y había perdido la esperanza de penetrar en Xanth? En el momento que se conociera la amenaza, trasladarían la Piedra-Escudo a un emplazamiento nuevo y secreto, para que la información suministrada por los exiliados dejara de ser válida. No..., si hubiera ocurrido, Trent habría transformado a Fanchon en un sapo, aplastándola luego con el pie..., y no se molestaría en mantener a Bink prisionero. Lo habría matado o liberado, pero no seguiría siendo un prisionero. De modo que nada tan drástico había sucedido. De todos modos, no había habido tiempo para tanto.

—Veo que no confías en mí —dijo Fanchon.

Un análisis justo.

—No me puedo permitir ese lujo —admitió él—. No quiero que le ocurra nada a Xanth.

—¿Por qué te importa, si te echaron de una patada?

—Yo conocía las reglas; se me brindó un juicio justo.

—¡Un juicio justo! —exclamó ella, indignada—. El Rey ni siquiera leyó la nota de Humfrey ni probó el agua del Manantial de la Vida.

Bink se detuvo de nuevo. ¿Cómo sabía ella eso?

—Oh, vamos —continuó ella—. Pasé por tu pueblo unas horas después del juicio. Era de lo único que se hablaba. Cómo el Mago Humfrey había garantizado tu magia, pero el Rey...

—Bueno, bueno —cortó Bink.

Estaba claro que venía de Xanth, pero todavía no sabía hasta dónde confiar en ella. Sin embargo, debía conocer el emplazamiento de la Piedra-Mágica..., y no lo reveló. A menos que sí lo hiciera..., y Trent no la creyera y aguardara a que él lo confirmara. Sin embargo, ella le había dicho un paradero equivocado; a pesar de todo, eso no tenía sentido. Bink podía desafiarla sobre esa base, pero ello no revelaría el verdadero emplazamiento; existían miles de lugares potenciales. Casi con toda probabilidad ella no le había mentado; intentó engañar a Trent, y no tuvo éxito.

El equilibrio en la mente de Bink se alteró; ahora creía que ella provenía de Xanth y no lo había traicionado. Por lo menos, eso era lo que sugería las pruebas de que disponía. ¿Cuán complejas podían hacerse las maquinaciones de Trent? Quizá dispusiera de una máquina mundana que pudiera captar noticias del interior del Escudo. O —¡algo muy posible!— tenía un espejo mágico situado justo en el borde fronterizo del Escudo para poder recoger las noticias interiores. No..., de ese modo habría descubierto directamente la localización de la Piedra-Escudo.

Bink se sintió mareado. No sabía qué pensar..., pero tenía claro que no iba a mencionar la clave de la localización.

—No fui exiliada, si es eso lo que piensas —dijo Fanchon—. Todavía no destierran a la gente por ser fea. Emigré de forma voluntaria.

—¿Voluntariamente? ¿Por qué?

—Bueno, tuve dos razones para hacerlo.

—¿Cuáles?

Ella le miró.

—Temo que no creas ninguna de las dos.

—Inténtalo.

—Primero, el Mago Humfrey me comunicó que era la solución más sencilla a mi problema.

—¿Qué problema? —Bink no se hallaba de buen humor. Ella le miró fijamente otra vez, casi con cólera.

—¿Tengo que deletreártelo?

Bink notó que se ruborizaba. Estaba claro que su problema era el aspecto que tenía. Fanchon era una mujer joven, pero ni siquiera era corriente o pasable; era fea..., la prueba viviente de que la juventud y la salud no eran necesariamente hermosas. Ninguna ropa o maquillaje podría ayudarla; sólo la magia lo haría. Lo que convertía su partida de Xanth en algo sin sentido. ¿Acaso tenía su sentido del juicio tan distorsionado como su cuerpo?

Enfrentado a la necesidad social de cambiar de conversación, se concentró en otra objeción, una variante de su pensamiento:

—Pero en Mundania no existe la magia.

—Por eso mismo.

Su lógica trastabilló de nuevo. Era tan difícil hablar con Fanchon como mirarla.

—¿Quieres decirme... que la magia... te hace ser así?

¡Qué maravilloso tacto demostraba!

Sin embargo, ella no le reprendió por su falta de tacto social.

—Sí; más o menos.

—¿Por qué Humfrey no te cobró... su tarifa?

—No soportaba tener que mirarme.

Cada vez peor.

—Oh... ¿Cuál fue la otra razón para que dejaras Xanth?

—Eso, de momento, no te lo contaré.

Tenía sentido. Ella le había dicho que no creería en sus motivos, y sí que creyó el primero, por lo que no le pensaba explicar el otro. Una lógica típicamente femenina.

—Bueno, parece que los dos somos prisioneros —repuso Bink, examinando de nuevo el agujero a su alrededor. Seguía siendo tan tenebroso como antes—. ¿Crees que nos darán algo de comer?

—Claro que sí —replicó Fanchon—. Aparecerá Trent y nos bajará pan y agua; luego preguntará cuál de nosotros está dispuesto a darle la información. A ese lo alimentara bien. A medida que pase el tiempo, nos resultará más y más difícil resistirnos.

—Posees una comprensión horriblemente rápida.

—Soy horriblemente inteligente —dijo ella—. De hecho, es justo decir que soy tan inteligente como fea.

Sí que lo era.

—¿Eres lo suficientemente inteligente como para descubrir el modo de salir de aquí?

—No, creo que es imposible escapar —contesto ella, con un gesto de la cabeza que indicaba que sí.

—Oh —comentó Bink, sorprendido.

Sus palabras decían que no, sus gestos que sí. ¿Estaba loca? No..., sabía que los guardias estaban escuchando, aunque fuera de su vista. De manera que les enviaba a ellos un mensaje, mientras le daba otro a Bink. Lo cual significaba que ella ya había desarrollado un plan de evasión.

Ya había caído la tarde. Un haz de luz había logrado hallar su camino a través del techo y atravesado las rejas. Menos mal pensó Bink; sería una prisión insoportablemente húmeda si el sol nunca se posara en su interior.

Trent se acercó a la puerta metálica.

—Confío en que hayáis entablado un diálogo —comento, de manera agradable—. ¿Tenéis hambre?

—Aquí viene —musitó Fanchon.

—Me disculpo por las incomodidades de vuestro alojamiento —prosiguió Trent, acuclillándose con un perfecto aplomo. Era como si los recibiera en un despacho limpio—. Si los dos me dais vuestra palabra de que no intentaréis abandonar el campamento o interferir de alguna forma con nuestras actividades, arreglaré para que os den una tienda cómoda.

—Ahí radica la subversión —le comentó Fanchon a Bink—. Una vez empiezas a aceptar favores, quedas en deuda. No lo hagas.

Tenía toda la razón.

—No hay trato —comunicó Bink.

—¿Sabéis? —continuó Trent con su voz tranquila—, si estuvierais en una tienda e intentarais escapar, mis guardias se verían obligados a atravesaros con sus flechas..., y yo no deseo que eso ocurra. Sería muy incómodo para vosotros y pondría en peligro mi fuente de información. De modo que es vital que os mantenga confinados, de una u otra forma. Por vuestra palabra o esas paredes, como preferáis. La única virtud que tiene este agujero es su seguridad.

—Siempre nos podrías soltar —sugirió Bink—. Puesto que no conseguirás la información...

Si eso contrarió al Mago Maligno, no lo dejó traslucir.

—Aquí tenéis un poco de tarta y vino —comunicó Trent, bajando un paquete por medio de una cuerda.

Ni Bink ni Fanchon intentaron cogerlo, aunque Bink, de repente, sintió hambre y sed. El aroma de las especias impregnaron el agujero y le tentaron; estaba claro que el paquete contenía alimentos frescos y buenos.

—Por favor, aceptadlos —pidió Trent—. Os aseguro que no están envenenados ni drogados. Os quiero a los dos con buena salud.

—¿Para cuando nos transformes en sapos? —inquirió Bink en voz alta. ¿Qué tenía que perder?

—No, me temo que has descubierto mi farol. Los sapos no pueden hablar de forma que les comprenda..., y para mí es importante que habléis.

¿Habría perdido el Mago Maligno su talento a lo largo de su dilatado exilio en Mundania? Bink comenzó a sentirse algo mejor.

El paquete se posó en el heno. Fanchon se encogió de hombros y se agachó para desatarlo. Dentro había lo anunciado por Trent: tarta y vino.

—Quizá sea mejor que uno de nosotros coma ahora —dijo—. Si no ocurre nada en unas horas, el otro podrá comer también.

—Las damas primero —indicó Bink. Si la comida estaba drogada y ella era una espía, no la tocaría.

—Gracias. —Partió la tarta por la mitad—. Elige una parte.

—Tú te comes esa —Bink señaló un trozo.

—Perfecto —comentó Trent desde arriba—. No confiáis en mí ni el uno en el otro; de manera que establecéis unas pautas para salvaguardar vuestros intereses. Realmente no hace falta; si hubiera querido envenenar a alguno de los dos, me bastaría con arrojaros el veneno sobre vuestras cabezas.

Fanchon mordió la tarta.

—Está muy buena —repuso. Descorchó el vino y bebió un trago—. Y esto también.

Pero Bink mantenía su suspicacia. Esperaría.

—He estado analizando vuestros casos —dijo Trent—. Fanchon, iré al grano. Puedo transformarte en cualquier otra forma de vida..., incluso en otro ser humano. —La observó con ojos entrecerrados—. ¿Te gustaría ser hermosa?

Oh-oh. Si Fanchon no era una espía, esa sería una oferta tentadora. La fea convertida en hermosa...

—Lárgate —le contestó Fanchon a Trent—, antes de que te tire una pelota de barro. —Pero en ese momento se le ocurrió algo más—. Si realmente nos vas a dejar aquí encerrados, por lo menos facilítanos alguna instalación sanitaria. Un cubo y una cortina. Si tuviera un trasero bonito quizá no me importara la falta de intimidad, pero, en mis circunstancias, prefiero la modestia.

—Lo has expresado de forma correcta —afirmó Trent.

Hizo un gesto con la mano, y los guardias trajeron los artículos solicitados y los bajaron a través del agujero que había en la puerta enrejada. Fanchon colocó el cubo en una esquina y se quitó unos alfileres del desordenado cabello para fijar la tela a las dos paredes, formando así una cámara triangular. Bink no estaba seguro de qué razón podía tener una muchacha como ella para actuar con tanta modestia; con toda seguridad nadie se quedaría mirando sus carnes, sin importar las curvas que tuviera. A menos que con su comentario sólo hubiera querido ocultar su extremada sensibilidad y lo que, para ella, seguía siendo una cuestión seria. En ese caso, tenía sentido. Una muchacha bonita podría manifestar sorpresa e incomodidad si alguien veía su pecho desnudo, pero, en su interior, estaría satisfecha si la reacción provocada era favorable. Fanchon no se engañaba.

Bink lo sintió por ella, y también por él; su cautiverio habría sido mucho más interesante si su compañera hubiera sido llamativa. Aunque en realidad él también agradecía la intimidad. De lo contrario, las funciones naturales se hubieran convertido en algo muy incómodo. Ya había completado el círculo: ella había definido el problema incluso antes de que él comenzara a analizarlo. No cabía duda de que ella poseía una inteligencia más rápida.

—No te engaña cuando te dice que te hará más hermosa —le comunicó Bink—. Puede...

—No funcionaría.

—No, el talento de Trent...

—Sé cuál es su talento. Pero aumentaría mi problema..., aunque estuviera dispuesta a traicionar a Xanth.

Esto era extraño. ¿No deseaba ser bella? Entonces, ¿a qué se debía aquella extraordinaria sensibilidad acerca de su apariencia? ¿O se trataba de otra artimaña para que les comunicara el emplazamiento de la Piedra-Escudo? Lo dudaba. Resultaba claro que ella provenía de Xanth; ningún forastero podría haber adivinado la experiencia que él tuvo con el agua del Manantial de la Vida y el juicio del Rey senil.

Transcurrió el tiempo. Llegó la noche. Fanchon no se puso enferma, de modo que Bink se decidió a comer y beber sus raciones.

Luego llovió. El agua cayó por entre las rejillas; el techo les proporcionó cierto cobijo; sin embargo, se filtró el agua suficiente como para que quedaran empapados. Pero Fanchon sonrió.

—Bien —susurró—. El destino nos sonríe esta noche.

¿Bien? Bink tembló debido al frío que sentía con la ropa mojada y se la quedó mirando. Ella estaba haciendo unas raspaduras con la mano en el ablandado suelo del agujero. Bink se acercó para ver lo que se proponía, pero ella le apartó con un gesto.

—Vigila que los guardias no nos descubran —murmuró.

No había peligro en eso; los guardias no estaban interesados en ellos. Se fueron a buscar protección contra la lluvia y no se les veía. Aunque hubieran estado cerca, apenas había luz para ver.

¿Qué era tan importante en lo que hacía? Sacaba barro del suelo y lo mezclaba con el heno, completamente ajena a la lluvia. Bink no entendía lo que se proponía. ¿Era su forma de relajarse?

—¿Conociste a alguna chica en Xanth? —inquirió Fanchon.

La lluvia amainaba, pero la oscuridad protegía su trabajo secreto..., tanto de la comprensión de Bink como de la de los guardias.

No era un tema que Bink deseara tocar.

—No veo qué...

Ella se le acercó.

—¡Estoy haciendo ladrillos, idiota! —le susurró con furia—. Sigue hablando..., y vigila cualquier luz que pueda aparecer. Si alguien se acerca, di «camaleón», y yo lo ocultaré todo.

Se deslizó de nuevo al rincón.

Camaleón. Había algo en esa palabra..., ya lo tenía. El lagarto que había visto poco antes de emprender la búsqueda del Buen Mago..., el presagio de su futuro. El camaleón había muerto de repente. ¿Significaba eso que su hora estaba próxima?

—¡Habla! —instó Fanchon—. ¡Oculta los ruidos que hago! —luego, con un tono normal de diálogo, añadió—: ¿Conociste a alguna chica?

—Oh, a algunas —contestó Bink.

¿Ladrillos? ¿Para qué?

—¿Eran bonitas?

Las manos de ella apenas se veían en la noche, pero podía oír los ruidos del barro y el heno. Posiblemente empleaba el heno para darle más consistencia al barro. No obstante, toda la idea era demencial. ¿Acaso intentaba construir un lavabo de ladrillos?

—¿O no eran muy bonitas? —insistió ella.

—Oh, eran bonitas —repuso él. Parecía que no podría cambiar de tema. Si los guardias se hallaban escuchando, le prestarían más atención a él si hablaba de chicas bonitas que al ruido producido por el barro. Bueno, si era eso lo que ella quería...—. Mi novia, Sabrina, era hermosa..., es hermosa, y la Hechicera Iris parecía hermosa, pero conocí a otras que no lo eran. Una vez que se casaban o se hacían viejas, ellas...

La lluvia había cesado. Bink vio que se acercaba una luz.

—Camaleón —susurró, sintiendo de nuevo una tensión interior.

Los presagios siempre eran certeros..., si se los comprendía bien.

—Las mujeres no tiene que volverse necesariamente feas al casarse —afirmó Fanchon. Ahora el ruido era diferente; estaba ocultando las pruebas de su actividad—. Algunas nacen así.

No había duda de que era consciente de su condición. Se preguntó de nuevo por qué había rechazado la oferta de Trent de hacerla hermosa.

—Conocí a una mujer centauro cuando fui en busca del Buen Mago —dijo Bink, notando que le costaba concentrarse incluso en un tema tan natural como ese en vista de lo raro de su situación. ¡Prisionero en un agujero con una muchacha fea que deseaba hacer ladrillos!—. Era hermosa, de una forma estatuaria. Claro que, básicamente, era un caballo... —una terminología inadecuada—, quiero decir, desde su trasero..., bueno, yo monté en su espalda —consciente de lo que los guardias podían pensar de sus palabras (aunque le importaba muy poco lo que pensarán), se concentró en la luz que se aproximaba. La veía gracias a los reflejos que producía en las barras metálicas—. ¿Sabes?, era mitad equina. Me llevó a través de todo el territorio centauro.

La luz decreció. Debía tratarse de un soldado en su rutina de vigilancia.

—Falsa alarma —murmuró. Luego, con un tono más coloquial, prosiguió—: Pero vi a una muchacha realmente adorable camino del castillo del Mago. Era..., se llamaba... —se detuvo, concentrándose—, Wynne. Sin embargo, era de una estupidez abismal. Espero que el dragón del Desfiladero no la cogiera.

—¿Estuviste en el Desfiladero?

—Durante poco tiempo. Hasta que el dragón me hizo huir. Tuve que bordearlo. Me sorprende que estés al tanto de su existencia; creí que estaba impregnado de un hechizo de olvido, ya que no figuraba en mi mapa y yo jamás oí hablar de él hasta que lo encontré. En ese caso, ¿cómo es que lo recuerdo?

—Yo vivo cerca del Desfiladero —replicó ella.

—¿Vivías ahí? ¿Cuándo se originó? ¿Cuál es su secreto?

—Siempre ha estado ahí. Existe un hechizo de olvido..., creo que fue el Mago Humfrey el que lo colocó. Sin embargo, sí tus asociaciones son realmente fuertes, lo recuerdas. Al menos por un tiempo. La magia tiene un límite.

—Quizá sí. Nunca olvidaré mis vivencias con el dragón y la sombra.

Fanchon había comenzado otra vez con la fabricación de ladrillos.

—¿Más chicas?

Bink tuvo la impresión de que el interés que mostraba ella era más que casual. ¿Se debía a que conocía a la gente que vivía en los alrededores del abismo?

—Veamos..., conocí a otra más. Un muchacha corriente. Se llamaba Dee. Tuvo una discusión con el soldado con el que yo viajaba en ese momento, Crombie. Él odia a las mujeres, o eso es lo que dice..., de todos modos, ella se marchó. Es una pena, me caía bien.

—¿Oh? Creí que preferirías a las chicas guapas.

—Mira..., ¡no seas tan malditamente sensible! —restalló él—. Tú sacaste el tema. Dee me gustaba más que..., oh, déjalo. Me sentiría más feliz si habláramos sobre planes de fuga.

—Lo siento —comentó ella—. Yo..., estaba al tanto de tu viaje alrededor del abismo. Wynne y Dee..., son amigas mías. Sentí un interés natural.

—¿Amigas tuyas? ¿Las dos? —Algunas piezas del rompecabezas comenzaban a encajar—. ¿Cuál es tu relación con la Hechicera Iris?

Fanchon se rio.

—Ninguna. Si yo fuera la Hechicera, ¿crees que tendría este aspecto?

—Tal vez —admitió Bink—. Si hubieras intentado el truco de la belleza y vieras que no funcionaba, y si aún anhelaras el poder y creyeras que, de alguna forma, lo conseguirías a través de un ignorante viajero..., eso explicaría por qué Trent no pudo seducirte con la promesa de la belleza. Lo único que conseguiría eso sería estropear tu apariencia..., además, podrías ser hermosa cuando tú lo desearas. De modo que así me podrías seguir, oculta en un disfraz del que nadie sospecharía, y, por supuesto, tampoco ayudarías a otro Mago a que consiguiera el poder en Xanth.

—Por lo que decidí venir hasta Mundania, donde la magia no funciona —acabó ella—. Lo cual me impediría utilizar la ilusión.

Eso estropeó su teoría. ¿O no era así?

—Quizás este sea tu verdadero aspecto; tal vez yo nunca llegué a ver a la Iris real

cuando estuve en su isla.

—¿Y cómo voy a regresar a Xanth?

Bink no tenía ninguna respuesta para esto. Replicó con una bravata.

—Bueno, ¿por qué viniste hasta aquí? Está claro que la carencia de magia no te ha resuelto el problema.

—Hace falta tiempo...

—¿Tiempo para eliminar la magia?

—Sí. En la época en que los dragones solían volar hasta Mundania, antes de que se alzara el Escudo, tardaba días y hasta semanas en desvanecerse. A veces, incluso más tiempo. El Mago Humfrey me dijo que hay muchas fotos y descripciones de dragones y otras bestias mágicas en la literatura de Mundania. Los mundanos ya no ven a los dragones, razón por la cual creen que los viejos textos son una mera fantasía..., pero esto prueba que, para que la magia se disipe de una criatura o una persona, se requiere tiempo.

—Así que, después de todo, una Hechicera podría retener su ilusión durante unos días —dijo Bink.

Ella suspiró.

—Quizá. No soy Iris, aunque no me importaría serlo. Mis razones para abandonar Xanth son totalmente distintas y más acuciantes.

—Sí, lo recuerdo. Una era para perder tu magia, fuera la que fuere, y la otra no me la quisiste contar.

—Supongo que mereces saberlo. De todos modos, conseguirás sacármelo de uno u otro modo. Wynne y Dee me dijeron la clase de persona que eres y...

—¿Consiguió Wynne escapar del dragón?

—Sí, gracias a ti. Ella...

Se acercaba una luz.

—Camaleón —anunció Bink.

Fanchon se apresuró a ocultar los ladrillos. Esta vez, la luz llegó hasta el mismo agujero.

—Espero que no os encontréis con el agua hasta el cuello —dijo la voz de Trent.

—Si fuera así, podríamos escapar a nado —comunicó Bink—. Escucha, Mago..., cuanto mayor sea la incomodidad a la que nos sometas, menos querremos ayudarte.

—Estoy al corriente de esa circunstancia, Bink. Preferiría acomodaros en una tienda confortable...

—No.

—Bink, me resulta difícil comprender por qué has de ser tan leal a un gobierno que te trató con tanta injusticia.

—¿Qué sabes de lo ocurrido?

—Mis espías han estado escuchando vuestra conversación. Mas, sabiendo lo viejo

y testarudo que debe ser ahora el Rey de la Tormenta, también lo podría haber deducido con suma facilidad. La magia se manifiesta de diversas formas, y cuando las definiciones no bastan...

—Bueno, en nuestra situación actual poco importa.

El Mago insistió; parecía mucho más razonable, en contraste con la irracionalidad de Bink.

—Quizá tú no poseas magia, Bink, aunque yo no creo que Humfrey se equivocara en algo de esta importancia..., pero tienes otras cualidades que te hacen merecedor a la categoría de ciudadano. Y serías uno excelente.

—Sabes que está en lo cierto —intervino Fanchon—. Mereces mucho más que lo que te dieron.

—¿De qué lado estás? —exigió Bink.

Ella suspiró en la oscuridad. Parecía muy humana; era mucho más fácil para Bink apreciar esa cualidad cuando no podía verla.

—Del tuyo, Bink. Admiro tu lealtad; sin embargo, no estoy muy segura de que la merezcan.

—Entonces, si sabes dónde se encuentra, ¿por qué no le informas del emplazamiento de la Piedra-Escudo?

—Porque, y a pesar de todos sus fallos, Xanth sigue siendo un lugar agradable. El Rey senil no vivirá siempre; cuando muera, tendrán que poner en su lugar al Mago Humfrey, y él se encargará de hacer que todo funcione mejor, aunque se queje del tiempo que le hará perder. Quizás en este mismo momento está naciendo un futuro Mago, uno que pueda ocupar después el trono. Sé que, de algún modo, la situación se arreglará. Siempre ha sido así. Lo último que necesita ahora Xanth es caer en las manos de un Mago Maligno y cruel, que convertiría a toda la oposición que le saliera al paso en nabos.

Oyeron la risa de Trent desde arriba.

—Querida, tienes una mente despierta y una lengua aguda. En realidad, prefiero transformar a mis oponentes en árboles; son más longevos que los nabos. ¿Podrías concederme, aunque no sea más que por el amor a una buena discusión, que yo sería un mejor gobernante que el Rey actual?

—¿Sabes?, ese es un punto a su favor —repuso Bink, con una sonrisa cínica que ocultó la oscuridad.

—¿De qué lado estás? —preguntó Fanchon, imitando el tono que había utilizado antes Bink.

Esta vez el que se rio fue Trent.

—Vosotros dos me caéis bien —dijo—. De veras. Tenéis buenos cerebros y sois personas leales. Si sólo me concedierais esa lealtad a mí, estaría dispuesto a realizar unas concesiones importantes. Por ejemplo, podría garantizaros el poder de vetar

cualquier transformación que me propusiera llevar a cabo. De esa forma, vosotros elegiríais a los nabos.

—Y así ser responsables de tus crímenes —repuso Fanchon—. Ese tipo de poder nos corrompería en poco tiempo, hasta que ya no fuéramos distintos de ti.

—Sólo si vuestra fibra básica no fuera superior a la mía —señaló Trent—. Lo cual me indicaría que jamás fuisteis diferentes de mí. Nunca se os ha presentado una situación como la mía. Lo mejor que podríais hacer sería analizarlo, para no ser unos hipócritas encubiertos.

Bink dudó. Estaba mojado, helado, y no le atraía la idea de pasar la noche en este agujero. ¿Había mantenido Trent su palabra veinte años atrás? No; en su búsqueda del poder, la rompió siempre que lo consideró necesario. Esa fue una de las causas de su fracaso; nadie podía permitirse el lujo de confiar en él, ni siquiera sus amigos.

Las promesas del Mago carecían de valor. Su lógica era un entramado de racionalización, con el único fin de hacer que uno de sus prisioneros le revelara el emplazamiento de la Piedra Escudo. ¿Un poder de veto sobre las transformaciones? Bink y Fanchon, una vez que el Mago ya no los necesitara, serían los primeros en padecerlas.

Bink no contestó. Fanchon guardó silencio. Al cabo de un momento, Trent se marchó.

—Y así salvamos la segunda tentación —comentó Fanchon—. Pero se trata de un hombre inteligente y sin escrúpulos; se hará cada vez más difícil.

Bink, con temor, supo que ella tenía razón.

A la mañana siguiente, los oblicuos rayos del sol, que caían entre las rejas, cocieron los toscos ladrillos. Todavía no estaban del todo secos, pero era un comienzo. Fanchon los ocultó en el cubículo que les servía como lavabo para que no los vieran desde arriba. Si todo salía bien, los volvería a sacar para dejarlos bajo el sol de la tarde.

Trent apareció otra vez, trayendo más comida: fruta fresca y leche.

—Me desagrada plantearlo de esta forma —indicó—, pero mi paciencia se está agotando. Siguiendo el procedimiento rutinario, puede que en cualquier momento cambien el emplazamiento del Escudo, lo cual hará que vuestra información pierda todo su valor. Si uno de vosotros no me da hoy los datos que necesito, mañana os transformaré a los dos. Tú, Fanchon, serás una erinia; tú, Bink, un basilisco. Seréis encerrados en la misma jaula.

Bink y Fanchon se miraron con horror. Una erinia y un basilisco..., dos nombres para la misma cosa: un reptil alado que salía de un huevo sin yema, puesto por un gallo y empollado por un sapo al calor del estiércol. El hedor de su aliento era tan horrible que marchitaba la vegetación y resquebrajaba las piedras; la visión de su cara hacía que otras criaturas cayeran muertas. Un basilisco..., el pequeño rey de los

reptiles.

El camaleón de su presagio se había metamorfoseado en la figura de un basilisco..., justo antes de morir. Ahora le había recordado al camaleón una persona que desconocía aquel presagio; y le amenazaba con transformarle en... La muerte se acercaba.

—Es un farol —repuso finalmente Fanchon—. Seguro que no puede hacerlo. Intenta asustarnos.

—Y con éxito —musitó Bink.

—Quizá os vendría bien una demostración —indicó Trent—. No le pido a nadie que crea en mi magia sólo como un acto de fe; y menos aún cuando puedo realizar con tanta facilidad una prueba. Además, me es imprescindible practicar con regularidad, así logro activar todo mi talento después del largo exilio en Mundania..., de modo que esta demostración me hace falta. —Hizo restallar los dedos—. Dejad que los prisioneros acaben su comida —ordenó al guardia que se presentó ante él— y luego sacadlos de la celda.

Ahora Fanchon estaba hosca por otra causa.

—Quizá se trate sólo de un farol..., pero si bajan hasta aquí descubrirán los ladrillos. Eso solo ya acabará con nosotros.

—No si salimos de inmediato, sin oponer resistencia —dijo Bink—. No bajarán a menos que se vean obligados.

—Esperemos que así sea —repuso ella.

Cuando vinieron los guardias, Bink y Fanchon treparon por la cuerda apenas la bajaron.

—Tenemos que presenciar el farol del Mago —explicó Bink.

Los soldados no mostraron ninguna reacción. El grupo se dirigió hacia el oeste; cruzaron el istmo, en dirección a Xanth.

A la vista del Escudo, Trent estaba al lado de una jaula de alambre, junto a un grupo de soldados, con flechas en los arcos, que formaban un anillo a su alrededor. Todos llevaban gafas de cristal ahumado. La escena era muy sombría.

—Os advierto —les comunicó Trent cuando llegaron— que, una vez se consume la transformación, no miréis directamente el uno al rostro del otro. No puedo devolverle la vida a los muertos.

Si se trataba de otra táctica intimidatoria, fue efectiva. Fanchon quizá dudara, pero Bink creía. Recordó el Árbol Justin, el legado de la cólera de Trent hacía veinte años. El presagio creció enorme en su mente. Primero sería un basilisco, luego moriría...

Trent captó el gesto de aprensión de Bink.

—¿Tienes algo que decirme? —le preguntó, como si se tratara de un acto rutinario.

—Sí. ¿Cómo consiguieron exiliarte sin que los transformaras en sapos, nabos o cosas peores?

Trent frunció el ceño.

—No me refería a eso, Bink. Sin embargo, y en interés de la armonía, te responderé. Un ayudante mío, en quien yo confiaba, fue sobornado, y me dominó con un hechizo de sueño. Mientras dormía, me trasladaron al otro lado del Escudo.

—¿Cómo sabes que no volverá a suceder? Estás convencido de que no puedes permanecer despierto todo el tiempo.

—Pasé mucho tiempo considerando el problema en los primeros y largos años de mi exilio. Llegué a la conclusión que fui yo el causante del engaño. Fui desleal con otros, por lo que otros fueron desleales conmigo. No es que careciera por completo de honor; rompí mi palabra únicamente por lo que consideraba una causa válida; no obstante...

—Eso es igual que mentir —interrumpió Bink.

—No pensaba lo mismo en esa época. Aunque me atrevo a decir que mi reputación en ese aspecto no mejoró con mi partida; siempre es el privilegio del vencedor presentar una imagen del perdedor absolutamente corrupta, justificando de ese modo la victoria. A pesar de todo, mi palabra no era un vínculo irrompible, y con el tiempo comprendí que este era el defecto principal de mi carácter, lo que me llevó a la perdición. La única manera de evitar la repetición era cambiar mi propia forma de actuar. Por lo que ya no engaño a nadie..., jamás. Y nadie me engaña a mí.

Era una respuesta justa. El Mago Maligno era, en muchos aspectos, todo lo opuesto a la imagen popular; en vez de ser feo, débil y mezquino —Humfrey encajaba mejor en esa descripción—, era atractivo, fuerte y educado. Sin embargo, era el villano, y Bink no dejaría que unas palabras justas le engañaran.

—Fanchon, adelántate —repuso Trent.

Fanchon dio unos pasos hacia él; su rostro mostraba un cinismo total. Trent no hizo ningún gesto ni emitió cántico alguno. Simplemente, la miró con gran concentración.

Ella desapareció.

Un soldado avanzó rápidamente con un red para cazar mariposas y la dejó caer sobre algo. En un instante la alzó..., contenía una cosa ominosa con alas y aspecto de lagarto, que no dejaba de agitarse.

¡Era una erinia de verdad! Bink apartó rápidamente los ojos para evitar mirarla directamente y contemplar su mirada mortal.

El soldado arrojó la cosa al interior de la jaula, mientras otro hombre, con los ojos también protegidos, la cerraba. El resto de los soldados se relajaron visiblemente. La erinia se revolvió, buscando otra salida, pero no había ninguna. Contempló con ojos centelleantes la prisión de alambre; sin embargo, su mirada no tenía ningún efecto

sobre el metal. Un tercer soldado cubrió la jaula con una tela, ocultando la visión del monstruo. Ahora fue Bink quien se relajó. Estaba claro que toda la situación había sido cuidadosamente preparada y ensayada; cada uno de los soldados sabía cuál era su papel.

—Bink, adelántate —indicó Trent, igual que antes.

Bink se hallaba aterrorizado. Pero un rincón de su mente protestó: *Sigue siendo un farol. Y ella está involucrada. Lo han preparado para hacerme creer en su transformación y que yo sería el siguiente. Todas sus objeciones contra Trent sólo eran para hacerla aparecer sincera, pensando siempre en este momento.*

No obstante, sólo lo creía a medias. El presagio le proporcionaba una convicción especial y terrible. La muerte, como en aquella ocasión, volaba con las alas silenciosas de un halcón, acercándose...

Pese a todo, no podía traicionar a su tierra. Con las rodillas temblorosas, avanzó.

Trent se concentró en él..., y el mundo dio un brinco. Confundido y asustado, Bink se revolvió en busca de un matorral que le brindara protección. Las hojas verdes se marchitaron cuando se acercó; entonces la red cayó sobre él, atrapándolo. Recordó su fuga del dragón del Desfiladero y, en el último instante, la esquivó, retrocediendo, y la red no le encontró. Miró con ojos relampagueantes al soldado, que, aturdido, dejó que sus gafas resbalaran sobre la nariz. Sus miradas se encontraron..., y el hombre cayó de espaldas, inmóvil.

La red cayó al suelo, pero otro soldado la cogió. Bink se dirigió de nuevo hacia el marchito matorral; sin embargo, esta vez la red lo atrapó. Sus alas batieron inútilmente, la cola se agitó y sus punzantes bordes se enredaron en la red; desplegó las garras, el pico sólo pudo rasgar el aire.

Entonces, desenredándolo con dos sacudidas, fue lanzado al interior de la jaula. Cayó de espaldas y con las alas abiertas. De su cuello escapó un chillido de angustia.

A medida que se enderezaba, la luz disminuyó. Acababan de cubrir la jaula, de modo que nadie del exterior pudiera ver su cara. Era un basilisco.

¡Vaya demostración! No sólo había visto como transformaban a Fanchon, sino que él mismo lo había experimentado..., y había matado a un soldado simplemente al mirarlo. Si existía algún escéptico en el ejército de Trent, ahora ya no quedaría ninguno.

Vio la cola enroscada y con puntas de otro de su clase. Una hembra. Le daba la espalda. Su naturaleza de basilisco se adueñó de él. No deseaba compañía.

Colérico, se lanzó sobre ella, mordiendo y desgarrando con sus garras. Ella se revolvió al instante con la ayuda de la musculosa cola de serpiente. Durante un momento estuvieron cara a cara.

Era horrible, espantosa, aterradora y asquerosa. Nunca antes había experimentado algo tan repulsivo. No obstante, era un hembra y, por lo tanto, poseía un cierto

atractivo básico. La paradójica repulsión y atracción lo abrumó, y perdió el sentido.

Cuando despertó, tenía dolor de cabeza. Yacía sobre el heno del agujero. Era bien entrada la tarde.

—Parece que se ha sobreestimado la mirada del basilisco —dijo Fanchon—. Ninguno de nosotros ha muerto.

De modo que sí había ocurrido.

—Así parece —admitió Bink—. Pero me siento un poco muerto.

Mientras hablaba, se dio cuenta de algo que no salió a la superficie antes: el basilisco era una criatura mágica que podía realizar magia. Él había sido un basilisco inteligente que había atacado mágicamente a un enemigo. ¿Cómo modificaba eso su teoría sobre la magia?

—Bueno, plantaste cara —comentó Fanchon—. Ya han enterrado al soldado. El campamento está tranquilo como la muerte.

Como la muerte..., ¿sería ese el significado de su presagio? No había muerto, pero había matado..., sin intención de hacerlo, de una manera totalmente ajena a su naturaleza habitual. ¿Se había cumplido el presagio?

Bink se sentó cuando se dio cuenta de otra cuestión.

—El talento de Trent es genuino. Fuimos transformados. Realmente.

—Así es —admitió ella con voz apagada—. Reconozco que dudaba..., pero ahora creo en él.

—Nos debió devolver a nuestras formas mientras estábamos desmayados.

—Sí. Su intención era únicamente darnos una demostración.

—Y fue efectiva.

—Sí. —Se estremeció—. Bink..., no... no sé si podría resistirlo una vez más. No fue sólo el cambio. Fue...

—Lo sé. Eras una erinia horrible.

—Sería una horrible cualquier cosa. Pero esa crueldad, estupidez y extrañeza... ¡Esas cosas son horripilantes! Pasar el resto de mi vida bajo esa forma...

—No puedo culparte —murmuró Bink.

Había algo en su mente que no le dejaba en paz. La experiencia había sido tan crítica, que le llevaría mucho tiempo analizar todos sus aspectos.

—Nunca creí que alguien pudiera hacerme obrar en contra de mi voluntad. Pero esto... esto... —Hundió el rostro en sus manos.

Bink asintió en silencio. Pasado un momento, cambió de tema.

—¿Te diste cuenta... de que esas criaturas eran macho y hembra?

—Por supuesto —afirmó ella, recuperando el control de sí misma ahora que podía orientarse hacia algo—. Nosotros somos hombre y mujer. El Mago puede cambiar nuestras formas, no nuestros sexos.

—Pero los basiliscos deberían ser neutros. Salen de huevos puestos por gallos..., no existen padres basiliscos, sólo los gallos.

Ella asintió, pensativa, analizando el problema.

—Tienes razón. Si existieran machos y hembras, deberían poder cruzarse y reproducir su propia especie. Lo cual, por definición, significaría que no son basiliscos. Una paradoja.

—Tiene que haber algo erróneo con la definición —repuso Bink—. O hay un montón de superstición en el origen de los monstruos, o nosotros no fuimos basiliscos de verdad, o hay una diferencia entre basilisco y erinia.

—Fuimos genuinos —comentó ella, con una mueca de renovado horror—. Estoy segura de eso. Por primera vez en mi vida, me alegro de mi forma humana.

Para ella, era todo un reconocimiento.

—Lo cual significa que la magia de Trent es real en toda su extensión —dijo Bink—. No sólo cambia la forma, sino que convierte cosas en otras cosas..., ¿comprendes lo que digo? —En ese momento se le apareció con claridad lo que antes tiraba de su mente—. Pero, si la magia se desvanece fuera de Xanth, más allá de la estrecha banda que hay fuera del Escudo, todo lo que tendríamos que hacer...

—¡Sería adentrarnos en Mundania! —exclamó ella, siguiendo el curso de sus pensamientos—. Con el tiempo, recuperaríamos nuestras formas verdaderas. De modo que no sería permanente.

—Así que su capacidad de transformación es un farol, aunque sea real —apuntó él—. Nos tendría que mantener encerrados todo el tiempo; de lo contrario, nos alejaríamos del campo de acción de su poder. Tiene que entrar definitivamente en Xanth, o su poder es mínimo. No más que el que ya tiene como general de su ejército..., el poder de matar.

—De lo único que puede disfrutar ahora es del tentador sabor del verdadero poder —comentó ella—. ¡Apuesto a que sí desea entrar en Xanth! Pero, mientras tanto, seguimos en sus manos. —Sacó los ladrillos para colocarlos debajo de la débil luz del sol—. ¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Si me suelta, me dirigiré hacia Mundania. Esa era mi dirección antes de que me emboscaran. Hay algo que Trent me ha enseñado..., y es que se puede sobrevivir allí. Me cercioraré de anotar cuidadosamente mi trayecto; parece que desde el otro lado es difícil localizar Xanth.

—Me refería a la Piedra-Escudo.

—Nada.

—¿No se lo dirás?

—No, claro que no —repuso él—. Ahora ya sabemos que su magia no puede dañarnos más de lo que podrían sus soldados; parte del terror ha desaparecido. No es que importe mucho. No te culpo por querer contárselo.

Ella le miró. Su rostro seguía siendo feo, pero ahora veía en él algo especial.

—¿Sabes?, eres todo un hombre, Bink.

—No. No soy gran cosa. No tengo magia.

—Tienes magia. Simplemente, no sabes cuál es.

—Es lo mismo.

—¿Sabes?, yo te seguí hasta aquí.

El significado de sus palabras se hizo más claro. Había oído hablar de él en Xanth: el viajero sin talento. Sabía que eso no sería ninguna desventaja en Mundania. Qué mejor pareja: el hombre sin magia y la mujer sin belleza. Los mismo defectos. Quizá, con el tiempo, él se acostumbrara a su aspecto; cierto que sus otras cualidades eran excelentes. Salvo una cosa.

—Comprendo tu postura —dijo él—. No obstante, si cooperas con el Mago Maligno, no quiero saber nada de ti, aunque te vuelva hermosa. No es que importe mucho..., podrás recibir tu recompensa cuando él gobierne en Xanth, siempre que cumpla su palabra.

—Me devuelves el valor —comentó ella—. Intentémoslo.

—¿Cómo?

—Los ladrillos, tonto. Ya se han endurecido. Tan pronto como anochezca, los apilaremos uno encima del otro...

—La reja nos impedirá escapar; la puerta sigue cerrada. Una escalera no nos ayudará en nada. Si nuestro único problema fuera llegar hasta ahí arriba, yo podría subirte y...

—Hay una diferencia —murmuró ella—. Apilamos los ladrillos, subimos por ellos, y levantamos toda la reja. No está sujeta; lo comprobé cuando nos metieron aquí. Lo que la mantiene en su lugar es la gravedad. Es pesada, pero tú eres fuerte...

Bink alzó la vista con una repentina esperanza.

—Tú la podrías apuntalar cuando yo empujara. Paso a paso, hasta que...

—¡No tan alto! —susurró ella con furia—. Quizá todavía nos estén escuchando. —Sin embargo, asintió—. Has captado la idea. No es algo infalible, pero vale la pena intentarlo. También tendremos que asaltar el almacén donde guarda el elixir, para que no pueda utilizarlo en caso de que exilien a alguien más y le diga dónde se encuentra la Piedra-Escudo. He estado pensando en todos los detalles.

Bink sonrió. Ella empezaba a caerle bien.

10

Persecución

Al llegar la noche, apilaron los ladrillos. Algunos se rompieron, ya que la débil luz solar no había sido suficiente para cocerlos de forma adecuada, pero, en líneas generales, resultaron sorprendentemente consistentes. Bink estaba atento a cualquier sonido procedente de los guardias, y aguardó hasta que se tomaron lo que llamaron un «respiro». Luego, se encaramó hasta el extremo de la pila de ladrillos, colocó las manos contra el borde de las rejas, y empujó hacia arriba.

A medida que sus músculos se tensaban, se dio cuenta de que esta había sido la razón primordial por la que Fanchon había pedido la cortina para el lavabo. No se debió al deseo de ocultar su poco atractiva anatomía, sino para esconder los ladrillos..., de modo que los pudiera guardar para este momento, para este esfuerzo que les ayudaría a escapar. Y él nunca lo sospechó.

El descubrimiento le dio fuerzas. Empujó con más ímpetu..., y la reja se alzó con sorprendente facilidad. Fanchon subió hasta su lado y colocó el cubo del lavabo entre la puerta metálica y el borde del pozo.

¡Uff! ¡Quizá un año de estos alguien construiría un cubo que oliera a rosas!

Pero cumplió su cometido. Aguantó el peso de la reja cuando él la soltó. Ahora había suficiente espacio para arrastrarse fuera. Bink la ayudó a salir y luego se izó él. Ningún guardia a la vista. Estaban libres.

—El elixir se encuentra en aquel barco —susurró Fanchon, señalando hacia la oscuridad.

—¿Cómo lo sabes?

—Pasamos por ahí de camino a... nuestra transformación. Es lo único que vigilarían con tanto cuidado. Además, se ve la catapulta a bordo.

Ciertamente, ella había mantenido los ojos abiertos. Podía ser fea, pero era inteligente. ¡A él no se le había ocurrido vigilar su entorno con ojo tan analítico!

—Ahora bien, apoderarnos del elixir será difícil —prosiguió ella—. Creo que lo mejor será que secuestremos todo el barco. ¿Sabes navegar?

—En toda mi vida nunca he estado en nada más grande que en un bote, con la posible excepción del yate de Iris, que no era real. Probablemente me marearé.

—Yo también —corroboró ella—. Somos animales de tierra. Así que nunca nos buscarán ahí. Vamos.

Bueno, era mejor que ser transformado en un basilisco.

Se arrastraron hasta la playa y se introdujeron en el agua. Bink miró hacia atrás con nerviosismo..., y vio una luz que se dirigía hacia el agujero.

—¡Apresúrate! —susurró—. Nos olvidamos de volver a colocar la reja en su sitio; se darán cuenta en seguida de que hemos escapado.

Por lo menos ambos eran unos nadadores aceptables. Se despojaron de sus ropas —¿qué había sucedido con ellas durante la transformación?; era inútil intentar explicar los detalles de la magia—, y bracearon en silencio hacia el barco anclado a cuatrocientos metros. Bink se encontraba alarmado por las oscuras profundidades del agua; ¿qué clase de monstruos habitaban en los mares mundanos?

El agua no estaba fría, y el ejercicio de nadar le ayudó a mantenerse en calor; sin embargo, poco a poco, se fue cansando y comenzó a notar el fresco. A Fanchon le ocurrió lo mismo. Visto desde tierra, el barco no parecía hallarse lejos..., pero su referencia había sido una distancia pensada para caminar. Nadar esa distancia era otra cosa.

Entonces oyeron los gritos de alarma en la prisión. Las luces enfocaron hacia todos lados, moviéndose como luciérnagas..., pero sin causar ningún incendio. Bink sintió una renovada fuerza.

—Hemos de llegar lo más rápido posible —jadeó.

Fanchon no le respondió. Estaba demasiado ocupada nadando.

El trayecto era interminable. Agotaba las energías de Bink, haciendo que se volviera más pesimista por momentos. Pero, finalmente, llegaron al barco. Había un marinero sobre el puente, una silueta recortada contra la luz de la luna, que trataba de escudriñar lo que ocurría en tierra.

Fanchon se aproximó a Bink.

—Ve... por el otro lado —jadeó, con el aliento entrecortado—. Yo... lo distraeré.

Tenía agallas. El marinero podía atravesarla con una flecha. Pero Bink se esforzó en rodear la quilla, alejándose. El barco tenía unos doce metros; era grande comparado con los de Xanth. No obstante, si lo que había dicho Trent acerca de Mundania era cierto, debía haber barcos aún mucho más grandes.

Levantó el brazo y apoyó los dedos en el borde del casco. Trató de pensar en el nombre que recibía esta parte del barco, pero no pudo. Esperaba que no hubiera más marineros de guardia. Tuvo que alzarse despacio por encima de la regala —se llamaba así—, para no hacer que el barco se moviera.

Fanchon, con una sincronización extraordinaria, emitió el sonido de alguien que estuviera ahogándose. Los marineros se dirigieron a la barandilla —eran cuatro en total—, y Bink se encaramó lo más silenciosamente que pudo. Su piel raspó contra la superficie del barco, pero sus músculos, pesados como el plomo, no lo sintieron. Su cuerpo mojado cayó sobre el puente, y el barco osciló un poco con su peso...; sin embargo, los marineros estaban apiñados al otro extremo, mirando lo que sucedía.

Bink se puso de pie y se dirigió hacia el mástil. Las velas estaban recogidas; apenas había algo con lo que poder ocultarse, le verían en el momento que se volvieran con las lámparas.

Bueno, tendría que ser el primero en actuar. No se sentía en condiciones de librar

un combate, ya que notaba los pies y los brazos fríos y pesados; sin embargo, era necesario. Caminó en silencio hacia los cuatro hombres, sintiendo que su corazón latía frenéticamente. Estaban inclinados sobre la barandilla, tratando de ver a Fanchon, que proseguía con su considerable alboroto. Bink apoyó la mano izquierda en la espalda del marinero más próximo y con la derecha sujetó sus pantalones.

Tiró hacia arriba con fuerza..., y el marinero cayó por la borda con un grito de alarma.

Bink se encaró de inmediato con el siguiente, cogiéndole de las ropas y empujándole. El hombre había comenzado a volverse cuando oyó el grito de su compañero..., pero fue demasiado tarde. Bink le alzó y también lo tiró por la borda. Casi..., una mano se aferró a la barandilla. El marinero quedó colgado, y giró en redondo para mirar hacia el barco. Bink le golpeó con fuerza los dedos y, finalmente, consiguió que se abrieran; el hombre cayó al agua.

Sin embargo, la pérdida de tiempo e ímpetu habían sido cruciales. Ahora los otros dos se abalanzaron contra él. Uno pasó un brazo para sujetarle por el hombro, al tiempo que intentaba estrangularle, mientras el otro iba por detrás.

¿Qué había dicho Crombie que había que hacer en una situación como esta? Bink se concentró y recordó. Agarró al hombre, dobló las rodillas, se inclinó hacia delante y tiró de él.

Funcionó a la perfección. El marinero pasó por encima del hombro de Bink y fue a estrellarse de espaldas sobre la cubierta.

Pero el último se le acercaba agitando los puños. Alcanzó a Bink en un lado de la cabeza con bastante fuerza. Bink cayó, y el hombre se lanzó sobre él. Para empeorar las cosas, Bink vio que uno de los que habían caído al agua trepaba de nuevo a bordo. Alzó los pies para mantener alejado a su oponente; sólo funcionó a medias. El corpulento marinero empujaba hacia abajo, tratando de aplastarlo..., y el otro estaba a punto de unírsele.

La figura que había vuelto a subir a bordo alzó un pie. Bink ni podía moverse; sus brazos estaban sujetos, el cuerpo inmovilizado. El pie descendió... y golpeó la cabeza del antagonista de Bink.

El hombre rodó hacia un lado con un gemido. No es muy agradable que te pateen la cabeza. ¿Cómo había podido el otro errar el golpe a una distancia tan corta? Las lámparas habían caído al agua junto con los marineros; quizá se equivocara en la oscuridad...

—Ayúdame a tirarlo por la borda —le pidió Fanchon—. Tenemos que asegurar el barco.

¡Y él la había confundido con un marinero, pese a su desnudez! Bueno, culpemos otra vez a la poca iluminación. La luz de la luna era bonita, pero en una situación como esta...

No obstante, los dos marineros que quedaban ya se estaban incorporando. Con un repentino impulso, Bink cogió al marinero desmayado por los hombros, mientras Fanchon agarraba sus pies.

—¡Uno..., dos..., tres..., ya! —jadeó ella.

Casi lo hicieron al unísono. El hombre voló hacia sus dos compañeros. Los tres cayeron por la borda y levantaron espuma al golpear contra el mar. Bink esperaba que se encontraran lo suficientemente bien como para poder nadar. El cuarto yacía sobre la cubierta, aparentemente sin sentido.

—¡Leva el ancla! —ordenó Fanchon—. Yo traeré una cuerda.

Corrió hacia la cabina del barco, una figura delgada silueteada contra la luz de la luna.

Bink encontró la cadena del ancla y tiró de ella. Se resistió, va que no sabía cómo funcionaba, pero al fin consiguió llevarla.

—¿Qué le hiciste a este? —inquirió Fanchon.

—Lo arrojé por encima mío. Crombie me enseñó cómo hacerlo.

—¿Crombie? No recuerdo...

—Un soldado que conocí en Xanth. Quedamos atrapados en una tormenta de granizo, y yo iba en busca de Dee, pero..., Bueno, es un poco complicado de explicar.

—Oh, sí..., me hablaste del soldado. —Se detuvo—. ¿Dee? ¿Fuiste detrás de ella? ¿Por qué?

—Había huido hacia la tormenta y..., bueno, me caía bien.

Entonces, para cubrir lo que podría haber sido tomado como una falta hacia su actual compañera, que ya había mostrado una sensibilidad extrema en estos temas, dijo:

—¿Qué les ocurrió a los otros marineros? ¿Se ahogaron?

—Les mostré esto —replicó ella, enarbolando un arpón de aspecto desagradable—. Decidieron nadar hacia la orilla.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. Si podemos descubrir cómo se iza la vela.

—No hace falta. La corriente nos está arrastrando. Además, el viento va en dirección contraria; lo estropearíamos todo si intentamos manejarla sin saber cómo hacerlo.

Bink miró hacia el otro barco. Se veían luces en su cubierta.

—Esos marineros no se dirigieron hacia la playa —comunicó—. Fueron al barco de al lado. Nos perseguirán... con la vela desplegada.

—No pueden —contestó ella—. Ya te lo dije..., el viento.

Pero no había lugar a error. Estaban desplegando la vela. *Utilizaban* el viento.

—Será mejor que busquemos el elixir —comentó ella.

—Si —ya lo había olvidado. Si por él fuera, ya estarían en tierra, huyendo hacia el interior de Mundania. Sin embargo, ¿habría podido vivir consigo mismo si el precio de su libertad fuera dejar Xanth a merced del Mago Maligno?—. Lo arrojaremos al agua...

—¡No!

—Pensé que...

—Lo emplearemos como un salvoconducto. Si nos hemos equivocado de barco y la catapulta está aquí, mientras que el elixir está en el otro...

—Entonces no nos perseguirían —repuso él.

—Sí que lo harán. También necesitan la catapulta. Y, por encima de todo, nos necesitan a nosotros.

Buscaron en el barco. En la cabina había un monstruo encadenado que Bink jamás había visto. No era grande; sin embargo, en todo lo demás, era horrible. Tenía el cuerpo cubierto de pelo, con manchas de color blanco y negro; un rabo delgado, orejas negras que le colgaban a ambos lados de la cabeza, un hocico pequeño también de color negro, y resplandecientes dientes blancos. Las cuatro patas tenían gruesas pezuñas. Rugió con ferocidad cuando Bink se le acercó..., pero una cadena sujeta a la pared, y que le rodeaba el cuello, hizo que sus frenéticos saltos se vieran cortados en mitad del aire.

—¿Qué es eso? —inquirió Bink, horrorizado.

Panchón lo observó, pensativa.

—Creo que se trata de un hombre lobo.

La criatura tenía un aspecto familiar. Se parecía a un hombre lobo anclado en su fase animal.

—¿Aquí en Mundania?

—Bueno, estará emparentado con ellos. Si tuviera más cabezas sería un cerbero. Pero como tiene una sola, creo que se trata de un perro.

Bink boqueó.

—¡Un perro! Creo que estás en lo cierto. En realidad, yo nunca he visto uno. Me refiero en carne y hueso; únicamente en imágenes.

—Me parece que ya no queda ninguno en Xanth. Antes sí había, pero deben haber emigrado.

—¿A través del Escudo? —pregunto Bink.

—Antes de que se estableciera..., aunque creo que durante el pasado siglo había referencias a perros, gatos y caballos. Si no lo he recordado mal.

—Pues parece que aquí tenemos uno. Irradia ferocidad. Seguro que protege el elixir.

—Estará entrenado para atacar a los extraños —convino ella—. Tendremos que matarlo.

—Es una criatura rara. Tal vez sea la única con vida de su especie.

—No lo sabemos. Quizá los perros sean corrientes en Mundania. Cuando te acostumbras a su aspecto, es bastante bonito.

El perro se había calmado, aunque aún los observaba con suspicacia. Un dragón pequeño miraría a la gente de esa forma, pensó Bink, si estuviera fuera de su alcance.

—Con las palabras adecuadas, una persona tal vez pudiera acercársele.

—Podríamos reanimar al marinero y decirle que lo amanse —comentó Bink—. El animal será dócil con la tripulación del barco. De otro modo, ellos tampoco podrían disponer del elixir.

—Buena idea —aceptó ella.

El marinero ya había recobrado el sentido, pero no se halaba en condiciones de reanudar la lucha.

—Te dejaremos marchar —le dijo Fanchon— si nos dices como aplacar a ese perro. No deseamos matarlo.

—¿A quién? ¿A Jennifer? —pregunto el hombre, un poco mareado—. Lo único que tienen que hacer es pronunciar su nombre, darle unas palmaditas en la cabeza y un poco de comida. —Volvió a tumbarse—. Creo que me he roto el cuello.

Fanchon miró a Bink.

—Entonces no podrá nadar. Quizá Trent sea un monstruo, pero nosotros no. —Se dirigió al marinero—. Si nos das tu palabra de que no te interpondrás en ningún sentido en nuestro camino, te ayudaremos en todo lo que podamos. ¿De acuerdo?

El marinero no lo dudó.

—Aunque quisiera no lo podría hacer. No me puedo poner en pie. De acuerdo.

Esto molestó a Bink. Él y Fanchon hablaban como Trent. Ofreciéndole unas condiciones más favorables a un enemigo cautivo a cambio de su cooperación. ¿Acaso se diferenciaban en algo del Mago Maligno?

Fanchon tanteó el cuello del marinero.

—¡Ay! —gritó este.

—No soy médico —comentó ella—, pero creo que te encuentras bien. Sólo tienes un hueso roto. ¿Hay alguna almohada a bordo?

—Escuchen —dijo el marinero, mientras ella le curaba. Estaba claro que quería desviar su atención del dolor—. Trent no es un monstruo. Le llamaron así, pero están equivocados. Es un buen líder.

—¿Os prometió todo el botín de Xanth? —inquirió Fanchon con voz furiosa.

—No, simplemente granjas y tierras para labrar —replicó él.

—¿Sin matanzas, rapiñas y saqueos? —Su incredulidad era manifiesta.

—Nada de eso. ¿Saben?, ya no estamos en los viejos días. Nosotros le brindamos protección y mantenemos el orden en la tierra a ocupar, y él, a cambio, nos da la concesión de tierras no habitadas. Dice que Xanth está poco poblado. Y habrá..., él

alentará a que las mujeres nativas se casen con nosotros, así podremos tener familias. Si no hubiera suficientes, él traería mujeres del mundo real. Mientras tanto, transformará a algunos animales inteligentes en chicas. Creí que se trataba de una broma, pero después de lo que me contaron de esos ga... —sonrió con una mueca—. Quiero decir, esos basil... —sacudió la cabeza con un gesto de dolor.

—Mantén la cabeza quieta —le avisó Fanchon, demasiado tarde—. Es cierto lo de la erinia y el basilisco; *éramos* nosotros. No obstante, novias animales...

—Oh, no sería tan malo, señorita. Sólo algo temporal, hasta que llegaran las mujeres de verdad. Si tiene el aspecto de una y actúa como una, yo no la culparía por haber sido antes una perra. Quiero decir, algunas mujeres son unas perras...

—¿Qué es una perra? —inquirió Bink.

—¿Una perra? ¿No lo sabe? —El marinero hizo otra mueca; o sentía un gran dolor, o se trataba de una expresión natural en él—. Es un perro hembra. Igual que Jennifer. Demonios, si Jennifer tuviera forma humana...

—Ya es suficiente —musitó Fanchon.

—Bueno, de todos modos, conseguiremos casas y nos estableceremos. Y nuestros hijos serán mágicos. Se lo digo, eso fue lo que me convenció para alistarme en su ejército. Yo no creo en la magia, por lo menos, entonces no creía, pero recuerdo los cuentos de hadas que me narraban de niño, sobre la princesa y la rana, y la montaña de cristal, y los tres deseos... Bueno, yo trabajaba el metal en una tienda miserable, ¿sabe lo que quiero decir? Y de veras que deseaba escapar de esa carrera de ratas.

Bink sacudió en silencio la cabeza. Sólo entendía a medias lo que hablaba el marinero; y no dejaba en muy buen sitio a Mundania. ¿Ratas que participaban en carreras? Bink también desearía escapar de una cultura así.

—Era una oportunidad de llevar una vida decente en el campo —continuó el marinero; no había ninguna duda sobre la dedicación que le profesaba a su visión—. Ya saben, ser dueño de sus propias tierras y hacer que crezcan buenos productos. Y que mis hijos puedan conocer la magia, la magia verdadera... Me parece que todavía no creo en eso; sin embargo, aunque sea una mentira, es bonito pensar en ello.

—Pero invadir una tierra extranjera, apoderarte de lo que no es tuyo... —repuso Fanchon. Se detuvo, convencida de que era inútil discutirlo con el marinero—. Él os traicionaría en el momento en que ya no os necesitara. Es un Mago Maligno que fue exiliado de Xanth.

—¿Quiere decir que de veras puede hacer magia? —pregunto el hombre, con alegre incredulidad—. Ya saben, cuando pensé sobre ello, creía que sólo se trataba de un engaño. Quiero decir..., a veces creo, pero...

—Por todos los demonios, claro que puede *hacer* magia. —Intervino Bink, utilizando el lenguaje del marinero—. Ya te hemos dicho cómo nos transformó...

—No pienses en ello —dijo Fanchon.

—Bueno, de todas formas, sigue siendo un buen líder —insistió el marinero—. Nos contó que lo echaron hace veinte años, que intentó ser Rey, y cómo perdió su magia; y que se caso con una mujer de aquí y tuvo un hijo...

—¿Trent tiene familia en Mundania? —preguntó Bink, sorprendido.

—Nosotros no llamamos a nuestro país con ese nombre —corrigió el marinero—. Pero sí... tenía una familia. Hasta que surgió esa epidemia... Creo que fue una especie de gripe, o un envenenamiento de la comida, no sé...; pero los dos murieron por su causa. Él dijo que la ciencia no había sido capaz de salvarlos..., y que la magia sí lo hubiera conseguido, razón por la que pensaba volver al país de la magia. Ustedes lo llama: Xanth. Sin embargo, si volvía solo lo matarían, aunque consiguiera atravesar lo que él llama el Escudo. De modo que necesitaba un ejército... ¡Ay!

Fanchon había acabado de curarle y le había apoyado el hombro sobre la almohada.

Dejaron al soldado con el hombro vendado en la postura más cómoda posible. A Bink le habría gustado escuchar más sobre los puntos de vista únicos de ese hombre. Sin embargo, ya había pasado bastante tiempo, y se notaba con claridad que el otro barco se acercaba cada vez más. Calcularon su avance a través de la vela, que zigzagueaba de costado contra el viento..., con cada ráfaga se aproximaba más. Se habían equivocado al analizar la maniobrabilidad de los barcos con el viento en contra. ¿En cuántas otras cosas se habían equivocado?

Bink entró en la cabina. Se sentía un poco mareado, pero logró dominar la sensación.

—Jennifer —dijo dubitativo, ofreciéndole algo de la comida para perros que habían localizado.

El pequeño y moteado monstruo meneó el rabo. Así de sencillo; ya eran amigos. Bink hizo acopio de valor y le dio una palmadita en la cabeza; la perra no le mordió. Luego, mientras comía, Bink abrió el baúl que con tanto celo y ferocidad había guardado el animal y alzó el frasco que contenía un fluido de color verdoso que halló cuidadosamente depositado en su interior. ¡Éxito!

—Señorita —llamó el marinero, cuando Bink salió con el frasco—. El Escudo...

Fanchon miró nerviosa a su alrededor.

—¿Es la corriente la que nos lleva hacia *eso*?

—Sí, señorita. No quiero meterme en sus asuntos, pero si no hace que el barco vire pronto, moriremos. Sé que ese Escudo funciona; he visto animales que intentaron atravesarlo quedar fritos.

—¿Cómo podemos saber dónde se encuentra? —preguntó ella.

—Hay un resplandor. ¿Ve? —Señaló con dificultad.

Bink entrecerró los ojos y lo pudo ver. Iban a la deriva en dirección de una cortina de leve luminiscencia, de un color blanco fantasmal. ¡El Escudo!

El barco avanzaba de forma inexorable.

—No podemos detenerlo —exclamó Fanchon—. Vamos a atravesarlo.

—¡Lancen el ancla! —repuso el marinero.

¿Qué otra cosa podían hacer? El Escudo era una muerte segura. Sin embargo, detenerse significaba ser atrapados por las fuerzas de Trent. Ni siquiera bastaría amenazarlos con destruir el frasco del elixir; el barco seguía siendo una especie de prisión.

—Podemos utilizar el bote salvavidas —comentó Fanchon—. Dame el frasco.

Bink se lo tendió, y luego tiró el ancla al agua. El barco giro lentamente cuando el ancla se clavó en el fondo marino. El Escudo se veía desagradablemente cercano..., igual que el barco que les perseguía. Ahora estaba claro por qué usaban la vela y no la corriente; así lo mantenían bajo control, lejos del peligro de caer en el Escudo.

Bajaron el bote. Desde el otro barco los enfocaron con un reflector que los bañó de luz. Fanchon sostuvo el frasco en alto.

—¡Lo dejaré caer! —le gritó al enemigo—. ¡Lanzadme una flecha... y el elixir se hundirá conmigo!

—Devuélvelo —pidió la voz de Trent desde la otra nave—. Y prometo dejaros marchar a los dos.

—¡Ja! —exclamó ella—. Bink, ¿puedes remar tu solo? Me da miedo dejar el frasco mientras estemos al alcance de sus arcos. Quiero asegurarme de que, sin importar lo que nos suceda a nosotros, no consigan el elixir.

—Lo intentaré —contestó Bink.

Se acomodó, cogió los remos y comenzó a remar.

Un remo golpeó contra un costado del barco. El otro se hundió en el agua. El bote osciló peligrosamente.

—¡Aléjate! —gritó Fanchon—. Casi me tiras al agua.

Bink quiso empujar contra el casco con un remo, pero no lograba soltarlo de la embarcación. No obstante, la corriente fue arrastrando al bote alejándolo del barco.

—¡Nos dirigimos hacia el Escudo! —gritó Fanchon mientras agitaba el frasco en la mano—. ¡Rema! ¡Rema! ¡Haz girar el bote!

Bink se esforzó. El problema con remar era que, al estar de espaldas no veías hacia dónde ibas. Fanchon se incorporó con el frasco por delante de ella, e intento escudriñar en la oscuridad. Él cogió el ritmo de los remos y pudo hacer virar el bote; ahora la parpadeante cortina fue visible a uno de los lados. A su manera, era hermosa, con su resplandor fantasmal hendiendo la noche..., pero se sintió repelido por el horror que implicaba.

—Trata de situarte en paralelo —indicó Fanchon—. Cuanto más cerca nos mantengamos del Escudo, más difícil será para el otro barco acosarnos. Quizás abandonen la persecución.

Bink continuó remando. El bote avanzó. No estaba acostumbrado a este tipo de esfuerzos, y todavía no se había recuperado de la fatiga de cuando nadó; sabía que no podría mantener este ritmo por mucho tiempo.

—¡Vas directo al Escudo! —gritó Fanchon.

Bink alzó la vista. El Escudo creció sobre ellos; sin embargo, no remaba en su dirección.

—Es la corriente —dijo—. Nos arrastra de costado.

Había creído ingenuamente que, una vez comenzara a remar, todos los demás vectores quedarían anulados.

—¡Aléjate del Escudo! —aulló ella—. ¡Rápido!

Hizo virar el bote..., pero el Escudo no retrocedió, la corriente los empujaba tan aprisa como el ritmo con el que remaba. Para empeorar las cosas, el viento estaba cambiando... y aumentando su fuerza. De momento resistía, pero se sentía cada vez más cansado.

—¡No podré... aguantar... mucho más rato! —jadeó, mientras contemplaba el resplandor.

—Ahí hay una isla —dijo Fanchon—. Dirígete hacia ella.

Bink miró a su alrededor. Vio algo negro que cortaba las olas a un lado. ¿Isla? No era más que una roca traicionera. Sin embargo, si podían anclarse a ella...

Hizo un esfuerzo desesperado..., pero no bastó. Se estaba alzando una tormenta. No iban a poder acercarse a la roca. El terrible Escudo se hallaba cada vez más cerca.

—¡Te ayudaré! —gritó Fanchon.

Depositó el frasco en el bote, se arrastró hacia él, y colocó las manos sobre los remos. Empujó, sincronizando sus esfuerzos con los de Bink.

La situación mejoró. Bink, debido a la fatiga, se distrajo. Bajo la errática luz de la luna que, de forma intermitente, era bloqueada por las nubes que se agolpaban cada vez más en el cielo, el cuerpo desnudo de ella perdió parte de su falta de formas y adquirió unos contornos sugerentemente más femeninos. Las sombras y la imaginación podían hacerla más atractiva..., y eso le avergonzó, ya que no tenía derecho a pensar así. Fanchon podría ser una buena compañera, si sólo...

El bote chocó contra la roca. Se inclinó..., no sabía si era la roca, el bote, o ambas cosas.

—¡Agárrate! ¡Agárrate! —exclamó Fanchon, mientras el agua entraba por un lado.

Bink extendió un brazo e intentó aferrarse a la piedra. Era abrasiva y resbaladiza. Una ola lo bañó, llenándole la boca con mi salada espuma. La oscuridad se hizo total; las nubes habían debido de ocultar la luna.

—¡El elixir! —gritó Fanchon—. Lo dejé en el...

Se lanzó a la inundada popa del bote.

Bink, que aún tosía agua de mar, no pudo gritarle. Se aferró a la roca con las dos manos y sus dedos encontraron una grieta, lo que le permitió anclar el bote con las rodillas. Tuvo una visión estúpida: si un gigante que se ahogara en el océano se agarrara a la tierra de Xanth en busca de apoyo, sus dedos se hundirían en el abismo, el Desfiladero. Quizás esa fuera la razón de ser del Desfiladero. ¿Estarían molestos los diminutos habitantes de esta aislada roca por el hecho de que los gigantescos dedos de Bink se hubieran aferrado a la grieta que encontró? ¿Poseían hechizos de olvido para borrar este incidente de sus mentes?

Surgió un lejano brillo producido por un relámpago. Bink vio la sombría masa de piedra: no había ningún pueblo diminuto en su superficie. Pero sí vislumbró un destello, como el de una luz que se reflejara en algún punto en el agua. La miró, pero el relámpago hacía rato que había muerto, y lo único que hacía él era esforzarse por observar su mero recuerdo, tratando de distinguir la forma en que estaba contenida. Ya que había sido un fragmento de algo mayor.

Brotó otro relámpago, esta vez más cercano. Ese fragmento pertenecía a unos ojos malignos.

—¡Un monstruo marino! —gritó, horrorizado.

Fanchon tiró de un remo hasta que, por fin, pudo soltarlo. Apuntó en la dirección del monstruo y golpeó.

¡*Tunc!* El extremo del remo cayó sobre la verde armadura del hocico. La criatura retrocedió.

—¡Tenemos que salir de aquí! —aulló Bink.

Pero, mientras hablaba, otra ola le cayó encima. El bote fue alzado y salió despedido de debajo de sus pies. Con un brazo rodeó la estrecha cintura de Fanchon y con la otra mano resistió en la piedra. Parecía como si los dedos de esa mano se fueran a romper...; sin embargo, aguantaron inmóviles en la grieta, y él mantuvo la posición.

El siguiente rayo les mostró unas pequeñas proyecciones, parecidas a velas, que se movían en el agua. ¿Qué eran?

Entonces, otro monstruo surgió de las aguas a su lado; lo vio en la fosforescencia a la que se habían acostumbrado sus ojos en la total oscuridad. Parecía tener sólo un ojo en la cara y un hocico redondo y truncado, con unos largos bigotes. Bink se hallaba inmovilizado de horror, aunque sabía que la mayoría de los detalles eran producto de su imaginación. Sólo pudo contemplar a la cosa mientras se lo permitió el relámpago.

Y este le confirmó su imaginación. ¡Era un monstruo espantoso!

Bink luchó con su terror para que su mente formara algún plan defensivo. Una mano se aferraba a la roca; la otra sujetaba a Fanchon. No podía moverse. Pero Fanchon sí.

—Tu remo... —jadeó.

El monstruo se movió primero. Se llevó las manos a la cabeza..., y se quitó la cara. Debajo apareció el rostro del Mago Maligno, Trent.

—¡Vosotros dos, tontos, ya habéis causado suficientes problemas! Dadme el elixir, y haré que el barco nos arroje una cuerda.

Bink dudó. Se hallaba completamente exhausto y aterido; sabía que no resistiría durante mucho más tiempo la tormenta y la corriente del agua. Era una muerte segura permanecer aquí.

—Hay un cocodrilo merodeando —continuó Trent—. Y varios tiburones. Son tan mortíferos como los monstruos míticos con los que vosotros estáis familiarizados. Tengo repelente..., pero la corriente lo dispersa con la misma rapidez con que se mezcla con el agua, de modo que no es una gran ayuda. Y, encima de todo eso, a veces se forman remolinos alrededor de estas rocas, en especial durante las tormentas. Necesitamos ayuda de inmediato..., y únicamente yo puedo pedirla. ¡Dadme ese frasco!

—¡Jamás! —gritó Fanchon. Se lanzó a las negras aguas.

Trent se quitó por completo la máscara y se hundió tras ella. Al hacerlo, Bink vio que el Mago estaba completamente desnudo, a excepción de su larga espada, que llevaba sujeta a la espalda. Bink se lanzó al agua en su persecución, sin siquiera pensar en lo que hacía. Se enredaron bajo el agua. En el oscuro y espumeante remolino, lo único que consiguieron fue lastimarse mutuamente. Bink intentó nadar a la superficie, inseguro de la tontería que le había impulsado hasta allí pero convencido de que sólo conseguiría ahogarse. Alguien le aferraba con fuerza. Tenía que subir y sacar la cabeza para recibir un poco de aire. Pero el agua los envolvía a los tres, haciéndoles girar una y otra vez.

Era el remolino..., un monstruo inanimado con forma de embudo. Los succionaba hacia las profundidades de sus fauces. Por segunda vez, Bink notó que se ahogaba..., y ahora no había ninguna Hechicera que lo pudiera rescatar.

11

Yermo

Bink despertó de bruces en la arena. A su alrededor yacían los inertes tentáculos de un monstruo verde.

Gimió y se sentó.

—¡Bink! —gritó Fanchon con júbilo, mientras se acercaba a él por la playa.

—Creí que era de noche —comentó él.

—Has estado desmayado. Esta cueva posee una fosforescencia mágica, o quizá se trate de un resplandor mundano, ya que también la roca tenía un poco. Pero es mucho más clara aquí. Trent te hizo vomitar el agua que habías tragado; temí que...

—¿Qué es esto? —inquirió Bink, mirando el tentáculo verde.

—Un kraken —contestó Trent—. Una especie de alga. Nos sacó del agua con la intención de devorarnos..., pero el frasco del elixir se rompió y lo mató. Eso es lo único que nos salvó la vida. Si el frasco se hubiera roto antes habría impedido que el kraken nos atrapara, y los tres nos hubiéramos ahogado; más tarde, y habríamos sido devorados. Jamás había experimentado una coincidencia tan afortunada como esta.

—¡Un alga kraken! —exclamó Bink—. ¡Pero es un monstruo mágico!

—Estamos de vuelta en Xanth —le explicó Fanchon.

—Pero...

—Mi hipótesis es que el remolino nos hizo descender por debajo del nivel efectivo del Escudo —comentó Trent—. Lo travesamos por debajo. Quizá la presencia del elixir ayudó. Un accidente muy raro..., y tengo muy claro que no volveré nunca más por esta misma ruta. Mientras veníamos hacia aquí, perdí mi aparato de respiración; ¡fue una suerte que primero cogiera una buena dosis de aire! Hemos vuelto a Xanth para quedarnos.

—Supongo que sí —aceptó Bink, atontado. Poco a poco se había ido acostumbrando a la idea de pasar el resto de su vida en Mundania; era difícil alejar de repente ese terrible futuro—. ¿Por qué me salvaste? Una vez que el elixir desapareció...

—Era lo más decente —repuso el Mago—. Sé que no comprenderás una idea semejante saliendo de mis labios, pero, de momento, no puedo ofrecerte ninguna explicación mejor. Nunca tuve nada personal contra vosotros; de hecho, admiraba vuestra fortaleza y vuestros códigos éticos personales. Ahora ya podéis seguir vuestro camino...; yo seguiré el mío.

Bink quedó pensativo. Se enfrentaba a una realidad nueva y desconocida. Se hallaba de regreso en Xanth, en paz con el Mago Maligno. Cuanto más analizaba los detalles, menos sentido tenían. ¿Succionados por un remolino a través de aguas infestadas de monstruos, cruzando el invisible pero mortal Escudo, rescatados por

una planta devoradora de hombres que casualmente, fue anulada en el momento preciso para que los dejara a salvo en la playa?

—No —repuso—. No lo creo. Las cosas no ocurren de esta manera.

—Es como si estuviéramos encantados —dijo Fanchon—. Aunque no entiendo la razón por la que fue incluido el Mago Maligno...

Trent sonrió. Desnudo, era tan impresionante como antes. A pesar de su edad, seguía siendo un hombre fuerte y en forma.

—Parece irónico que el mal sea salvado junto al bien. Tal vez las definiciones humanas no siempre sean respetadas por la naturaleza. Pero yo, como vosotros, soy realista. No pretendo decir que entiendo cómo llegamos hasta aquí...; sin embargo, no me lo cuestiono. No obstante, pasar a tierra quizá sea más problemático. Todavía no nos encontramos fuera de peligro.

Miró la cueva a su alrededor. El aire ya parecía viciado; esperaba que sólo fuera su imaginación. Parecía no haber ninguna salida, salvo el mismo camino por el que habían venido. En un rincón se veía un montón de huesos mundos..., los desechos del kraken.

A cada momento todo tenía el aspecto de ser menos casual. ¿Qué mejor lugar para que acechara un monstruo marino que a salida de un remolino? El mismo océano le recogía las presa, la mayoría morían al atravesar el Escudo. El kraken solamente tenía que tamizar los cuerpos frescos fuera del agua. Además, esta enorme cueva era ideal para el consumo de animales más grandes que siguieran vivos. Los podía depositar en la playa e, incluso, alimentarlos, de modo que permanecieran saludables hasta que el apetito del kraken despertara. Una pequeña y agradable despensa, que mantenía la comida sin pasarse y sabrosa. Cualquiera que intentara escapar a nado más allá de los tentáculos..., ¡uff! De modo que el kraken podía haber arrojado al trío aquí antes de ser afectado por el elixir; en vez de tratarse de una sincronización de segundos, se convertía en una de varios minutos. Seguía siendo una coincidencia, pero mucho menos fantástica.

Fanchon se hallaba de cuclillas al lado del agua y arrojaba hojas secas a su superficie. Debía tratarse de hojas de anteriores estaciones del kraken; Bink no comprendía por qué las necesitaba, si hasta aquí no llegaba el sol. Quizá había sido una planta normal —o sus antepasados lo fueron— antes de volverse mágica, y aún no se había adaptado del todo. O quizá las hojas servían para otro propósito. De cualquier forma, Fanchon las lanzaba al agua; por qué perdía su tiempo de ese modo le resultaba igual de desconocido.

Ella vio que la observaba.

—Trato de captar las corrientes superiores —le explicó—. ¿Ves?... El agua va en esa dirección. Tiene que haber una salida bajo aquella pared.

Bink quedó impresionado de nuevo por su inteligencia. Cada vez que la veía

hacer algo estúpido, resultaba ser todo lo contrario. Era una chica corriente, bastante fea, pero poseía una mente que funcionaba con la máxima eficiencia. Había planeado su fuga del agujero, y la estrategia posterior, logrando abortar los planes de conquista de Trent. Y ahora ya estaba funcionando otra vez. Era una pena que su apariencia no estuviera a la misma altura.

—Exacto —admitió Trent—. El kraken no puede vivir en aguas estancas; necesita una renovación constante que le traiga su suministro de comida y se lleve los restos. Hay una salida...; esperemos que nos lleve rápidamente a la superficie y que no pase por debajo del Escudo.

A Bink no le gustó aquello.

—¿Y si nos metemos en la corriente y nos arrastra dos kilómetros por debajo del agua antes de salir a la superficie? Nos ahogaremos.

—Amigo mío —comentó Trent—, he estado analizando ese dilema. Mis marineros no pueden rescatarnos, ya que se hallan más allá del Escudo. A mí tampoco me gusta que nos arriesguemos en la corriente o en lo que podamos descubrir en su interior. Sin embargo, parece que, tarde o temprano, tendremos que hacerlo, porque no podemos quedarnos aquí para siempre.

Algo se movió. Bink miró..., y vio que un tentáculo verde sal retorció.

—¡El kraken está despertando! —exclamó—. ¡No ha muerto!

—Oh-oh —repuso Trent—. El elixir se suavizó en la corriente y se disipó. La magia retorna. Creí que una concentración tan elevada sería fatal para una criatura mágica, pero parece que no ha sido así.

Fanchon observó los tentáculos. Ya eran muchos los que temblaban.

—Será mejor que salgamos de aquí —dijo—. Y pronto.

—Pero no podemos lanzarnos al agua antes de averiguar a dónde conduce —objetó Bink—. Debemos hallarnos a una considerable profundidad de la superficie. Yo prefiero permanecer aquí y luchar con eso.

—Propongo que establezcamos una tregua entre nosotros hasta que estemos libres —ofreció Trent—. El elixir ha desaparecido, y no podemos volver a Mundania por el mismo camino por el que vinimos. Casi seguro que nos veremos obligados a cooperar para poder escapar..., y, en la presente situación, ya no tenemos ninguna razón de enemistad.

Fanchon no confiaba en él.

—De modo que te ayudamos a escapar..., hasta que expire la tregua y nos conviertas en mosquitos. Y, como ya nos hallamos en el interior de Xanth, nunca más seremos capaces de recuperar nuestras formas.

Trent chasqueó los dedos.

—He sido un estúpido en olvidarlo. Gracias por recordármelo. Ahora puedo usar mi magia para que salgamos de aquí. —Contempló los reptantes tentáculos—. Claro

que tendré que aguardar a que el efecto del elixir desaparezca por completo, ya que también anula mi magia. Lo que significa que el kraken estará recuperado del todo. No podré transformarlo porque el núcleo de su cuerpo está lejos de aquí.

Los tentáculos se alzaron.

—¡Bink, al agua! —gritó Fanchon—. No deseamos quedar atrapados entre el kraken y el Mago Maligno. —Se arrojó al agua.

La situación se había encargado de tomar la decisión por ellos. Fanchon tenía razón; por un lado el kraken los devoraría, y por el otro el Mago los transformaría. Este era el momento adecuado para escapar, mientras el elixir mantuviera aún anuladas las dos amenazas. A pesar de ello, normalmente él habría dudado..., si Fanchon no estuviera ya en el agua. Si se ahogaba, no tendría a nadie de su lado.

Bink cargó por la arena, tropezó con un tentáculo y cayó al suelo. En una reacción automática, el tentáculo se enroscó alrededor de su pierna. Las hojas se pegaron a su carne con unos leves sonidos de succión. Trent extrajo su espada y se dirigió hacia él.

Bink cogió un puñado de arena y, sin ningún resultado, lo arrojó al rostro del Mago. Entonces el acero del Mago cortó el aire..., y cercenó el tentáculo.

—No corres peligro conmigo, Bink —le dijo el Mago—. Nada, si eso es lo que deseas.

Bink se arrastró hasta el agua y, respirando profundamente, se lanzó a ella. Vio los pies de Fanchon pataleando delante de él mientras descendía y, más abajo, divisó el tubo de la salida inferior. Se detuvo aterrorizado.

Su cabeza surgió de nuevo a la superficie. Allí seguía Trent, de pie en la playa, parando con su espada los tentáculos que le atacaban. Ver al hombre luchando contra las extensiones del monstruo era la misma representación del heroísmo. No obstante, en el momento en que acabara el combate, Trent se convertiría en un monstruo mucho más peligroso que el kraken. Bink se decidió. Respiró hondo y se sumergió de nuevo.

Esta vez braceó en dirección al oscuro ojo; notó que la corriente le arrastraba. Ya no había modo alguno de retroceder. El túnel se abrió casi de inmediato... hacia otra caverna resplandeciente. Bink le había ganado distancia a Fanchon, y sus cabezas salieron casi juntas a la superficie. Con toda seguridad ella había tenido más precaución en el recorrido hacia la salida.

Otras cabezas giraron en su dirección. Cabezas humanas en torsos humanos..., unos bonitos torsos femeninos. Sus caras tenían un aspecto élfico y el cabello caía con una iridiscencia mágica sobre hombros desnudos y pechos erguidos. Sin embargo, las extremidades inferiores se perdían en colas de peces. ¡Eran sirenas!

—¿Qué hacéis en nuestra cueva? —gritó indignada una de ellas.

—Estamos de paso —replicó Bink. Las sirenas también hablaban la lengua común de Xanth. Nunca habría pensado en ello, si Trent no hubiera comentado cómo

el lenguaje de Xanth se mezclaba con todos los idiomas mundanos. La magia funcionaba de diversas formas—. Decidnos cuál es el camino más corto hacia la superficie.

—Por ahí —dijo una, señalando hacia la izquierda.

—Por ahí —repuso otra, indicando a la derecha.

—¡No, por ahí! —exclamó una tercera, apuntando hacia arriba.

Se escuchó una explosión de risas femeninas.

Varias sirenas se metieron en el agua con un aleteo de sus colas y nadaron hacia Bink. En un instante se vio rodeado. De cerca, las criaturas eran incluso más bonitas que de lejos. Como resultado de la acción natural del agua, todas poseían una complexión perfecta, y sus pechos flotaban un poco, lo que les daba un aspecto más lleno. Quizás había estado en compañía de Fanchon demasiado tiempo; la visión de toda aquella hermosura le produjo unas sensaciones extrañas de excitación y nostalgia. Si pudiera cogerlas todas a la vez...; pero no, eran sirenas, no se correspondían con su tipo.

No le prestaron la menor atención a Fanchon.

—¡Es un hombre! —gritó una, dando a entender que se trataba de un humano, no de un tritón—. Mirad sus piernas divididas. No tiene cola.

De repente, todas se sumergieron para contemplar sus piernas. Bink, desnudo, se sintió cohibido. Comenzaron a tocarle con gran curiosidad, recorriendo con los dedos la musculatura poco familiar de sus piernas. Pero ¿por qué no miraban también las piernas de Fanchon? Parecía haber más malicia que curiosidad.

La cabeza de Trent salió a la superficie detrás de ellos.

—Sirenas —comentó—. No conseguiremos nada de ellas.

Eso parecía. Daba la impresión de que tampoco se podía perder de vista al Mago durante mucho tiempo.

—Creo que lo mejor será que aceptemos una tregua —le dijo Bink a Fanchon—. Hemos de confiar en él alguna vez.

Ella observó a las sirenas, luego a Trent.

—Muy bien —repuso, de mala gana—. Por lo que pueda valer..., que no creo que sea mucho.

—Una decisión sensata —reconoció Trent—. Puede que nuestros objetivos a largo plazo difieran, pero los inmediatos son los mismos: la supervivencia. Mirad, ahí vienen los tritones.

Mientras hablaba, había aparecido un grupo de tritones que llegó desde otro pasaje. Parecía que aquel lugar era un laberinto de cuevas lleno de criaturas acuáticas.

—¡A ensartarlos! —exclamó un tritón, enarbolando su tridente.

Las sirenas gritaron divertidas y se sumergieron fuera de la vista. Bink evitó la mirada de Fanchon; las damas se habían estado divirtiendo demasiado con él, y no

con sus piernas divididas precisamente.

—Hay demasiados para que luchemos —dijo Trent—. Ya no nos queda elixir. Con vuestro consentimiento, y bajo la tregua pactada, os transformaré a los dos en peces, o tal vez en reptiles, para que podáis escapar. Sin embargo...

—¿Cómo recuperaremos nuestras formas? —exigió Fanchon.

—Esa es la clave. Yo no puedo cambiarme a mí mismo. Por lo tanto, tendréis que rescatarme..., o permaneceréis transformados. Sobreviviremos juntos o sufriremos separados. ¿Os parece justo?

Ella observó a los tritones que nadaban con determinación hacia ellos, con los tridentes alzados y la intención de rodearlos. No tenían un aspecto muy amistoso. Sin duda se trataba de una pandilla de matones con la intención de exhibirse ante un público receptivo —las sirenas, que ahora habían reaparecido en la playa—, y se estaban tomando su tiempo para montar un espectáculo vistoso.

—¿Por qué no los transformas a ellos en peces?

—Si pudiera cogerlos a la vez, eso eliminaría la amenaza inmediata —admitió Trent—. Pero todavía seguiríamos en esta cueva. Creo que, sin importar las circunstancias, en algún momento tendremos que aplicar la magia sobre nosotros mismos. No olvidemos que somos nosotros los intrusos; hay una cierta ética apropiada...

—¡De acuerdo! —exclamó ella, cuando un tritón se aprestaba ya a lanzar su lanza de tres puntas—. Hazlo a tu modo.

Súbitamente, se convirtió en un monstruo..., en uno de los peores que había visto Bink en su vida. Tenía un enorme caparazón de color verdoso alrededor de su torso, del que sobresalían los brazos, las piernas, la cabeza y un rabo. Sus pies tenían membranas, y la cabeza era como la de una serpiente.

El tridente del tritón golpeó en el caparazón de Fanchon/monstruo..., y rebotó. De repente, Bink se dio cuenta de lo acertado de la transformación. Este monstruo era «invulnerable».

—Una tortuga de mar —murmuró Trent—. Es un animal mundano. Normalmente inofensivo..., pero ellos no lo saben. He realizado un estudio de las criaturas que no son mágicas, y siento un gran respeto por ellas. ¡Oh!

Otro tridente volaba en su dirección.

Entonces, también Bink fue una tortuga de mar. De repente se sintió totalmente a gusto en el agua, y ya no tuvo ningún temor de las afiladas lanzas. Si alguna venía dirigida a su rostro, la evitaba retrayendo la cabeza. No la ocultaba por completo, pero la armadura del caparazón que la rodeaba era capaz de parar casi todo.

Algo tiraba de su caparazón. Bink iba a sumergirse con la intención de deshacerse de lo que fuera..., y entonces su cerebro de reptil se dio cuenta de que se trataba de algo que debía tolerar. No era un amigo, sino un aliado..., de momento. De todos

modos, se hundió en el agua, pero permitió que el peso que llevaba detrás se aferrara a él.

No le llevó mucho tiempo. Este pasadizo ascendía directamente a la superficie; cuando emergió, Bink vio la luna. La tormenta había pasado.

Bruscamente fue humano de nuevo, y nadar le resultó más difícil.

—¿Por qué me devolviste mi forma? —preguntó—. Aún no hemos llegado a la playa.

—Cuando eres una tortuga, tienes su cerebro —explicó Trent—. De lo contrario, no podrías sobrevivir como tal. Si dejas que pase mucho tiempo sin recobrar tu humanidad, corres el peligro de olvidar que alguna vez fuiste un hombre. Si te escaparas a mar abierto, quizá no pudiera alcanzarte con mi poder, y nunca recuperarías tu forma.

—El Árbol Justin retuvo su mente —indicó Bink.

—¿El Árbol Justin?

—Uno de los hombres del Poblado del Norte a los que transformaste en árboles.

—Oh, ya recuerdo. Fue un caso especial. Lo convertí en un árbol sapiente..., no era un árbol de verdad, sino un hombre con forma de árbol. Si me concentro, puedo hacerlo; y, para un árbol, funciona. Sin embargo, una tortuga necesita reflejos de tortuga para enfrentarse al océano.

Bink no comprendió todo, pero no le interesaba discutirlo. Estaba claro que variaba, dependiendo de los casos. En ese momento reapareció Fanchon, también con forma humana.

—Vaya, has respetado la tregua —reconoció de mala gana—. No creí que lo hicieras.

—La realidad debe intervenir a veces —repuso Trent.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó ella.

—He dicho que aún no estamos fuera de peligro. Creo que eso que viene por ahí es una especie de serpiente marina.

Bink contempló la enorme cabeza y no tuvo ninguna duda: el monstruo los había visto. Era grande; la cabeza tenía un metro de ancho.

—Quizá las rocas... —exclamó Bink, señalando las piedras que marcaban la salida de la cueva de los tritones.

—Es una serpiente gigantesca —dijo Fanchon—. Podría llegar muy fácilmente hasta la cueva, o enroscarse alrededor de las rocas. No conseguiremos huir de ella con nuestras formas.

—Podría transformaros en medusas venenosas, que la serpiente no pudiera engullir —ofreció Trent—. Pero correríais el riesgo de perderos entre el oleaje. Quizá tampoco sea muy recomendable cambiar de forma más de una vez al día; por razones obvias, no he tenido ocasión de comprobarlo durante mi exilio, pero me preocupa la

posibilidad de que vuestros sistemas sufran cada vez un *shock*.

—Aparte de lo cual, el monstruo todavía podría devorarte —comentó Fanchon.

—Tienes una mente muy rápida —aceptó de buen talante Trent—. Razón por la cual me veré obligado a hacer algo que no me gusta...; transformaré al monstruo.

—¿Tienes reparos en transformar a la serpiente marina? —dijo Bink, sorprendido.

La cosa ya estaba bastante cerca y tenía sus pequeños ojos fijos en sus presas; la saliva chorreaba de los gigantescos dientes.

—Se trata de una criatura inocente concentrada en lo suyo —contestó Trent—. Si no deseamos participar de su modo de existencia, no deberíamos penetrar en sus aguas. Existe un equilibrio natural, ya sea mágico o mundano, con el que no tendríamos que interferir.

—Posees un extraño sentido del humor —expuso Fanchon amargamente—. Aunque nunca he dicho que comprendiera las sutilezas de la magia maligna. Si de verdad quieres proteger su estilo de vida, cámbiala a un pez inofensivo hasta que lleguemos a la playa; luego le devuelves su forma original.

—¡Y hazlo *rápido*! —gritó Bink.

La cosa se encontraba cada vez más próxima, y ya iba enfilando directamente hacia su objetivo.

—Eso no funcionaría —comentó Trent—. El pez se alejaría fuera de nuestro alcance. Debo tener a la criatura que pretendo transformar a una distancia de dos metros como máximo. No obstante, tu sugerencia fue buena.

—Dos metros —repitió Bink—. Nos engullirá antes de que podamos estar tan cerca.

No pretendía ser gracioso; la boca del monstruo era mucho más larga que ancha, y, cuando se abrió en toda su extensión, la hilera superior de dientes quedó a unos tres metros de la inferior.

—Sin embargo, he de funcionar dentro de mis propios límites —repuso Trent, impasible—. La zona crítica es la cabeza, el emplazamiento de la identidad. Al realizar la transformación, el resto sigue de forma natural. Si lo intentara cuando sólo la cola estuviera a mi alcance, lo estropearía. Así que, cuando quiera devorarme, quedará bajo mi poder.

—¿Y si viene primero en pos de uno de nosotros? —exigió Fanchon—. ¿Supón que nos hallamos a más de dos metros de ti?

—Os sugiero que tratéis de estar dentro de ese radio —replicó Trent con sequedad.

Fanchon y Bink se apresuraron a nadar hasta situarse cerca del Mago Maligno. Bink tuvo la clara impresión de que, aunque el Mago no poseyera su magia, habrían estado igualmente bajo su poder. Era demasiado seguro de sí mismo, demasiado competente en sus planes..., sabía cómo manejar a la gente.

El cuerpo del monstruo marino se convulsionó. Su cabeza descendió, los dientes por delante. La saliva salió despedida de su boca en pequeñas nubes obscenas. Fanchon comenzó a gritar, poseída por la histeria. Bink sintió un terror repentino y persistente. Esa sensación se hacía cada vez más familiar; sencillamente, no era un héroe.

Pero, a medida que aquellas terribles fauces se cerraban sobre ellos, la serpiente de mar desapareció. En su lugar aleteó un resplandeciente insecto de cuerpo multicolor. Trent lo cogió con la mano y lo depositó cuidadosamente entre su cabello, donde se posó inseguro.

—Un insecto de amor —explicó Trent—. No son buenos voladores y odian el agua. Este no se moverá hasta que salgamos del mar.

Los tres nadaron hacia la costa. Les llevó cierto tiempo, debido a que el mar seguía picado y se hallaban agotados; no obstante, no volvieron a ser molestados por ninguna otra criatura. En apariencia, ningún predador menor se atrevía a invadir el territorio del monstruo marino. Una actitud comprensible..., pero seguro que, si el monstruo no regresaba, sus aguas se verían infestadas por una horda de seres agresivos. Como había comentado Trent, existía un equilibrio en la naturaleza.

La fosforescencia se hizo más fuerte al acercarse a la costa, una parte provenía de los peces luminosos, que emitían destellos de diferentes colores para comunicarse entre sí; pero, en su mayoría, pertenecía al agua. Estelas de un color verde pálido, amarillo, naranja..., todo mágico, por supuesto; sin embargo, ¿con qué fin? Había tantos colores mirara hacia donde mirara, que Bink no lo entendía. En el fondo vio conchas con los bordes iluminados; algunas formaban dibujos. Unas pocas se desvanecieron al pasar encima de ellas; no sabía si se habían vuelto invisibles o si, simplemente, habían apagado sus luces. Fuera lo que fuese, eran mágicas, y eso le resultaba familiar. ¡Con retraso, se dio cuenta de que se alegraba de hallarse de vuelta entre las amenazas conocidas de Xanth!

Amanecía cuando llegaron a la playa. El sol se abrió paso desde detrás de las nubes y logró lanzar sus rayos, atravesando la selva y rebotando en el agua. Fue algo muy hermoso. Bink se aferró a esa visión para no derrumbarse por la fatiga; su cerebro se concentró en el doloroso acto de hacer que sus extremidades respondieran a cada movimiento que les ordenaba.

Por fin se arrastró sobre la playa. Fanchon se detuvo a su lado.

—No te pares todavía —dijo—. Hemos de buscar algún refugio en caso de que aparezcan más monstruos desde la playa o la selva...

Trent se hallaba de pie, con la espuma cubriéndole hasta las rodillas y la espada colgada de su hermoso cuerpo. Estaba claro que no se encontraba tan cansado como ellos.

—Regresa, amigo —comentó, lanzando algo hacia el mar.

El monstruo marino reapareció. Sus serpenteantes movimientos eran más impresionantes en las aguas poco profundas. Trent tuvo que retroceder de un salto para no correr el peligro de verse aplastado por las ondulaciones del gigantesco cuerpo.

Sin embargo, el monstruo ya no deseaba ningún tipo de problemas. Emitió un único graznido de furia, o de angustia, o de simple sorpresa, y se deslizó hacia zonas más profundas.

Trent caminó hacia la playa.

—No es divertido ser un indefenso insecto de amor cuando estás acostumbrado a ser el rey de los mares —comentó—. Espero que no sufra una crisis nerviosa.

No sonrió al decirlo. Había algo gracioso, pensó Bink, en un hombre al que le gustaban tanto los monstruos. Pero, por supuesto, Trent era *el* Mago Maligno de la escena contemporánea. El hombre era especialmente atractivo, educado y erudito; poseía fuerza, destreza y valor...; sin embargo, sus afinidades estaban más próximas a los monstruos que a los hombres. Serial peligroso olvidarlo.

Qué extraño que Humfrey, el Buen Mago, fuera un pequeño y feo gnomo y que habitara en un lúgubre castillo, usando de forma egoísta la magia para enriquecerse, mientras que Trent era el epítome del héroe. La Hechicera Iris había parecido adorable y sexy, pero, de hecho, era inclasificable; las cualidades positivas de Humfrey, una vez se le conocía, se manifestaban en sus acciones. Sin embargo, Trent, hasta el momento, había parecido bueno, tanto en su aspecto como en sus actos, por lo menos a un nivel puramente personal. Si Bink le hubiera conocido por primera vez en la cueva del kraken, y no hubiera estado al tanto de la naturaleza maligna del hombre, nunca lo habría sospechado.

Ahora Trent atravesaba la playa, aparentemente descansado pese al esfuerzo que les había supuesto llegar hasta aquí. La incipiente luz de sol tocaba su pelo, tornándolo en un dorado brillante. En ese instante tenía el aspecto de un dios, de todo lo que era perfecto en un hombre. Bink se sintió confuso de nuevo; intentaba reconciliar la apariencia del hombre y sus actos más recientes con lo que sabía que era su verdadera naturaleza; de nuevo le resultó tan difícil que casi consideró que era imposible. Algunas cosas había que aceptarlas, como un acto de fe.

—Tengo que descansar, dormir un poco —musitó Bink—. En este momento no sabría distinguir el bien del mal.

Panchón miró a Trent.

—Sé lo que quieres decir —comentó, sacudiendo su áspero pelo, separado en mechones por la humedad—. El mal es insidioso, y todos tenemos una parte maligna que, constantemente, busca la supremacía. Hemos de luchar, sin importar lo atrayente que sea.

Trent llegó hasta ellos.

—Parece que lo hemos conseguido —comentó, contento—. No importa por qué peculiaridad de la suerte, pero es bueno estar de regreso en Xanth. ¡Es irónico que vosotros, que con tanto ardor quisisteis impedirme el retorno, me lo hayáis facilitado!

—Irónico —admitió Fanchon con voz apagada.

—Creo que nos encontramos en la costa de la región central del yermo, que limita al norte con el Desfiladero. No me di cuenta de que nos habíamos desviado tanto hacia el sur; pero parece que encaja perfectamente con este paisaje. Lo que significa que aún no estamos libres de problemas.

—Bink es un exiliado, tú fuiste desterrado y yo soy fea —murmuró Fanchon—. Nunca estaremos libres de problemas.

—Creo que lo mejor será que continuemos con la tregua hasta que hayamos salido del yermo —comentó el Mago.

¿Sabía Trent algo que Bink desconocía? Bink no poseía ninguna magia, por lo que sería un blanco fácil para todos los hechizos siniestros que hubiera en el corazón de la selva. Fanchon, en apariencia, tampoco tenía magia...; qué extraño, ella proclamó que su exilio había sido voluntario, no obligado; sin embargo, si de verdad no poseía magia, también la tendrían que haber desterrado. De todos modos, sufriría los mismos problemas que él. Pero Trent..., con la habilidad con la que empuñaba la espada, y sus hechizos, no debería tener ningún motivo para temer esta región.

Fanchon tenía las mismas dudas.

—Mientras permanezcas con nosotros, correremos el peligro constante de ser transformados en sapos. No veo cómo el yermo puede ser peor.

Trent extendió las manos.

—Me doy cuenta de que no confiáis en mí, y quizá con motivo. Creo que tanto vuestra seguridad como la mía serán más elevadas si cooperamos un poco más; no obstante, no deseo imponeros mi presencia. —Echó a andar por la playa en dirección sur.

—Sabe algo —repuso Bink—. Seguro que nos abandona con la seguridad de que moriremos aquí. De esa forma, se desharía de nosotros sin romper su promesa.

—¿Por qué habría de importarle su palabra? —inquirió Fanchon—. Eso implicaría que se trata de un hombre de honor.

Bink no supo qué responder. Se arrastró hacia la sombra protectora del árbol y se dejó caer en la suave hierba. Durante gran parte de la noche anterior había estado sin conocimiento pero eso no era lo mismo que dormir; necesitaba un descanso real.

Cuando despertó ya había caído la tarde... y él se hallaba inmovilizado. No sentía dolor, sólo un poco de picazón..., pero no podía alzar la cabeza ni las manos. Estaban sujetas al suelo por una miríada de hebras, como si la misma hierba hubiera...

¡Oh, no! ¡En la insensibilidad producida por la fatiga, había sido tan descuidado como para tumbarse sobre un lecho de hierba carnívora! Las hojas de la raíz habían

crecido hasta abarcar su cuerpo, introduciéndose tan lenta e inadvertidamente que no perturbaron su sueño... y ahora ya estaba atrapado. En una ocasión había pasado al lado de una parcela de la misma hierba, en las afueras del Poblado del Norte, que exhibía un esqueleto en su superficie. Había consumido toda la carne. En aquel momento se preguntó cómo podía haber una criatura tan estúpida como para dejarse atrapar por una cosa así. Ahora ya lo sabía.

Todavía respiraba; por lo tanto, aún podía gritar pidiendo auxilio. Lo hizo con ganas.

—¡Socorro!

No obtuvo respuesta.

—¡Fanchon! —aulló—. Estoy atrapado. La hierba me está comiendo.

En realidad, era una exageración; no estaba herido, simplemente atrapado en el suelo. Sin embargo, los zarcillos continuaban creciendo sobre él; pronto comenzarían a alimentarse, succionando las proteínas vitales de su carne.

Seguía sin recibir respuesta. Comprendió que ella no estaba en condiciones o no podía ayudarle. Posiblemente algo la había neutralizado con un hechizo de sueño. En retrospectiva, era obvio que había un montón de amenazas mortales al borde de la playa; debía haber sido atrapada también por alguna. Puede que ya estuviera muerta.

—¡Que alguien me ayude! —gritó con desesperación.

Ese fue otro error. A su alrededor, en el bosque y a lo largo de la playa, comenzaron a despertar los peligros. Acababa de anunciar su desvalimiento, y ya se aprestaban a tomar ventaja de su situación. Si hubiera intentado librarse de la hierba en silencio, quizás habría dispuesto del tiempo suficiente para soltarse; afortunadamente, había despertado antes de que la hierba estuviera lista para matar. Quizá, mientras dormía, había intentado darse la vuelta y su cuerpo se había resistido lo suficiente al hechizo de inmovilidad que recibía como para anularlo. Si luchaba y fracasaba en su intento, por lo menos su muerte habría sido bastante agradable..., un lento descenso al sueño eterno. Ahora, debido al ruido que había producido, había despertado el interés de amenazas mucho menos confortables. No podía verlas, pero las oía.

Del árbol más cercano brotó un crujido, como de ardillas que estuvieran comiendo carne. Desde la playa oyó un ruido parecido a los que producían los cangrejos del ácido. Desde el mar le llegó un horrible batir de olas, como el que causaría la intromisión de un pequeño monstruo marino en el territorio del que Trent había transformado. El pequeño trataba ahora de apresurarse para atravesar la playa y llegar hasta su presa antes de que desapareciera del todo. Pero el sonido más terrorífico era el *pam-pam-pam*, parecido a pisadas, que provenía del corazón del bosque, enorme y distante, pero moviéndose a gran velocidad.

Una sombra cayó sobre él.

—¡Hola! —saludó una voz aguda.

Era una arpía, prima de la que se había encontrado en su camino de regreso al Poblado del Norte. Era igual de fea, hedionda y desagradable..., y ahora peligrosa. Bajó despacio, con las garras extendidas hacia él, crispándose. La que él conoció le había visto libre y fuerte, por lo que se mantuvo fuera de su alcance..., aunque habría bajado de su árbol si hubiera bebido del Manantial del Amor. ¡Uff! Esta veía que se encontraba indefenso.

Tenía un rostro y unos pechos humanos, de modo que, en ese aspecto, era femenina, igual que las sirenas. Pero en lugar de brazos tenía unas alas grasientas, y el cuerpo era el de un pájaro enorme. Era un pajarraco *sucio*; no sólo sus pechos y su rostro tenían una forma grotesca, sino que estaban cubiertos de mugre. Era un milagro que aún pudiera volar. Bink no había dispuesto de la oportunidad —o el deseo— de apreciar de cerca las cualidades de la arpía anterior; ahora se le presentaba una excelente perspectiva desde abajo. ¡Un asco doble! Las sirenas representaban todo aquello que era adorable en una mujer, esta arpía encarnaba el aspecto más feo. En comparación, hacía que Fanchon pareciera atractiva; por lo menos, Fanchon era limpia.

Se lanzó sobre él, con las garras abriéndose y cerrándose en el aire, en anticipado deleite de las entrañas que pensaban desgarrar. Algunas de las uñas estaban rotas y agrietadas. Hasta él llegó su olor, un hedor como jamás había oído.

—¡Ohhh, precioso pedazo de carne! —graznó—. Pareces tierno. No sé por dónde empezar.

Y estalló en una risa demente.

Bink, totalmente horrorizado, realizó el esfuerzo de su vida y consiguió liberar un brazo. Pequeñas raíces quedaron colgando de él; la separación resultó dolorosa. Yacía parcialmente de costado, con una mejilla inmovilizada, lo que le obstaculizaba su campo de visión; sin embargo, los oídos le proporcionaban: las terribles noticias de las amenazas contra él. Agitó la mano hacia la arpía, asustándola por el momento. Por supuesto, era cobarde; su carácter encajaba plenamente con su aspecto.

Aleteó, alocada. Una manchada pluma derivó hacia abajo.

—¡Ooooh, chico malo! —chirrió. Parecía incapaz de conversar en nada que no fuera un chirrido; su voz era tan rasposa que resultaba casi incomprendible—. Empezaré con tus entrañas por eso. —Y emitió de nuevo su horrible croar.

Pero ahora una sombra cayó sobre Bink, algo que no podía ver, pero cuya silueta era terrible. Oyó una pesada respiración, como la de algún gran animal, y olió un aliento carroñero que por un momento superó el hedor de la arpía. Era la cosa del mar, que arrastraba los pies mientras avanzaba. Olisqueó el inmovilizado cuerpo..., y las demás criaturas dejaron de crearse, temerosas de enfrentarse a este predador.

Todas excepto la arpía. Estaba dispuesta a lanzar sus insultos sobre cualquier cosa

desde la seguridad del aire.

—¡Lárgate de aquí, argos! —chirrió—. Es mío, todo mío, en especial sus entrañas. —Y se dejó caer de nuevo, olvidando el brazo libre de Bink. Por una vez, a Bink no le importó. Podía combatir al sucio pájaro, pero aquella otra cosa era demasiado para él. Que interfiriera todo lo que deseara.

La cosa a la que no podía ver bufó y saltó, y pasó directamente por encima de su cuerpo con una sorprendente agilidad. Ahora la vio: el cuerpo y la cola de un gran pez, cuatro recias piernas terminadas en aletas, la bigotuda cabeza de un verraco, sin cuello. Tenía tres ojos en el torso, el central situado más abajo que los otros dos. Bink nunca había visto un monstruo así antes..., un pez que caminara por tierra firme.

La arpía aleteó y se alzó fuera del camino justo a tiempo, evitando apenas ser degollada por los cuernos semicirculares de la cosa. Otra hedionda pluma cayó. Chirrió algunos insultos verdaderamente abominables en su ira y dejó caer una andanada de pegajosos excrementos, pero el monstruo la ignoró y volvió a concentrarse sobre Bink. Abrió la boca, y Bink cerró la mano en un prieto puño dispuesto a golpear su hocico —por poco que eso le pudiera servir—, pero el monstruo se detuvo bruscamente y miró de forma ominosa por encima del hombro de Bink.

—Ahora sí que la has cagado, argos —chirrió alegremente la arpía—. Ni siquiera un pescado tonto como tú puede ignorar a un ñu.

Bink no había oído hablar nunca de un argos o de un ñu, pero otra oleada de profundo recelo lo atravesó. Sintió el hocico del otro monstruo al que no podía ver acercarse a él y sacudirlo inquisitivamente. Era sorprendentemente blando..., pero su fuerza era tal que medio lo arrancó de la hierba.

Entonces el argos, con su hocico de cerdo, cargó, furioso de que le fuera arrebatada su comida. Bink se dejó caer plano de nuevo, permitiendo que las resbaladizas aletas pasaran por encima de él..., y el impacto desprendió aún más de su cuerpo. ¡Se estaba liberando!

Los dos brutos chocaron.

—¡Daos fuerte, monstruos! —chirrió la arpía, aleteando sobre sus cabezas. En su excitación dejó caer otra andanada de viscosos excrementos, que no acertaron a Bink en la cabeza por milagro. ¡Si sólo tuviera una piedra para arrojarle!

Se sentó. Una pierna estaba aún anclada..., pero ahora podía hacer la palanca suficiente para acabar de librarse de la demoníaca hierba. Esta vez ni siquiera dolió. Miró a los enzarzados monstruos..., y vio que el pelo como largas serpientes de la cabeza del ñu estaba enroscado en torno a la cabeza del argos, aferrándolo por los cuernos, las orejas, las escamas y los ojos..., cualquier cosa disponible. El cuerpo del ñu estaba cubierto de escamas reptilianas, desde su cabeza de gorgona hasta sus hendidos cascos, invulnerable al ataque del argos. En su forma general era como

cualquier cuadrúpedo, en absoluto remarcable; pero aquel agitante y mortalmente prensil pelo del su cabeza..., ¡qué horror!

¿Había deseado realmente regresar a la magia de Xanth? Había olvidado de una forma tan conveniente sus aspectos más horribles. La magia tenía tanto mal como bien. Quizá Mundania hubiera sido realmente mucho mejor.

—¡Estúpidos! —graznó la arpía, al ver que Bink se había liberado—. Se escapa. —Pero los monstruos estaban demasiado enzarzados en su propia pelea y no le prestaron la menor atención. Sin duda el vencedor se daría un festín con el vencido..., Bink era superfluo.

Dejando a un lado toda precaución, la arpía se lanzó abiertamente sobre Bink. Pero este ya se había puesto de pie y podía plantarle cara. Alzó los brazos y la cogió por un ala, tratando de agarrar su escuálido cuello. Gustosamente la habría estrangulado, limpiando así, de alguna manera, toda la maldad de Xanth.

Pero, emitiendo un graznido, la arpía batió las alas con tanta violencia que lo único que consiguió Bink fue un puñado de pegajosas plumas.

Bink aprovechó su suerte y salió corriendo. La arpía aleteó detrás de él durante un rato, profiriendo unos insultos tan obscenos que sus orejas enrojecieron, pero pronto abandonó la persecución. No tenía ninguna posibilidad de vencerle. Las arpías básicamente, eran carroñeras y ladronas, no cazadoras. Lo suyo era arrebatarse la comida de la boca a otros. Ya no se veía ninguna señal de las demás criaturas que habían pensado echarse sobre él; también era predadoras de los seres desvalidos.

¿Dónde se hallaba Fanchon? ¿Por qué no había venido en su ayuda? Seguro que debió oír sus gritos de socorro..., si es que aún vivía. Era imposible que no se hubiera enterado del alboroto producido. Eso significaba...

¡No! Tenía que estar en algún sitio. Quizá se encontrara en la playa, tratando de pescar algo, y no le oyó. Había sido inestimable en los últimos dos días e inquebrantablemente leal al bienestar de Xanth. Sin ella, jamás habría podido escapar del poder del Mago Maligno. En lo referente a inteligencia y personalidad, superaba a todas las mujeres que había conocido. Una pena que no fuera...

La vio recostada contra un árbol.

—¡Fanchon! —gritó, lleno de júbilo.

—Hola, Bink —dijo ella.

Ahora su preocupación y dudas se transformaron en ira.

—¿No viste cómo me atacaban esos monstruos? ¿No me oíste?

—Te vi, te oí —contestó ella con calma.

Bink se sintió confuso y resentido.

—¿Por qué no me ayudaste? Por lo menos podrías haber cogido un palo o lanzado una piedra. ¡Casi me devoran vivo!

—Lo siento —repuso ella.

Él se acercó un paso.

—¿Que lo *sientes*? Estabas aquí descansando y no hiciste nada... —Se detuvo, sin poder hallar palabras para continuar.

—Quizá, si me sacaras del árbol —indicó ella.

—¡Te arrojaré al mar! —gritó él. Se dirigió hacia ella a grandes zancadas, se inclinó para cogerla con brusquedad del brazo, y sintió una repentina oleada de debilidad.

Entonces comprendió. El árbol había lanzado un hechizo de letargo sobre ella, y en este momento comenzaba con él. Como con la hierba carnívora, hacía falta tiempo para que surtiera su efecto; ella debió tumbarse aquí para dormir, tan descuidada por su fatiga como lo había sido él, y quedó atrapada. No había ninguna señal de peligro que alertara a las presas potenciales, sólo un lento e insidioso drenaje de vitalidad, fuerza y voluntad, hasta que desaparecían por completo.

En realidad, era muy parecido a la forma de actuar de la hierba, únicamente que este era menos tangible.

Se resistió. Se acuclilló a su lado y pasó los brazos por detrás de la espalda y las piernas de ella. Todavía no se encontraba demasiado débil; si actuaba deprisa...

Comenzó a levantarla..., y se dio cuenta de que su postura le había brindado una falsa sensación de bienestar. No pudo alzarla; de hecho, ni siquiera estaba seguro de que pudiera ponerse de pie solo. Lo único que deseaba era tumbarse y descansar un momento.

¡No! Eso sería el final. No se atrevió a entregarse a la tentación.

—Lamento haberte gritado —dijo—. No sabía lo que te ocurría.

—Está bien, Bink. Tómatelo con calma. —Cerró los ojos.

La soltó y retrocedió sobre sus rodillas y manos.

—Adiós —se despidió ella con apatía, mientras entreabría un ojo. Casi estaba entregada.

La cogió de los pies y tiró. Le dominó otra oleada de debilidad, haciendo que le resultara imposible poder conseguirlo. Era algo tan emocional como físico. No había ninguna manera de que pudiera alzar el peso de ella. De todos modos, lo intentó, imponiendo su terquedad incluso a esta magia. Pero fracasó. En este lugar, ella era demasiado pesada para él.

Retrocedió aún más y, cuando se apartó del entorno del árbol, recuperó la energía y la voluntad. Pero ahora ella se hallaba fuera de su alcance. Se puso de pie y dio un paso hacia ella..., y de nuevo perdió la fuerza y cayó al suelo. Nunca lo conseguiría de esta forma.

De nuevo se arrastró hacia atrás, y la concentración que esto le supuso le llenó de sudor. Si fuera menos terco, no habría llegado tan lejos.

—No puedo sacarte de ahí —comentó, disculpándose—. Quizá pueda alcanzarte

con una cuerda.

Pero no había ninguna cuerda. Caminó a lo largo del borde de la selva en busca de un árbol que tuviera alguna liana. Vislumbró uno. Si pudiera arrancar una, serviría a la perfección.

La cogió con una mano... y gritó. La cosa se retorció entre sus dedos y se enroscó alrededor de su muñeca, aprisionándola. Más lianas descendieron del árbol en su dirección. Se trataba de un kraken terrestre, ¡una variante del árbol ahorcador! Seguía siendo fatalmente descuidado, y constantemente caía en trampas que jamás le tendrían que haber engañado.

Bink cayó de rodillas y tiró de la liana con todas sus fuerzas. Esta se tensó para acomodarse a su distancia y apretó con más intensidad su brazo. En esa postura descubrió un trozo de hueso puntiagudo en el suelo, algún remanente de una presa anterior; lo cogió con su mano libre y comenzó a apuñalar la liana.

Brotó una espesa savia de color naranja. El árbol entero tembló. Escuchó un sonido de agudo dolor. A regañadientes, la liana se aflojó y pudo liberar su brazo. Otra vez que se salvaba por los pelos.

Corrió playa abajo en busca de algo que pudiera servirle. Quizás una piedra afilada con la que cortar una liana..., no, las demás no le dejarían. Abandona esa idea. ¿Tal vez un palo largo? No, tendría el mismo problema. Esta playa de apariencia apacible era un nido de peligro, un lugar vivo de verdad; todo era sospechoso.

Entonces vio un cuerpo humano: era Trent, sentado con las piernas cruzadas sobre la arena y contemplando algo que tenía en las manos: una calabaza de colores vivos; quizá la estuviera comiendo.

Bink se detuvo. Trent podría ayudarle; el Mago sería capaz de transformar el árbol de la fatiga en una salamandra y matarlo o, por lo menos, volverlo inofensivo. Pero el mismo Trent, a la larga, era una amenaza mayor que el árbol.

Bueno, intentaría llegar a un acuerdo. El mal conocido del árbol tal vez no fuera peor que el mal desconocido del Mago, pero sí más inmediato.

—Trent —llamó, con cierta reserva.

El hombre no le prestó atención. Siguió mirando la calabaza. En realidad, no parecía estar comiéndola. Entonces, ¿cuál era la fascinación que ejercía en él?

Bink dudó en provocarlo; sin embargo, sabía que no podía permitirse el lujo de aguardar. Fanchon moría lentamente; ¿en qué momento se hallaría demasiado entregada como para ser revivida, aunque la rescataran del árbol? Debía correr algún riesgo.

—Mago Trent —dijo, con más determinación—. Creo que deberíamos ampliar la tregua. Fanchon está atrapada y... —Calló, ya que el hombre le ignoraba.

El miedo que sentía Bink por el mago comenzó a cambiar como cuando creyó que Fanchon holgazaneaba. Era como si la carga de emoción debiera ser canalizada

de una u otra forma, sin importar el precio.

—¡Escucha, se encuentra en problemas! —restalló—. ¿Vas a ayudarla o no?

Trent siguió sin prestarle atención.

Bink, que aún se hallaba cansado de los rigores de la noche y desquiciado por sus recientes experiencias, sufrió un bloqueo momentáneo de cordura.

—¡Maldita sea, *contéstame!* —gritó, arrojando lejos la calabaza que tenía el Mago en las manos.

La cosa voló dos metros y cayó sobre la arena, donde siguió rodando.

Trent alzó la vista. Su semblante no mostraba ninguna señal de cólera, sólo una suave sorpresa.

—Hola, Bink —comentó—. ¿Qué te preocupa?

—¿Que qué me preocupa? —exclamó Bink—. Te lo he dicho tres veces.

Trent le miró, sorprendido.

—No te escuché. —El Mago se detuvo, pensativo—. De hecho, no te vi llegar. Debí quedarme dormido, aunque no era mi intención.

—Estabas sentado aquí mirando la calabaza —repuso Bink con vehemencia.

—Ya lo recuerdo. La vi en la playa y me pareció curiosa... —Se calló y contempló su sombra—. Por el sol, ¡eso fue hace una hora! ¿Cómo transcurrió el tiempo?

Bink se dio cuenta de que algo no iba bien. Se dirigió a recoger la calabaza.

—¡Detente! —rugió de pronto Trent—. ¡Es hipnótica!

Bink se inmovilizó.

—¿Qué?

—Que es hipnótica. Es un término mundano, que significa que te pone en un trance, en un sueño despierto. Normalmente lleva su tiempo..., claro que una hipnosis mágica puede ser instantánea. No mires demasiado de cerca la calabaza. El objetivo de sus bonitos colores debe ser el de atraer los ojos; posee, ahora lo recuerdo, un agujero. Una sola mirada en su fascinante interior se hace eterna.

—¿Qué sentido tiene? —preguntó Bink, apartando la vista—. Quiero decir que una calabaza no puede devorar a un hombre...

—Pero el *árbol* de la calabaza sí —señaló Trent—. O quizá un cuerpo vivo, pero inmovilizado, puede ser una comida excelente para hacer crecer sus semillas. Hay avispas en Mundania que pican a otras criaturas, atontándolas, y depositan los huevos en sus cuerpos. Seguro que posee algún sentido.

Bink estaba aturdido.

—¿Cómo es que tú, un Mago...?

—Los Magos también somos humanos, Bink. Comemos, dormimos, amamos, odiamos y nos equivocamos. Yo soy tan vulnerable a la magia como tú; lo que ocurre es que dispongo de un arma más potente con la que protegerme. Si quisiera hallarme

totalmente seguro, me encerraría en un castillo, como mi amigo Humfrey. Mis posibilidades de supervivencia se verían bastante incrementadas con la presencia de uno o dos compañeros leales y alertas. Esa es la razón de que propusiera una extensión de nuestra tregua..., y todavía creo que es una buena idea. Está claro que necesito ayuda, aunque a vosotros no os haga falta. —Miró a Bink—. ¿Por qué me acabas de socorrer?

—Yo... —Bink sintió vergüenza de reconocer la naturaleza accidental de la ayuda—. Creo que deberíamos... extender la tregua.

—Excelente. ¿Fanchon está de acuerdo?

—En este momento necesita ayuda. Un... Se encuentra sumida bajo la acción de un árbol letárgico.

—¡Vaya! Te devolveré el favor rescatando a la damisela. Luego hablaremos de la tregua.

Trent se puso de pie de un salto.

Mientras subían por la playa, Bink le indicó el árbol de las lianas; Trent extrajo su espada y de un corte limpio cercenó un trozo. Bink recordó otra vez la habilidad que tenía el hombre con el acero; si la magia de Trent desapareciera por completo, seguiría siendo peligroso. De hecho, en Mundania había conseguido el mando de todo un ejército.

La liana se retorció convulsivamente, como una serpiente moribunda, despidiendo savia desde el extremo del corte; sin embargo, ya era inofensiva. El árbol gimió de nuevo y se encogió. Bink casi sintió pena por él.

Llevaron la liana hasta donde se encontraba Fanchon, la ataron alrededor de su tobillo y, sin miramientos, tiraron de ella. ¡Resultó tan fácil con el material adecuado!

—Y ahora —dijo Trent, mientras Fanchon recuperaba lentamente su energía vital—, propongo que prolonguemos nuestra tregua hasta que los tres escapemos del yermo de Xanth. Parece que por separado tenemos problemas.

Esta vez, Fanchon accedió.

12

Camaleón

Lo primero que hizo Fanchon, cuando se recuperó, fue coger la calabaza de la que Bink le había hablado.

—Puede sernos útil —le explicó, mientras la envolvía en una hoja grande de un árbol de mantas.

—Ahora debemos ver cuál es la mejor ruta para salir de aquí —comentó Trent—. Creo que nos encontramos al sur del istmo, de modo que, si nos dirigimos al norte, nuestro camino quedará cortado..., a menos que sigamos por la costa. No creo que eso sea aconsejable.

Bink recordó sus experiencias al cruzar el abismo desde el otro lado.

—No, no es conveniente que permanezcamos en la playa —estuvo de acuerdo.

La Hechicera Iris le había causado problemas allí...; sin embargo, en esta costa podía haber amenazas parecidas.

—Nuestra alternativa es cortar tierra adentro —informó Trent—. No conozco esas tierras, pero creo que Humfrey estaba construyendo un castillo al este de aquí.

—Lo terminó —indicó Fanchon.

—Bien —repuso Bink—. Nos puedes transformar en aves grandes, quizá en roes, y nosotros te llevaremos hasta allí.

Trent negó con la cabeza.

—No es posible.

—Pero ya nos has cambiado antes, y te ayudamos. Hemos establecido una tregua; no te soltaríamos en el aire.

Trent sonrió.

—No se trata de una cuestión de confianza, Bink. Confío en vosotros; no tengo la menor duda acerca tu integridad básica o la de Fanchon. No obstante, nos hallamos en circunstancias muy peculiares y...

—¡Sería gracioso que el Mago Maligno le hiciera una visita al Buen Mago! —exclamó Fanchon—. Sería digno de verse.

—No, te desilusionaría —replicó Trent—. Humfrey y yo siempre nos hemos llevado bien. Profesionalmente, nunca nos metemos en terreno ajeno. Me encantaría verle otra vez, pero él estaría obligado a comunicarle al Rey la noticia de mi regreso a Xanth, y una vez supiera mi paradero general utilizaría la magia para seguirme la pista.

—Sí, veo el problema —afirmó ella—. No tiene sentido que te pongas en las manos del enemigo, sin embargo nosotros podemos volar a algún sitio.

—No podemos huir a ningún lado —insistió Trent—. Yo no puedo anunciar mi presencia en Xanth... y vosotros tampoco.

—Es cierto —reconoció Bink—, somos exiliados. Y el castigo por la violación del exilio...

—Es la muerte —terminó Fanchon—. No lo había pensado, todos estamos metidos en problemas.

—Si hubierais olvidado esos detalles hace dos días —observó con ironía Trent—, ahora no estaríamos en esta situación.

Fanchon mostró un aspecto más serio del usual, como si ese comentario tuviera un significado especial. Extrañamente esa expresión la hacía menos fea que de costumbre. Probablemente, pensó Bink, se estaba acostumbrando a ella.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Bink—. El remolino nos trajo por debajo del Escudo; ya hemos acordado que no podemos volver por ese camino. Tampoco podemos quedarnos aquí en la playa..., ni permitir que los ciudadanos se enteren de que hemos retornado, aunque fuera a través de un increíble accidente.

—Hemos de ocultar nuestras identidades —decidió Fanchon—. Existen lugares en Xanth donde no nos conoce nadie.

—No parece una vida muy agradable —comentó Bink—, siempre ocultándonos ¿Y si alguien le pregunta la Mago Humfrey dónde estamos?

—¿Quién lo haría? —inquirió Fanchon—. ¿Un año de servicio únicamente para comprobar el exilio de alguien?

—Ese es nuestro único margen de seguridad actual —intervino Trent—. El hecho de que Humfrey no se molestará en comprobarlo si no existe la posibilidad de un beneficio. Sin embargo, ya tendremos tiempo de preocuparnos de esas cosas cuando hayamos salido del yermo. Quizá para entonces se nos presenten nuevos caminos. Si es necesario, puedo cambiarlos a formas irreconocibles y yo disfrazarme. Aunque eso tal vez todo esto resulte académico.

Porque existía la posibilidad de que jamás salieran del yermo, pensó Bink.

Viajaron a lo largo de la playa hasta que encontraron una zona de campo, con pocos árboles, y que parecía menos peligrosos que el resto. Cada vez que surgía la posibilidad de un peligro se abrían en abanico para no ser atrapados juntos. Los caminos que eligieron resultaron ser bastante buenos; al principio la magia con la que se toparon era en gran parte inofensiva, como si toda la concentración estuviera conglomerada en la playa. Había hechizos cuyo propósito era el de alejar a los animales, o espectáculos de colores cuyo objetivo no estaba claro. Bink había pasado por peores cosas en su viaje hacia el castillo del Buen Mago. Quizás el yermo estaba sobrevalorado.

Fanchon localizó una planta de telas y, con eficiencia, confeccionó unas togas para los tres. Los hombres lo aguantaron con buen humor, tras haberse habituado a la desnudez. Si Fanchon hubiera sido una mujer provocativamente proporcionada,

quizás habría existido un mayor motivo —y un menor deseo— pura cubrir el cuerpo. Sin embargo, Bink recordó la forma en que ella había manifestado su anhelo de intimidad en la celda-agujero con el fin de poder ocultar los ladrillos. Con toda seguridad también esta vez tenía sus razones.

Encontraron varias zonas dominadas por hechizos de frío y una de calor; las ropas les habrían ayudado a protegerse contra las primeras, pero fueron fáciles de evitar. Distinguieron con rapidez varios árboles carnívoros y se apartaron de su camino; ya formaba parte de la naturaleza de los tres mantenerse alejados de los senderos de aspecto cómodo y atractivo.

No obstante, una región resultó particularmente extraña. Era seca y arenosa, con una tierra que, en apariencia, era poco propicia a la vegetación tan abundante con la que estaba cubierta; eran plantas de hojas grandes que les llegaban hasta la cintura. Parecía una zona inofensiva, de modo que se dispusieron a cruzarla por el centro. Entonces los tres viajeros sintieron una repentina y casi incontrolable llamada de la naturaleza. Tuvieron que dispersarse, casi sin tiempo para hacer sus necesidades.

Bink se dio cuenta de inmediato de que se trataba de plantas prácticas. Los hechizos que emitían obligaban a los animales que pasaban por allí a depositar fluidos y sólidos nutritivos en la tierra, ayudando de esta forma a su crecimiento. ¡Magia fertilizante!

Cuando prosiguieron su camino, se encontraron con un animal que no huyó ante su presencia ni actuó de forma hostil. Era un cuadrúpedo de unos cincuenta centímetros de alto, que poseía una larga nariz olisqueadora. Trent extrajo la espada cuando se encaminó despacio hacia ellos, pero Fanchon lo detuvo.

—Lo reconozco —dijo—. Es un olisqueador mágico.

—¿Huele gracias a la magia? —inquirió Bink.

—Huele la magia —contestó ella—. Solíamos usarlo en la granja de mis padres para que nos indicara cuáles eran las hierbas mágicas y otras cosas. Cuanto más fuerte es la magia mayor es su capacidad de reacción. Pero es inofensivo.

—¿De qué se alimenta? —preguntó Trent, que aún mantenía la mano en su espada.

—De bayas mágicas. Las demás magias parece que no lo afectan en ningún sentido; es bastante curioso. No distingue por tipos o hechizos, sólo por intensidad.

Permanecieron quietos y lo observaron. Fanchon era la más próxima al olisqueador, de modo que se acercó a ella primero. Bufó de un modo aflautado.

—¿Veis?, yo poseo cierta magia; le caigo bien —comentó ella.

¿Qué magia?, se preguntó Bink. Nunca había mostrado algún talento y, en realidad, jamás le había dicho lo que podía hacer. Era mucho lo que aún desconocía de ella.

Satisfecho, el olisqueador se acercó a Trent. Esta vez, su reacción fue mucho más

intensa; bailó a su alrededor, emitiendo un popurrí de notas musicales.

—Es lógico —repuso Trent, con un cierto orgullo justificado—. Reconoce a un Mago cuando lo huele.

Luego se dirigió hacia Bink..., y brincó casi igual que como lo había hecho con Trent.

—Eso es lo que vale su percepción —dijo Bink, riendo incómodo.

Sin embargo, Trent no se rio.

—Cree que tú eres un mago casi tan poderoso como yo —dijo—, mientras sus dedos acariciaban la espada inconscientemente.

De inmediato se dio cuenta de ello y se relajó.

—Ojalá lo fuera —dijo Bink—. Pero fui desterrado por no tener ninguna.

No obstante, el Mago Humfrey le comentó que tenía una magia muy fuerte que no podía ser expuesta. Ahora, su curiosidad y su frustración se veían incrementadas por esta casual confirmación ¿Qué clase de talento podía poseer, que se ocultaba con semejante determinación? ¿O acaso se hallaba escondido a causa de maligno hechizo externo?

Continuaron la marcha. Cortaron estacas con las que poder tantear el terreno que pisaban en busca de barreras invisibles, agujeros ocultos y otros aspectos sospechosos y desconocidos de esta agreste zona. Esto hizo que su avance fuera lento...; sin embargo, no se atrevían a ir deprisa. En realidad, no tenían ningún motivo para hacerlo; sus únicos objetivos eran la supervivencia y permanecer de incógnito.

La comida resultó no ser ningún problema. No confiaron en los árboles frutales y de dulces con que se encontraron; algunos podían ser mágicos y servir los intereses de sus dueños en vez de los de los consumidores, aunque tenían el mismo aspecto que los de cultivo. Pero Trent transformó un cardo en un exuberante árbol frutal, y se dieron un banquete de manzanas, peras, plátanos, zarzamoras y tomates. Esto le recordó a Bink lo grande que era el poder de un verdadero Mago, ya que el talento de Trent también abarcaba la conjuración de comida como un simple subtalento de su poder. Si se explotara adecuadamente, el alcance de su magia era enorme.

Sin, embargo, aún seguían internándose en el yermo. Las ilusiones se hicieron más intensas, más persistentes y difíciles de descubrir. Había más sonidos, estridentes y ominosos. De vez en cuando la tierra temblaba, y escuchaban rugidos no muy lejanos. Los árboles se inclinaban hacia ellos, sus hojas se retorcían.

—Creo —dijo Fanchon— que todavía no hemos empezado a apreciar el poderío de este bosque. Quizá toda su inocua permeabilidad sólo fuera una trampa para alentarnos a entrar en su interior.

Bink, que miró nervioso a su alrededor, estuvo de acuerdo.

—Escogimos la ruta que parecía más segura. Tal vez ahí sea donde nos equivocamos. Deberíamos haber seguido la más amenazadora.

—Y ser consumidos por un árbol ahorcador —comentó Fanchon.

—Tratemos de regresar —sugirió Bink. Viendo la duda en sus rostros, añadió—: Únicamente como una prueba.

Lo intentaron. Casi de inmediato el bosque se oscureció, cerrándose sobre ellos. Aparecieron más árboles que bloquearon el camino por el que habían venido: ¿eran ilusiones, o habían sido invisibles antes? Bink recordó el sendero de una sola dirección que había tomado desde el castillo del Mago Humfrey, pero este era más siniestro. No se trataba de árboles agradables; eran colosos nudosos y retorcidos, con espinas y ramas que se retorcían, entrecruzándose entre sí, con hojas que se proyectaban para formar nuevas barreras incluso mientras el trío observaba. El trueno rugió en la distancia.

—No hay duda —repuso Trent—. Fuimos incapaces de ver el bosque a causa de los árboles. Yo podría transformar a cualquiera que se cruzara en nuestro camino, pero si alguno decidiera comenzar a lanzarnos espinas, estaríamos en un serio apuro.

—Y, aunque quisiéramos ir por ese sendero —comentó Fanchon, mirando hacia el oeste—, con la resistencia que opondrían, no dispondríamos del tiempo suficiente para reandararlo otra vez. No antes de que cayera la noche.

La noche..., ese era el peor momento para la magia hostil.

—Pero la alternativa es dirigirnos por el camino que quiere el bosque —replicó Bink, alarmado—. Quizás ahora nos resulte fácil, pero está claro que no es nuestra mejor elección.

—Tal vez el yermo no nos conozca lo suficiente —indicó Trent, con una sonrisa sombría—. Me siento lo bastante competente como para enfrentarme a la mayoría de las amenazas, siempre que alguien vigile mi espalda y permanezca de guardia mientras duermo.

Bink meditó en los poderes mágicos del Mago y en su destreza con la espada, y tuvo que estar de acuerdo con él. El bosque tal vez fuera como una gigantesca telaraña..., pero esa araña podía ser transformada en un sapo.

—Quizá debiéramos arriesgarnos a superar lo que nos surja en el camino —dijo Bink—. Por lo menos, así averiguaríamos lo que es.

Por primera vez se sintió contento de tener a su lado al Mago Maligno.

—Sí, siempre nos queda esa satisfacción —admitió con sorna Fanchon.

Ahora que ya habían tomado la decisión, el avance resultó más fácil. Las amenazas del bosque seguían presentes, pero en ese momento las veían como advertencias que iban dejando atrás. A medida que caía la oscuridad, el sendero se abrió a un claro en cuyo centro se erguía una antigua y gastada fortaleza de piedra.

—¡Oh, no! —exclamó Fanchon—. ¡Un castillo encantado, no!

El trueno restalló a sus espaldas. Se levantó un viento frío que atravesó sus túnicas. Bink tiritó.

—Creo que nuestras alternativas son pasar la noche ahí o bajo la lluvia —dijo—. ¿Podrías transformarlo en una inocua cabaña de campo?

—Mi talento sólo se aplica a los seres vivos —contestó Trent—. Eso excluye los edificios..., y las tormentas.

En el bosque, detrás de ellos, surgieron ojos que brillaban en la oscuridad.

—Si esas cosas se lanzan sobre nosotros —expuso Fanchon—, únicamente podrás transformar a un par antes de que caigan encima nuestro, ya que no puedes alcanzarlas desde lejos.

—Y tampoco por la noche —dijo Trent—. Recuerda..., también he de ver mi objetivo. Considerando la situación, creo que será mejor que cumplimentemos a los poderes locales y entremos en el castillo. Con sumo cuidado...; y, una vez dentro, habremos de dormir por turnos. Es muy probable que esta sea una noche problemática.

Bink tuvo un escalofrío. El último lugar en el que deseaba pasar la noche era ese..., pero se dio cuenta de que se habían adentrado demasiado en la trampa como para poder escapar con facilidad. Había una magia poderosa aquí, la magia de toda una región. Era demasiado contra lo que luchar directamente..., ahora.

De modo que cedieron, aguijoneados por la tormenta.

Las murallas eran altas, cubiertas con moho y enredaderas. El puente levadizo estaba bajado; la madera, que una vez fue vigorosa y firme, ahora se podría. Sin embargo, aún mantenía una lúgubre y antigua grandeza.

—El castillo tiene estilo —observó Trent.

Tantearon las planchas de madera del puente en busca de una parte razonablemente sólida para cruzar. El foso estaba lleno de malas hierbas y de agua estancada.

—Es una pena ver un buen castillo tan abandonado —dijo Trent—. Está claro que no lo han habitado durante décadas.

—O siglos —apuntó Bink.

—¿Por qué un bosque nos conduciría a un edificio vacío? —preguntó Fanchon—. Aunque en su interior aceche algo horrible..., ¿cómo se beneficiaría el bosque con nuestras muertes? Sólo intentábamos atravesarlo..., y lo habríamos hecho más rápidamente si nos hubiera dejado en paz. Vamos en son de paz.

—Siempre hay algún motivo —comentó Trent—. La magia no actúa sin un propósito.

Se acercaban a las rejas delanteras cuando la tormenta se desató. Eso les dio valor para entrar, aunque el interior casi era de una negrura total.

—Quizá podamos hallar una antorcha —indicó Fanchon, tantead por las paredes—. Normalmente, un castillo debería tener algunas teas emplazadas junto a la entrada...

¡Crash! La reja levantada, que ellos habían creído que estaba fija por el tiempo y el óxido, cayó estrepitosamente a sus espaldas. Las barras de hierro eran demasiado pesadas para alzarlas; los tres se encontraban atrapados dentro.

—Las fauces se cierran —comentó Trent, tranquilo en apariencia. Pero Bink pudo ver que empuñaba la espada.

Fanchon emitió un grito ahogado y se aferró al brazo de Bink. Este miró hacia al interior del castillo y vio un fantasma. No había ninguna duda: era una cosa jorobada con una sábana blanca encima y, en el lugar de los ojos, dos agujeros de un negro muerto. Desde ninguna boca visible, emitió un gemido.

La espada de Trent silbó en el aire cuando atacó. El acero cortó la sábana..., sin producir ningún efecto. El fantasma se alejó flotando y atravesó un muro.

—Es indudable que este castillo se encuentra encantado —repuso Trent con flema.

—Si de verdad lo creyeras, no te mostrarías tan tranquilo —dijo Fanchon acusadoramente.

—Al contrario. Yo temo las amenazas físicas —contestó él—. Lo que no hay que olvidar acerca de los fantasmas es que no poseen ninguna manifestación concreta, y que también carecen de la capacidad de las sombras, que pueden habitar en criaturas vivas. Por lo tanto, no pueden afectar de forma alguna a la gente normal. Actúan sólo a través del miedo que inspiran..., de modo que lo único que hace falta es no temerles. Además, ese fantasma en particular estaba tan asustado de nosotros como nosotros a él. Posiblemente se hallaba investigando la caída de la reja. No quería hacernos ningún daño.

Quedó claro que Trent no sentía miedo. No había utilizado la espada por pánico, sino para comprobar que se trataba de un auténtico fantasma. Esa era una clase de valor que Bink no había tenido; estaba temblando de miedo.

Fanchon, después de haber gritado, se controlaba mejor.

—Si intentamos explorar este lugar en la oscuridad, podemos caer en agujeros bastante físicos o activar trampas ocultas. Aquí estamos protegidos de la lluvia..., ¿por qué no dormimos aquí mismo, haciendo turnos hasta que amanezca?

—Querida, posees un maravilloso sentido común —dijo Trent—. ¿Sorteamos quién hace la primera guardia?

—La haré yo —ofreció Bink—. De todos modos, me encuentro demasiado asustado como para poder dormir.

—Igual que yo —dijo Fanchon, y Bink sintió una cálida gratitud por esa admisión—. Todavía no me he cansado de los fantasmas.

—No posees la maldad suficiente —comentó Trent, riendo entre dientes—. Muy bien; yo dormiré primero. —Se movió, y Bink sintió que algo frío tocaba su mano—. Coge mi espada, Bink, y húndela en cualquier cosa que aparezca. Si no produce

ningún efecto, relájate, porque se tratará de un fantasma de verdad; si entra en contacto con algo material, esa amenaza quedará anulada por el acero. Sólo preocúpate —Bink casi oyó la sonrisa en su voz— de no atacar al sujeto equivocado.

Bink, sorprendido, se encontró sosteniendo la pesada espada.

—Yo...

—No te aflijas por tu inexperiencia en su uso. Un embate directo y firme será, a pesar de todo, efectivo —prosiguió Trent con un tono que quería infundir seguridad—. Cuando llegues al final de tu turno de guardia, pásale la espada a la dama. Cuando ella acabe, yo haré el mío; por ese entonces, ya me encontraré descansado. —Bink escuchó cómo se tumbaba—. Recuerda —le llegó la voz del mago desde el suelo—: al no poder ver a mi oponente, mi talento no sirve en la oscuridad. De modo que no me despiertes si no es necesario. Dependemos de tu vigilancia y discernimiento. —Ya no volvió a hablar.

Fanchon buscó el brazo de Bink.

—Deja que me ponga detrás de ti —dijo—. No quiero que me atraveses por accidente.

Bink se alegró de su proximidad. Permaneció de pie escudriñando a su alrededor, la espada en una mano sudorosa y el bastón en la otra, incapaz de penetrar la oscuridad. El sonido de la lluvia en el exterior aumentó de volumen; entonces percibió los suaves ronquidos de Trent.

—¿Bink? —dijo Fanchon al cabo de un rato.

—Hum.

—¿Qué clase de hombre le daría su espada al enemigo y se echaría a dormir?

La pregunta había estado danzando en la mente de Bink. No disponía de ninguna respuesta satisfactoria.

—Un hombre con nervios de acero —repuso pasado un momento, con la certeza de que eso sólo era parte de la cuestión.

—Un hombre que hace gala de semejante confianza —comentó ella pensativa—, esperaría recibirla por igual.

—Bueno, si nosotros somos de fiar y él no, sabe que puede confiar en nosotros.

—No funciona así, Bink. Es la persona de poco fiar la que desconfía de los demás, ya que cree que todos son como él. No veo cómo un mentiroso instruido, un villano e intrigante al trono como el Mago Maligno, puede ser así.

—Quizá no sea el mismo Trent histórico, sino otra persona, un impostor.

—Un impostor seguiría siendo un mentiroso. Además, hemos visto su poder. La magia jamás se repite igual; tiene que ser Trent el Transformador.

—No obstante, hay algo que no encaja.

—Sí. Algo encaja, y eso es lo que está mal. Él confía en nosotros, y no debería hacerlo. Ahora mismo, mientras duerme, podrías atravesarlo con la espada; aunque

no lo mataras con una estocada, sería incapaz de transformarte en la oscuridad.

—¡Yo no haría algo así! —exclamó Bink, horrorizado.

—Por eso mismo. Tienes honor. Igual que yo. Es difícil aceptar la conclusión de que él también lo posee. Sin embargo, sabemos que es el Mago Maligno.

—Debió decirnos la verdad antes —decidió Bink—. No puede atravesar con seguridad el yermo solo, y supone que necesita ayuda para salir de este castillo encantado sano y salvo; y también sabe que nosotros tampoco podremos salir con vida, de modo que todos estamos del mismo lado y no nos atacaremos. La tregua que nos propuso va en serio.

—¿Y qué sucederá cuando acabe todo esto y concluya la tregua?

Bink no respondió. Los dos permanecieron en silencio. No obstante, su mente siguió acosada por turbadores pensamientos... si lograban sobrevivir a la noche en este horrible castillo, con toda probabilidad conseguirían estar a salvo durante el día. Por la mañana, Trent podría decidir que la tregua había concluido. Bink y Fanchon podían proteger al Mago durante la noche; luego, por el día, Trent estaría libre de matarlos mientras dormían. Si Trent se hubiera encargado de la primera guardia no habría podido hacerlo, ya que entonces mataría a los que debería velar por él durante el resto de la noche. Tenía sentido que eligiera el último turno.

No. Aún no se encontraba preparado para creer eso. El propio Bink había decidido hacer la primera guardia. Debía tener fe en la inviolabilidad de la tregua. Si depositaba su fe de forma equivocada, entonces estaba perdido...; pero prefería perder de ese modo que ganar deshonrosamente. Esta decisión le proporcionó confort.

Bink no vio más fantasmas durante la noche. Por fin llegó el momento de pasarle la espada a Fanchon. Para su sorpresa, consiguió dormir.

Se despertó al amanecer. Fanchon dormía a su lado, menos fea de lo que recordaba...; de hecho, nada fea. Ciertamente, se estaba acostumbrando a ella. ¿Llegaría hasta el punto en que Trent le pareciera noble y Fanchon hermosa?

—Bien —dijo Trent. De nuevo tenía su espada—. Ahora que tu puedes protegerla, echaré un vistazo.

Se marchó por el poco iluminado corredor.

Habían sobrevivido a la noche. Bink ya no estaba seguro de si había temido más a los fantasmas o al Mago. Seguía sin comprender los motivos de ninguno.

Y Fanchon..., a medida que aumentaba la luz, más se convencía de que su aspecto había mejorado. No se podía decir que fuera adorable; pero, ciertamente, no era la muchacha que había visto cuando la conoció cuatro días atrás. De hecho ahora le recordaba a alguien...

—¡Dee! —exclamó.

Ella despertó.

—¿Sí?

Su respuesta le sorprendió igual que el remoto parecido que tenía con alguien que Bink había conocido. La había llamado Dee..., pero Dee se hallaba en algún lugar de Xanth. Entonces, ¿por qué ella había respondido a ese nombre como si fuera el suyo?

—Yo... pensé que...

Ella se sentó.

—Tienes razón, Bink. Sabía que no podría ocultarlo durante mucho más tiempo.

—¿Quieres decir que de verdad eres...?

—Soy Camaleón —respondió ella.

Él ya estaba absolutamente confundido.

—Ese fue sólo el nombre de contraseña que utilizamos para... —y un presagio.

—Soy Fanchon la fea —replicó ella—. Y Dee la normal, y Wynne la hermosa. Cambio un poco cada día y, al cabo del mes, completo el círculo. Un mes lunar, ¿sabes? Es el ciclo femenino.

De pronto recordó cómo Dee le había parecido familiar.

—¡Pero Wynne era estúpida! Tú...

—Mi inteligencia varía a la inversa —explicó ella—. Es otra de las facetas de mi maldición. Voy de fea inteligente a hermosa idiota. Buscaba un hechizo que me hiciera normal.

—Un hechizo para Camaleón —musitó él. Qué encantamiento tan sorprendente. Sin embargo, tenía que ser cierto, ya que cuando conoció a Dee, tan cerca de donde perdiera a Wynne, casi había asociado la similitud...; y, ahora, había visto a Fanchon cambiar de día en día. Camaleón..., no poseía ningún talento mágico; ella *era* mágica, como los centauros o los dragones—. Pero ¿por qué me seguiste a mi exilio?

—Mi magia no funciona fuera de Xanth. Humfrey me dijo que, si me dirigía a Mundania, me centraría en mi aspecto normal. Sería permanentemente Dee..., una mujer corriente. Parecía mi mejor alternativa.

—Me dijiste que me habías seguido.

—Lo hice. Tú fuiste amable con Wynne. Mi mente puede que cambie, pero mi memoria no. La salvaste del dragón del Desfiladero con gran peligro para tu vida; y no te aprovechaste de ella cuando..., ya sabes. —Bink recordó la predisposición de la muchacha a desnudarse. Había sido demasiado estúpida para pensar en las posibles consecuencias de su ofrecimiento...; sin embargo Dee y, más tarde, Fanchon, lo habrían comprendido—. Ahora sé que también intentaste ayudar a Dee. Ella..., yo no debí haberme marchado...; pero, en ese momento, no éramos tan inteligentes como lo fuimos luego. Y tampoco te conocíamos tan bien. Tú... —se detuvo—. No importa.

¡Si que importaba! Ella no sólo era una, sino tres de las mujeres que había conocido..., y una de ellas absolutamente fabulosa. Pero también estúpida. ¿Cómo debería reaccionar ante este... este camaleón?

De nuevo surgió el concepto del Camaleón..., el lagarto capaz de cambiaba de color y forma a voluntad, imitando a otras criaturas. Si por lo menos pudiera olvidar aquel presagio, o estar seguro de que lo comprendía. Tenía la certeza de que este Camaleón no le deseaba ningún mal, pero podía afrontar su misma muerte. Su magia era involuntaria; sin embargo, iluminaba su vida. Claro que ella tenía un problema..., lo mismo que él.

Así que se había enterado de que lo iban a exiliar por carecer de magia, y había tomado su decisión. Dee sin magia, Bink sin magia..., dos personas corrientes con un recuerdo en común de la tierra de la magia...; tal vez lo único que les pudiera sustentar en la terrible Mundania. No había duda de que lo había analizado durante su fase inteligente. Qué pareja tan ideal formarían estas dos almas sin magia. De modo que se puso en marcha..., pero no había forma de que conociera la emboscada preparada por el Mago Maligno.

Fue una buena idea. A Bink le gustaba Dee. No era tan fea como para alejarlo, y tampoco tan hermosa como para despertar su desconfianza por las experiencias vividas con Sabrina y la Hechicera Iris —¿qué ocurría con las mujeres hermosas que no podían ser constantes?—, pero tampoco tan estúpida como para que esa relación no tuviera ningún sentido. Se trataba de un compromiso razonable; una chica corriente a quien él podría haber amado..., especialmente en Mundania.

Sin embargo, ahora se hallaban de regreso en Xanth, la maldición seguía en vigor. No era la simple Dee, sino la compleja Camaleón, cambiando de un extremo a otro, cuando lo único que él deseaba era un término medio.

—Todavía no soy tan estúpida como para no imaginar lo que pasa por tu mente —dijo ella—. Estaría mejor en Mundania.

Bink no pudo negarlo. Casi deseaba que hubiera salido todo de esa forma. Haberse establecido con Dee, crear una familia, esa podía haber sido su propia magia especial.

Escucharon un ruido estruendoso. Los dos reaccionaron orientándose hacia él. Había procedido de algún lugar por encima de sus cabezas.

—¡Trent está en apuros! —exclamó Bink. Empuñó su bastón, y echó a correr corredor abajo—. En algún lugar debe de haber una escalera...

Detrás de su consciente inmediato, se dio cuenta de que la reacción indicaba un cambio fundamental en su actitud hacia el Mago. La noche pasada, con el hombre dormido y él en posesión de la espada...; si el mal era causado por el mal, Trent no podía ser muy malvado. ¡La confianza generaba confianza! Quizás el Mago lo único que se proponía era manipular la actitud de Bink; no importaba, de todos modos, ya había sufrido una erosión importante.

Camaleón le siguió. Ahora que era de día, no temían caer en agujeros, aunque Bink sabía que podía haber algunos mágicos. En una sala palaciega encontraron una

gran escalera de caracol. De repente, un fantasma flotó sobre ellos.

—¡Uuhhh! —gimió, sus negras cuencas oculares parecidas a los visores de un oscuro féretro.

—¡Fuera de mi camino! —restalló Bink, amenazándolo con el bastón.

El fantasma, impertérrito, se desvaneció. Bink atravesó la estela que dejó, sintiendo el momentáneo frío de su presencia. Trent tenía razón: no había ningún motivo para temer lo insustancial.

Cada escalón que pisó era sólido; en apariencia, no existía el engaño de la ilusión en este viejo castillo, sólo las espectrales mentes que moraban en él. Después de la manera en que habían sido dirigidos la última noche, era un alivio.

Pero ahora reinaba el silencio arriba. Bink y Camaleón se abrieron camino a través de unas cámaras sorprendentemente opulentas y bien conservadas en busca de su compañero. En otra oportunidad, Bink habría admirado con detenimiento la decoración y los tapices de las salas y los corredores, y se habría sentido contento del techo que les dio cobijo de la lluvia, pero en ese momento su atención estaba centrada en algo más importante. ¿Qué le había ocurrido a Trent? Si había algún monstruo al acecho en este castillo, que atraía a sus víctimas por medio de la magia...

Entonces entraron en una especie de biblioteca. Apilados en las estanterías, a lo largo de las paredes, había antiguos libros gruesos y manuscritos enrollados. En el centro de la habitación, en un escritorio de madera barnizada, se sentaba Trent, hojeando un libro abierto.

—¡Se ha apoderado de él otro hechizo contemplativo! —exclamó Bink.

Pero Trent alzó la cabeza.

—No, sólo es el ansia de conocimiento, Bink. Esto es fascinante.

Un poco avergonzados, se detuvieron.

—El estrépito... —comenzó Bink.

Trent sonrió.

—Fue culpa mía. Esa vieja silla cedió ante mi peso. —Señaló un montón de maderas—. La mayor parte del mobiliario es muy frágil. Me sentí tan atraído por la biblioteca que fui descuidado. —Se masajó la espalda—. Pagué por ello.

—¿Qué tienen de fascinante los libros? —preguntó Camaleón.

—Este narra la historia del castillo —explicó Trent—. Parece que no se trata meramente de otra construcción. Es el Castillo Roogna.

—¡Roogna! —exclamó Bink—. ¿El Rey Mago de la Cuarta Oleada?

—El mismo. Creo que gobernó desde aquí. Cuando murió, y la Quinta Oleada conquistó Xanth, hace ochocientos años, su castillo fue abandonado y, finalmente, se olvidó. Sin embargo, era una estructura notable. Gran parte de la naturaleza del Rey impregnó el entorno; el castillo poseía una identidad propia.

—Lo recuerdo —dijo Bink—. El talento de Roogna...

—Era la conversión de la magia a sus necesidades —recordó Trent—. Una herramienta sutil, pero muy poderosa. Él fue el último dominador de las fuerzas que le rodeaban. Cultivó alrededor del edificio los árboles mágicos, y construyó este hermoso castillo. Durante su reinado, Xanth estuvo en armonía con sus habitantes. Fue una especie de Edad de Oro.

—Sí —confirmó Bink—. Nunca pensé que vería este famoso lugar histórico.

—Quizá veas más de lo que te gustaría —comentó Trent—. ¿Recuerdas cómo nos condujeron hasta aquí?

—Parece como si fuera ayer —replicó Bink con ironía.

—¿Por qué nos trajeron? —preguntó Camaleón.

Trent la miró durante un rato.

—Creo que este lugar te sienta bien, Fanchon.

—No te preocupes por eso —dijo ella—. Lamentablemente seré más bonita antes de que acabemos.

—Es Camaleón —interpuso Bink—. Cambia de fea a hermosa y viceversa. Abandonó Xanth con la intención de escapar de esa maldición.

—Yo no lo consideraría una maldición —comentó el Mago—. Todas las cosas... a su debido momento.

—Tú no eres una mujer —centelleó ella—. Pregunté acerca del castillo.

Trent asintió.

—Bueno, este castillo necesita un nuevo residente. Un Mago. Es muy selectivo, razón por la que permaneció inactivo durante tantos siglos. Desea reinstaurar los días de su gloria, por lo que ha de brindarle su apoyo a un nuevo Rey de Xanth.

—¡Y tú eres un Mago! —exclamó Bink—. Cuando te aproximaste, todo el entorno te empujó hacia aquí.

—Eso parece. No hubo ninguna intención maligna, únicamente una abrumadora necesidad. Una necesidad para el Castillo Roogna, y para Xanth..., para hacer de nuevo que esta tierra sea lo que podría ser, un reino realmente organizado, excelente.

—Pero tú no eres Rey —dijo Camaleón.

—Todavía no. —Hubo un tono muy positivo en esa declaración.

Bink y Camaleón intercambiaron miradas comprensivas. De modo que el Mago Maligno había retornado a su antigua meta..., si es que alguna vez la había cambiado. Ellos habían admirado sus cualidades humanas, su aparente nobleza, y en todo momento estuvieron engañados. Su plan había sido la conquista de Xanth, y ahora...

—¡Jamás! —gritó ella—. La gente no tolerará a un criminal como rey. No han olvidado...

—Veo que sí tenías conocimiento de mi reputación —repuso Trent con suavidad—. Creí que me dijiste que no habías oído nada de mí. —Se encogió de hombros—. No obstante, a los buenos ciudadanos de Xanth quizá no les quede otra elección;

además, no sería la primera vez que un criminal ocupa el trono —siguió, impasible—. Con los poderes de este castillo, que son formidables, unidos a los míos, puede que no me haga falta un ejército.

—Nosotros te detendremos —dijo hoscamente Camaleón.

Los ojos de Trent se posaron otra vez en ella y la analizaron.

—¿Le pones fin a nuestra tregua?

Ella se calmó. El fin de la tregua los pondría a los dos inmediatamente bajo el poder de Trent, siempre que lo que dijera sobre el castillo fuera verdad.

—No —repuso—. Pero cuando termine...

No hubo indicios de malicia en la sonrisa de Trent.

—Sí, parece que tendremos que establecer un pacto. Pensé que, si os permitía continuar vuestro camino, me brindaríais la misma cortesía. Cuando comenté que la gente de Xanth quizá no tuviera otra elección, no pretendí insinuar lo que tú has creído. Este castillo tal vez no nos permita hacer otra cosa que lo que su voluntad dictamine. Ha resistido durante siglos, soportando el inevitable deterioro, en espera de un Mago con la suficiente fuerza para la tarea. Quizás el olisqueador de magia que hallamos en el bosque fuera uno de sus representantes. Y ahora ha encontrado no sólo a uno, sino a dos Magos. No los soltaré de buena gana. Desde este lugar, puede que nuestro destino sea la gloria..., o la extinción; todo depende de nuestra decisión.

—¿Dos Magos? —preguntó ella.

—Recuerda, Bink posee casi la misma magia que yo. Ese fue el veredicto del olisqueador, y yo no estoy seguro de que se equivocara. Por lo tanto, ello le sitúa de forma cómoda en la categoría de los Magos.

—Pero yo no poseo talento —protestó Bink.

—Corrección —replicó Trent—. Tener un talento no identificado no es sinónimo de carecer de él. Aunque no poseyeras un talento, existe una magia poderosa asociada a ti. Quizá seas mágico, igual que Fanchon.

—Camaleón —dijo ella—. Ese es mi verdadero nombre; los otros pertenecen a las diferentes fases.

—Discúlpame —repuso Trent, inclinándose ligeramente hacia ella desde su asiento—. Camaleón.

—¿Quieres decir que, de alguna manera, cambiaré? —inquirió Bink, entre esperanzado e irritado.

—Tal vez. Puede que te metamorfosees en una forma superior..., como el peón que se convierte en reina. —Se detuvo—. Lo siento..., es otra referencia mundana; creo que en Xanth se desconoce el ajedrez. He estado demasiado tiempo en el exilio.

—Bueno, pero ni entonces trataría de robar el trono —comentó con energía Bink.

—Naturalmente, no. Nuestros objetivos difieren. Quizás, incluso, seamos rivales.

—¡No intento apoderarme de Xanth!

—No de forma consciente. Pero, si quisieras evitar que lo hiciera un Mago Maligno, ¿no considerarías...?

—¡Ridículo! —negó Bink, disgustado. La idea era absurda, aunque también insidiosa. Si el único modo de evitar que Trent... ¡no!

—Puede que de verdad ya haya llegado el momento de que nos separemos —comentó Trent—. He disfrutado de vuestra compañía, pero parece que la situación está cambiando. Tal vez deberíais tratar de abandonar el castillo ahora. No me opondré. Si logramos separarnos, podremos considerar la tregua acabada. ¿Os parece correcto?

—Qué amable —dijo Camaleón—. Tú puedes relajarte con la contemplación de los libros mientras la selva nos despedaza.

—En realidad, no creo que nada os haga daño —comentó Trent—. El propósito del Castillo Roogna es la armonía con el hombre —sonrió de nuevo—. Armonía, no daño. Sin embargo, dudo mucho que se os permita partir.

Bink ya había tenido suficiente.

—Me arriesgaré. Vamos.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Camaleón, insegura.

—A menos que prefieras quedarte con él. En un par de lunas podrías ser una Reina muy hermosa.

Trent se rio. Camaleón se movió con celeridad. Se dirigieron hacia las escaleras, dejando al Mago investigando de nuevo en su libro.

Otro fantasma los interceptó. Este parecía más grande que los otros, más sólido.

—Aaadvrrrrteenciaaaa —gimió.

Bink se detuvo.

—¿Puedes hablar? ¿Cuál es la advertencia?

—Muuuverteee másss allááá. Quedaoss.

—Oh. Bueno, ese es un riesgo que ya hemos decidido afrontar —comentó Bink—. Porque somos leales a Xanth.

—¡Xaaanth! —repitió el espíritu, con una cierta emoción.

—Sí, Xanth. Debemos irnos.

El fantasma pareció perplejo. Se desvaneció.

—Hubiera creído que estaba de nuestro lado —comentó Camaleón—. Aunque quizá lo único que intentan es que nos quedemos en el castillo.

—No podemos permitirnos el lujo de confiar en los fantasmas —indicó Bink.

No podían marcharse por la salida delantera, ya que la reja estaba bajada y desconocían el mecanismo para levantarla. Investigaron por las habitaciones de abajo en busca de otra.

Bink abrió una puerta que prometía..., y la cerró de inmediato cuando una horda de criaturas de correosas alas y largos dientes se agitaron; tenían el aspecto de

murciélagos vampiro. Abrió la siguiente con más cautela..., y una tanteadora cuerda se dirigió hacia ellos, recordándole más que casualmente las enredaderas.

—Tal vez por la bodega —sugirió Camaleón, descubriendo unas escaleras que bajaban.

Lo intentaron. Pero, al llegar a ella, aparecieron al pie de las escaleras unas asquerosas ratas; no huían, sino que se encaraban con los intrusos. Las bestias tenían un aspecto demasiado hambriento y confiado; seguro que poseían magia para atrapar a cualquier presa que penetrara en su territorio.

Bink, de forma experimental, apuntó con su bastón a la más cercana.

—¡Largo! —exclamó.

La rata, sin embargo, se encaramó a la madera, dirigiéndose hacia la mano de Bink. Este sacudió el bastón, pero la criatura se aferró con fuerza al tiempo que también otra trepaba. Lo golpeó duramente contra el suelo de piedra... y no obtuvo ningún efecto; los animales seguían subiendo. Esa debía ser su magia..., la capacidad de aferrarse a las cosas.

—¡Bink! ¡Arriba! —gritó Camaleón.

Se escuchaban ruidos menudos sobre ellos. Había más ratas amontonándose en las vigas, preparándose para saltar.

Bink arrojó lejos el bastón y retrocedió deprisa por las escaleras, apoyándose en Camaleón hasta que pudo darse la vuelta. Las ratas no les siguieron.

—Este castillo sí que está organizado —comentó Bink cuando salieron a la planta baja—. No creo que nos deje marchar en paz. Pero hemos de intentarlo. Tal vez por una ventana.

No había ninguna ventana en la planta baja; el muro exterior se construyó pensando en resistir los asedios. No tenía sentido saltar desde una torreta; uno de los dos seguro que se rompería un hueso. Prosiguieron su búsqueda y llegaron a la zona de la cocina. Allí había una salida trasera, que normalmente se usaba para la entrada de suministros, retirada de la basura y movimientos de los sirvientes. Se asomaron y vieron un pequeño puente que atravesaba el foso: una ruta ideal de escape.

Sin embargo, ya había movimiento sobre el puente. De las planchas de podrida madera salían serpientes. No eran reptiles normales, sino cosas descoloridas y rotas, cuyos huesos se podían ver a través de supurantes agujeros en la flácida carne.

—¡Son serpientes zombies! —gritó Camaleón con verdadero horror—. Llamadas de entre los muertos.

—Me lo imagino —comentó Bink sombríamente—. Todo el castillo pertenece al reino de los muertos. Las ratas pueden proliferar en cualquier parte, pero las otras criaturas murieron cuando lo hizo el castillo; incluso tal vez lo utilicen para morir. No obstante, los zombies no son tan fuertes como los seres vivientes; quizá podamos encargarnos de ellas con nuestros bastones. —Pero él había perdido el suyo en la

bodega.

El hedor de la corrupción que les llegó era peor que el de la arpía. Subía en oleadas desde las ulceradas serpientes y el pútrido foso. El estómago de Bink se agitó. Muy pocas veces se había encontrado con la putrefacción real y avanzada; normalmente, las criaturas estaban vivas o sus huesos se hallaban limpios. Los estadios intermedios, de los gusanos y la desintegración, pertenecían a una parte del ciclo de la vida y de la muerte que él había elegido no inspeccionar muy de cerca.

—No quiero que intentemos cruzar el puente —repuso Camaleón—. Nos caeremos..., y las aguas están infestadas de cocodrilos zombies.

Así era: grandes reptiles se revolvían en la mohosa agua, con los huesos cubiertos por una piel correosa y las cuencas vacías, devoradas por los gusanos, mirando hacia arriba.

—Tal vez un bote —dijo Bink—. O una tabla...

—Oh, oh. Aunque no estuviera podrido y lleno de termitas zombies, no..., bueno, mira más allá.

Miró. Caminando a sacudidas a lo largo del otro extremo del foso venía lo peor: zombies humanos, algunos de ellos momificados, otros apenas más que unos esqueletos animados.

Fascinado por su propio aspecto grotesco, Bink observó aquellas cosas horribles durante un buen rato. Jirones de envolturas y carne podrida caían de sus cuerpos. Algunos chorreaban tierras y suciedad debido a su apresurada salida de las tumbas. Eran un desfile de putrefacción.

Pensó en luchar contra ese ejército abigarrado, cercenar cuerpos ya destruidos, sentir la carne devorada por los roedores en sus manos, debatirse con aquellas fantasmales animaciones, saturado del empalagoso hedor. ¿Qué asquerosas enfermedades portaban, qué gangrenosos abrazos le darían a medida que se desmembraban? ¿Qué clase de ataque necesitaría para conseguir que esos muertos volvieran a yacer en sus tumbas?

Las cosas hechizadas atravesaban el destartalado puente hacia ellos. Seguro que aún era peor para los zombies, ya que no se habrían despertado por propia voluntad. No podían retirarse al agradable aislamiento del interior del castillo. Ser obligados al servicio en ese estado, en vez de permanecer en la bendición del olvido...

—Creo... que todavía no estoy preparado para marcharme —murmuró Bink.

—No —admitió Camaleón, con el rostro ligeramente macilento—. No de esta forma.

Y los zombies se detuvieron, dándoles a Bink y a Camaleón tiempo para que volvieran a entrar en el Castillo Roogna.

13

Motivos

Camaleón ya había abandonado del todo su fase «normal», que Bink había conocido antes como Dee, y se adentraba en su fase hermosa. No era idéntica a la antigua Wynne; el cabello era más claro y las facciones ligeramente distintas. Parecía como si sus detalles físicos variaran con cada ciclo, jamás repitiéndose del todo, pero siempre yendo de un extremo a otro, lamentablemente, también se volvía menos inteligente, y no le servía de ayuda con el problema de abandonar el castillo. Ahora estaba mucho más interesada en ser amistosa con Bink...; él sabía que esa era una distracción cuyo lujo no podía permitirse en esos momentos.

Primero estaba la prioridad de salir de aquel lugar; luego, no tenía muy claro querer asociarse de un modo permanente con una entidad tan cambiante. Si ella fuera hermosa e inteligente...; pero eso tampoco funcionaría. Ahora se dio cuenta de por qué no se había visto tentada por la oferta de Trent de hacerla bonita cuando los capturaron la primera vez fuera del Escudo. Eso sólo habría cambiado su fase. Si era hermosa al ser inteligente, sería estúpida en su fase fea, lo cual no era ninguna mejora. Y, aunque la pudieran fijar para siempre en la cúspide de su belleza e ingenio, él no confiaría en ella, ya que también había sido traicionado por ese tipo de mujer: Sabrina... Ahogó el recuerdo. No obstante, también una muchacha normal podía hacerse aburrida si no poseía más que una inteligencia y una magia corrientes...

El Castillo Roogna, ahora que no se oponían de una manera abierta, era una residencia bastante agradable. Ponía lo mejor que tenía para que fuera así. Los jardines de los alrededores proporcionaban una rica variedad de frutas, cereales, verduras y caza menor; Trent practicaba la arquería abatiendo conejos desde las altas troneras con uno de los precisos arcos que había en la armería. Algunos de los animales eran conejos falsos, que proyectaban imágenes propias a cierta distancia de su emplazamiento real, haciendo así que desperdiciara flechas; sin embargo, Trent parecía disfrutar con el desafío. Uno de los que abatió era un lanzador de hedores, cuyo aroma era tal que lo único que se pudo hacer fue enterrar el cadáver a bastante profundidad. Otro era un encogedor; mientras moría, disminuyó de tamaño hasta que no fue más grande que un ratón apenas servible. La magia siempre tenía sus pequeñas sorpresas. Aunque algunas eran buenas.

La cocina necesitaba que se la atendiera; de lo contrario eran los zombies los que preparaban la comida. Antes que permitirlo, Camaleón se hizo cargo. Con los consejos de las damas fantasma, que eran muy especiales en lo referente a la comida del Castillo Roogna, realizó algunos platos aceptables. No tenía ningún problema con la vajilla, ya que había una fuente mágica perenne con propiedades asépticas; una pasada y todo brillaba. De hecho, darte un baño en esa agua efervescente era toda una

experiencia.

Las paredes interiores del castillo eran tan sólidas como el techo; había hechizos de protección contra los elementos. Disponían cada uno de un opulento dormitorio privado con costosos tapices en las paredes, alfombras móviles, almohadas de plumas de ganso y orinales de plata pura. Vivían como en la realeza. Bink descubrió que el adornado tapiz que había en la pared opuesta a su cama era en realidad un cuadro mágico: las pequeñas figuras se movían, interpretando sus diminutos dramas con desconcertante detalle. Caballeros en miniatura mataban dragones, damas ínfimas bordaban y, en la supuesta intimidad de los dormitorios, esos mismos caballeros y damas se entrelazaban. En un principio, Bink cerró los ojos ante esas escenas; pero pronto su disposición natural de mirón se apoderó de él y lo contempló todo. Y deseó poder..., no, no sería correcto, aunque sabía que Camaleón estaba dispuesta.

Los fantasmas no representaban problema alguno; incluso se hicieron familiares. Bink llegó a conocerlos individualmente. Uno era el guardián de la entrada, el mismo que se les había recibido aquella noche que la reja cayó con estrépito; otra era la doncella de cámara; un tercero el ayudante de cocina. En total había seis, cada uno de los cuales había muerto de forma inadecuada, por lo que no pudieron gozar de los ritos fúnebres apropiados. En realidad eran sombras, aunque sin voluntad propia; únicamente un Rey de Xanth tenía el poder de absolverles, y no les estaba permitido abandonar el castillo. Así que estaban condenados a servir aquí toda la eternidad, inhabilitados para realizar sus tareas acostumbradas. Se trataba, básicamente, de gente agradable que no poseía ningún control sobre el propio castillo, y sólo formaban una parte incidental del encantamiento del edificio. Ayudaban siempre que podían, ansiosos por agradar, y le decían a Camaleón dónde debía buscar la comida fresca, y le narraban a Bink las historias de sus vidas en los Viejos y Grandiosos Tiempos. Al principio se mostraron sorprendidos e irritados por la intrusión de gente viva, ya que habían permanecido aislados durante siglos. Luego se dieron cuenta de que formaba parte del imperativo del mismo castillo, y no tardaron en adaptarse.

Trent pasaba la mayor parte del tiempo en la biblioteca, como si buscara dominar todo el conocimiento acumulado. Al principio, también Camaleón la visitó varias veces, interesada en cosas intelectuales. Pero, a medida que perdía la inteligencia, perdió el interés. Sus inquietudes cambiaron; ahora buscaba con avidez algún hechizo que la hiciera normal. Cuando la biblioteca no se lo proporcionó, la dejó, y se dedicó a recorrer el castillo y sus terrenos. Mientras estuviera sola, nada maligno se le manifestaba: ninguna rata, ni enredaderas carnívoras, ni zombies. Sólo los hombres eran prisioneros aquí, ella no. Buscó las fuentes de la magia. Ingería todo tipo de comida, lo cual alarmó a Bink, que sabía lo venenosa que podía resultar la magia. No obstante, parecía llevar una existencia encantada..., encantada por el Castillo Roogna.

Hizo un descubrimiento fortuito y afortunado: una fruta pequeña, de color rojo, que crecía por doquier en los árboles de uno de los jardines. Camaleón intentó morder una, pero la piel resultó dura, de modo que se la llevó a la cocina para cortarla por la mitad. No había presente ningún fantasma; ahora, por lo general, únicamente aparecían cuando tenían trabajo. Debido a ello, Camaleón no recibió ninguna advertencia sobre la naturaleza de la fruta. Fue descuidada, y se le cayó una al suelo.

Bink oyó la explosión y se dirigió hacia allí corriendo. Camaleón, bastante hermosa ya, estaba acurrucada en una esquina de la cocina.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Bink, mirando a su alrededor en busca de alguna magia hostil.

—¡Oh, Bink! —gritó ella, y se volvió hacia él, desconsolada.

El vestido que se había hecho ella misma estaba desarreglado, y mostraba sus pechos exquisitamente formados por arriba y sus firmes redondeces más abajo. ¡Vaya diferencia producían unos pocos días! Aún no se hallaba en la cúspide de su belleza, pero era bastante adecuada a las necesidades.

¿Las necesidades? Bink, de repente, la tuvo en sus brazos, consciente de que ella estaba ansiosa por realizar cualquier cosa que él le pidiera. Realmente, era difícil resistir lo obvio ya que también poseía bastante de la personalidad de Dee..., ese aspecto que le había gustado antes de comprender su naturaleza. Podía tomarla ahora, hacer el amor con ella..., y ni su fase estúpida ni la inteligente le condenarían.

Pero él no era un amante de un momento, y aún no deseaba comprometerse, y menos en esta situación. La apartó con suavidad de sí, lo que le costó más de lo que deseaba mostrar.

—¿Qué ocurrió? —preguntó de nuevo.

—Es... talló —repuso ella.

Bink tuvo que recordar que su menguante mentalidad era la otra faceta de su maldición. Ahora le resultó más fácil mantener apartado el exuberante cuerpo. Un cuerpo sin mente no le atraía.

—¿Qué es lo que estalló?

—La cereza.

—¿La cereza? —Esto era lo primero que oía sobre la nueva fruta. Sin embargo, después de un interrogatorio paciente, consiguió sonsacarle la historia.

—¡Son cerezas explosivas! —exclamó al comprenderlo—. Si has llegado a comer una...

Todavía no era tan estúpida como para malinterpretar eso.

—¡Oh, mi boca!

—¡Oh, tu cabeza! Esas cosas son potentes. ¿No te lo advirtió Milly? —Milly era la doncella fantasma.

—Estaba ocupada.

¿En qué podía estar ocupado un fantasma? Bueno, este no era el momento de profundizar en el tema.

—Después de lo que ha sucedido, no comas nada hasta que un fantasma te diga que puedes hacerlo.

Camaleón asintió, obediente.

Bink cogió con cautela una cereza y la estudió. Apenas era una bolita dura de color rojo, con la única marca de donde había sido arrancada.

—El viejo Mago Roogna seguro que utilizó estas bombas en la guerra. Por lo que tengo entendido, no le gustaba la guerra, pero nunca permitió que sus defensas se relajaran. Cualquier invasor...; bien, un solo hombre en las troneras podía diezmar un ejército arrojando estas cerezas. Me gustaría saber qué otros árboles hay en el arsenal. Si no dejas de tontear con las frutas desconocidas...

—Podría hacer volar el castillo —reconoció ella mientras contemplaba el humo que se disipaba. El suelo estaba chamuscado, y una mesa había perdido una pata.

—Volar el castillo... —repitió Bink, con una idea repentina—. Camaleón, ¿por qué no traes más cerezas explosivas? Me gustaría experimentar con ellas. Pero ten cuidado, mucho cuidado; no golpees o dejes caer alguna.

—Claro —aceptó ella, tan ansiosa de agradar como un fantasma—. Mucho cuidado.

—Y no te comas ninguna. —No lo dijo del todo en broma.

Bink reunió unos trapos y una cuerda e hizo bolsas de diferentes tamaños. Pronto tuvo en su poder bolsas-bombas de distinto calibre. Las plantó de forma estratégica alrededor del castillo. Y se guardó para sí una bolsa.

—Creo que ya estamos listos para marcharnos del Castillo Roogna —comentó—. Pero primero he de hablar con Trent. Quédate aquí, al lado de la puerta de la cocina, y si ves a algunos zombies arrójales cerezas. —Estaba seguro de que ninguno poseía la coordinación necesaria para coger semejantes bombas y lanzárselas a ellos; los ojos agusanados y la carne putrefacta no podían tener una buena integración mano-ojo. De modo que serían vulnerables—. Y si ves que el que baja es Trent, y no yo, tira una cereza a ese rincón. Hazlo deprisa, antes de que se encuentre a menos de dos metros de ti. —Señaló una bomba grande que había atado a una ancha columna de sostén—. ¿Me has entendido?

No, pero él lo machacó hasta que ella lo asimiló. Tenía que arrojarle una cereza a cualquier cosa que viera..., menos a Bink.

Ahora ya estaba preparado. Subió a la biblioteca para hablar con el Mago Maligno. Ahora que había llegado el momento de la confrontación, el corazón le palpitaba con fuerza, pero sabía lo que debía hacer.

Un fantasma le salió al paso. Se trataba de Milly, la doncella, con la sábana blanca arreglada de modo que se pareciera a su uniforme, y las negras cuencas de los

ojos, de algún modo, transmitiendo su otrora apasionada humanidad. Los fantasmas se habían vuelto informes por pura negligencia y descuido a largo de los últimos siglos de aislamiento; sin embargo, ahora que tenían compañía, estaban recuperando la forma adecuada. En otra semana conseguirían el contorno y los colores humanos, aunque aún seguirían siendo fantasmas. Bink sospechaba que Milly se convertiría en una muchacha bastante atractiva y se preguntó cómo habría muerto. ¿Por una relación con algún invitado al castillo, lo que provocó una puñalada de una esposa celosa que los había descubierto?

—¿Qué sucede, Milly? —preguntó, deteniéndose.

Había minado el castillo, pero no deseaba ningún mal a sus ocupantes. Esperaba que su plan diera resultado, para que no fuera necesario destruir el hogar de los fantasmas, que en realidad, no eran responsables de su aparatosa malicia.

—El Rey..., entrevista privada —dijo.

Su forma de hablar todavía era un poco entrecortada, ya que le resultaba duro a una entidad de tan poca sustancia física —con apenas algo de ectoplasma— pronunciar con claridad. Pero Bink lo entendió.

—¿Entrevista? Aquí no hay nadie salvo nosotros —objetó—. ¿O me quieres dar a entender que está en el orinal?

Milly se sonrojó hasta donde era capaz. Aunque como doncella había estado acostumbrada a las tareas de recogida vaciado de los orinales, creía que cualquier referencia al acto privado de cualquier persona era de mala educación. Como si la sustancia estuviera divorciada por completo de la función. Quizá prefiriera creer que los excrementos aparecían de forma mágica durante la noche, no mancillados por los intestinos humanos. ¡Un fertilizante mágico!

—No.

—Pues entonces lo siento, pero he de interrumpirle —comunicó Bink—. ¿Sabes? Yo no le reconozco como Rey, y pronto me marcharé del castillo.

—Oh. —Se cubrió su vago rostro con una mano aún nebulosa, en un femenino gesto de temor—. Pero miraaa.

—Muy bien.

Bink la siguió hasta la pequeña capilla adyacente a la biblioteca. En realidad, se trataba de un anexo del dormitorio principal, sin acceso directo a la biblioteca. Pero, como pudo comprobar, tenía una ventana que comunicaba con ella. Como la penumbra de la capilla sin iluminar era más intensa que en la otra cámara, podía observar sin ser visto.

Trent no estaba solo. Delante de él había una mujer de mediana edad, todavía atractiva a pesar de que la primera etapa de su belleza se había marchitado. Su cabello estaba recogido en un rodete severo; sin embargo, en las comisuras de los ojos y la boca se notaban arrugas de mucho sonreír. A su lado había un muchacho de

unos diez años, que poseía una gran semejanza con la mujer; tenía que tratarse de su hijo.

Ninguno hablaba, pero su respiración y sus leves cambios de postura indicaban que eran seres vivos y sólidos, no fantasmas. ¿Cómo habían llegado hasta aquí, y qué deseaban? ¿Por qué ni Bink ni Camaleón les habían visto entrar? Era casi imposible acercarse al castillo sin ser observado; había sido diseñado con esa finalidad, para que, en caso de ataque, pudiera ser defendido en el acto. Y la reja seguía bajada, bloqueando la entrada delantera. Bink estuvo todo el tiempo en la cocina preparando las bombas.

No obstante, admitiendo que sin lugar a dudas se hallaban en el interior, ¿por qué no hablaban? ¿Por qué Trent no hablaba? Simplemente se miraban en un extraño silencio. Toda la escena parecía carecer de sentido.

Bink estudió a la extraña y silenciosa pareja. Le recordaban de repente a la viuda e hijo de Donald, la sombra, a los que había hablado del roble de plata para que pudieran salir de su pobreza. El parecido no era físico, ya que se trataba de gente con mejor aspecto, que no había sufrido materialmente; era por el aire de tranquila pérdida que irradiaban. ¿También ellos habían perdido al hombre de la casa? ¿Y se dirigían a Trent en busca de ayuda? Si ese era el caso, se habían equivocado de Mago.

Bink se apartó, a disgusto por la sensación de estar entrometiéndose. Incluso los Magos Malvados merecían cierta intimidad. Salió al corredor y regresó a las escaleras. Milly, tras haberle advertido, se había desvanecido. Parecía que a los fantasmas les costaba cierto esfuerzo manifestarse y hablar con claridad, y luego tenían que recuperarse en el vacío que ocuparan cuando estaban fuera de servicio.

Reanudó su marcha hacia la biblioteca, esta vez con pasos sonoros para que fuera notada su presencia. Trent tendría que presentarle a los visitantes.

Sin embargo, cuando Bink abrió la puerta, sólo vio al Mago. Estaba sentado a la mesa y hojeaba otro libro. Alzó la vista cuando Bink entró.

—¿Vienes en busca de un buen libro, Bink? —preguntó.

Bink perdió la compostura.

—¡La gente! ¿Qué les sucedió?

Trent frunció el ceño.

—¿Qué gente, Bink?

—Yo los vi. Una mujer y un niño, ahí mismo... —Bink titubeó—. Mira, no pretendía espiar, pero cuando Milly me comunicó que tenías una entrevista, observé desde la capilla...

Trent asintió.

—Entonces los viste. No deseaba cargarte con el peso mis problemas personales.

—¿Quiénes son? ¿Cómo entraron aquí? ¿Qué les hiciste?

—Eran mi esposa y mi hijo —repuso Trent con gravedad—. Murieron.

Bink recordó la historia que les había contado el marinero acerca de la familia mundana del Mago Maligno y cómo habían muerto debido a una enfermedad mundana.

—Pero estaban presentes. Yo los vi.

—Y ver es creer —suspiró Trent—. Bink, se trataba de dos cucarachas que transformé para que se parecieran a los seres que yo amo. Son las dos únicas personas que amé o que amaré jamás. Las echo de menos, las necesito..., aunque sólo sea para contemplar a veces su parecido. Cuando los perdí, no quedó nada para mí en Mundania. —Extrajo un pañuelo bordado del Castillo Roogna y se lo llevó al rostro; Bink se sorprendió al ver que los ojos del Mago Maligno brillaban con lágrimas. No obstante, Trent retuvo su control—. Sin embargo, esto no es del todo de tu incumbencia, y preferiría no discutirlo. ¿Qué te trae aquí, Bink?

Oh, sí. Ya estaba comprometido, de modo que tenía que seguir adelante. Parte de lo que había pensado decir se le había olvidado, pero, de todos modos, prosiguió:

—Camaleón y yo nos vamos del Castillo Roogna.

La atractiva frente se frunció.

—¿Otra vez?

—Esta es de verdad —repuso Bink, molesto—. Los zombies no nos detendrán.

—¿Y te parece necesario informarme? Ya hemos establecido un pacto acerca de eso, y estoy convencido de que, a su debido momento, notaré tu ausencia. Si lo que temías era que me opusiera, te habría resultado más ventajoso marcharte sin advertírmelo.

Bink no sonrió.

—No. Creo que, de acuerdo con nuestra tregua, me corresponde informarte.

Trent realizó un breve gesto con la mano.

—Muy bien. No diré que me agrada verte marchar; he llegado a apreciar tus cualidades, como la que demuestras en la precisión de tu código ético al notificarme tu futura acción. Y Camaleón es una muchacha agradable, igual de persuasiva y cada día más bonita. Preferiría teneros a los dos de mi lado, pero, como no puede ser, os deseo la mejor de las suertes a donde vayáis.

Bink veía que la situación era más extraña a cada momento que pasaba.

—No se trata exactamente de una despedida social. Lo siento. —En ese instante deseó no haber contemplado a la familia de Trent, o descubrir sus identidades; estaba claro que habían sido buenas personas, no merecedoras de su destino, y Bink sentía una plena simpatía por el sufrimiento del Mago—. El castillo no nos permitirá irnos voluntariamente. Hemos de obligarle. De modo que hemos plantado bombas y...

—¡Bombas! —exclamó Trent—. Esos son artefactos mundanos. No hay bombas en Xanth..., y jamás las habrá. Nunca, mientras yo sea Rey.

—Parece que en los viejos tiempos sí las había —comentó Bink evasivamente—.

En el patio hay un árbol de cerezas bomba. Cada cereza estalla ante un impacto violento.

—¿Cerezas bomba? —repitió Trent—. Vaya. ¿Qué has hecho con ellas?

—Las hemos utilizado para minar los cimientos del castillo. Si Roogna intenta detenernos, lo destruiremos. Por lo tanto, será mejor... que nos deje marchar en paz. Necesitaba decírtelo, para que pudieras desactivar las bombas una vez nos hubiéramos ido.

—¿Por qué me lo comentas? ¿Acaso no te opones a mis planes y a los del Castillo Roogna? Si el Mago y el castillo fueran destruidos, tú serías el único y limpio vencedor.

—Limpio, no. No es la clase de victoria que deseo —replicó Bink—. Yo..., mira, podrías hacer tanto bien en Xanth, si tan sólo... —Sabía que era inútil. No estaba en la naturaleza de un Mago Maligno dedicarse a hacer el Bien—. Aquí tienes una lista de los emplazamientos de las bombas —comunicó, a la vez que depositaba una hoja de papel sobre el escritorio—. Lo único que has de hacer es recoger con mucho cuidado los paquetes y bolsas y llevarlos fuera.

Trent sacudió la cabeza.

—No creo que tus bombas te ayuden a escapar, Bink. El castillo no es inteligente en sí mismo. Sólo reacciona a ciertos estímulos. Quizá permita que Camaleón se vaya, pero a ti no. En su percepción, tú eres un Mago; por lo tanto, has de quedarte. Quizá te hayas anticipado a Roogna, pero no comprenderá toda la naturaleza de tu plan. Como antes, los zombies te detendrán.

—Entonces tendremos que hacer que las bombas estallen.

—Exacto. Tendrás que detonar las cerezas, y todos nosotros moriremos juntos.

—No, primero saldremos fuera y lanzaremos una cereza. Si el castillo no puede ser engañado...

—No puede serlo. No es una cosa pensante. Únicamente reacciona. Te verás obligado a destruirlo..., y sabes que yo no puedo permitir que lo hagas. ¡Necesito a Roogna!

La situación se endurecía. Bink estaba preparado.

—Si me transformas, Camaleón hará detonar las bombas —repuso, sintiendo el aire gélido del desafío. No le gustaba este tipo de enfrentamiento de fuerzas, pero sabía que iba a ser inevitable—. Si te interpones en cualquier sentido...

—Oh, no rompería la tregua. Sin embargo...

—No puedes romper la tregua. O me reúno yo solo con Camaleón, o ella lanza una cereza contra uno de los emplazamientos de las bombas. Es demasiado estúpida para hacer otra cosa que no sea seguir instrucciones.

—¡Escúchame, Bink! Es la palabra que os di lo que me impide violar la tregua, no tus planes tácticos. Te podría transformar en una pulga y, después, convertir a una

cucaracha en tu figura y enviarla a encontrarse con Camaleón. Una vez que dejara la cereza...

El rostro de Bink reflejó su desazón. El Mago Maligno *podía* anular su plan. Camaleón-estúpida no se daría cuenta hasta que fuera demasiado tarde; esa nulidad de inteligencia le perjudicaba a la vez que le ayudaba.

—No lo estoy haciendo —dijo Trent—. Te hablo de las posibilidades simplemente para mostrarte que yo también tengo ética. El fin no justifica los medios. Creo que te has permitido olvidarlo durante un tiempo y, si me escuchas un momento, veras tu error y lo corregirás. Bajo ningún concepto puedo permitirte que destruyas este maravilloso e históricamente significativo edificio.

Bink ya comenzaba a sentirse culpable. ¿Debían convencerle de que se apartara de un camino que él consideraba correcto?

—Te darás cuenta con toda seguridad —prosiguió persuasivamente el Mago— de que toda la zona estallaría en una colérica venganza si hicieras lo que te propones. Puede que te encuentres fuera del castillo, pero seguirás en el entorno de Roogna, y morirás de una manera espantosa. Y Camaleón también.

Camaleón también..., eso le dolió. La hermosa muchacha, devorada por un ahorcador o descuartizada por los zombies...

—Es un riesgo que he de correr —aceptó Bink con talante sombrío, aunque era consciente de que el Mago tenía razón. El modo en que habían sido conducidos al castillo..., no habría forma alguna de escapar del salvajismo de la selva—. Quizá tú podrías convencer al castillo de que nos dejara marchar, en vez de provocar esos acontecimientos.

—¡Eres terco!

—Sí.

—Por lo menos, primero escúchame. Si no puedo convencerte, entonces lo que tenga que suceder sucederá, aunque yo lo aborrezca.

—Sé breve.

Bink quedó sorprendido ante su propia temeridad, pero sentía que actuaba como debía. Si Trent intentaba acercarse a menos de dos metros, Bink huiría para evitar la transformación.

Quizá pudiera correr más que el Mago. Aunque así fuera, no podía esperar demasiado tiempo; temía que Camaleón se cansara de esperar e hiciera alguna tontería.

—De verdad no deseo veros morir, ni a ti ni a Camaleón, y por supuesto, valoro mi propia supervivencia —expuso Trent—. Si bien hoy en día no amo a nadie vivo, vosotros dos habéis estado más cerca de mí que nadie. Es como si el destino hubiera decretado que la gente afín fuera desterrada de la sociedad convencional de Xanth. Nosotros...

—¡Gente afín! —exclamó Bink, indignado.

—Me disculpo por una comparación envidiosa. Hemos pasado bastantes cosas juntos en un breve espacio de tiempo, y considero que es justo decir que nos hemos salvado la vida en algunas ocasiones. Quizá volví a Xanth para unirme a la gente como tú.

—Tal vez —repuso Bink con rigidez, reprimiendo los sentimientos contradictorios que experimentaba—. Pero eso no justifica que conquistes Xanth y que, con toda seguridad, mates a muchas familias.

Trent pareció dolido; sin embargo, se controló.

—No pretendo que sea así, Bink. La tragedia mundana de mi familia fue el estímulo, no la justificación, de mi retorno. No me quedaba nada en Mundania por lo que mereciera la pena vivir, por lo que, de forma natural, mi orientación se dirigió hacia Xanth; mi intención es ayudar, hacer que se abra a la realidad contemporánea antes de que sea demasiado tarde. Aunque haya algunas muertes, es un precio pequeño por la salvación de Xanth.

—¿Piensas que Xanth no sobrevivirá a menos que tú lo conquistes? —Bink intentó transmitir un tono de burla en su voz, pero no salió muy bien. ¡Si tan sólo poseyera el control verbal y la proyección del Mago Maligno!

—Sí, en realidad, así lo creo. Xanth lleva retraso en la nueva Oleada de colonización, y semejante Oleada la beneficiaría igual que lo hicieron las anteriores.

—¡Las Oleadas fueron asesinato, rapiña y destrucción! La maldición de Xanth.

Trent sacudió la cabeza.

—Algunas, sí. Pero otras fueron muy beneficiosas, como la Cuarta, la época a la que se remonta este castillo. Los problemas no surgieron por las Oleadas en sí, sino por su mala coordinación y gestión. Y aún así, en su totalidad, fueron vitales para el progreso de Xanth. Pero no espero que lo creas. En este momento, lo único que intento es convencerte para que no destruyas el castillo y a ti mismo; no pretendo convertirte a mi causa.

Algo en este intercambio molestaba a Bink de forma creciente. El Mago Maligno parecía demasiado maduro, demasiado amable, instruido..., demasiado comprometido. Trent estaba equivocado —tenía que estarlo—; sin embargo, hablaba tal sentido, que Bink tenía dificultades en localizar la injusticia.

—Inténtalo, trata de convertirme —repuso Bink.

—Me alegro de que lo hayas dicho, Bink. Quiero que conozcas mis motivos lógicos. Tal vez puedas aportar una crítica constructiva.

Eso sonó como un sofisticado ardid intelectual. Bink trató de percibirlo como un sarcasmo, pero tuvo la certeza de que no había ninguno. Temía que el Mago le superase en inteligencia, aunque él tenía muy claro lo que estaba bien.

—Quizá pueda —repuso, a la defensiva.

Sintió como si se estuviera adentrando en el yermo, eligiendo los senderos más idóneos, a la vez que, de manera inevitable era conducido hacia la trampa que yacía en el centro: el castillo Roogna..., en sus niveles físico e intelectual. Roogna había carecido de voz durante ochocientos años, pero ahora disponía de una. Bink no podía luchar contra esa voz, como no había podido hacerlo con la afilada espada del Mago...; no obstante, tenía que intentarlo.

—Mis motivos son duales. En parte se relacionan con Mundania, y en parte con Xanth. ¿Sabes?, a pesar de ciertos errores en ética y política, Mundania ha progresado de forma notable en los últimos siglos, gracias a todas las personas que han realizado descubrimientos y han extendido la información; en muchos aspectos, es bastante más civilizada que Xanth. Por desgracia, el poder bélico de los mundanos también ha aumentado. Tendrás que aceptar eso como un acto de fe, ya que aquí no dispongo de las pruebas que lo demuestren. Mundania posee armas que podrían erradicar con facilidad toda la vida de Xanth, sin importar nuestro Escudo.

—¡Es mentira! —exclamó Bink—. ¡Nada puede penetrar el Escudo!

—Con la posible excepción de nosotros tres —murmuró Trent—. El principal obstáculo del Escudo es contra las cosas vivas. Puedes cargar contra él, tu cuerpo lo penetrará con facilidad, pero estarás muerto apenas tocarlo.

—Es lo mismo.

—¡No lo es, Bink! Existen armas grandes que arrojan proyectiles que están muertos, como las bombas potentes, igual que tus cerezas pero mucho peores, programadas para detonar al primer contacto. Xanth, comparado con Mundania, es pañuelo. Si los mundanos se lo propusieran, podrían saturar Xanth con semejante ataque, incluso la Piedra-Escudo sería destruida. La gente de Xanth ya no puede permitirse el lujo de ignorar a los mundanos. Hay demasiados; no podemos permanecer ocultos siempre. Disponen de la capacidad, y algún día lo harían, de borrarlos del mapa. A menos que establezcamos relaciones con ellos ahora.

Bink sacudió la cabeza en señal de incredulidad e incompreensión.

Pero Trent continuó, sin rencor:

—Ahora bien, el aspecto interno de Xanth es algo muy distinto. No representa ninguna amenaza para Mundania, ya que la magia no es operativa allí. Pero sí es una amenaza insidiosa, aunque convincente, para la vida tal y como la conocemos en la misma Xanth.

—¿Xanth representa una amenaza para Xanth? Tonterías.

Ahora la sonrisa de Trent fue un poco protectora.

—Veo que tendrías dificultad en entender la lógica de la más reciente ciencia mundana. —Se detuvo antes de que Bink pudiera cuestionarle—. No, estoy siendo injusto contigo. Esta amenaza interna es algo que yo mismo descubrí en los últimos días de investigación en la biblioteca, y es importante. Sólo ese aspecto justifica la

necesidad de preservar el castillo, ya que todos los conocimientos acumulados que posee son vitales para la sociedad de Xanth.

Bink seguía dudando.

—Hemos vivido sin la biblioteca durante ocho siglos; podemos vivir sin ella ahora.

—¡Ah, pero qué clase de vida! —Trent sacudió la cabeza como si estuviera viendo algo demasiado vasto para poder ser expresado. Se incorporó y se acercó a una estantería que hábil detrás de él. Extrajo un libro y buscó con cuidado entre sus antiguas hojas. Lo puso delante de Bink—. ¿Qué ves aquí?

—Un dragón —contestó Bink rápidamente.

Trent pasó una página.

—¿Y esta?

—Una mantícora.

¿Qué se proponía? Las imágenes eran muy bonitas, aunque no coincidían necesariamente con criaturas contemporáneas. La proporción y los detalles estaban ligeramente trastocados.

—¿Y esta?

—Era la imagen de un cuadrúpedo con cabeza humana, cascos y una cola de caballo; tenía unas patas delanteras parecida a las de un felino.

—Una lamia.

—¿Y esta?

—Un centauro. Mira..., podemos estar mirando imágenes todo el día, pero...

—¿Qué tienen en común todas estas criaturas? —inquirió Trent.

—Poseen cabezas o extremidades humanas..., excepto el dragón. Aunque el que aparece en el libro tiene una pequeñez de hocico casi humana. Algunos son inteligentes como los hombres. Sin embargo...

—¡Exacto! Analiza la secuencia. Sigue al dragón hacia atrás, a través de especies similares, y observarás que se vuelve cada vez más humano. ¿Te sugiere algo eso?

—Que algunas criaturas son más humanoides que otras. Eso no representa una amenaza para Xanth. De todos modos, lo mayor parte de estas imágenes son antiguas; las criaturas actuales ya no tienen el mismo aspecto.

—¿Te enseñaron los centauros la Teoría de la Evolución?

—Oh, claro. Que las criaturas de la actualidad han evolucionado de otras más primitivas, haciéndose más aptas para la supervivencia. Retrocede lo suficiente, y encontrarás un antecedente común.

—Correcto. Pero en Mundania, los seres como la lamia, la mantícora o el dragón, jamás evolucionaron.

—Por supuesto que no. Son mágicos. Evolucionan a través de una selección mágica. Sólo en Xanth pueden...

—No obstante, y de manera obvia, las criaturas de Xanth surgieron de antepasados mundanos. Tienen tantas afinidades...

—¡Muy bien! —interrumpió Bink, impaciente—. Descienden de seres mundanos. ¿Qué tiene que ver eso con tu conquista de Xanth?

—De acuerdo con la historia convencional de los centauros el hombre sólo lleva en Xanth mil años —dijo Trent—. Durante ese período, hubo diez Oleadas importantes de inmigrantes desde Mundania.

—Doce —corrigió Bink.

—Depende de cómo las cuentas. De cualquier forma el proceso continuó a lo largo de novecientos años, hasta que el Escudo interrumpió esas migraciones. Sin embargo, hay muchas formas parcialmente humanas que son anteriores a la supuesta llegada de los hombres. ¿No te parece eso significativo?

Bink se encontraba cada vez más preocupado por el hecho de que Camaleón se impacientara, o de que el castillo descubriera alguna forma de neutralizar las bombas de cerezas. No estaba muy seguro de que el Castillo Roogna no tuviera pensamientos propios. ¿Le estaba entreteniendo el Mago para ganar tiempo?

—Te doy un minuto más para que expongas tu caso. Luego pase lo que pase, nos marcharemos.

—¿Cómo pudieron evolucionar las formas parcialmente humanas... a menos que tuvieran antepasados humanos? Una evolución convergente no crea el batiburrillo antinatural de monstruos que habitan Xanth. Crea a seres adaptados a sus nichos ecológicos, y las características humanas encajan en pocos nichos. Tenía que haber gente en Xanth desde miles de años atrás.

—De acuerdo —aceptó Bink—. Treinta segundos.

—Esta gente debió cruzarse con los animales para formar las mezclas que conocemos: los centauros, las mantícoras, las sirenas y los tritones, las arpías y todo el resto. Y las criaturas se cruzaron entre sí, y esas mezclas, a la vez, lo hicieron con otras mezclas, produciendo cosas como la quimera...

Bink se volvió, dispuesto a marcharse.

—Creo que ya ha transcurrido tu minuto —repuso. Entonces se detuvo—. ¿Que hicieron *qué*?

—Las especies se relacionaron con otras especies para crear híbridos. Bestias con cabezas de hombres, hombres con cabezas de bestias...

—¡Imposible! El hombre sólo puede tener descendencia con el hombre. Quiero decir, con las mujeres. Sería antinatural.

—Xanth es una tierra antinatural, Bink. La magia hace que sean posibles muchas cosas notables.

Bink se dio cuenta de que la lógica desafiaba a las emociones.

—Pero aunque pudieran —aceptó con dificultad—, eso todavía no justifica tu

conquista de Xanth. El pasado pertenece al pasado, un cambio de gobierno no...

—Creo que este pasado justifica mi toma del poder, Bink. Porque la evolución y la mutación aceleradas producidas por la magia y el cruce entre especies está cambiando Xanth. Si continuamos aislados de Mundania, con el tiempo no quedarán humanos..., únicamente cruces de razas. Sólo la constante afluencia del género puro durante el último milenio ha permitido que el hombre mantuviera su tipo...; y ahora ya no quedan demasiados seres humanos. Nuestra población decrece; no a través del hambre, las enfermedades o la guerra, sino por el predominio de esos cruces. Cuando un hombre mantiene relación con una arpía, el resultado no es un niño humano.

—¡No! —gritó Bink, horrorizado—. Nadie..., nadie lo haría con una asquerosa arpía.

—Con una asquerosa quizá no. Pero ¿con una arpía limpia y bonita? —inquirió Trent, enarcando una ceja—. No todas son iguales, ya lo sabes; nosotros sólo vemos a sus proscritas, no a las jóvenes...

—¡No!

—Supón que, de forma accidental, haya bebido de alguna fuente del amor... y que inmediatamente después lo hiciera una arpía; ¿qué sucedería?

—No. Él... —Pero Bink lo sabía.

Un hechizo de amor te poseía. Recordó su propia experiencia con la fuente del amor que había al lado del abismo, de la que él mismo estuvo a punto de beber antes de contemplar al grifo y al unicornio entrelazados. Había una arpía presente. Sintió un escalofrío al recordarlo.

—¿Te has visto tentado alguna vez por una sirena bonita? ¿O por un centauro hembra? —insistió Trent.

—¡No! —Pero el recuerdo insidioso de los firmes y elegantes pechos de la sirena inundó su mente. Y Cherie, la centauro que le había llevado un trecho durante la primera etapa de su viaje en busca del Mago Humfrey..., cuando la tocó, ¿había sido algo realmente fortuito? Ella le había amenazado con arrojarlo a una zanja, aunque sólo bromeaba. Era una yegua muy afable. Mejor dicho, una *persona*. La honestidad le llevó a corregirse—. Quizá.

—Y seguro que hubo más gente, en las mismas circunstancias, menos escrupulosa que tú —prosiguió Trent, de forma inexorable—. En algunos momentos podrían ceder a la tentación, ¿verdad? ¿Por probar algo distinto? ¿No espían los chicos de tu pueblo a los centauros, igual que lo hacían en mi época?

Muchachos como Zinc, Jama y Potipher, provocadores gamberros, que habían despertado la ira de los centauros. Bink recordó también eso. Nunca antes había pensado en su significado. Claro, habían ido a contemplar a las yeguas centauro con los pechos desnudos, y si descubrían a una sola...

Bink se dio cuenta de que su rostro estaba rojo.

—¿Adónde quieres llegar? —exigió, tratando de ocultar su embarazo.

—A esto: Xanth tuvo un intercambio..., lo siento, ¡escogí mal la palabra!; mantuvo contacto con Mundania bastante antes de la fecha que reflejan nuestros primeros archivos. Antes de las Oleadas. Porque sólo en Mundania la especie humana se mantiene pura. Desde el momento en que un hombre pisa Xanth, comienza a cambiar. Desarrolla magia, y sus hijos la desarrollan aún más, hasta que algunos se convierten en Magos...; y, si se quedan, ellos mismos, de forma inevitable, se convierten en seres mágicos. O sus descendientes. Ya sea rompiendo las barreras naturales de las especies, o evolucionando hasta transformarse en elfos, goblins, gigantes, trolls... ¿Observaste a Humfrey?

—Es un gnomo —dijo Bink sin pensar. Luego añadió—: ¡Oh, no!

—Es un hombre, y bueno..., que lleva camino de convertirse en otra cosa. Ahora se encuentra en la cúspide de sus poderes mágicos...; sin embargo, sus hijos, si alguna vez los tiene puede que sean verdaderos gnomos. Me atrevo a decir que él lo sabe, razón por la que no quiere casarse. Piensa en Camaleón... no posee ninguna magia directa, debido a que ella misma se ha vuelto mágica. Esta es la forma en que cambiará toda la población de Xanth; es inevitable..., a menos que haya una infusión constante de sangre nueva proveniente de Mundania. *¡Hay qué desactivar el escudo!* Se debe permitir que las criaturas mágicas de Xanth emigren con libertad, para que puedan retornar, lenta y naturalmente, a las especies originales a las que pertenecen. Y tendrán que entrar animales nuevos.

—Pero... —Bink se sintió mal manejando estos conceptos— ...si siempre hubo ...intercambios... ¿qué ocurrió con la gente que debió venir hace miles de años?

—Probablemente hubo alguna obstrucción por una temporada, cortando la migración. Xanth pudo ser una verdadera isla durante miles de años, atrapando a los originales y prehistóricos asentamientos humanos, así que hubieron de mezclarse con los seres existentes dando lugar a los centauros y otras especies. Está ocurriendo de nuevo, bajo el Escudo. Los humanos deberían...

—¡Basta! —dijo Bink, conmovido— no puedo escuchar nada más.

—¿Retirarás las bombas?

Como un relámpago, su entereza regresó.

—¡No! Yo y Camaleón nos vamos ahora mismo.

—Pero tienes que comprender...

—No. —A cada minuto que pasaba entendía mejor al Mago Maligno. Si Bink seguía escuchando, sería convertido a su causa, y Xanth estaría perdido—. Lo que insinúas es una abominación. No puede ser cierto. No puedo aceptarlo.

Trent, con una tristeza aparentemente verdadera, suspiró.

—Bueno, valió la pena intentarlo, aunque temía que lo rechazaras. Aun así, no puedo permitir que destruyas el castillo.

Bink se preparó para distanciarse, para salir del campo de acción de la transformación. Dos metros...

Trent sacudió la cabeza.

—No necesitas huir, Bink; no romperé la tregua. Pude hacerlo cuando te enseñé las imágenes, pero valoro mi palabra. De modo que he de comprometerme. Si tú no te unes a mí, me tendré que unir yo a ti.

—¿Qué?

Bink, cuyos oídos estaban cerrados a la seductora lógica del Mago Maligno, se hallaba desprevenido para lo que escuchó.

—Respetar al Castillo Roogna. Desactiva las bombas. Y yo haré que salgáis a salvo de su entorno.

Era demasiado fácil.

—¿Me das tu palabra?

—Te la doy —contestó Trent con solemnidad.

—¿Puedes hacer que el castillo nos deje marchar?

—Sí. Es otra de las facetas que he descubierto en los archivos. Sólo he de pronunciar las palabras adecuadas, e incluso nos facilitará la salida.

—Tu palabra —repitió Bink con suspicacia. De momento Trent no había faltado nunca a ella pero ¿qué garantía tenía?—. Sin trucos, sin ningún cambio repentino de planes.

—Mi palabra de honor, Bink.

¿Qué podía hacer? Si el Mago deseaba romper la tregua podía transformar a Bink ahora mismo en un renacuajo y, luego, acercarse sin ser visto hasta Camaleón y cambiarla ella. Y... Bink se inclinaba a creerle.

—De acuerdo.

—Ve a desactivar tus bombas. Yo arreglaré las cosas con Roogna.

Bink se marchó. Camaleón le recibió con un grito de alborozo...; esta vez le agradó aceptar su abrazo.

—Trent ha aceptado sacarnos de aquí —le dijo.

—¡Oh, Bink, me alegro tanto! —exclamó ella, dándole un beso. Tuvo que sujetar su mano para asegurarse de que no iba a soltar la cereza bomba que aún sostenía.

A cada momento que pasaba se volvía más adorable. Su personalidad no cambiaba demasiado, salvo que su menguante inteligencia la hacía ser menos compleja, menos desconfiada. Le gustaba esa personalidad..., y ahora, tuvo que reconocerlo, también su belleza. Pertenecía a Xanth, era mágica, no intentaba manipularle para sus propios fines...; era su tipo de mujer.

Sin embargo, sabía que su estupidez le enfriaría, del mismo modo que lo hizo su fealdad en su fase anterior. No podía vivir ni con una hermosa estúpida ni con una mujer fea con mente de genio. Ella era atractiva en este momento, mientras su

inteligencia permanecía fresca en su recuerdo y su belleza estaba al alcance de sus ojos y manos. Creer otra cosa sería engañarse.

Se separó de ella.

—Tenemos que recoger las bombas. Con mucho cuidado —comentó.

Pero ¿y las bombas emocionales que había en su interior?

Culebreadores

Salieron los tres del Castillo Roogna sin que nadie intentara detenerlos. La reja estaba alzada; Trent había localizado el mecanismo que la subía, lo engrasó y, con la magia inherente al sistema, pudo levantarla. Los fantasmas hicieron acto de presencia para decirles adiós; Camaleón lloró la despedida, y el mismo Bink sintió tristeza. Sabía lo solitarios que se sentirían los fantasmas después de los días que disfrutaron de la compañía de seres vivos. Incluso respetaba al indomable castillo. Hizo lo que tenía que hacer..., igual que Bink.

Levaban bolsas con fruta del jardín, y vestían ropas funcionales que habían sacado de los armarios del castillo, guardadas durante ochocientos años sin haberse deteriorado, gracias a los antiguos hechizos que las preservaban. Tenían un aspecto regio, y eso hacía que se sintieran como miembros de la realeza. ¡El Castillo Roogna los había cuidado bien!

Los jardines eran magníficos. Esta vez no se desató ninguna tormenta. Los árboles no les amenazaron; al contrario, acercaron sus ramas para que las tocaran con suavidad en un gesto de amistosa despedida. No surgieron animales salvajes..., tampoco ningún zombie.

En un tiempo sorprendentemente breve, el castillo desapareció de su vista.

—Ya nos encontramos más allá del entorno de Roogna. —Anuncio Trent—. Tenemos que avanzar de nuevo con todos los sentidos alertas, ya que no existe tregua alguna con el verdadero yermo.

—¿Tenemos? —preguntó Bink—. ¿No vas a regresar al castillo?

—Ahora no —respondió el Mago.

Las sospechas de Bink afloraron otra vez.

—¿Cuáles fueron las palabras exactas que le dijiste al castillo?

—«Regresaré..., siendo Rey. Roogna volverá a gobernar Xanth».

—¿Y lo creyó?

La mirada de Trent era tranquila.

—¿Por qué habría de dudar de la verdad? Sería bastante difícil que yo ganara la corona permaneciendo confinado en el castillo.

Bink no contestó. Después de todo, el Mago Maligno jamás había dicho que abandonaba sus planes de conquistar Xanth. Sólo había aceptado ayudar a Bink y a Camaleón a abandonar a salvo el castillo. Y lo hizo. De modo que otra vez se encontraban en las mismas circunstancias..., con una tregua que les permitiera salir con vida del trayecto que les quedaba del yermo. Después..., Bink no tenía idea de lo que iba a suceder.

No pasó mucho tiempo hasta que se hizo notar la presencia de la inhóspita selva.

El trío acertó camino a través de un pequeño claro rodeado de bonitas flores amarillas..., momento en el que se elevó un enjambre de abejas. Coléricas, zumbaban alrededor de los tres; sin embargo, se desviaban a poca distancia de ellos, sin tocarlos o picarlos.

Camaleón estornudó una vez. Luego otra, con más fuerza. Entonces comenzó a estornudar Bink y, casi de inmediato, también Trent.

—¡Son abejas del estornudo! —exclamó el Mago, entre paroxismos.

—¡Transfórmalas! —gritó Bink.

—No puedo... ¡achús!... concentrarme en ellas, mis ojos lagrimean demasiado. ¡Achús! De todos modos, son criaturas inocentes del aaach, ¡ACHUUUS!

—¡Corred, idiotas! —gritó Camaleón.

Corrieron. Cuando salían del claro, las abejas se marcharon y los estornudos cesaron.

—¡Menos mal que no se trataba de abejas provocadoras de sofocos! —repuso el Mago mientras se secaba los ojos.

Bink estuvo de acuerdo. Con uno o dos estornudos no pasada nada, pero una docena seguida era algo serio. Apenas habían tenido tiempo de respirar.

El ruido que hicieron había alertado a otros seres de la zona. Esa era la amenaza latente del lugar. Escucharon un rugido y el sonido de enormes garras golpeando la tierra. No tardó en surgir un enorme dragón lanzallamas. Cargó a través de claro de los estornudos; no obstante, las abejas lo dejaron en paz. Tenían el suficiente sentido común como para no provocar ningún estornudo ígneo que incineraría todas sus flores.

—¡Transfórmalo! ¡Transfórmalo! —gritó Camaleón, mientras el dragón se dirigía hacia ellos.

Todos los dragones parecían tener una atracción especial por las doncellas hermosas.

—No puedo —musitó Trent—. Para cuando se ponga a menos de dos metros, sus llamas nos habrán calcinado. Poseen un alcance de seis metros.

—No eres de gran ayuda —se quejó ella.

—¡Transfórmame a mí! —exclamó Bink con una súbita inspiración.

—Buena idea.

De repente, Bink fue una esfinge. Retuvo su cabeza humana, pero unida al cuerpo de un toro, con alas de águila y patas de león. Era enorme..., dominaba al dragón.

—No sabía que las esfinges crecieran tanto —atronó.

—Lo siento..., de nuevo lo olvidé —dijo Trent—. Pensé en la legendaria esfinge de Mundania. Pero ellas no poseen magia. Seguro que esta salió de Xanth hace mucho tiempo. Durante miles de años ha estado petrificada.

—¿Petrificada? ¿Qué podría asustar a una esfinge de este tamaño? —preguntó

Camaleón, espiando la monstruosa cara de Bink.

Había cosas más acuciantes.

—¡Márchate, bestia! —retumbó la voz de Bink.

El dragón fue lento en adaptarse a la nueva situación. Le lanzó un chorro de fuego amarillo a Bink, chamuscando sus plumas. El contacto no le produjo dolor, pero sí le irritó. Bink extendió una garra de león y le asestó un zarpazo al dragón.

Apenas se había esforzado; no obstante, el dragón salió despedido y chocó contra un árbol. Una lluvia de nueces rocosas cayó del irritado árbol. La bestia emitió un único gemido de dolor, apagó su fuego y huyó.

Bink dio media vuelta con cuidado, con la esperanza de no haber pisado a nadie.

—¿Por qué no se nos ocurriría esto antes? —rugió—. Podría transportaros hasta el mismo borde de la selva. Nadie me reconocerá, ¡y ninguna criatura se atreverá a molestarnos!

Se agachó lo más bajo que pudo, y Camaleón y Trent subieron por su cola hasta su espalda. Bink emprendió la marcha con un ritmo pausado que, aun así, era más rápido de lo que podría correr un hombre. Se hallaban de camino.

Pero no duró mucho. Camaleón, que iba dando tumbos sobre la escamosa espalda de la esfinge, decidió que tenía que ir al lavabo. No hubo más remedio que acceder a su petición. Bink bajó para que ella pudiera deslizarse hasta el suelo.

Trent aprovechó la parada para estirar las piernas. Se acercó hasta la gigantesca cara de Bink.

—Te transformaría de nuevo, pero siempre es mejor permanecer con el mismo aspecto hasta que ya no haga falta —explicó—. En realidad, no poseo ninguna prueba concreta de que las transformaciones frecuentes sean dañinas para el receptor, pero me parece que por ahora es mejor no arriesgarse. Como la esfinge es una forma de vida inteligente, por lo menos no sufres intelectualmente.

—No, estoy bien —admitió Bink—. De hecho, mejor que nunca. ¿Puedes descubrir esta adivinanza? ¿Qué es lo que camina sobre cuatro patas por la mañana, sobre dos por la tarde y sobre tres por la noche?

—No te contestaré —repuso Trent, que parecía asombrado—. En todas las leyendas que he oído, se dice que algunas esfinges se suicidaron cuando recibieron respuestas correctas para sus acertijos. Se trataba del tipo más pequeño, una especie diferente..., pero creo que he mezclado algo las distinciones y no me atrevo a apostar por la ausencia de afinidad.

—Oh, no —comentó Bink, irritado—. Creo que el acertijo provenía de la mente de la esfinge, no de la mía. Estoy seguro de que todas tienen un antepasado común, aunque desconozco la diferencia entre una y otra clase.

—Qué extraño. No me refiero a tu ignorancia acerca de las leyendas Mundanas, sino a tu recuerdo de los acertijos. Tú *eres* la esfinge. No trasladé tu mente a un

cuerpo existente, ya que las originales llevan muertas, o petrificadas, miles de años. Te transformé en un monstruo parecido, en una esfinge, pero si en realidad posees recuerdos de esfinge verdaderos...

—La magia debe tener ramificaciones que no comprendo —dijo Bink—. Desearía entender la naturaleza real de la magia, de cualquier magia.

—Si, es un misterio. Sólo existe en Xanth, en ningún otro lugar ¿Por qué? ¿Cuál es el mecanismo? ¿Por qué Xanth parece adyacente a *cualquier* tierra mundana, tanto en geografía como en idiomas o cultura? ¿Cómo se transmite esta magia, a todos los niveles, de la región geográfica a sus habitantes?

—Yo me he preguntado lo mismo —dijo Bink—. Pensé que se podría tratar de alguna radiación de las rocas o algún valor nutritivo que tuviera el suelo...

—Cuando sea Rey, estableceré un programa de estudio para determinar la verdadera historia de la naturaleza única de Xanth y su magia.

Cuando Trent fuera Rey. Ciertamente, el proyecto valía la pena —de hecho, era fascinante—, pero no a ese precio. Durante un instante, Bink se sintió tentado: con un simple movimiento de su poderosa garra delantera podría aplastar al Mago Maligno, erradicando para siempre la amenaza.

No. Aunque Trent no era su amigo, Bink no podía violar la tregua de esa forma. Además, no deseaba seguir siendo un monstruo toda su vida, física o moralmente.

—La dama se toma su tiempo —murmuró Trent.

Bink estiró su impresionante cabeza, buscando a Camaleón.

—Suele ser bastante rápida en esas cosas. No le gusta estar sola. —Entonces pensó en algo distinto—. A menos que haya ido en busca de su hechizo..., ya sabes, uno que la vuelva normal. Se marchó de Xanth con el propósito de anular su magia, y ahora que se encuentra de nuevo aquí, tal vez desee una especie de contrahechizo. En este momento no es muy inteligente y...

Trent se acarició la barbilla.

—Estamos en la selva. No quisiera violar su intimidad. Pero...

—Quizá sea mejor que la busquemos.

—Hum. Bueno, supongo que podrás resistir otra transformación —decidió Trent—. Te convertiré en un sabueso. Es un animal mundano, una especie de perro, muy bueno en rastrear un olor. Si te topas con ella en algún acto privado..., vaya, pues serás un animal y no un mirón humano.

Bruscamente, Bink fue una criatura de nariz afilada, orejas caídas y un excelente sentido del olfato. Podía captar el rastro más ínfimo de cualquier olor..., estaba seguro de ello. Nunca se había dado cuenta de lo abrumadoramente importante que es el sentido del olfato. Qué extraño que siempre dependiera los sentidos menos desarrollados.

Trent escondió las provisiones en un falso árbol ahorcado y se volvió.

—Muy bien, Bink; búscala.

Bink le entendió a la perfección, pero no pudo contestarle ya que la suya no era una forma animal con habla.

El rastro de Camaleón era tan claro que le sorprendió que el mismo Trent no pudiera percibirlo. Bink bajó el hocico al suelo —cuan natural era que la cabeza estuviera situada tan cerca de la fuente primaria de información, en vez de hallarse tan estúpidamente alta como en el caso de Trent—, y avanzó decidido.

El rastro le llevó alrededor de un matorral y hacia el yermo. *Había* sido tentada para alejarse; con su actual estado de baja inteligencia, casi cualquier cosa podría engañarla. Sin embargo, no percibía ningún olor consistente, ya fuera animal o vegetal, que pudiera haber seguido. Eso le indicó que quizá se tratara de magia. Preocupado, Bink rastreó los senderos siguiendo su olor, con el Mago detrás de él. Una tentación mágica sólo podía significar problemas.

Pero su estela no le condujo a un ahorcador, o a una ciénaga de gases, o a la madriguera de un dragón alado. Esquivaba esos peligros obvios, casi siempre en dirección al sur, adentrándose en el corazón de la jungla. No había duda de que algo la había guiado más allá de todas las amenazas, pero ¿por qué? ¿Hacia dónde? ¿Por qué?

Bink reconoció la presencia, aunque no los detalles: algún fuego fatuo la había llamado, tentándola para que continuara siempre hacia delante, cada vez un poco más lejos de su alcance. Quizá le pareciera que le ofrecía una especie de elixir, un encantamiento que la volvería normal...; de modo que ella lo siguió. La conduciría hacia terrenos jamás hollados por nadie, donde se perdería, y la abandonaría ahí. No lograría sobrevivir durante mucho tiempo.

Bink dudó. No había perdido el rastro; eso nunca podría suceder. Pero había algo más.

—¿Qué pasa, Bink? —inquirió Trent—. Sé que estaba siguiendo a un *ignis fatuus*..., pero como no nos encontramos en un pantano, deberíamos ser... —Se interrumpió, notando la otra presencia.

Era un temblor en la tierra, como si un objeto sólido la estuviera golpeando. Un objeto que pesara muchas toneladas.

Trent miró a su alrededor.

—No puedo verlo, Bink. ¿Puedes olerlo?

Bink guardaba silencio. El viento soplaba en contra. Desde esta distancia, no podía olfatear lo que producía el ruido.

—¿Quieres que te transforme en algo más fuerte? —preguntó Trent—. No estoy seguro de que me guste la situación. Primero la ciénaga de gas, ahora esta extraña persecución.

Si Bink cambiaba de forma, ya no podría seguir el rastro de Camaleón.

Permaneció en silencio.

—Muy bien, Bink. Pero no te alejes de mí; puedo transformarte en una criatura que tenga la capacidad de enfrentarse a cualquier emergencia, pero has de permanecer en mi campo de acción. Tengo la impresión de que nos adentramos en un peligro muy serio..., o que este viene a nuestro encuentro —concluyó, sacando su espada.

Prosiguieron su avance..., pero los temblores se hicieron más enérgicos, convirtiéndose en un retumbar medido, como el causado por un animal enorme. No obstante, seguían sin ver nada. Ahora ya se encontraba directamente a sus espaldas, acercándose cada vez más.

—Será mejor que nos ocultemos —comentó Trent lúgubrementes—. La discreción es lo más importante del valor.

Buena idea. Se escondieron detrás de un árbol barril de cerveza y observaron en silencio.

El retumbar se hizo más sonoro. Extremadamente alto. Todo el árbol se sacudió con la fuerza de las vibraciones. ¡TRAMP, TRAMP, TRAMP! Unas ramas pequeñas cayeron del árbol y el tronco se agrietó. Salió un delgado chorro de cerveza, salpicando debajo del sensible hocico de Bink. Retrocedió; ni siquiera con su forma humana había sido un adepto de esa bebida. Espió por detrás del árbol...; seguía sin haber nada.

Por fin se hizo visible algo. Una rama cayó de un árbol de espigas, deshaciéndose. Los matorrales se abrieron con violencia. Parte del suelo se hundió. Más chorros de cerveza aparecieron en las nuevas grietas del tronco del árbol que les cobijaba impregnando el aire con su olor a malta. No obstante, aún no se veía nada tangible.

—Es invisible —susurró Trent, limpiándose una mano mojada de cerveza—. Un gigante invisible.

¡Invisible! Eso significaba que Trent no podría transformarlo. Tenía que ver aquello que deseaba encantar.

Juntos, en silencio, impregnados de los intensos vapores de la cerveza, contemplaron el paso del gigante. Aparecieron monstruosas huellas humanas, cada una de tres metros de largo, hundiéndose varios centímetros en la tierra de la selva. ¡TRAMP!..., y los árboles temblaron, perdiendo frutas y hojas de las ramas. ¡TRAMP!..., y un matorral de helados desapareció, convertido en una mera pátina descolorida de diferentes sabores en la plana superficie de la depresión. ¡TRAMP!..., y un árbol ahorcador se rodeó con sus tentáculos, asustado. ¡TRAMP!..., un tronco caído se astilló en un metro y medio de ancho, que era la huella del gigante.

Les llegó un olor sofocante, como el de un lanzador de hedores o el de una casa que rebosara de gente en el calor del verano. El delicado hocico de Bink se irritó.

—No soy un hombre cobarde —murmuró Trent—. Pero empiezo a sentir miedo.

Cuando ni un hechizo ni la espada puede tocar al enemigo... —Su voz tembló—. Ya sólo con su olor corporal resulta temible. Debe haber desayunado algo podrido.

Bink se dio cuenta de que tenía el pelo erizado. Había oído hablar del monstruo, pero se lo había tomado a broma. ¡Un gigante invisible... que se podía oler!

—Si es proporcionado —comentó Trent—, ese gigante deba medir veinte metros de altura. En Mundania, por razones puramente físicas, sería imposible. Pero aquí..., ¿quién se atreve a decir que no si la magia está involucrada? Está mirando por encima del bosque, no en su interior. —Se detuvo, pensativo—. Es obvio que no nos seguía a nosotros. ¿Adónde se dirige?

Al lugar al que fue conducida Camaleón, pensó Bink. Gruñó.

—Cierto, Bink. Será mejor que la localicemos pronto, ¡antes de que la pisen!

Continuaron su avance, y siguieron lo que ahora era un camino bien marcado. En el lugar en que las enormes huellas cruzaban con el rastro de Camaleón, el olor del gigante era tan fuerte que el sensible hocico de Bink se rebelaba, lo dominaba. Rodeó las huellas y captó el olor mucho más suave de Camaleón en el extremo opuesto.

Un silbido descendió en ángulos rectos al sendero que ellos seguían. Bink alzó la vista con nerviosismo..., y vio a un grifo que volaba con cuidado por entre los árboles.

Trent extrajo la espada y retrocedió hacia el negro tronco de un árbol de gasolina, de cara al monstruo. Bink, que no estaba en condiciones de luchar, mostró los dientes y se dirigió hacia la misma protección. Se alegraba de que no fuera un dragón; una buena lengua de fuego podría hacer explotar el árbol y destrozarnos a todos. En este caso, las salientes ramas del árbol entorpecerían el vuelo del monstruo, obligándole a luchar en el suelo. Seguía siendo algo arriesgado, pero reducía la zona de combate a dos dimensiones, lo cual era una gran ventaja para Bink y Trent. Quizá, si Bink lo distraía, Trent pudiera situarse dentro de la distancia de transformación.

El grifo se posó en tierra, plegando sus grandes alas brillantes. Su enroscada cola de león se retorció, y sus grandes garras delanteras de águila crearon surcos en el polvo. Su cabeza de águila se orientó hacia Trent.

—¿Caup? —preguntó.

Bink casi podía sentir ese pico mortal rasgando su carne. Un grifo vigoroso era capaz de vencer a un dragón de tamaño medio en combate individual, y este era fuerte. Entró en el campo de acción de la transformación.

—Sigue las huellas del gigante, por ahí —le dijo Trent al monstruo—. No puedes perderte.

—¡Baup! —repuso el grifo.

Se volvió, miró las pisadas del gigante, tensó sus músculos, extendió las alas y se lanzó al aire. Voló a baja altura, a lo largo del canal que el gigante invisible había abierto a través de la selva.

Trent y Bink intercambiaron unas miradas de asombro. Se habían salvado por poco; los grifos eran muy ágiles en combate, y la magia de Trent quizá no hubiera actuado a tiempo.

—¡Sólo quería que lo orientáramos! —exclamó Trent—. Allí delante debe estar ocurriendo algo muy extraño. Es mejor que nos demos prisa. Sería lamentable que algún culto semihumano estuviera llevando a cabo sacrificios rituales.

¿Sacrificios rituales? Bink gruñó su confusión.

—Ya sabes —explicó Trent—: altares llenos de sangre, una hermosa doncella virgen...

—¡Rrour! —Bink se lanzó a toda velocidad por el sendero.

Pronto escucharon un estruendo que surgió delante de ellos. Era una mezcla de pisadas, crujidos, rugidos, graznidos y más crujidos.

—Parece más una batalla que una fiesta —observó Trent—. No se me ocurre qué...

Por fin pudieron ver lo que ocurría. Se detuvieron, estupefactos.

Era una sorprendente reunión de criaturas, formadas en un círculo abierto, de cara al interior: dragones, grifos, mantícoras, arpías, serpientes terrestres, trolls, goblins, hadas, y muchos más como para captarlos todos a primera vista. Incluso había unos pocos seres humanos. No se trataba de un algo casual; cada uno estaba concentrado en ejercicios individuales: unos pisoteando el suelo, otros dándole tarascadas al aire, juntando sus cascos y golpeando las rocas. En el interior del círculo había un número de criaturas muertas o moribundas, ignoradas por los demás. Bink pudo ver y olfatear la sangre; también oyó sus gemidos de agonía. No cabía duda de que se trataba de una batalla..., pero ¿dónde estaba el enemigo? No era el gigante invisible; sus huellas se encontraban aisladas en un cuadrante, sin adentrarse en el territorio de sus vecinos.

—Creí que sabía algo sobre magia —murmuró Trent, sacudiendo la cabeza—, pero no entiendo lo que ocurre. Estas criaturas son enemigos naturales; sin embargo, se ignoran mutuamente y no se alimentan de los caídos. ¿Habrán descubierto algún alijo de hierba de loco?

—¡Boof! —exclamó Bink.

Había visto a Camaleón. Tenía dos piedras grandes y planas en las manos y las sostenía a unos treinta centímetros de distancia, al tiempo que miraba con intensidad entre ellas. De repente, las unió con tal fuerza que cayeron de sus manos. Escudriñó el aire encima de ellas, sonrió de modo enigmático, las recogió y repitió el proceso.

Trent siguió la mirada de Bink.

—¡Hierba de Loco! —repitió. Pero Bink no pudo olisquear ningún rastro de loco—. Ella también está afectada. O puede tratarse de un hechizo zonal. Mejor será que retrocedamos si no queremos que nos afecte.

Empezaron a retirarse, aunque Bink no quería abandonar a Camaleón. Un canoso

y viejo centauro trotó hasta ellos.

—¡No vaguéis por aquí! —restalló—. Dirigíos hacia el cuadrante norte. —Señaló—. Hemos sufrido bastantes pérdidas allí, y Pies Grandes no puede hacerlo todo. Ni siquiera puede ver al enemigo. Llegará de un momento a otro. Coged algunas rocas; ¡no emplees tu espada, tonto!

—¿Que no use mi espada en qué? —exigió Trent.

—En los culebreadores, naturalmente. Corta a uno por la mitad, y lo único que conseguirás será tener a dos culebreadores. Tú...

—¡Los culebreadores! —exclamó Trent, y Bink gruñó su propio enfado.

El centauro olfateó el aire.

—¿Has estado bebiendo?

—El paso de Pies Grandes agujereó el árbol de cerveza detrás del que nos ocultábamos —explicó Trent—. ¡Creí que los culebreadores habían sido erradicados!

—Igual que todos los que estamos presentes —comentó el centauro—. Pero hay una colonia enorme aquí. Tienes que aplastarlos, o masticarlos, o quemarlos, o ahogarlos. No podemos permitir que escape ni uno. ¡Ahora moveos!

Trent miró a su alrededor.

—¿Dónde están las piedras?

—Aquí. He reunido unas cuantas. —El centauro les mostró el camino—. Sabía que yo solo no podría solucionarlo, por lo que envié varios fuegos fatuos en busca de ayuda.

De repente, Bink reconoció al centauro: era Herman, el Ermitaño. Exiliado por obscenidad de la comunidad de centauros hacía unos diez años. Era sorprendente que hubiera sobrevivido en el corazón del yermo...; sin embargo, los centauros eran seres duros.

Trent no lo había reconocido. El episodio había tenido lugar después de su exilio. Pero conocía bien los horrores que representaban los culebreadores. Cogió dos buenas rocas del montón de Herman y se encaminó hacia el cuadrante norte.

Bink le siguió. También él tenía que prestar su ayuda. Si uno solo de los culebreadores lograba escapar, en algún momento del futuro surgiría otro enjambre, al que quizá no logran detener a tiempo. Alcanzó al Mago.

—¡Boof! ¡Boof! —ladró con urgencia.

Trent mantuvo la vista hacia el frente.

—Bink, si te transformo aquí y ahora, los demás lo verán y sabrán quién soy. Quizá se vuelvan en mi contra..., y el asedio a los culebreadores se romperá. Creo que podemos contener al enjambre con todos los poderes de las criaturas reunidas; el centauro ha organizado muy bien el esfuerzo. Tu forma natural no estará mejor equipada para librar esta guerra que la que posees en este momento. Espera hasta que todo termine.

Bink no quedó satisfecho con los motivos, pero parecía que no le quedaba otra elección. Tomó la decisión de ser útil tal como era. Quizá pudiera descubrir a los culebreadores por medio del olfato.

A medida que llegaban al cuadrante que les había sido asignado, un grifo emitió un graznido sonoro y se derrumbó. Se parecía al que habían dirigido hacia aquí; seguro que había perdido el contacto con su fuego fatuo. No obstante, todos los grifos parecían y olían iguales para Bink. Objetivamente, poco importaba; todas las criaturas tenían una misma meta. Sin embargo, se identificó un poco con el grifo. Corrió hacia él, con la esperanza de que la herida no fuera crítica.

La criatura sangraba por una herida mortal. Un culebreador había atravesado su corazón de león.

Los culebreadores recorrían trayectorias súbitas por túneles mágicos que ellos mismos abrían. Entonces se detenían para reposar, o, quizá, sólo para meditar en temas filosóficos, en realidad, nadie conocía los motivos que tenían los culebreadores. Por lo tanto, el que había matado al grifo debía andar cerca. Bink olfateó y captó su ligero olor putrefacto. Se orientó hacia él, y vio su primer culebreador vivo.

Medía cinco centímetros y tenía una leve forma agusanada; flotaba inmóvil en el aire. Apenas representaba la amenaza que de verdad era. Ladró, señalándolo con el hocico.

Trent le oyó. Se dirigió hacia allí con las piedras.

—Buen trabajo, Bink —gritó.

Aplastó al culebreador entre las dos rocas. Cuando las separó, el cuerpo aplastado y muerto del diminuto monstruo cayó al suelo. ¡Uno menos!

¡Zzapp!

—¡Ahí va otro! —exclamó Trent—. Abren túneles a través de cualquier cosa, incluso del aire, razón por la que oímos como el hueco se colapsa detrás de ellos. Este debe andar por... ¡aquí!

De nuevo unió las dos piedras con fuerza, aplastando al culebreador.

Poco después, todo fue un caos. Los culebreadores creaban túneles hacia el exterior, cada uno siguiendo su propio camino, era imposible determinar durante cuánto tiempo permanecerían inmóviles —segundos o minutos—, o a qué distancia saltarían... centímetros o metros. Pero cada culebreador seguía con precisión la dirección que había iniciado, ni siquiera se desviaba una fracción, de modo que podían rastrear la línea y localizarlos con bastante rapidez. Si alguien se interponía delante de un culebreador en el momento equivocado, era limpiamente atravesado...; y, si el agujero pasaba por algún órgano vital, moría. No obstante, era imposible escudarse detrás de nada, además cuanto más te acercaras al enjambre, más culebreadores había. Eran tantos, que una criatura que estuviera aplastando a un

culebreador podía ser atravesada por otro. Era imperioso hacerles frente en el borde exterior de la onda expansiva y coger primero a los líderes.

Realmente, los culebreadores no parecían tener cerebro o, por lo menos, eran indiferentes a lo que aconteciera en el exterior. Sus preestablecidas trayectorias culebreantes agujereaban todo —cualquier cosa— lo que les saliera al paso. Si una persona no localizaba pronto al culebreador, era demasiado tarde, ya que la cosa se desvanecía de nuevo. Sin embargo, era peligroso encontrar a un culebreador inmóvil, debido a que, de costado, parecía un tallo arrancado y, desde el extremo, un tallo retorcido. Tenía que moverse para llamar la atención..., y, entonces, podía ser demasiado tarde para aplastarlo.

—Esto es como estar en un campo de tiro intentando coger las balas a medida que pasan —musitó Trent.

Pareció otra alusión mundana; evidentemente, a los culebreadores mundanos se les llamaba balas.

El gigante invisible trabajaba a la derecha de Bink, tal como su hocico le indicaba con claridad. ¡TRAMP!..., y un culebreador fue aplastado fuera de la existencia. Quizá cien culebreadores al mismo tiempo. Lo mismo le ocurría a todo lo que cayera bajo sus pies. Bink no se atrevió a buscar culebreadores para Pies Grandes; sería su propia sentencia de muerte. Por lo que sabía, el gigante aplastaba al azar. Era un modo tan buen como cualquier otro.

A su izquierda había un unicornio. Cuando localizaba a un culebreador, lo aplastaba entre el cuerno y las patas, o cerraba la boca sobre él y lo despedazaba entre los dientes equinos. A Bink le pareció una forma desagradable y peligrosa de actuar, ya que, si no calculaba bien el tiempo en que el culebreador...

¡Zzapp! Un agujero apareció en la quijada del unicornio y fluyó la sangre. La criatura emitió un relincho de angustia. Pero luego trotó a lo largo de la trayectoria de la línea. Localizó el culebreador y bajó de nuevo la cabeza, utilizando el otro lado de su mandíbula.

Bink admiró el valor del unicornio. No obstante, tenía que continuar con su trabajo. Dos culebreadores acababan de aparecer a su alcance. Le señaló el más cercano a Trent y luego corrió hacia el otro, con el temor de que Trent no llegara a tiempo. Sus dientes de sabueso estaban diseñados para cortar y desgarrar, no para masticar, pero quizá le sirvieran. Mordió al culebreador.

Estalló de forma desagradable. El cuerpo era firme, pero no duro de verdad, y los jugos salieron disparados. El sabor era terrible. Contenían una especie de ácido... ¡yechh! Sin embargo Bink masticó varias veces con cuidado, asegurándose de que lo aplastaba; sabía que cualquier fragmento que no masticara desaparecería en la forma de un culebreador diminuto, tan peligroso como el original. Escupió los restos. Seguro que su boca ya nunca más sería la misma.

¡Zzapp! ¡Zzapp! Dos culebreadores en las proximidades. Trent oyó a uno y se encaminó hacia él; Bink buscó al otro. Pero, al tiempo que ambos los localizaban, sonó un tercer ¡zzapp! en medio de los dos. A medida que la gran masa de culebreadores alcanzaba el perímetro, el ritmo aumentaba. ¡Había demasiados para poder seguirlos a todos! Quizás el enjambre estuviera compuesto por millones de culebreadores.

Encima de ellos retumbó un rugido ensordecedor.

—¡OOAAOOHUGH!

Herman, el centauro, pasó al galope. La sangre caía de su costado por una herida producida por un culebreador.

—¡Han alcanzado a Pies Grandes! —gritó—. Apartaos de su lado.

—¡Pero está saliendo todo el enjambre de culebreadores! —dijo Trent.

—¡Lo sé! Sufrimos grandes pérdidas alrededor de todo el perímetro. Es un enjambre mayor de lo que creí, mucho más basto en el centro. De todos modos, no podemos contenerlos. Hemos de formar otro círculo de contención y mantener la esperanza de que llegue más ayuda. Salvaos antes de que caiga el gigante.

Era un buen consejo. Una huella enorme apareció en el territorio de Bink cuando el gigante trastabilló. Se apartaron rápidamente de ahí.

—¡AAOOGAHH! —aulló el gigante. Surgió otra huella, ahora en dirección al centro del círculo. Sopló una ráfaga de aire cuando cayó, impregnada del olor del gigante—. ¡GOUGH-OOOAAAA-AAHH...!

El sonido se proyectó desde una altura de veinte metros en dirección al núcleo del enjambre de culebreadores. El estruendo fue como el de un pino petrificado talado por la magia: ¡BUUUMP!

Herman, que se había refugiado detrás del mismo árbol de gelatina que Trent y Bink, se limpió un chorro de gelatina de un ojo y agitó con tristeza la cabeza.

—¡Ahí cae un hombre grande! Pocas esperanzas nos quedan ya de frenar la amenaza. Estamos desorganizados y con poco personal, y la fuerza del enemigo se abre hacia el exterior. Sólo un huracán podría atraparlos a todos, y el aire está despejado. —Miró de nuevo a Trent—. Me resultas familiar. ¿No eres...? Sí. Hace veinte años...

Trent alzó una mano.

—Lamento la necesidad de... —comenzó.

—No, aguarda, Mago —dijo Herman—. No me transformes. No traicionaré tu secreto. Si te hubiera deseado algún mal, podría haberte aplastado el cráneo con un casco. ¿Acaso desconoces por qué fui exiliado de los míos?

Trent se detuvo.

—No lo sé, ya que desconozco quién eres.

—Soy Herman, el Ermitaño, castigado por la obscenidad de practicar la magia.

Por invocar fuegos fatuos. Se supone que ningún centauro...

—¿Quieres decir que los centauros pueden practicar magia?

—Podrían..., si lo desearan. Nosotros, los centauros, llevamos tanto tiempo en Xanth que nos hemos vuelto una especie natural. Sin embargo, la magia es considerada...

—Obscena —acabó Trent por él, exponiendo el pensamiento de Bink. De modo que las criaturas mágicas inteligentes podían realizar magia; su incapacidad era algo cultural, no genético—. Así que te convertiste en un ermitaño del yermo.

—Correcto. Comparto tu humillación del exilio. Pero ahora tenemos una necesidad más importante que la intimidad. ¡Utiliza tu talento para abolir la amenaza de los culebreadores!

—No puedo transformarlos a todos. Debo concentrarme en uno cada vez, y hay demasiados...

—No me refiero a eso. Hemos de cauterizarlos. Tenía la esperanza de que mis fuegos atraerían a alguna salamandra...

—¡Una salamandra! —exclamó Trent—. ¡Por supuesto! Aun así, el fuego no se extenderá con la suficiente velocidad como para quemarlos a todos y, si lo hiciera, las mismas llamas serían imparables luego; una amenaza mucho mayor que los culebreadores. Simplemente cambiaríamos una devastación por otra.

—No tiene que ser así. Las salamandras tienen ciertas restricciones y, con anticipación, pueden ser controladas. Pensaba en...

¡Zzapp! En el tronco del árbol apareció un agujero. La gelatina chorreó como si se tratara de sangre de color púrpura, Bink se adelantó para masticar al culebreador, que afortunadamente, había pasado entre ellos sin herir a ninguno. ¡Yuch! ¡Qué sabor!

—Están dentro de los árboles —dijo Trent—. Algunos, necesariamente, penetrarán en el interior de las cosas. Es imposible coger a esos.

Herman trotó hasta un matorral inclasificable. Arrancó unos manojos.

—Hierbas de salamandra —explicó—. En mis años de aislamiento, me he convertido en un experto naturalista. Esto es lo único que una salamandra no puede quemar. Representa una barrera natural contra el fuego; llega un momento en que las llamas son detenidas por las hierbas. Si confecciono unos arcos con esto, podré conducir a una salamandra alrededor de un círculo justo más allá de la plaga...

—Pero ¿cómo detendremos el fuego antes de que destruya a Xanth? —preguntó Trent—. No podemos depender de la magia de las hierbas; la mitad del yermo podría verse desolado antes de que muriera el fuego. Y nosotros no seremos capaces de apagarlo a tiempo. —Se detuvo—. ¿Sabes?, esa debe ser la razón de que tus fuegos no llamasen a ninguna salamandra. Seguro que esta densa selva posee hechizos de repulsión de Salamandras, lo cual las mantiene alejadas, ya que un incendio semejante dañaría todo el entorno. Sin embargo, si iniciáramos un fuego...

Herman alzó una vigorosa mano para acallarlo. Era un centauro viejo, pero todavía fuerte; el brazo poseía unos magníficos músculos.

—¿Sabes que el fuego de las salamandras arde sólo en la dirección en la que se inicia? Si formamos un círculo con las llamas en dirección hacia el interior...

—¡Ya lo comprendo! —exclamó Trent—. Se apagará él solo cuando llegue al centro —miró a su alrededor—. ¿Bink?

¿Quién más? A Bink no le atraía la idea de ser una salamandra; sin embargo, cualquier cosa era mejor que dejarles Xanth a los culebreadores. Ninguna persona o criatura estaría a salvo si los enjambres escapaban a todo control. Se acercó a ellos.

De repente fue un anfibio pequeño y brillante, de unos veinte centímetros de largo de extremo a extremo. Una vez más recordó el presagio que había visto al comienzo de su aventura: aquel camaleón también se había convertido en una salamandra antes de ser tragado por el halcón. ¿Había llegado ya su hora?

El suelo que pisaba ardió en llamas. La arena que había debajo no se incendiaría, pero todo lo que hubiera encima le serviría de combustible.

—Trepá aquí —le dijo Herman, sosteniendo un zurrón que había formado con hierbas de salamandra—. Te llevaré en un largo arco hacia la izquierda. Asegúrate de dirigir tu fuego hacia el interior y en esa misma dirección. —Para cerciorarse de que Bink lo entendía, señaló con su mano izquierda.

Bueno, unas limitaciones tan estrictas mitigarían la diversión, pero...

Bink trepó a la red. El centauro la recogió y la mantuvo a toda distancia que le permitió el brazo, ya que Bink estaba *caliente*. Lo único que le impedía liberarse eran esas frustrantes hierbas de salamandra.

Herman galopó.

—¡Apartaos! ¡Apartaos! —gritó, con un volumen de voz sorprendente, a las dispersas y heridas criaturas que todavía intentaban detener a los culebreadores—. Los incineraremos. ¡Salamandra! —se dirigió a Bink—: ¡A la izquierda! ¡A la izquierda!

Bink tenía la esperanza de que se hubiera olvidado de esa restricción. Ah, bueno, medio incendio era mejor que ninguno. Vomitó una lámina de fuego. Todo lo que tocó ardió de inmediato con intensidad. Ramas, hojas, árboles enteros, incluso los cadáveres de los monstruos caídos..., las llamas lo consumieron todo. Esa era la naturaleza del fuego de la salamandra... ardía de forma mágica, sin necesitar otras condiciones. No había tormenta que pudiera apagarlo, ya que también el agua ardía. Todo menos las rocas y la tierra..., y las hierbas de salamandra. ¡Malditas hierbas!

Se produjo un apresurado éxodo. Dragones, grifos, goblins y hombres se apartaron del camino del terrible fuego. Toda forma que pudiera moverse se alejó..., salvo los culebreadores, que continuaban de forma tan estúpida como siempre.

Las llamas se extendieron hasta devorar a los árboles, consumiéndolos con una

tremenda rapidez. Un árbol ahorcador se retorció en agonía mientras era incinerado, y el olor de la cerveza y la gelatina quemadas se extendió. Ya se estaba formando una guadaña de tierra chamuscada, con la arena de las cenizas como trazos que marcaban el camino que habían recorrido. ¡Glorioso!

¡Zzapp! Bink cayó al suelo. Un culebreador, con la suerte ciega de su lado, había agujereado la mano derecha de Herman. Bien. Bink podría salir de la red y dedicarse seriamente al trabajo, creando el mayor resplandor de toda la historia de las salamandras.

Pero el centauro se volvió y cogió la red con la mano izquierda. Las llamas rozaron momentáneamente sus dedos y las yemas se convirtieron en cenizas, pero resistió con los muñones. ¡Maldito fuera el valor del Ermitaño!

—¡Sigue! —gritó Herman, recuperando la velocidad perdida—. Hacia la izquierda.

Casi habían completado el círculo; el centauro sí que se movía. Corrieron hacia el comienzo de la guadaña que habían comenzado, deteniéndose sólo para dejar que unos pocos monstruos que estaban atrapados escaparan de su muerte. La última en salir fue la gran serpiente terrestre, treinta metros de larguísimo torso.

Trent se encontraba allí, organizando a los animales para que formaran en un grupo de limpieza, que interceptaba a los locos culebreadores que había fuera del círculo de fuego. Ahora que la gran mayoría de los culebreadores estaban siendo aniquilados, era posible perseguir a los restantes de forma individual. Todos los supervivientes debían ser aplastados.

El fuego se concentró en la colmena original de los culebreadores. Sonó un rugido ensordecedor: «¡AAOOGAAH!». Algo se movió, invisible a los ojos.

—¡Pies Grandes! —exclamó Trent—. Está ahí dentro, vivo.

—Creí que había muerto. —Comentó Herman, horrorizado—. Ya hemos cerrado el círculo; no podemos permitir que salga.

—Le atravesaron las piernas, de modo que cayó..., pero no había muerto —dijo Trent—. La caída le habrá hecho perder el sentido durante un rato. —Contempló las ondulantes llamas, que ahora marcaban la silueta de un hombre de proporciones gigantescas, tendido en el suelo, moviéndose. Les llegaba un olor a basura quemada—. Es demasiado tarde.

El gigante predestinado se agitó. Se esparcieron lenguas de fuego. Algunas cayeron en la selva, más allá del círculo.

—¡Apagad esas llamas! —gritó el centauro—. Pueden iniciar un incendio forestal.

Nadie podía apagar, mover o incluso contener el fuego. Nadie salvo el mismo Herman, con su red de hierbas. Desalojó a Bink y galopó hacia el más cercano, que estaba peligrosamente próximo a un árbol de gasolina.

Trent realizó un gesto rápido y Bink retornó a su forma humana. Se apartó de un salto del chamuscado suelo por el que había pasado su forma de salamandra. Qué poder poseía el Mago Maligno; podría destruir Xanth en cualquier momento creando docenas de salamandras.

Bink parpadeó..., y vio a Camaleón, que perseguía un culebreador entre los dientes de fuego que se habían formado de las ramas caídas. ¡Estaba demasiado concentrada, o era demasiado estúpida, para darse cuenta del peligro!

Corrió tras ella.

—¡Camaleón! ¡Vuelve! —No le prestó atención, leal a su trabajo. La alcanzó y la hizo girar—. El fuego se está encargando de los culebreadores. Tenemos que salir de aquí.

—Oh —repuso ella, concisa.

Su vestido, que había sido llamativo, se hallaba hecho jirones, y el polvo manchaba su rostro; sin embargo, era dolosamente hermosa.

—Vamos. —La cogió de la mano y tiró de ella.

Pero una decidida lengua de fuego había llegado hasta ellos por detrás. Se encontraban atrapados en una isla que se cerraba.

¡El presagio! Al fin había atacado..., a Camaleón y a él.

Herman saltó por encima de la lengua, con la espléndida habilidad de un centauro.

—¡Sobre mi lomo! —gritó.

Bink cerró los brazos en torno de Camaleón y la depositó sobre la espalda del Ermitaño. Era maravillosamente flexible, estrecha de cintura y ancha de caderas. No es que tuviera que concentrarse en esas cosas. Pero su posición detrás mientras ella se deslizaba de barriga sobre el centauro hizo que los pensamientos fueran inevitables. Le dio a su atractivo trasero un poco gracioso empujón para situarla y, luego, él también saltó a la espalda del centauro.

Herman comenzó a trotar, después a galopar, preparado para saltar por encima de las llamas con su pesada carga.

¡Zzapp! Había un culebreador cerca.

El centauro trastabilló.

—¡Me ha atravesado! —gritó. Se volvió a recuperar, hizo un esfuerzo convulsivo y dio el salto.

Quedó corto. Sus patas delanteras se doblaron, y las traseras permanecieron en las llamas. Bink y Camaleón fueron arrojados hacia delante, aterrizando a ambos lados del torso humano. Herman cogió a cada uno de un brazo y con un último esfuerzo el centauro, los lanzó más allá de la zona de peligro. Trent vino corriendo.

—¡Ermitaño, estás ardiendo! —exclamó—. Te transformaré...

—No —repuso Herman—. Me han atravesado el hígado. Estoy acabado. Deja

que el limpio fuego me consuma. —Hizo una pausa—. Para acabar pronto con la agonía..., tu espada, por favor —y se señaló el cuello.

Bink habría contemporizado, fingiendo no comprender, con tal de retrasar lo inevitable. El Mago Maligno tuvo más compasión.

—Como digas —aceptó Trent.

De repente, la espada apareció en su mano y trazó un fulminante arco..., y la noble cabeza del centauro voló, desprendida de su cuerpo, hasta aterrizar erguida más allá de las llamas.

Bink contempló la escena, horrorizado. Nunca antes había sido testigo de un asesinato tan a sangre fría.

—Te lo agradezco —repuso la cabeza—. Has acabado con la agonía de un modo muy eficaz. Tu secreto muere conmigo.

Los ojos del centauro se cerraron.

Herman el Ermitaño lo había querido realmente así. Trent lo comprendió bien y actuó al instante. Bink habría realizado una chapuza.

—Era una criatura que me habría sentido orgulloso de tener como amigo —comentó Trent con tristeza—. Le habría salvado si hubiera estado en mi poder.

Luces diminutas danzaron alrededor de la cabeza. En un principio, Bink creyó que se trataba de chispas, pero no ardieron.

—Los fuegos fatuos —murmuró Trent—. Presentando sus últimos respetos.

Las luces se dispersaron, llevándose consigo sus vagas imágenes de maravillas apenas vislumbradas y gozos nunca experimentados del todo. El fuego consumió el cuerpo, luego la cabeza, y se dirigió hacia una zona ya calcinada. La mayor parte de las llamas se hallaban ahora en el centro del círculo, donde el gigante invisible había dejado de retorcerse.

Trent alzó la voz.

—Que todas las criaturas guarden silencio, en respeto por Herman el Ermitaño, humillado por su propia especie, que murió en defensa de Xanth. Y por Pies Grandes y todas las demás criaturas que han sufrido una muerte similar.

La multitud calló. El silencio se hizo absoluto; ni siquiera se oía el zumbido de un insecto. Un minuto, dos minutos, tres..., ningún sonido. Era una fantástica reunión de monstruos, inmóviles y con las cabezas inclinadas, en deferencia por aquellos que con tanto valor habían luchado contra el enemigo común. Bink estaba muy emocionado; nunca más pensaría en las criaturas mágicas y salvajes como meros animales.

Al fin, Trent alzó la vista.

—Xanth se ha salvado gracias a Herman... y a todos vosotros —anunció—. Los culebreadores han sido exterminados. Dispersaos, con nuestra gratitud, y marchaos con orgullo. No existe ningún servicio más importante que hayáis podido prestar, y

yo os saludo.

—Pero quizá hayan escapado algunos culebreadores —protestó Bink con un susurro.

—No. Ninguno escapó. El trabajo ha sido bien hecho.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Durante el silencio no escuché ningún sonido de su vuelo. No hay culebreadores que permanezcan inmóviles durante más de tres minutos.

La boca de Bink se abrió. El silencio de respeto y duelo, a pesar de su sinceridad, había servido también para verificar que la amenaza había sido aniquilada. A Bink nunca se le habría ocurrido. Con qué competencia había adoptado Trent la difícil y exigente tarea del liderazgo, una vez que había muerto el centauro. Y sin traicionar su secreto.

Los diferentes monstruos se dispersaron en paz, respetando la tregua tácita del esfuerzo realizado en común. Muchos estaban heridos, pero llevaban su dolor con la misma dignidad y coraje con que lo había hecho Herman, sin irritación. La gran serpiente terrestre se marchó deslizándose, y Bink contó media docena de agujeros que atravesaban su cuerpo; en ningún momento se detuvo. La serpiente, al igual que los otros, había venido para hacer lo que debía ser hecho...; sin embargo, en futuros encuentros, sería tan peligrosa como siempre.

—¿Continuamos nuestro viaje? —preguntó Trent, mirando por última vez la llana superficie del desolado disco de cenizas.

—Será lo mejor —repuso Bink—. Creo que el fuego ya se está extinguiendo.

De repente, una vez más fue la esfinge, con la mitad de la altura del gigante invisible y mucho más sólida. Parecía que Trent había llegado a la conclusión de que las transformaciones múltiples eran seguras. Trent y Camaleón se subieron a él, y regresaron por el sendero hasta el lugar donde habían ocultado sus provisiones.

—Basta de paradas de desahogo —murmuró Bink atronadoramente.

Alguien rio entre dientes.

15

Duelo

Subieron por una cresta del bosque..., y, de pronto, el yermo terminó. Los azules campos de una plantación de vaqueros se extendieron ante ellos: la civilización.

Trent y Camaleón desmontaron. Bink había andado toda la noche, incansable, durmiendo mientras sus grandes piernas se movían por sí mismas. Nada había molestado al grupo; incluso las cosas más salvajes del yermo tenían cierto sentido de la cautela. Era media mañana de un día claro y despejado. Se sentía bien.

De repente volvió a ser un hombre..., y aún se sentía bien.

—Creo que aquí es donde al fin nos separamos —comentó.

—Lamento que no estemos de acuerdo en otros temas —repuso Trent, extendiendo la mano—. Sin embargo, creo que la separación limará esas diferencias. Ha sido un placer conocerlos a los dos.

Bink aceptó estrechar la mano; le dominaba una extraña sensación de tristeza.

—Supongo que, por definición y talento, eres el Mago Maligno..., pero ayudaste a salvar a Xanth de los culebreadores y has sido un amigo. No apruebo tus planes, pero... —Se encogió de hombros—. Adiós, Mago.

—Lo mismo digo —expuso Camaleón, dirigiéndole a Trent una sonrisa arrebatadora, que compensó la falta de elegancia de sus palabras.

—¡Vaya, qué escena tan encantadora! —dijo una voz.

Los tres se volvieron, a la defensiva..., pero no vieron nada.

Nada, salvo unas prendas maduras que colgaban de sus verdes ramas y el repulsivo borde de la selva.

Entonces, se formó un remolino de humo denso.

—Un genio —señaló Camaleón.

Pero Bink reconoció la figura que cobraba forma.

—No tendremos esa suerte —replicó—. Es la Hechicera Iris, señora de la ilusión.

—Gracias por la elegante presentación, Bink —repuso la forma de aspecto sólido.

Estaba de pie bajo el árbol, adorable, con una túnica corta...; no obstante, Bink no sintió ninguna tentación. Camaleón, en la madurez de su belleza, poseía una atracción natural, aunque mágica, que la Hechicera no podía duplicar por medio de sus artificios.

—Así que esta es Iris —dijo Trent—. Había oído hablar de ella antes de marcharme de Xanth, ya que es de mi generación, pero nunca llegamos a conocernos. Ciertamente, domina su talento.

—Lo que ocurre es que en esa época yo no suspiraba por la transformación —indicó Iris, mirándole con picardía—. Dejaste detrás de ti un reguero de sapos, árboles, bichos y unas cuantas cosas más. Pensé que habías sido exiliado.

—Los tiempos cambian, Iris. ¿No nos viste en el yermo?

—Si he de ser sincera, no. Esa selva es un sitio horrible; posee bastantes hechizos que anulan la ilusión, y no tenía la menor idea de que hubierais regresado a Xanth. Creo que nadie lo sabe, ni siquiera Humfrey. Lo que atrajo mi atención fue la enorme esfinge; no obstante, no estaba convencida de que tú estuvieras involucrado hasta que te vi transformarla en Bink. Sabía que él había sido exiliado hace poco, de modo que tenía que haber algo extraño. ¿Cómo atravesasteis el Escudo?

—Los tiempos cambian —repitió Trent de forma enigmática.

—Sí, así es —aceptó ella, irritada porque no le respondiera. Los miró uno a uno. Bink no sabía que pudiera proyectar sus ilusiones con tanta eficacia desde tan lejos, o que percibiera las cosas a tanta distancia. Las ramificaciones del poder de los Magos y las Hechiceras era sorprendente—. ¿Hablamos de negocios?

—¿Negocios? —inquirió Bink.

—No seas ingenuo —murmuró Trent—. La muy zorra se refiere al chantaje.

Así que se trataba del enfrentamiento entre dos magias poderosas. Quizá se anularan mutuamente y Xanth, después de todo, quedara a salvo. Bink no había anticipado esta situación.

Iris le miró.

—¿Estás seguro de que no deseas reconsiderar la oferta que te hice, Bink? —preguntó—. Podría hacer que tu exilio fuera revocado. Aún podrías ser Rey. Es el momento justo. Y, si de verdad prefieres un aspecto inocente en las mujeres... —De pronto tuvieron delante a otra Camaleón, tan hermosa como la verdadera—. Cualquiera cosa que desees, Bink..., y con un cerebro.

La última alusión a la inteligencia de la muchacha molestó a Bink.

—Tírate por el Desfiladero —repuso.

La figura recuperó su forma de Iris la hermosa. Se encaró con Camaleón.

—No te conozco, querida, pero sería una pena que fueras el alimento de algún dragón.

—¡Un dragón! —gritó Camaleón, asustada.

—Es el castigo normal por violar el exilio. Cuando se lo notifique a las autoridades, y os localicen con sus rastreadores de magia, y comprueben vuestro estatus social...

—¡Déjala en paz! —exclamó Bink, furioso.

Iris lo ignoró.

—Ahora bien, si pudieras convencer a tu amigo de que cooperara —prosiguió, dirigiéndose a Camaleón—, evitarías esa horrible muerte, a los dragones les encanta masticar miembros bonitos, ¿sabes?, y seguirías siendo hermosa todo el tiempo. —Iris había proclamado que no conocía a Camaleón; sin embargo, era evidente que había analizado la situación a fondo—. Puedo hacer que, en tus otras fases, parezcas

tan hermosa como ahora.

—¿De veras? —preguntó Camaleón ilusionada.

—Los engaños de la Hechicera son buenos —le susurró Trent a Bink con ambigüedad.

—Carece de verdad —replicó Bink—. Sólo posee ilusión.

—Una mujer es lo que aparenta ser —le dijo Iris a Camaleón—. Si aparece adorable a los ojos y lo es al tacto, entonces es adorable. Es de lo único que se preocupan los hombres.

—No la escuches —repuso Bink—. La Hechicera lo único que desea es utilizarte.

—Incorrecto —comentó Iris—. Quiero utilizarte *a ti*, Bink. No le deseo ningún mal a tu amiga... mientras cooperes conmigo. No soy celosa. Lo que deseo es el poder.

—¡No! —gritó Bink.

Camaleón, siguiendo su reacción de forma insegura, repitió:

—No.

—Ahora tú, Mago Trent —dijo Iris—. No te he observado mucho, pero pareces un hombre de palabra, por lo menos cuando te conviene. Podría hacer que fueras un Rey formidable... o que los guardias de palacio te mataran en cinco minutos.

—Los transformaría —indicó Trent.

—¿Desde lejos? Tal vez —comentó, enarcando una ceja el señal de escepticismo—. Aunque dudo que llegaras a ser Rey después de ese incidente. Toda la tierra de Xanth intentaría matarte. Seguro, transformarías a muchos, pero..., ¿cuándo dormirías?

¡Un golpe certero! El Mago Maligno ya había sido atrapado una vez mientras dormía. Si se viera expuesto antes de que consiguiera rodearse de tropas leales, no lograría sobrevivir.

¿Por qué habría de molestar eso a Bink? Si la Hechicera traicionaba al Mago Maligno, Xanth estaría seguro..., y sin que Bink hubiera tenido que intervenir en el asunto. Sus manos estarían limpias. No habría traicionado ni a su país ni a su compañero. Permanecería al margen.

—Cierto, pero podría darles mi forma a algunos animales o a ciertas personas —dijo Trent—. Entonces sería muy difícil que los patriotas supieran a quién debían matar.

—No funcionaría —comentó Iris—. Ninguna imitación engañaría a un rastreador de magia una vez se centrara en su búsqueda.

Trent lo pensó.

—Sí, me resultaría muy difícil sobrevivir en tales circunstancias. Analizándolo, creo que debería aceptar tu oferta, Hechicera. Claro que hay que arreglar ciertos detalles...

—¡No puedes! —gritó Bink, asustado.

Trent le miró, fingiendo una leve perplejidad.

—Me parece razonable, Bink. Deseo ser Rey; Iris desea ser Reina. De esta forma, queda el suficiente poder para que lo compartamos. Tal vez tendríamos que definir las esferas de influencia. Se trataría de un matrimonio de conveniencia...; pero, de momento, no siento ningún interés por otra clase de relación.

—Bien, bien —sonrió Iris con aire victorioso.

—¡Bien, nada! —exclamó Bink, consciente de que la decisión anterior de mantenerse al margen estaba siendo cancelada—. Los dos sois traidores a Xanth. No lo permitiré.

—¡Que tú no lo permitirás! —Iris se rio de forma hiriente—. ¿Quién demonios crees que eres, imbécil sin talento?

Estaba claro que, ahora que había encontrado otra avenida por la que encauzar sus ambiciones, mostraba su verdadera actitud hacia él.

—No le trates con esa ligereza —le avisó Trent—. Bink, a su manera, es un Mago.

Bink sintió una repentina y abrumadora oleada de gratitud ante aquellas palabras de apoyo. Luchó contra esa sensación, ya que no podía permitir que los halagos o los insultos le apartaran del camino que él sabía que era el correcto. El Mago Maligno, simplemente con palabras, era capaz de tejer una telaraña de ilusión que rivalizaba con cualquiera que pudiera crear la Hechicera con su magia.

—No soy ningún Mago; simplemente, soy leal a Xanth. Y al verdadero Rey.

—¿A ese viejo senil que te exilió? —exigió Iris—. Ya ni siquiera puede crear remolinos de polvo. Está enfermo; de todos modos, pronto morirá. Ese es el motivo por el que debemos actuar ahora. El trono se le concederá a un Mago.

—¡A un Mago *bueno*! —replicó Bink—. No a un transformador maligno, o a una desaliñada y hambrienta de poder señora de...

—¿Te atreves a dirigirte a mí de este modo? —aulló Iris, pareciéndose bastante a una arpía. Estaba tan encolerizada que su imagen se volvió humo—. Trent, transfórmalo en un bicho hediondo y pisotéalo.

Trent sacudió la cabeza, ahogando una sonrisa. No había duda de que ningún lazo emocional le unía a la Hechicera, y que compartía una valoración masculina de la insultante pausa que había hecho Bink. Iris acababa de mostrarles a todos lo dispuesta que estaba a vender su cuerpo potenciado por la ilusión a cambio de poder.

—Hemos pactado una tregua.

—¿Una tregua? ¡Tonterías! —El humo que había si cuerpo se convirtió en una columna de fuego, mostrando justa cólera—. Ya no le necesitas. Deshazte de él.

Bink tuvo ocasión de comprobar otra vez cómo le habría tratado ella después de que le hubiera ayudado a conseguir poder, cuando ya no requiriera nada más de él.

Trent siguió firme.

—Si rompiera mi palabra con él, Iris, ¿cómo podrías tú confiar en ella?

Eso la calmó..., y también impresionó a Bink. Existía un sutil, aunque enorme, diferencia entre estos dos manipuladores de la magia. Trent era un hombre, en el sentido más elevado de la palabra.

Iris estaba descontenta.

—Creí que vuestra tregua se mantendría sólo hasta que salierais del yermo.

—El yermo no sólo se define por la selva —musitó Trent.

—¿Qué? —murmuró ella.

—Que la tregua no valdría nada si yo anulara su espíritu tan bruscamente —explicó Trent—. Bink, Camaleón y yo nos separaremos y, con suerte, nunca más nos volveremos a ver.

El hombre era más que justo, y Bink supo que lo mejor era que aceptara la situación y se marchara..., en este momento. Sin embargo, su terquedad lo empujó hacia el desastre.

—No —dijo—. No puedo irme mientras vosotros dos tramáis la conquista de Xanth.

—Vamos, Bink —comentó Trent de modo razonable—. Nunca te engañé acerca de mi meta definitiva. Siempre supimos que nuestros objetivos no coincidían. La tregua cubrió sólo nuestra relación interpersonal durante el período de peligro mutuo, no nuestros planes a largo plazo. He de cumplir compromisos: con mi ejército mundano, con el Castillo Roogna y ahora, con la Hechicera Iris. Lamento que no estés de acuerdo ya que me gustaría disponer de tu aprobación, pero la conquista de Xanth es, y siempre ha sido, mi misión. Ahora te pido que nos separemos con la mejor voluntad que puedas mostrar ya que respeto mucho tus motivos, pese a que creo que a la larga las circunstancias demostrarán que estabas equivocado.

Bink sintió de nuevo la devastadora tentación de la lengua de Trent. No encontró ningún error en su razonamiento. No tenía ninguna oportunidad de vencer al Mago por medios mágicos, y, con toda probabilidad, también le superaba intelectualmente. Sin embargo, moralmente..., él tenía la razón.

—Tu respeto no significa nada si no respetas las tradiciones y leyes de Xanth.

—Una respuesta muy acertada, Bink. Respeto esas cosas...; no obstante, parece que el sistema se ha descarriado, y debe ser corregido para que el desastre no nos destruya a todos.

—Hablaste del desastre que vendría desde Mundania; yo temo el de la perversión de nuestra cultura. He de oponerme a ti, del modo que me sea posible.

Trent mostró perplejidad.

—No creo que puedas detenerme, Bink. Sea cual fuere tu magia poderosa, nunca se ha manifestado de forma tangible. En el momento en que actuaras contra mí, me

veré obligado a transformarte. No deseo hacerlo.

—Has de estar a menos de dos metros —dijo Bink—. Podría arrojarte una piedra.

—¿Ves? —intervino Iris—. Ahora está a tu alcance, Trent. ¡Aplástalo!

Sin embargo, el Mago desistió.

—¿De verdad quieres luchar conmigo, Bink? ¿De manera directa, física?

—No lo deseo; he de hacerlo.

Trent suspiró.

—Entonces, la única forma honorable de finalizar nuestra tregua es con un duelo formal. Sugiero que definamos el terreno del combate y los términos del mismo. ¿Deseas un segundo?

—Un segundo, un minuto, una hora..., lo que nos lleve —repuso Bink. Intentó dominar los temblores que sentía en las rodillas; tenía miedo, y sabía que estaba comportándose como un estúpido; no obstante, no podía echarse atrás.

—Me refiero a una persona que te apoye, que se asegure de que son respetadas las reglas. Camaleón, tal vez.

—¡Estoy con Bink! —contestó Camaleón en el acto. Sólo comprendía una mínima parte de la situación, pero no había dudas sobre su lealtad.

—Bueno, creo que la idea de un padrino es desconocida aquí —dijo Trent—. ¿Qué te parece si establecemos una zona a lo largo de los límites del yermo, que se adentre dos kilómetros en la selva y dos a lo ancho? Unos dos kilómetros cuadrados aproximadamente, o tanto como un hombre pueda andar en quince minutos. Durará hasta que anochezca. Ninguno podrá abandonar esa zona antes de que transcurra el plazo, y si por entonces la cuestión no se hubiera decidido, declararemos el combate nulo y nos separaremos en paz. ¿Te parece justo?

El Mago Maligno parecía tan razonable..., que hizo que Bink fuera lo opuesto.

—¡A muerte! —exclamó..., y de inmediato deseó no haberlo dicho.

Sabía que el Mago no lo mataría, a menos que se viera obligado; transformaría a Bink en un árbol o en otra forma de vida inofensiva y le dejaría tranquilo. Primero fue el Árbol Justin; ahora estaría también el Árbol Bink. Quizá la gente vendría a descansar bajo su sombra, a celebrar *picnics*, a hacer el amor. Con la excepción de que ahora sería una lucha a muerte. Experimentó la visión de un árbol caído.

—A muerte —acordó Trent con tristeza—. O la rendición.

De este modo anuló la exageración de Bink sin herir su orgullo; lo planteó de tal manera que fue como si el Mago se preparara esa salida para sí mismo, no para Bink. ¿Cómo era posible que un hombre tan equivocado diera la impresión de estar tan acertado?

—De acuerdo —aceptó Bink—. Tú te adentrarás en la selva hacia el sur, yo hacia el norte. Al cabo de cinco minutos nos detendremos, daremos media vuelta y comenzará la lucha.

—Bien —dijo el Mago.

Extendió de nuevo la mano, y Bink se la estrechó.

—Deberías salir de la zona del duelo —le dijo Bink a Camaleón.

—¡No! Yo estoy contigo —insistió ella.

Quizá fuera estúpida, pero era leal. Bink ya no podía culparla por ello, del mismo modo que no podía culpar a Trent por buscar el poder. Sin embargo, tenía que disuadirla.

—No sería justo —comentó, comprendiendo que era inútil tratar de asustarla por medio de las consecuencias—. Dos contra uno. Tienes que irte.

Ella siguió firme.

—Soy demasiado tonta para marcharme sola.

¡Ay! Qué verdad.

—Deja que te acompañe —intervino Trent—. Realmente, no importará mucho.

Parecía lógico.

Bink y Camaleón emprendieron la marcha, encaminándose hacia la selva en dirección noroeste. Trent marchó hacia el sudoeste. En pocos momentos, el Mago desapareció de vista.

—Tenemos que pensar en un plan de ataque —comentó Bink—. Trent se ha comportado como un perfecto caballero, pero la tregua ha terminado; utilizará su poder contra nosotros. Hemos de atraparlo antes de que lo haga él.

—Sí.

—Recogeremos piedras y palos y, tal vez, cavemos un agujero para preparar una trampa mortal.

—Sí.

—Tenemos que evitar que se acerque lo suficiente para impedirle usar su poder de transformación.

—Sí.

—¡Deja de decir sí! —estalló Bink—. Nos hemos metido en algo serio. Nuestras vidas están en juego.

—Lo siento. Sé que ahora soy muy torpe.

Bink lo lamentó de inmediato. Claro que era estúpida ahora..., era su maldición. Quizá también él estuviera exagerando el caso; tal vez Trent rehuyera el enfrentamiento y se marchara. De esa forma, Bink habría impuesto sus principios y obtenido una victoria moral...; sin haber cambiado nada. Si fuera así, el idiota sería Bink.

Se volvió hacia Camaleón para disculparse..., y redescubrió lo radiantemente hermosa que era. Había tenido un aspecto adorable antes, si la comparaba con Fanchon y Dee, pero en este momento era como cuando la conoció con el nombre de Wynne. ¿Sólo había transcurrido un mes? Ya no era una extraña.

—Eres estupenda tal como eres, Camaleón.

—Pero no puedo ayudarte en tus planes. No puedo hacer nada. A ti no te gusta la gente estúpida.

—Me gustan las mujeres hermosas —dijo él—. Y las mujeres inteligentes. Pero no confío en esa combinación. Me quedaría con una muchacha normal, pero creo que se volvería aburrida después de un tiempo. A veces quiero hablar con alguien inteligente, y a veces deseo... —Se detuvo. La mente de ella era como la de una niña; no le pareció correcto meterle esas ideas.

—¿Qué? —preguntó ella, volviendo los ojos hacia él.

Durante su última etapa hermosa habían sido de color negro; ahora eran de un verde oscuro. Aunque fueran de cualquier color, seguiría siendo adorable.

Bink sabía que sus posibilidades de sobrevivir estaban por debajo del cincuenta por ciento, y las probabilidades que tenía de salvar a Xanth eran aún más exiguas. Tenía miedo..., pero también percibía la vida con más intensidad ahora. También lealtad. Y la belleza. ¿Por qué ocultar lo que, de repente, había aflorado a su mente consciente, sin importar el tiempo que lo tuviera en el subconsciente?

—Hacer el amor —concluyó.

—Eso lo puedo hacer —repuso ella, con los ojos brillantes por la comprensión. Bink dudó en meditar hasta qué punto lo entendía, o a qué nivel.

Empezó a besarla. Fue maravilloso.

—Bink —comentó ella cuando tuvo la ocasión—, no permaneceré hermosa.

—Ese es el tema —dijo él—. Me gusta la variedad. Me molestaría vivir todo el tiempo con una muchacha estúpida..., y tú no eres constantemente así. La fealdad tampoco es buena todo el tiempo..., y tampoco es ese tu caso. Tú eres... la variedad. Es lo que anhelo para una relación duradera... y lo que ninguna otra mujer puede dar.

—Necesito un hechizo —repuso ella.

—¡No! No necesitas ningún hechizo, Camaleón. Estás bien tal como eres. Te amo.

—¡Oh, Bink! —exclamó ella.

Y olvidaron todo lo referente al duelo.

La realidad se entrometió demasiado pronto.

—¡Ahí estáis! —proclamó Iris, apareciendo por encima del apresurado refugio que habían erigido—. ¡Tu-tut! ¿Qué habéis estado haciendo?

Camaleón se ajustó el vestido a toda prisa.

—Algo que tú no entenderías —replicó, con una intuición puramente femenina.

—¿No? Apenas importa. El sexo no es primordial. —La Hechicera se llevó las manos a la boca en un gesto de megafonía—. ¡Trent! Están aquí.

Bink se abalanzó sobre ella... y atravesó limpiamente su imagen. Trastabilló.

—Niño tonto —comentó Iris—. No puedes tocarme.

Escucharon al Mago Maligno atravesar la selva en su dirección.

—Valió la pena —comentó Bink—. Ahora hay que correr.

Emprendieron la carrera, pero la imagen de la Hechicera apareció delante de ellos.

—¡Aquí, Trent! —gritó de nuevo—. Córtales el paso antes de que se vayan.

Bink se dio cuenta de que no irían muy lejos mientras Iris les siguiera. No había lugar en el que pudieran ocultarse, planear una sorpresa, ninguna estrategia posible. Tarde o temprano, Trent los alcanzaría.

Entonces, su mirada se posó en algo que Camaleón llevaba todavía consigo. Se trataba de la calabaza hipnótica. Si pudiera hacer que los ojos del Mago se posaran en ella...

El Mago apareció en ese momento a la vista. Bink le quitó con suavidad la calabaza a Camaleón.

—Mira si puedes distraerle hasta que me acerque lo suficiente para ponerle esto delante del rostro —le dijo.

Ocultó la calabaza a su espalda. Iris seguro que no comprendía todo su significado y, cuando Trent se hallara fuera de combate, ya no podría hacer nada.

—Iris —repuso el Mago en voz alta—. Se supone que se trata de un duelo limpio. Si vuelves a interferir, consideraré finalizado nuestro pacto.

La Hechicera iba a reaccionar con ira, pero lo pensó mejor. Se desvaneció.

Trent se detuvo a una docena de pasos de Bink.

—Lamento esta complicación. ¿Empezamos de nuevo? —preguntó con gravedad.

—Será lo mejor —acordó Bink.

El hombre estaba tan malditamente seguro de sí mismo que podía descartar una ventaja. Quizá quisiera ganarle con la conciencia tranquila. No obstante, al hacerlo así, se había salvado de un posible desastre. Bink dudó de que fuera a disponer de otra oportunidad de usar la calabaza.

Se volvieron a separar. Bink y Camaleón se adentraron más en la selva..., y estuvieron a punto de caer en los serpenteantes brazos de un árbol ahorcador.

—¡Si pudiéramos engañarlo para que cayera en uno de estos! —indicó Bink, aunque supo que no deseaba que fuera así. De algún modo, se había involucrado en un duelo que, realmente, no quería ganar..., y que no podía permitirse el lujo de perder. Era tan estúpido como Camaleón..., con la única diferencia de que era más complicado al respecto.

Localizaron un matorral de lazos corredizos. Los lazos tenían unos cuarenta centímetros de diámetro, pero se podían contraer rápidamente a un cuarto de ese diámetro si algún animal descuidado metía la cabeza o alguna extremidad. Sus fibras eran tan compactas que sólo un cuchillo o un contrahechizo específico lograba aflojarlos. Incluso cuando se los separaba del matorral retenían su fuerza durante

varios días, secándose poco a poco. Los animales incautos podían perder las patas o las vidas; ninguna criatura molestaba dos veces a un lazo corredizo.

Camaleón se apartó, pero Bink se detuvo.

—Es posible cogerlos —dijo—. En el Poblado del Norte los usamos para atar bien los paquetes. El truco consiste en tocarlos únicamente por fuera. Podemos recoger algunos y colocarlos donde Trent tenga que pisar. O se los podemos arrojar. Dudo que pueda transformarlos una vez han sido separados de la planta original. ¿Tienes buena puntería?

—Sí.

Bink se dirigió hacia el matorral... y descubrió otra de las amenazas del yermo.

—Mira..., ¡un hormiguero de hormigas león! —exclamó—. Si las pudiéramos situar tras su rastro...

Camaleón miró a las hormigas, que medían treinta centímetros y tenían cabeza de león, y tuvo un escalofrío.

—¿Tenemos que hacerlo?

—Desearía que no fuera así —repuso Bink—. En realidad, no lo devorarán; él las transformaría primero. No obstante, quizá lo mantengan ocupado y nos brinden la posibilidad de dominarlo. Si no logramos detenerlo de algún modo, es muy posible que conquiste Xanth.

—¿Eso sería malo?

Era una de sus preguntas estúpidas; en su fase inteligente, o incluso en la normal, nunca la habría formulado. Pero era una cuestión que también a él le preocupaba. ¿Sería el Mago Maligno peor que el Rey actual? Apartó ese tema de su mente.

—No está en nosotros decidirlo. El Consejo de Ancianos elegirá al próximo Rey. Si la corona comienza a estar disponible a través de la conquista o la conspiración, volveremos a los días de las Oleadas, y ya nadie estará seguro. Es la ley de Xanth la que debe determinar quién ostenta la corona.

—Sí —acordó ella.

Bink se había sorprendido a sí mismo con el excelente análisis de la situación que había expuesto, pero no estaba al alcance de la condición actual de ella.

Aun así, le molestaba la idea de arrojar a Trent a las hormigas león, por lo que buscó otra idea. En el fondo de su mente su manifestaba una búsqueda paralela en lo referente a la moralidad del gobierno que mandaba ahora en Xanth. ¿Y si Trent tuviera razón acerca de la necesidad de volver a abrir las fronteras de Xanth a la inmigración exterior? De acuerdo con los centauros, la población humana había disminuido paulatinamente durante el último siglo; ¿adónde se había marchado toda esa gente? ¿Se estarían formando en este mismo momento monstruos medio humanos por el cruce mágico de las especies? Ese pensamiento era como estar atrapado por un lazo corredizo; sus ramificaciones eran espantosas. Sin embargo, parecía que esa era

la situación. Trent, como Rey, la modificaría. ¿Era peor el daño de las Oleadas que la otra alternativa? Bink fue incapaz de extraer una conclusión.

Llegaron a un río ancho. Bink lo había salvado en su forma de esfinge casi sin notarlo, pero ahora formaba una barrera mortal. Unas ondulaciones en el agua traicionaban la presencia de pequeños y acechantes predadores, y extrañas nieblas danzaban sobre la superficie. Bink lanzó un puñado de tierra al agua, que fue interceptado, poco antes de contactar, por una garra parecida a la pinza de un cangrejo. El resto del monstruo nunca salió; Bink no pudo determinar si se trataba de una sirena cangrejo, un ástaco enorme o, quizá, algún ser incorpóreo. No obstante, tuvo la certeza de que no le gustaría nadar ahí.

Había unas pocas piedras redondeadas en el borde del agua. El río no tenía los mismos motivos que los árboles para cuidarse de las rocas; sin embargo, lo mejor sería andar con cautela. Bink las empujó con su bastón para cerciorarse de que no se trataba de trampas mágicas; afortunadamente, no lo eran. Tanteó con precaución un lirio acuático, y la flor cortó siete centímetros del extremo del bastón. Su cautela se había visto justificada.

—De acuerdo —repuso, cuando ya habían recogido unas cuantas—. Trataremos de tenderle una emboscada. Colocaremos lazos a lo largo del sendero por el que haya más posibilidades de que retroceda y las cubriremos con hojas; tú podrás lanzarle tus lazos mientras yo le arrojo piedras. Las esquivará pero, mientras lo haga, tendrá que estar observándonos a nosotros, por lo que tal vez pise algún lazo oculto. Atrapará su bota y, mientras intenta liberarse, quizá sea vulnerable y podamos dominarlo. Buscaremos un árbol de mantas y cogemos algunas para arrojárselas sobre la cabeza, de modo que no pueda vernos para transformarnos; o le colocaremos la calabaza hipnótica delante de la cara. Entonces tendrá que rendirse.

—Sí —dijo ella.

Lo prepararon todo. Los lazos que ocultaron iban desde un árbol ahorcador hasta el hormiguero de las hormigas león, y su emboscada fue un matorral que descubrieron por accidente. Era la única forma en que semejantes arbustos podían ser descubiertos. Se trataba de plantas inofensivas, pero que resultaban molestas si tropezabas con ellas. Cuando se escondieron detrás también fueron invisibles, y lo serían mientras el arbusto permaneciera entre el observador y ellos. Esperaron.

Sin embargo, fue Trent quien los sorprendió. Mientras instalaban la trampa, él había dado un rodeo, orientándose por los ruidos que producían. Ahora, cayó sobre ellos desde el norte. Camaleón, como la mayoría de las muchachas, tenía que responder a las llamadas de la naturaleza con bastante frecuencia, en particular cuando estaba nerviosa. Se dirigió hacia un inofensivo falso árbol de tentáculos, emitió un breve grito de alarma y desapareció. Mientras Bink se volvía, vio un ciervo alado, joven y hermoso, dar un salto. ¡La batalla había comenzado! Bink cargó contra

el árbol con una piedra en la mano y el bastón en la otra. Esperaba poder dejar sin sentido al Mago antes de que este pudiera lanzar un hechizo. Pero Trent no estaba ahí. ¿Se había equivocado? Tal vez Camaleón había asustado a un gamo...

—¡Ahora! —gritó el Mago Maligno desde arriba.

Estaba subido a un árbol. Cuando Bink alzó la vista, Trent gesticuló. No se trataba de un pase mágico; lo que buscaba era situar su brazo a menos de dos metros y lanzar su hechizo. Bink saltó hacia atrás..., demasiado tarde. Sintió el cosquilleo de la transformación.

Rodó por el suelo. De inmediato se apoyó sobre manos y rodillas..., y descubrió que aún era un hombre. ¡El hechizo había fallado! Al parecer sí había conseguido apartarse a tiempo de su campo de acción, de modo que sólo su brazo lo sintió, no su cabeza.

Miró de nuevo el árbol..., y quedó boquiabierto. El Mago Maligno estaba atrapado entre las espinas de un rosal de dulces.

—¿Qué sucedió? —preguntó Bink, olvidando de momento mi propio peligro.

—Una rama del árbol se interpuso —replicó Trent mientras sacudía la cabeza, sorprendido. Su caída debía haber sido dura—. El hechizo la transformó a ella en vez de a ti.

Bink se habría reído de este extraño accidente, pero enseguida recordó su situación. Así que el Mago había intentado transformarlo en un rosal. Alzó la roca.

—Lo siento —comentó..., y la arrojó contra la atractiva cabeza.

Pero rebotó contra el sólido caparazón de una tortuga. Trent había cambiado el rosal en el animal acorazado y estaba escondido detrás.

Bink actuó sin pensar. Apuntó el bastón como si fuera una lanza, rodeó el caparazón hasta ponerse de lado, y lo arrojó contra el Mago. Sin embargo, el hombre lo esquivó, y otra vez Bink sintió el cosquilleo del encantamiento.

Su ímpetu le hizo dejar atrás al enemigo. Seguía siendo un hombre. Retrocedió hasta el arbusto invisible, maravillándose de su fuga. El hechizo había rebotado, transformando a la tortuga en un hombre avispon. El insecto zumbó colérico, pero prefirió escapar antes que atacar.

Trent se había lanzado detrás de Bink. El arbusto se convirtió en una serpiente con cabeza de mujer que se deslizó por el suelo con una exclamación de ira. Bink se vio expuesto de nuevo. Trató de correr..., pero fue atacado una tercera vez por la magia.

A su lado apareció un sapo amarillo.

—¿Qué es esto? —inquirió Trent, incrédulo—. Transformé un mosquito que pasaba cerca de ti. Por tres veces mi hechizo no te ha alcanzado. ¡Mi puntería no puede ser *tan* mala!

Bink buscó su bastón. Trent le apuntó de nuevo, y entonces supo que no podría

apartarse a tiempo de su campo o golpearlo con la madera. A pesar de su estrategia, estaba acabado.

Pero el ciervo alado cargó desde un lado, amenazando con derribar al Mago. Trent lo oyó y se volvió en su dirección cuando iba a chocar con él, se convirtió en una hermosa mariposa iridiscente, y luego en un dragón alado muy bonito.

—Aquí no tengo problemas —comentó Trent—. Es hermosa en cualquier forma que la cambie, pero mis hechizos funcionan a la perfección.

El pequeño dragón alado se encaró con él, siseando, y de repente adoptó de nuevo la forma del ciervo.

—¡Lárgate! —le dijo Trent, dando una sonora palmada.

Asustado, el ciervo se alejó con unos saltos. No era muy inteligente.

Mientras tanto, Bink había aprovechado la distracción para retroceder. Sin embargo, se había dirigido hacia su trampa cuidadosamente oculta; ya no sabía dónde estaban escondido los lazos. Si intentaba cruzar esa línea, sería enlazado o delataría su presencia a Trent..., siempre que el Mago no la conociera ya.

Trent se encaminó hacia él. Bink estaba arrinconado, víctima de sus propias maquinaciones. Permaneció inmóvil, con la certeza de que el Mago le atacaría en el momento que se moviera. Se maldijo por su indecisión; pero ya no sabía qué hacer. Estaba claro que no era ningún duelista; el Mago, desde el comienzo de la contienda, le había superado, táctica y mágicamente. Tendría que haber dejado al Mago Maligno en paz...; no obstante, no veía cómo hubiera podido hacerse a un lado y entregarle Xanth sin siquiera una protesta simbólica. Este era el final.

—Esta vez no habrá ningún error —dijo Trent, que se dirigía decidido hacia Bink—. Sé que puedo transformarte, ya que lo he hecho en muchas ocasiones sin ninguna dificultad. Supongo que hoy me he apresurado.

Se detuvo dentro de su campo de acción, mientras Bink permanecía quieto, sin dignarse a correr de nuevo. Trent se concentró..., y la magia golpeó a Bink una vez más, con fuerza.

Una bandada de pájaros embudo se manifestó alrededor de Bink. Con un burlón ulular, se alejaron aleteando a toda velocidad.

—¡Por todos los microbios que te rodean! —exclamó Trent—. Mi hechizo acaba de rebotar en ti... otra vez. Ahora ya sé que hay algo extraño.

—Quizá sea que no deseas matarme —comentó Bink.

—No trataba de matarte, sólo quería transformarte en algo inofensivo, para que nunca más te puedas oponer a mí. Nunca mato sin algún motivo. —El Mago meditó—. Está ocurriendo algo muy peculiar. No creo que mi talento falle; algo se enfrenta a él. Tiene que haber un contrahechizo. ¿Sabes?, has llevado una vida bastante encantada; creí que se trataba de una mera coincidencia, pero ahora... —Trent volvió a quedar pensativo, luego chasqueó los dedos—. ¡Tu talento! Tu talento mágico. Eso

es. *¡Ninguna magia puede hacerte daño!*

—Pero he sido herido muchas veces —protestó Bink.

—Seguro que no por la magia. Tu talento repele todas las amenazas mágicas.

—Muchos hechizos me han afectado. Tú mismo me has transformado...

—Sólo para ayudarte... o advertirte. Quizá tú no confiaste en mis motivos, pero tu magia sabía la verdad. Nunca antes intenté herirte, de modo que se me permitió realizar mis hechizos. Ahora que luchamos el uno contra el otro e intento modificarte negativamente, mis encantamientos rebotan en ti. En ese aspecto, tu magia es mucho más poderosa que la mía..., como ya ha quedado demostrado.

Bink estaba sorprendido.

—Entonces..., he ganado. No puedes hacerme daño.

—No necesariamente, Bink. Mi magia ha obligado a que la tuya se mostrara, haciéndola vulnerable. —El Mago Maligno desenfundó su resplandeciente espada—. Poseo otros talentos además del mágico. Defiéndete... ¡físicamente!

Bink alzó el bastón cuando Trent lanzó su ataque. Apenas pudo detener a tiempo la espada.

Era vulnerable... físicamente. De pronto se le aclararon pasadas confusiones. Nunca había sido herido de forma directa por la magia. Sí avergonzado y humillado, en especial durante la infancia. Pero estaba protegido contra el daño físico evidente. Cuando había corrido una carrera con otro niño, y este le había obstaculizado con árboles y barreras para ganar, Bink no había sufrido ningún daño corporal, simplemente una mortificación. Pero, cuando se cercenó su propio dedo de un modo natural, nada le había ayudado. La magia le había curado pero nunca habría podido causar la herida. También muchas veces se vio amenazado por la magia, sintiéndose aterrado, pero, de algún modo, esas amenazas jamás se llegaron a materializar. Ni siquiera cuando respiró el gas venenoso de Potipher...; le salvaron en el último instante. De verdad que había llevado una vida encantada..., en sentido literal.

—Son aspectos fascinantes de tu magia. —Trent prosiguió con el diálogo, mientras buscaba otra apertura para su ataque—. Está claro que te serviría de poco si su naturaleza fuera conocida por todo el mundo. De modo que, actuando de forma sutil, se encarga de que no la descubran. Tus fugas parecieron tan a menudo actos fortuitos o de simple coincidencia.

Sí, como cuando escapó del dragón del Desfiladero. Por uno aparente coincidencia, se había visto beneficiado por una contramagia..., cuando Donald, la sombra, se apoderó de su cuerpo, permitiéndole volar y huir del Desfiladero a salvo.

—Tu orgullo nunca fue tenido en cuenta, sólo tu cuerpo —continuó Trent, que obviamente, y por las dudas, se tomaba su tiempo en el duelo mientras analizaba todos los detalles. Era un hombre meticuloso—. Podías sufrir alguna incomodidad, como ocurrió en nuestra entrada en Xanth, pero era para ocultar el hecho de que nada

serio te había ocurrido. Antes que mostrarse, tu talento prefirió que te exiliaran..., ya que se trataba de asuntos legales o sociales, no mágicos. No obstante, el Escudo no pudo aniquilarte...

Cuando salió y sintió el cosquilleo del Escudo, pensó que lo había atravesado a salvo. Ahora comprendía que había recibido toda su potencia..., y sobrevivido. Lo podría haber traspasado en cualquier momento. Pero, de haberlo sabido, quizá lo hubiera hecho..., revelando su talento. De manera que este se había mantenido oculto..., incluso para sí mismo.

Sin embargo, ahora se había revelado. Algo no encajaba.

—Tú tampoco fuiste aniquilado por el Escudo —exclamó Bink, al tiempo que intentaba conectar un golpe con el bastón.

—Cuando entramos, me encontraba en contacto directo contigo —contestó Trent—. Igual que Camaleón. Tú estabas sin sentido, pero tu talento seguía siendo operativo. Si permitía que nosotros dos muriéramos, mientras tú no sufrías ningún rasguño..., habría provocado que se conociera su naturaleza. Tal vez estés rodeado por un pequeño campo que te permite proteger a los que tocas. O tu talento se anticipó al futuro y descubrió que, si el Escudo nos aniquilaba en ese momento, te encontrarías solo en la madriguera del kraken vegetal, incapaz de escapar, y que morirías ahí. Me necesitabas a mí y a mis poderes de transformación para sobrevivir a las amenazas mágicas..., razón por la que me salvó. Y también a Camaleón, porque tú no habrías unido tus esfuerzos a los míos si ella no hubiera aceptado. Así que sobrevivimos todos con el fin de ayudar a tu propia supervivencia; nunca sospechamos las verdaderas causas. De forma similar, tu magia nos protegió a todos en nuestro viaje a través del yermo. Yo creí que te necesitaba a ti para que me protegieras, y era todo lo contrario. Mi talento se convirtió en un simple aspecto del tuyo. Cuando te viste amenazado por los culebreadores y el gigante invisible, utilizaste mi poder de transformación para erradicar esas amenazas; y todavía seguía sin revelarse...

Trent sacudió la cabeza, mientras paraba con facilidad los torpes ataques de Bink.

—De pronto, todo encaja... —continuó—; y descubro que tu talento es impresionante. Eres un Mago, y no sólo con los diversos y abiertos talentos que ello implica, sino que también posees los aspectos ramificados. Los Magos no son únicamente gente con poderes mayores; nuestros encantamientos difieren en calidad lo mismo que en cantidad, en formas que apenas son comprendidos por los ciudadanos normales. Estás a la misma altura que Humfrey, Iris y yo. De verdad que me gustaría conocer la naturaleza y extensión de tu poder.

—A mí también —jadeó Bink. El esfuerzo que realizaba le estaba dejando sin aliento, aunque parecía que al Mago no lo afectaba. Era frustrante.

—Sin embargo, parece que no podré convertirme en Rey mientras un talento

como ese se enfrente a mí. Sinceramente, lamento la necesidad de sacrificar tu vida, y quiero que sepas que no era esa mi intención al comienzo del duelo. Hubiera preferido transformarte en algo inofensivo. Pero la espada es menos versátil que la magia; sólo puede herir o matar.

Bink recordó a Herman, el Ermitaño, y su cabeza volando por los aires, separada del cuerpo. Cuando Trent decidía que era necesario matar...

Trent atacó con una habilidosa maniobra. Bink tuvo que apartarse. La punta de la espada rozó su mano. Fluyó sangre; con un grito de dolor, Bink soltó el bastón. No cabía duda de que las armas mundanas podían herirle. Trent había apuntado a esa mano con el fin de probarlo, de asegurarse.

Esa comprensión rompió la parálisis parcial que había limitado la imaginación de su defensa. Era vulnerable..., pero, en un combate directo, de hombre a hombre, tenía alguna posibilidad. El terrible poder del Mago Maligno le había intimidado; sin embargo, ahora sólo era un hombre. Se le podía sorprender.

Mientras Trent se aprestaba a lanzar la embestida definitiva, Bink se movió con una inspirada seguridad. Se deslizó por debajo del brazo del hombre, lo cogió con la mano ensangrentada, giró, flexionó las rodillas y tiró de él. Era el lanzamiento que le había enseñado Crombie, el soldado, útil para tratar con atacantes armados.

Pero el Mago estaba alerta. Cuando Bink tiró, Trent se hizo a un lado, manteniéndose de pie. Liberó el brazo que sostenía la espada, arrojó a Bink de espaldas al suelo, y se preparó para la embestida mortal.

—Un buen movimiento, Bink; lamentablemente, también conocen esas tácticas en Mundania.

Trent lanzó con decisión instantánea la estocada mortal. Bink, desequilibrado, incapaz de apartarse, vio la terrible punta dirigirse hacia su cara. ¡Esta vez había llegado su hora!

El ciervo alado se interpuso entre ellos. La espada se hundió en su cuerpo, atravesándolo, y se detuvo a poca distancia de la nariz de Bink.

—¡Zorra! —aulló Trent, aunque ese no era el término adecuado para una cierva, alada o terrestre. Extrajo la ensangrentada espada—. ¡Esta estocada no era para ti!

La cierva cayó; la roja sangre chorreó de la herida. Le había atravesado el vientre.

—¡Te transformaré en una medusa! —continuó furioso el Mago Maligno—. En tierra te sofocarás hasta morir.

—De todas formas, se está muriendo —dijo Bink, sintiendo una agonía simpática en sus propias entrañas.

Esas heridas no eran fatales en el acto, pero eran muy dolorosas, y el resultado, a la larga, era el mismo. Para Camaleón, sería una muerte por tortura.

¡*El presagio!* Finalmente se había completado. El camaleón había muerto de repente. O moriría...

Bink se lanzó de nuevo sobre su enemigo, sintiendo una furia vengativa que jamás había experimentado. Con sus manos desnudas, lo...

Trent se hizo a un lado con agilidad y golpeó a Bink en el cuello cuando pasó de largo. Bink trastabilló y se desplomó, medio inconsciente. La furia ciega no reemplazaba a la fría pericia y la experiencia. Vio que Trent se detenía a su lado y alzaba la espada por encima de su cabeza con ambas manos, preparándose para el golpe que partiría su cuerpo en dos.

Bink cerró los ojos, incapaz de seguir resistiendo. Había hecho todo lo que había podido, y había perdido.

—Mátala a ella también... rápida y limpiamente —imploró—. No dejes que sufra.

Esperó con resignación. Pero el golpe no cayó. Abrió los ojos..., y vio que Trent apartaba su terrible espada.

—No puedo hacerlo —dijo el Mago en voz baja.

Apareció la Hechicera Iris.

—¿Qué pasa? —exigió—. ¿Acaso se han reblandecido tus agallas? Despacha a los dos y acabemos de una vez. ¡Tu reino te espera!

—No quiero mi reino de esta forma —comentó Trent—. Hace tiempo, lo hubiera hecho; pero, en veinte años, y en las últimas dos semanas, he cambiado. He aprendido la verdadera historia de Xanth, y conozco demasiado bien la pena que produce la muerte prematura. El honor me llegó tarde en la vida, pero crece con fuerza; no me permite matar a un hombre que salvó mi vida, y que es tan leal a su indigno monarca que sacrifica su propia existencia en defensa de aquel que le exilió. —Contempló la moribunda cierva—. Nunca mataría a una muchacha que, careciendo de la inteligencia para ser astuta, se entrega por la vida de ese hombre. Esto es un amor verdadero como el que yo conocí. Yo no pude salvar al mío, pero no destruiré el de otro. El trono no vale este precio moral.

—¡Idiota! —aulló Iris—. Es tu propia vida la que desperdicias.

—Sí, supongo que sí —replicó Trent—. Sin embargo, es el riesgo que corrí desde el principio, cuando decidí regresar a Xanth; y así es como debe ser. Mejor morir con honor que deshonrosamente, aunque la tentación sea un trono. Ahora veo que lo que buscaba era la perfección de mi yo, no el poder por sí mismo. —Se arrodilló al lado de la cierva y la tocó, y de nuevo fue Camaleón humana. La sangre escapaba de la terrible herida que tenía en el abdomen—. No puedo salvarla —comentó con pesar—, como tampoco pude curar a mi mujer y a mi hijo. No soy médico. Si la convirtiera en cualquier otra criatura, sufriría lo mismo. Ha de recibir cuidados..., cuidados mágicos.

El Mago alzó la vista.

—Iris, tú puedes ayudar. Proyecta tu imagen al castillo Buen Mago Humfrey.

Cuéntale lo que ha sucedido aquí y pide que te dé agua curativa. Creo que las autoridades de Xanth ayudarán a esta muchacha inocente y perdonarán al joven quien han exiliado erróneamente.

—¡No haré nada semejante! —gritó la Hechicera—. Recupera la cordura, hombre. Tienes el reino al alcance de la mano.

Trent se volvió hacia Bink.

—La Hechicera no ha experimentado la conversión que vida me ha deparado a mí. No nos ayudará. La tentación de poder la ha cegado a todo lo demás..., como casi me cegó a mí. Tendrás que ir tú en busca de ayuda.

—Sí —acordó Bink. No podía mirar la sangre que manaba de Camaleón.

—Vendaré su herida como mejor pueda —dijo Trent—. Creo que, como mucho, vivirá una hora. No te demores más tiempo.

—No... —aceptó Bink. Si moría...

De repente, Bink fue un ave..., un fénix de plumas brillantes y alas de fuego; seguro que llamaría la atención, ya que sólo aparecía cada quinientos años. Extendió las alas y emprendió el vuelo. Se elevó alto y voló en círculos, y allí, en la distancia, vio el chapitel del castillo del Buen Mago, que emitía destellos mágicos. Se lanzó en esa dirección.

16

Rey

Apareció un dragón volador.

—¡Pajarito, voy a comerte! —le dijo.

Bink se desvió, pero el monstruo se colocó de nuevo sobre él.

—¡No puedes escapar! —exclamó. Abrió sus dentadas fauces.

¿Iba a acabar aquí su piadosa misión, tan cercana al éxito? Bink agitó las alas con valentía, ascendiendo, con la esperanza de que el dragón, más pesado, no pudiera conseguir su altura. Sin embargo, su ala herida —la mano que Trent había cortado con la espada— le impidió alcanzar todo su poder de elevación, obligándole a subir con menos velocidad. El retador le siguió en una trayectoria paralela sin ningún esfuerzo, y se interpuso entre él y el lejano castillo.

—Ríndete, tonto —comentó—. Nunca lo conseguirás.

Súbitamente, Bink comprendió todo. Los dragones no hablaban de esa forma. Por lo menos, no los lanzallamas voladores; carecían de la capacidad craneal y de la frialdad de cerebro para hablar. Eran demasiado estúpidos y tenían el cerebro demasiado caliente para ser inteligentes. No se trataba de ningún dragón..., sino de una ilusión creada por la Hechicera. Aún intentaba detenerle, creyendo que si él desaparecía y Camaleón moría, Trent reanudaría su marcha hacia el trono. Trent había puesto lo mejor de sí, y había fracasado; pero ahora, si era realista, continuaría con su objetivo. De esta forma, Iris todavía podría conseguir su sueño de poder a través de él. Naturalmente, ella jamás confesaría su parte en el engaño.

Bink habría preferido tratar con un dragón de verdad. El malvado plan de la Hechicera quizá tuviera éxito, ya que era un fénix, y no un pájaro parlante; no podría contarle a nadie salvo al Buen Mago, lo que estaba ocurriendo; los demás no tenían la capacidad de entenderle. Si ahora volvía hasta donde se encontraba Trent, perdería demasiado tiempo..., y, de todas formas, Iris también podría detenerle allí. Era su propia lucha, su duelo con la Hechicera; la debía vencer él mismo.

Cambió de trayectoria con brusquedad y se dirigió directamente hacia el dragón. Si se había equivocado, provocaría un fuego en el estómago del dragón y lo perdería todo. No obstante, lo atravesó sin ninguna resistencia. ¡Victoria!

Iris le gritó algo muy poco apropiado para una dama. Se ponía como una verdulera cuando le estropeaban sus planes. Bink la ignoró y prosiguió el vuelo.

Una nube se formó delante de él. Oh-oh..., ¿una tormenta? Tenía que darse prisa.

Pero la nube se ensanchó a toda velocidad. Ráfagas de vapor negro salieron de ella, remolineantes embudos se formaron debajo. En unos pocos momentos, la enorme masa ocultó el castillo. Nubes satélite danzaban a su alrededor, tan amenazadoras como cabezas de goblins. Se formó un esquema rotatorio más grande.

En conjunto, tenía un aspecto desconcertante y formidable.

No había ninguna posibilidad de sobrevolarla. Su ala herida le producía dolor, y la tormenta flotaba en el cielo como un genio gigante. Las descargas eléctricas bailaban a su alrededor restallantes y ensordecedoras. Había un olor a metal ardiendo. En sus profundas entrañas se veía un amasijo de colores y contornos indefinidos y demoníacos. Estaba claro que se trataba de una tempestad mágica, llena de granizo multicolor: era el tipo de tormenta más devastador.

Bink perdió altura... y la rotación de la nube se condensó en un único y descendente embudo gris. ¡Un supertornado que le destruiría!

Entonces, con la sorpresa de la comprensión, Bink casi cayó en picado. *¡No podía ser herido por la magia!* Era una tormenta mágica..., por lo tanto, ni siquiera le rozaría. Le estaban deteniendo con una amenaza falsa.

Además, no soplabla viento. Se trataba de otra ilusión. Lo único que tenía que hacer era volar directo hacia el castillo, sin dedicar atención a los efectos ópticos. Se lanzó en línea recta hacia la nube.

De nuevo había acertado. Los efectos habían sido espectaculares, pero la tormenta era inexistente; sólo un toque opaco en sus alas y la sugestión de humedad en las plumas. Pronto la atravesaría; entonces, nada le podría impedir que llegara al castillo del Buen Mago.

Sin embargo, la neblina continuó. ¿Cómo podría llegar al castillo si no podía verlo? Iris ya no le engañaba, pero sí tenía la capacidad de impedirle ver el camino. Quizá la magia no pudiera herirle a él en persona —ya se trataba de una magia real o ilusoria—, pero su talento no parecía preocuparse por el bienestar de otras personas, sin importar lo que él sintiera hacia ellas. Sobreviviría aunque Camaleón muriera. Quizá no disfrutara de su supervivencia, pero el tecnicismo se habría cumplido.

Maldito seas, talento, pensó con furia. Será mejor que te olvides de los tecnicismos y te preocupes de mi bienestar a largo plazo. Me suicidaré con algún artefacto mundano si descubro que mi vida no vale la pena. Necesito a Camaleón. De modo que no me salvarás si permites que esta magia hostil me impida salvarla a ella. Si eso ocurriera, ¿dónde estarías tú?

La neblina persistió. Parecía que con su talento no se podía razonar. Motivo por el cual, en última instancia, era inútil. Se trataba de una magia sin objetivo, como una mancha de colores en la pared.

Escudriñó a su alrededor, decidido a luchar con sus propias fuerzas. Toda su vida había logrado sobrevivir ignorante de su talento; en el futuro, tendría que seguir operando de la misma manera.

¿Había estado volando en línea recta hacia el castillo? Eso creía..., pero no estaba seguro. Se vio distraído por la nube y, al intentar evitarla, quizá se había desviado de su rumbo. Hubiera sido mejor que Trent le transformara en una paloma mensajera,

que jamás perdía la orientación. No obstante, un ave así no habría llamado la atención del Buen Mago. Bueno, no tenía sentido que especulara sobre lo que habría podido ser. Era lo que era, y tendría que conseguirlo de esa forma. Si su vuelo iba por el camino equivocado quizá nunca llegara al castillo..., pero lo intentaría.

Descendió en busca de alguna indicación terrestre. La nube le siguió. No pudo ver nada. Si bajaba demasiado, corría el riesgo de chocar con un árbol. ¿Había ganado Iris?

Entonces salió por debajo de la nube. Ahí estaba el castillo. Se lanzó hacia él..., y se detuvo, angustiado de nuevo. No era la residencia del Buen Mago..., ¡se trataba del Castillo Roogna! Había ido en la dirección opuesta, atravesando el yermo hacia el oeste en vez de ir hacia el este, en la dirección en la que residía el Buen Mago. Seguro que la Hechicera lo mantuvo en su niebla cegadora hasta que fuera demasiado tarde para retornar. ¿Cuánto tiempo irrecuperable había perdido? Aunque diera media vuelta y volara directamente hacia el castillo —siempre que pudiera hallarlo—, ¿conseguiría ayuda para Camaleón en el plazo de la hora? ¿O ya estaría muerta, por culpa de la demora, cuando llegara?

Oyó un leve bufido. De inmediato le envolvieron susurros que provenían de todas las direcciones. La nube descendió de nuevo para tapanle la visión.

¡Ocurría algo extraño! No le habría prestado ninguna atención al ruido si no existiera un esfuerzo tan obvio por ocultárselo. ¿Por qué la Hechicera Iris desearía impedirle aterrizar en el Castillo Roogna? ¿Había agua curativa aquí para remendar a los zombies? Era poco probable.

De modo que, a su manera, el bufido era importante. ¿Qué lo había producido? En el foso de Roogna no había ningún dragón; y los zombies no bufaban demasiado bien. No obstante, algo había causado aquel bufido...; con toda seguridad un ser vivo. Un caballo alado, o...

Lo comprendió en el acto: ¡no era el Castillo Roogna, sino el castillo del Buen Mago! La hechicera lo había cubierto con la imagen de Roogna para hacer que regresara. Su dominio era la ilusión..., y él seguía siendo engañado por las ramificaciones de su poder. Sin embargo, el hipocampo del foso había relinchado, descubriéndola. Después de todo, había seguido la dirección correcta, quizá guiado por su talento. Siempre había funcionado de forma sutil; no había ninguna razón para que ahora cambiara de proceder.

Bink se encaminó en la dirección de la que había provenido el primer ruido, descartando todos los demás. Bruscamente, la niebla se disipó. Parecía que la Hechicera no podía mantener sus ilusiones en las proximidades del terreno de un Mago rival, cuya especialización era la verdad.

—¡Aún no has triunfado! —llegó su voz desde el aire, a sus espaldas.

Entonces ella y todos sus efectos ópticos desaparecieron, dejando de nuevo un

cielo despejado.

Bink sobrevoló el castillo, que ahora mostraba su forma conocida. Temblaba de anticipación; ¡había estado tan cerca de perder su duelo con la Hechicera! Si hubiera dado media vuelta...

Vio una puerta abierta en la cima de una torreta y se dirigió hacia ella. El fénix poseía un vuelo potente, con un buen control; probablemente podría haber superado a un dragón de verdad, incluso con su ala herida.

Le llevó un momento a sus resplandecientes ojos acostumbrarse a la penumbra del interior. Voló por todas las habitaciones hasta que, por fin, localizó al Mago, que hojeaba un libro enorme. Durante un instante, el hombrecillo le recordó a Trent en la biblioteca de Roogna; los dos estaban interesados en los libros. ¿Habían sido de verdad amigos hacía veinte años, o simplemente socios?

Humfrey alzó la vista.

—¿Qué haces aquí, Bink? —preguntó, sorprendido. No pareció notar la forma en la que se había presentado Bink.

Bink intentó hablar, pero no pudo. El fénix permaneció en silencio; su magia se relacionaba con la supervivencia del fuego, no con el discurso humano.

—Acércate al espejo —le dijo Humfrey, poniéndose de pie.

Bink fue hacia allí. Al aproximarse, el espejo mágico mostró una escena. Era evidente que se trataba de uno igual al que él había roto, ya que no se veía ninguna grieta que indicara que el anterior hubiera sido reparado.

La escena pertenecía al yermo; Camaleón yacía desnuda y adorable, sangrando a pesar del tosco emplaste de hojas y hierbas que había en su abdomen. Ante ella se veía a Trent, la espada desenfundada a causa de un hombre lobo que se acercaba.

—Oh, ya veo —repuso Humfrey—. El Mago Maligno ha regresado. Qué tonto; esta vez no lo exiliarán, lo ejecutarán. Me alegro de que me lo hayas advertido; es peligroso. Veo que apuñaló a la muchacha y te transformó, pero pudiste escapar. Qué bien que hayas tenido el sentido común de venir hasta aquí.

Bink trató de hablar otra vez, y volvió a fracasar. Agitó las alas con ansiedad.

—¿Tienes algo más que decirme? Ven por aquí. —El Mago con aspecto de gnomo cogió un libro y lo abrió, depositándolo encima del que había estado leyendo antes—. Habla.

Bink lo intentó. No salió ningún sonido de su garganta pero vio que las palabras se formaban con letra clara en las páginas del libro:

¡Camaleón se está muriendo! Hemos de salvarla.

—Oh, por supuesto —aceptó Humfrey—. Unas pocas gotas del agua curativa lo harán. Naturalmente, están mis honorarios. No obstante, primero tenemos que encargarnos del Mago Maligno, lo que significa que nos veremos obligados a desviarnos hasta el Poblado del Norte para recoger un aturdidor. ¡Mi magia no puede

anular a Trent!

¡No! ¡Trent intenta salvarla! No es...

La frente de Humfrey se llenó de arrugas.

—¿Quieres decir que el Mago Maligno te ayudó? —preguntó, sorprendido—. Cuesta creerlo, Bink.

Tan rápidamente como pudo, Bink le explicó la conversión sufrida por Trent.

—Muy bien —comentó resignadamente Humfrey—. Aceptaré tu palabra de que está actuando en tu favor. Aunque creo que eres un poco ingenuo; y ya no sé quién va a pagar mis honorarios. De todos modos, si nos desviáramos, lo más probable es que el Mago Maligno escapara. Sin embargo, debemos intentar cogerlo para que tenga un juicio justo. Ha infringido la ley de Xanth; ha de ser juzgado de inmediato. No nos beneficiaría en nada salvar a Camaleón y dejar a Xanth indefensa ante el peligro del ansia de conquista del transformador.

Bink quiso explicarle muchas otras cosas, pero Humfrey no le dio ninguna posibilidad de hacerlo. Y, claro está, existía el riesgo de que estuviera siendo ingenuo; una vez que el Mago Maligno hubiera tenido tiempo de pensarlo otra vez, con toda seguridad volvería a ser como antes. No obstante, Bink sabía que Trent le había ganado en el duelo; por lo tanto, Bink era el perdedor, lo cual le obligaba a no interferir más en los asuntos del Mago. Era una convicción enrevesada, pero cada vez más fuerte. Esperaba que Trent lograra escapar.

Humfrey le condujo hasta la bodega del castillo, donde sacó un poco de fluido de un barril. Derramó una gota en el ala herida de Bink y, de inmediato, la curó. El resto lo puso en un frasco pequeño, que se guardó en un bolsillo.

Luego, el Mago se acercó a un armario, del que sacó una alfombra de felpa. La desenrolló y se sentó en ella con las piernas cruzadas.

—¡Bueno, vámonos, cerebro de pájaro! —restalló—. Ahí fuera, tú solo te perderías, en especial ahora, que Iris está tonteando con el clima.

Bink, perplejo, se posó sobre la alfombra, de cara al Mago; en el acto, esta se elevó en el aire. Desprevenido, Bink abrió las alas y ancló con fuerza sus garras en la tela, sujetándose. Era una alfombra voladora.

La cosa atravesó con seguridad un portal y luego ascendió por el cielo. Se equilibró y aceleró. Bink, de espaldas, se vio obligado a plegar rápidamente las alas y, casi, a atravesar la tela con las garras para no ser arrastrado por el viento. El castillo se encogió en la distancia.

—Es un aparato que acepté hace unos años como forma de pago a cambio de mis servicios —le explicó Humfrey coloquialmente. Estornudó—. Nunca me sirvió de mucho; sólo para acumular polvo. Aunque supongo que esta es una emergencia. —Miró de reojo a Bink y sacudió dubitativamente la cabeza—. ¿Afirmas que el Mago Maligno te transformó para que llegaras hasta mí con más rapidez? Asiente con el

pico una vez para un sí, dos para un no.

Bink asintió una vez.

—¿Y él apuñaló a Camaleón?

Otro gesto. Pero esa no era toda la historia.

—¿No quiso apuñalarla? ¿Lo que intentaba era matarte a ti y ella se interpuso?

Bink tuvo que asentir con un sí otra vez. Maldita afirmación.

Humfrey sacudió la cabeza.

—Es fácil lamentarlo después que se ha cometido un error. Sin embargo, yo le conocí antes del exilio, y no era un hombre carente de compasión. Pero no creo que pueda descansar hasta que no consiga su ambición..., y, mientras siga con vida y en Xanth, nunca tendremos la certeza de que no lo hará. Es una cuestión difícil. Hemos de iniciar una investigación meticulosa de los hechos.

Semejante investigación sería la muerte de Trent. El viejo Rey se empeñaría en eliminar esa importante amenaza para su declinante poder.

—¿Y Trent sabe lo que, con toda seguridad, le va a pasar cuando lleguen las autoridades, siempre que lo atrapen?

Trent seguro que lo sabía. Bink asintió de nuevo.

—¿Y tú..., tú le quieres ver muerto?

Bink sacudió con energía la cabeza: no.

—¿O que lo exilien otra vez?

Bink tuvo que pensarlo. Luego sacudió dos veces la cabeza.

—Claro; lo necesitas para que te cambie de vuelta a tu forma humana. Quizás eso le brinde la posibilidad de llegar un trato. Puede que le perdonen la vida a cambio de ese servicio. Después, es muy factible que lo exilien..., o la ceguera total.

¡Ceguera! Sin embargo, Bink comprendió la horrible lógica. Ciego, Trent no podría transformar a nadie; tenía que ver a sus blancos. Qué destino tan terrible.

—Veo que tampoco te gusta esa idea. Sin embargo, hay que sopesar las crudas realidades —meditó Humfrey—. Va a ser bastante difícil salvar *tu* vida, ya que tú también eres un inmigrante ilegal. Sin embargo, existe la posibilidad de que la cosa no llegue a tanto. —Fruunció el ceño—. Lamento de verdad que Trent esté metido en esta situación; realmente, es un gran Mago; siempre nos hemos llevado bien, sin ninguna interferencia al uno en los asuntos del otro. Pero el bienestar de Xanth está primero. —Sonrió brevemente—. Después de mis honorarios, claro está.

Bink no veía que las circunstancias se prestaran al humor.

—Por suerte, pronto estará fuera de nuestras manos. Lo que tenga que ser, será.

Luego permaneció en silencio. Bink contempló las nubes, esta vez reales; cubrían el cielo, más oscuras, a medida que se dirigían hacia el norte. La alfombra pasó en ese momento por encima del Desfiladero, haciendo que Bink, a pesar de las alas, se sintiera más inseguro; se trataba de una larga caída. Cuando la alfombra atravesó una

nube, perdió altura de forma alarmante; parecía haber corrientes descendentes en su interior. No obstante, Humfrey iba aparentemente tranquilo, los ojos cerrados, concentrado en sus pensamientos.

La situación empeoró. La alfombra, al no poseer inteligencia, volaba en una ruta directa hacia su destino programado de antemano, sin evitar los bancos gaseosos. Las nubes se convirtieron en enormes montañas y en valles de una terrible profundidad, y las corrientes se intensificaron. La tormenta que se estaba formando no era ninguna ilusión; aunque carecía de los olores y los remolinos amenazadores de la creada por Iris, a su lúgubre manera era igual de peligrosa.

Entonces, la alfombra descendió por entre la niebla y salió la claridad. ¡Ahí estaba el Poblado del Norte!

Los ventanales del palacio del Rey llevaban cortinajes negros.

—Creo que ya ha sucedido —comentó Humfrey cuando aterrizaron ante las puertas del palacio.

Un Anciano del pueblo salió a su encuentro.

—¡Mago! —gritó—. Pensábamos llamarte. ¡El Rey ha muerto!

—Bueno, entonces será mejor que elijáis a su sucesor —replicó Humfrey de manera ácida.

—No hay nadie..., salvo tú —repuso el Anciano.

—¡Cerebro senil! Eso no es ninguna recomendación —restalló Humfrey—. ¿Para qué quiero yo el trono? Es un puesto aburrido y pesado, que entorpecería seriamente mis estudios.

El Anciano no se amilanó.

—A menos que nos indiques a otro Mago cualificado, la ley exige que aceptes el nombramiento.

—Bueno, pues la ley se puede ir... —Humfrey se detuvo—. Tenemos asuntos más importantes que tratar. ¿Quién está a cargo de momento?

—Roland. Se está ocupando del funeral.

Bink se sobresaltó. ¡Su padre! Pero de inmediato supo que su padre sería escrupuloso y evitaría cualquier posible conflicto de intereses; incluso era mejor que no le comunicaran que Bink se hallaba de regreso en Xanth.

Humfrey, que había pensado lo mismo, miró a Bink.

—Bueno, creo que ya sé quién puede ser el tonto que acepte el puesto —comentó el Buen Mago—. Sin embargo, primero ha de solucionar un problema técnico.

Bink sintió un incómodo escalofrío premonitorio.

¡Yo no!, intentó decir, pero todavía no podía hablar. *Realmente, no soy un Mago. Desconozco el papel de Rey. Lo único que deseo es salvar a Camaleón.* Y permitir que Trent se marche.

—No obstante, antes hemos de arreglar un par de asuntos —prosiguió Humfrey

—. El Mago Maligno, Trent, el transformador, se encuentra en Xanth, y una muchacha se está muriendo. Si nos damos prisa, podremos alcanzarlos a los dos antes de que sea demasiado tarde.

—¡Trent! —El Anciano se mostró impresionado—. Vaya momento para aparecer. Corrió hacia el palacio.

En poco tiempo reunieron a un destacamento listo para la batalla. El conjurador de viajes del pueblo recibió las coordenadas precisas de su emplazamiento y, de inmediato, comenzó a enviar gente hacia allá.

El primero en ir fue el mismo Roland. Con suerte, lograría sorprender al Mago Maligno y lo atontaría en el acto, anulando su magia. Luego, el resto del grupo podría actuar con seguridad. Después se marchó el Buen Mago, con su frasco de agua curativa para salvar a Camaleón..., si es que todavía vivía.

Bink comprendió que, si el plan tenía éxito, Trent no tendría nunca más la oportunidad de transformar a nadie. Si ejecutaban al Mago Maligno antes de que convirtiera a Bink, entonces permanecería para siempre como un fénix. Camaleón estaría sola..., aunque a salvo. Y su padre cargaría con la responsabilidad. ¿No había ninguna forma de evitarlo?

El plan podía fallar. Trent quizá dispusiera de la oportunidad de transformar a Roland y a Humfrey. Entonces, Bink podría recuperar su forma humana, aunque Camaleón moriría. Eso tampoco valía. Quizá Trent ya hubiera escapado antes de que llegara Roland. Entonces, Camaleón sería curada y Trent sobreviviría..., pero Bink seguiría siendo un pájaro.

Sin importar cómo se desarrollaran los acontecimientos, alguien querido para Bink se vería sacrificado. A menos que Humfrey, de algún modo, lograra que todo concluyera bien. ¿Cómo podía?

Uno a uno, los Ancianos desaparecieron. Entonces le llegó el turno a Bink. El conjurador gesticuló...

Lo primero que vio Bink fue el cuerpo del hombre lobo. La criatura, evidentemente, había cargado contra el Mago, y había sido despachada por la veloz espada de Trent. Por doquier se veían orugas que antes no habían estado allí. Trent se erguía inmóvil, paralizado, en gesto concentrado como si fuera a lanzar un hechizo. Y Camaleón...

Bink voló hacia ella, dominado por la alegría. ¡Se encontraba bien! La terrible herida había desaparecido y estaba de pie, con un gesto desconcertado.

—Este es Bink —le comunicó Humfrey—. Voló en busca de ayuda para ti. Llegó justo a tiempo.

—¡Oh, Bink! —gritó ella, rodeándolo con sus brazos y tratando de estrecharlo contra su pecho desnudo. Bink, en la forma de un ave de plumaje delicado, no creyó que eso fuera tan delicioso como si estuviera en su forma humana—. Recupera tu

figura.

—Me temo que sólo el transformador puede devolverle la forma —dijo Humfrey—. Y el transformador ha de ser juzgado primero.

¿Y cuál sería el resultado de ese juicio? ¿Por qué no había escapado Trent mientras tuvo la oportunidad?

El procedimiento fue rápido y eficaz. Los Ancianos le formularon preguntas al Mago inmóvil, quien, por supuesto, no podía responderlas o defender su propio caso. Humfrey quería que el conjurador de viajes le transportara su espejo mágico...; habló con Munly, el maestro de ceremonias del juicio de Bink, el cual desempeñaba a la vez uno de los cargos de Anciano. El cerebro de pájaro de Bink le hacía sentirse un poco confuso. Munly empleó su talento para conjurar directamente ese pequeño objeto desde el castillo del Buen Mago. Lo alzó para que todos pudieran ver las imágenes que se formaron en su superficie.

En el espejo se reflejaron escenas de los viajes que el trío había realizado por Xanth. Poco a poco surgió toda la historia, aunque no reveló el talento de Bink. Mostró cómo los tres se habían ayudado mutuamente a sobrevivir en el yermo; cómo permanecieron en el Castillo Roogna..., eso causó una exclamación general, ya que nadie sabía que ese antiguo, famoso y semimítico edificio permaneciera intacto. Cómo lucharon contra el enjambre de culebreadores... ¡otra exclamación! Y cómo, finalmente, habían librado su duelo y la intervención de la Hechicera Iris. También cómo —Bink sintió furia y vergüenza— él había hecho el amor con Camaleón. El espejo fue despiadado.

Toda la secuencia sentenciaba a Trent, ya que no había diálogos.

No fue así en realidad, trató de gritar Bink. Es un buen hombre. En muchos sentidos, sus motivos son lógicos. Si no nos hubiera perdonado la vida a Camaleón y a mí, podría haber conquistado Xanth.

Nadie le oyó. Los Ancianos reunidos se miraron mutuamente, asintiendo con gestos de gravedad. El padre de Bink, Roland, estaba entre ellos; y el amigo de la familia, Munly, también. Nadie habló.

Entonces el espejo prosiguió con su exposición, mostrando lo que había ocurrido después de que Bink volara en busca de ayuda. Los monstruos del yermo, que habían olfateado la sangre fresca, convergieron sobre Trent. Este apenas había dispuesto de tiempo para vendar a Camaleón antes de que las amenazas se hicieran acuciantes. Había permanecido delante de ella, con la espada en la mano, manteniendo a raya a las criaturas, transformando en orugas a aquellas que se atrevieron a atacar. Dos cabezas de lobo habían atacado al unísono, las fauces abiertas, chorreando saliva; uno se volvió una oruga mientras el otro era cercenado por la espada. Trent sólo había matado cuando la situación lo requirió.

Podría haber huido incluso entonces, gritó Bink en silencio. Podría haber dejado

que los monstruos acabaran con Camaleón. Podría haber escapado hacia la jungla mágica. Nunca le hubierais atrapado..., hasta que él os atrapara a vosotros. Es un buen hombre ahora. Pero sabía que no había ninguna forma en que pudiera defender el caso de este buen hombre. Camaleón, por supuesto, era demasiado estúpida para hacerlo, y Humfrey desconocía toda la historia.

Por fin el espejo mostró la llegada de Roland, tan fuerte y atractivo, a su manera, como el Mago Maligno, y unos pocos años mayor. Había aterrizado de espaldas a Trent..., justo en el camino de una serpiente bicéfala, cuyas cabezas medían un metro cada una, que se disponía a atacar. Roland, que escudriñaba el yermo ante él, nervioso por la presencia cercana de un árbol ahorcador, no había visto al Mago ni a la serpiente.

En el espejo, Trent atacó, corriendo hacia el extremo posterior de la serpiente y cogiéndola con sus manos desnudas, haciendo que se volviera, furiosa, hacia él. Las dos cabezas se abalanzaron..., y la cosa, súbitamente, se había transformado en una oruga. Una oruga de dos cabezas.

Roland dio media vuelta. Durante un instante, los dos hombres se miraron a los ojos, sus talentos mortales operativos a esa distancia. Eran bastante parecidos. Entonces, Roland entrecerró los ojos, y Trent quedó congelado en su sitio. El golpe de Roland había llegado antes que la transformación.

¿O no había sido así? *Trent ni siquiera intentó resistirse*, pensó Bink inútilmente. *Podría haber transformado a mi padre en vez de a la serpiente..., o dejar que esta atacara.*

—Ancianos, ¿habéis visto bastante? —inquirió Humfrey con suavidad.

Si me ofrecieran el trono a costa de la vida de Trent, no lo aceptaría, pensó Bink con furia. El juicio había sido una farsa; nunca dejaron que Trent hablara en su propio nombre, que presentara su elocuente tesis del perjuicio que le estaba causando la magia a la población humana de Xanth, o de la amenaza de un ataque futuro de Mundania. ¿Iban a deshacerse de él de la misma forma en que exiliaron a Bink? ¿Irreflexivamente, por la inercia de la ley, sin meditar en el significado de los ecos expuestos?

Los ancianos intercambiaron graves miradas. Cada uno realizó un lento gesto de afirmación.

¡Por lo menos, dejadle hablar!, gritó Bink, mudo.

—Entonces será mejor que liberemos el hechizo —repuso Humfrey—. Debe estar libre de toda imposición mágica cuando escuche el veredicto, como es la costumbre.

¡Gracias a Dios!

Roland chasqueó los dedos. Trent se movió.

—Gracias, honorables Ancianos de Xanth —dijo con diplomacia—. Me habéis otorgado una vista justa, estoy dispuesto a escuchar el veredicto.

Trent ni siquiera se defendía. Estaba claro que esta investigación, silenciosa y horrendamente parcial, sólo era un ritual para justificar una decisión a la que se había llegado de forma privada..., ¿cómo le podía conceder credibilidad el Mago Maligno?

—Te encontramos culpable de haber violado el exilio —comunicó Roland—. Para eso, la pena establecida es la muerte. Sin embargo, nos hallamos en una situación única; además, tú mismo has cambiado de manera sustancial desde la época en que te conocimos. Siempre tuviste valor, inteligencia y una magia poderosa; ahora, también posees lealtad, honor y compasión. No me pasa por alto que salvaste la vida de mi hijo, quien, de forma estúpida, te desafió; y que protegiste a la mujer que él había elegido de las garras de las bestias salvajes.

Tienes parte de culpa en estos asuntos, pero ya la has expiado. Por lo tanto, cancelamos la pena establecida y te autorizamos a permanecer en Xanth, bajo dos condiciones.

No iban a matar a Trent. Bink casi bailó de alegría. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que le impondrían unas fuertes restricciones, para evitar que Trent volviera a aspirar al trono. Humfrey había mencionado la posibilidad de que le dejaran ciego, de modo que no fuera capaz de realizar su magia. Bink sabía lo que podía ser una vida sin magia. Trent se vería obligado a realizar alguna tarea indigna, pasando sus días en la ignominia. Los Ancianos, por lo general, eran viejos pero no necesariamente magnánimos; ningún ciudadano inteligente los desafiaba dos veces. Trent inclinó la cabeza.

—Os lo agradezco con sinceridad, Ancianos. Acepto vuestras condiciones. ¿Cuáles son?

¡Pero quedaban tantas cosas por decir! Tratar a este hombre bueno como a un simple criminal, obligarle a aceptar ese terrible castigo..., y Trent ni siquiera protestaba.

—Primero —expuso Roland—, que te cases.

Trent alzó la vista, sorprendido.

—Puedo comprender una pena que me obligue a invertir todas mis transformaciones pasadas y que desista de cualquier ejercicio futuro de mi talento, pero..., ¿qué tiene que ver el matrimonio en todo esto?

—Realizas suposiciones —repuso Roland hoscamente.

Y Bink pensó: *Trent todavía no lo ha comprendido. No necesitan imponerle limitaciones... si le dejan ciego. Quedará inútil.*

—Me disculpo, Anciano. Me casaré. ¿Cuál es la otra condición?

¡*Aquí viene!* Bink deseó poder eliminar los sonidos, como si al no ser capaz de escuchar las palabras de la sentencia pudiera mitigarla. Pero ese no era el tipo de talento mágico que poseía.

—Que aceptes el trono de Xanth.

Bink quedó con el pico abierto. Lo mismo le sucedió a la boca de Camaleón. Trent permaneció como si de nuevo lo hubieran inmovilizado.

Entonces, Roland se inclinó con una rodilla en el suelo. Los demás Ancianos, en silencio, hicieron lo mismo.

—¿Sabes?, el Rey ha muerto —explicó Humfrey—. Es importante tener un buen hombre y un Mago poderoso en el puesto, uno que posea el don de mando unido a la discreción y a perspectiva y que, cuando sea necesario, utilice su vena despiadada en defensa de Xanth. Como en el caso de una invasión de culebreadores o una amenaza similar. Uno que también pueda aportar un heredero potencial, de modo que Xanth no vuelva a pasar por la misma situación difícil. No es necesario que nos guste un monarca así, pero hemos de tenerlo. Está claro que yo no me cualifico para el cargo, ya que no lograría dedicarme a la concentración necesaria que requieren los detalles del gobierno; la Hechicera Iris no es adecuada, aunque no fuera una mujer, por su carencia de autodomínio personal; y la única otra persona del calibre de un Mago no posee la personalidad ni el talento apropiados para las necesidades de la corona. Por lo tanto, Xanth te necesita, Mago. No puedes negarte.

También Humfrey se arrodilló.

El Mago Maligno, que ya no era malo, inclinó la cabeza en muda aceptación. Después de todo, había conquistado Xanth.

La ceremonia de coronación fue espléndida. El contingente centauro marchó con asombrosa precisión, y desde todos los rincones de Xanth asistieron gentes y bestias inteligentes. El Mago Trent, desde ese momento el Rey Transformador, aceptó la corona y a la novia al mismo tiempo, y los dos estaban radiantes.

Hubo algunos comentarios maliciosos desde el fondo de la multitud; sin embargo, la mayoría de los ciudadanos estuvo de acuerdo en que la elección del Rey había sido sabia. «Si es demasiado vieja para darle un heredero, siempre podrán adoptar a un niño Mago». «Después de todo, es el único que puede controlarla..., nunca sufrirá la falta de variedad». «Elimina la última amenaza real del reino». Todavía no eran conscientes de las amenazas formidables que acechaban en el interior y desde el exterior.

Bink, que ya había recuperado su forma original, estaba solo, contemplando el lugar donde había estado enraizado el Árbol Justin. Se sentía contento por Trent, seguro de que el hombre sería un buen Rey. Sin embargo, también sufría una cierta desilusión anticlimática. ¿Qué iba a hacer ahora?

Pasaron tres jóvenes y un hombre de mediana edad. Zinc, Jama y Potipher. Estaban castigados, con los ojos mirando ni suelo. Sabían que los días de las correrías salvajes habían terminado; con el nuevo Rey portando la corona, tendrían que comportarse bien..., o de lo contrario, serían transformados.

Luego, dos centauros se acercaron al trote.

—¡Cuánto me alegra verte, Bink! —exclamó Cherie—. Es maravilloso que no te hayan exiliado —le dio un codazo a su compañero—. ¿No es así, Chester?

Chester forzó el rostro para que mostrara una sonrisa torturada.

—Sí, claro —farfulló.

—Tienes que venir a visitarnos —continuó Cherie, animada—. Chester habla tan a menudo de ti.

Chester hizo un gesto como de ahogar a alguien con sus dos poderosas manos.

—Sí, claro —repitió, con más entusiasmo.

Bink cambió de tema.

—¿Sabéis que conocí a Herman, el Ermitaño, en el yermo? —comentó—. Murió como un héroe. Utilizó su magia... —Se interrumpió, recordando que los centauros consideraban la magia en uno de ellos como algo obsceno. Probablemente eso iba a cambiar, una vez Trent revelara los conocimientos adquiridos en el Castillo Roogna—. Organizó la defensa que aniquiló al enjambre de culebreadores antes de que pudiera infestar todo Xanth. Espero que en el futuro se reverencie el nombre de Herman entre vuestro pueblo.

De manera sorprendente, Chester sonrió.

—Herman era mi tío —repuso—. Era un gran personaje. Los potrillos solían gastarme bromas por su exilio. ¿Dices que ahora es un héroe?

Cherie frunció la boca.

—No hables de obscenidades en presencia de una yegua —le advirtió—. Vámonos.

Chester tuvo que acompañarla. Por un segundo, volvió la cabeza.

—Sí, claro —dijo—. Ven a visitarnos pronto. Cuéntanos todo lo que hizo el Tío Herman para salvar a Xanth.

Se marcharon. De repente, Bink se sintió muy bien. Chester era la última persona con la que hubiera creído que tenía algo en común, pero le alegró descubrirlo. Bink conocía el frustrante sentimiento de que se burlaran de ti por algún supuesto fracaso. Y le apetecía narrarle a un público atento cosas sobre Herman, el mágico Ermitaño centauro.

Ahora se le acercó Sabrina. Estaba más adorable que nunca.

—Bink, siento lo ocurrido entre nosotros —comento—. Pero, ahora que todo se ha aclarado...

Era como Camaleón en su fase de belleza, y también inteligente. Una novia adecuada para casi cualquier hombre. Sin embargo, Bink ya la conocía demasiado bien. Su talento le había impedido casarse con ella al mantenerse en secreto.

Un talento listo.

Miró a su alrededor..., y vio al nuevo guardaespaldas que había tomado Trent

ante la recomendación de Bink. El hombre que podía detectar casi todo, incluso el peligro, antes de que se produjera. El soldado refulgía en su uniforme imperial, con un porte impresionante.

—¡Crombie! —llamó Bink.

Crombie se les acercó.

—Hola, Bink. Ahora estoy de guardia, así que no puedo quedarme a charlar. ¿Ocurre algo?

—Sólo quería presentarte a esta encantadora dama, Sabrina —repuso Bink—. Realiza unos preciosos hológrafos en el aire. —Se volvió a Sabrina—. Crombie es un buen hombre y un soldado capaz, que goza de la confianza del Rey, pero que no confía mucho en las mujeres. Creo que nunca conoció a la adecuada. Me parece que los dos deberíais llegar a conoceros mejor.

—Pero yo pensé...

Crombie la contempló con un cierto interés cínico, y ella le devolvió la mirada. Él observó sus encantos físicos, que eran excelentes; ella analizó su posición en palacio, que también era excelente. Bink no supo si acababa de realizar un acto hermoso o si había lanzado un puñado de cerezas bomba por el agujero del retrete. El tiempo lo diría.

—Adiós, Sabrina —repuso Bink y dio media vuelta.

El Rey Trent requirió la presencia de Bink para una audiencia.

—Lamento la tardanza en verte otra vez —comentó, cuando estuvieron solos—. Necesité ciertos actos preliminares.

—La coronación. La boda —admitió Bink.

—Eso también. Pero, principalmente, un reajuste emocional. La corona aterrizó sobre mi cabeza de una forma bastante repentina, como tú bien sabes.

Bink lo sabía.

—Si me permitís preguntároslo, Vuestra Majestad...

—¿Por qué no abandoné a Camaleón y huí hacia el yermo? Sólo por ti, Bink, responderé. Dejando a un lado las consideraciones morales, cosa que no dejé, realicé un análisis que en Mundania llaman cálculo de probabilidades. Cuando emprendiste el vuelo hacia el castillo del Buen Mago, consideré tus posibilidades de éxito en tres contra uno a tu favor. Si hubieras fracasado, yo habría seguido a salvo; no tenía ningún sentido abandonar a Camaleón. Sabía que Xanth necesitaba con urgencia un nuevo Rey, ya que el Rey de la Tormenta declinaba con velocidad creciente. Las posibilidades que tenían los Ancianos de hallar a un Mago más competente que yo también estaban tres contra uno. Y así sucesivamente. En total, las probabilidades que tenía de obtener el trono si permanecía allí eran de nueve contra dieciséis, y sólo una probabilidad de tres contra dieciséis de ser ejecutado. Eran unas posibilidades mucho

mejores que sobrevivir solo en el yermo, que yo calcularía de una contra dos. ¿Lo entiendes?

Bink sacudió la cabeza.

—Esos cálculos..., no veo...

—Acepta mi palabra de que se trató de una decisión práctica, un riesgo calculado. Humfrey era mi amigo; estaba convencido de que no me traicionaría. Él sabía que yo había calculado las probabilidades..., lo cual no marcaba ninguna diferencia, ya que es la clase de intriga que necesita Xanth en un Rey, y estaba al tanto de ello. De modo que siguió adelante. No es que no tuviera algunas preocupaciones serias durante el juicio; Roland, por cierto, me hizo sudar.

—A mí también —admitió Bink.

—Sin embargo, si las probabilidades hubieran sido distintas, también habría actuado como lo hice. —Trent frunció el ceño—. Y te ordeno que no me avergüences revelando mi debilidad al pueblo. Ellos no desean un Rey que se incline ante las consideraciones personales.

—No lo diré —repuso Bink, aunque en su interior no consideraba que se tratase de un fallo. Después de todo, había salvado a Camaleón.

—Y ahora vayamos a lo que nos atañe —dijo el Rey con energía—. Por supuesto, os concederé a ti y a Camaleón una dispensa real para que podáis quedaros en Xanth sin sufrir ningún castigo por vuestra violación del exilio. No, esto no tiene nada que ver con tu padre; nunca me di cuenta de que eras el hijo de Roland hasta que volví a verle y noté el parecido familiar; jamás dijo una palabra de ti. Un buen modo de evitar el conflicto de intereses; Roland será un hombre importante en la nueva administración, te lo garantizo. Pero eso no tiene nada que ver con el tema. No habrá más exilios para nadie, o restricciones de inmigración desde Mundania, a menos que se trate de algo en lo que intervenga la violencia. Esto significa que ya no estarás obligado a demostrar tu talento mágico. En toda Xanth, sólo tú y yo comprendemos su naturaleza específica. Camaleón se hallaba presente cuando lo descubrimos, pero no estaba en condiciones de asimilarlo. Humfrey únicamente sabe que posees una magia de Mago. De modo que será nuestro secreto.

—Oh, no me importa...

—No lo comprendes, Bink. Es importante que la naturaleza exacta de tu talento siga siendo un secreto. Es su misma naturaleza; ha de ser algo privado. Si lo revelas, lo corrompes. Esa es la razón por la que se protege tanto de ser descubierto. Con toda seguridad, a mí se me permitió averiguarlo sólo para ayudarte a protegerlo de los demás, y es lo que pretendo hacer. Nadie más lo sabe.

—Sí, pero...

—Veo que todavía no lo entiendes. Tu talento es notable y sutil. En su totalidad, entra en la categoría de los Magos, igual a cualquier magia en Xanth. Todos los

demás ciudadanos, ya pertenezcan a la variedad de simple mancha en la pared o a la clase de los Magos, son vulnerables al tipo de magia que ellos mismos no practican. Iris puede ser transformada, yo puedo ser inmovilizado, Humfrey puede ser hostigado por la ilusión..., ya me comprendes. Únicamente tú estás a salvo de todos los tipos de magia. Pueden engañarte, o avergonzarte, o causarte algún inconveniente serio, pero nunca podrán dañarte físicamente con la magia. Es una protección extremadamente amplia.

—Sí, pero...

—De hecho, quizá nunca lleguemos a conocer sus límites definitivos. Piensa en la forma en la que volviste a Xanth..., siguió sin revelarse a nadie que pudiera contarlo. Toda nuestra aventura puede que no sea más que la manifestación de una faceta de tu talento. Camaleón y yo quizá hayamos sido simples herramientas que te trajeron de vuelta a Xanth sin que corrieras peligro. Por ti mismo podrías haber quedado atrapado en Roogna, o ser víctima de los culebreadores. Así que me trajo a mí para aligerarte el camino. Hasta puede que te haya protegido de mi espada mundana haciendo que apareciera Camaleón para recibir la estocada. Como yo descubrí tu talento a través de su efecto en mi propia magia, y como soy un Mago, no podía detenerme por completo como haría con un poder inferior. No obstante, todavía funcionaba para protegerte... el que no fuera capaz de derrotarme del todo, como lo demuestra el que fui capaz de herirte, hizo que se uniera a mí actuando para mitigar mi rivalidad contigo proclamándome Rey de un modo que tu pudieras aceptar. O quizá fue tu talento el que cambió mi pensamiento y me previno de matarte. En todo caso sigo pensando que fue decisión de tu talento mágico el que yo conociera su naturaleza... ya que este conocimiento, como puedes ver, ha cambiado profundamente mi actitud hacia ti y tu seguridad personal.

Hizo una pausa, pero Bink no realizó ningún comentario. Era un concepto demasiado amplio para digerirlo de un solo bocado. Había pensado que su talento era limitado, que no afectaba a la gente por la que se preocupaba. Sin embargo parecía que lo había subestimado.

—Como puedes ver —continuó Trent—, mi trono pudo ser simplemente el camino más conveniente para el cuidado de tu bienestar. Quizá exilio, y la muerte del Rey de la Tormenta en este momento, forme parte de un plan mágico. Ciertamente tu exilio me trajo a Xanth, sin mi ejército, sólo con tu compañía. No pienso arriesgarme a decir que únicamente la coincidencia ayudó a conseguirlo. Tu talento utiliza las coincidencias de una forma muy sofisticada. No quiero ir contra ti y morir de una enfermedad del mismo modo que mi predecesor, después de actuar en contra de tus intereses. No, Bink, no deseo ser tu enemigo aunque ya no fuera tu amigo. Y así me convierto en un agente consciente de la preservación de tu secreto y el cuidado de tu seguridad de la mejor forma que soy capaz. Sabiendo lo que sientes por Xanth, trataré

de ser el mejor Rey posible y de implantar una nueva Edad de Oro, para que nunca te veas amenazado, directa o indirectamente, por mi mal gobierno. ¿Lo comprendes ahora?

Bink asintió.

—Creo que sí, Vuestra Majestad...

Trent se incorporó, dándole una palmada amistosa en la espalda.

—¡Perfecto! ¡Será mejor que todo funcione bien! —Se detuvo cuando se le ocurrió otra cosa—. ¿Has decidido qué harás, Bink? Puedo ofrecerte cualquier puesto que no sea la corona..., aunque quizá tu futuro te la depare si...

—¡No! —exclamó Bink. Rectificó al ver la amplia sonrisa de Trent—. Quiero decir, sí, he pensado en un trabajo. Yo... vos me dijisteis una vez... —Bink vaciló, sintiéndose extraño de repente.

—No parece que me hayas oído muy bien. Recibirás lo que desees..., siempre que se encuentre al alcance de mi poder actual. No obstante, mi talento es la transformación, no la adivinación. Debes hablar. ¡Suéltalo!

—Bueno, en el yermo, cuando esperábamos que Camaleón..., ya sabéis, poco antes de lo de los culebreadores. Hablamos del misterio de...

Trent alzó una mano real.

—No digas más. A partir de ahora te nombro, Bink, del Poblado del Norte, Investigador Oficial de Xanth. Cualquier misterio de la magia será tu responsabilidad: indagarás donde haga falta hasta que tu descubrimiento te satisfaga, y me pasarás tus informes directamente a mí, para que los incluya en los archivos reales. Tu talento secreto te cualifica de forma única para explorar los más ocultos rincones de Xanth, ya que el Mago que recorre su camino en el anonimato no necesita a nadie que le proteja. Hace tiempo que esos rincones tenían que haber sido descubiertos. Tu primera misión será la de averiguar la verdadera fuente de la magia de Xanth.

—Yo... Oh, gracias, Vuestra Majestad —repuso Bink, reconocido—. Creo que ese trabajo me gusta mucho más que ser Rey.

—Quizá te des cuenta de lo que me gratifican tus palabras —comentó Trent con una sonrisa—. Ahora vayamos a ver a las mujeres.

El conjurador de viajes los transportó a los dos. De repente, se encontraron en la entrada principal del Castillo Roogna.

El puente levadizo había sido arreglado, y ahora el metal y la madera barnizada brillaban. El foso estaba limpio y lleno de agua, habitado por monstruos de las más finas especies. Las rejas resplandecían. Estandartes llamativos ondeaban en las torretas más altas. Era un castillo devuelto a todo su esplendor.

Bink miró hacia algo que creyó vislumbrar en uno de los lados. ¿Se trataba de un cementerio pequeño? Algo se movía allí, blanco como los huesos, arrastrando un

vendaje. ¡Oh, no!

Entonces la tierra se abrió. Con un ademán alegre de despedida, el zombie se hundió en su lugar de reposo.

—Duerme en paz —musitó Trent—. He mantenido mi promesa.

Y si no lo hubiera hecho, ¿habrían surgido los zombies desde el yermo para obligarle a cumplirla? Era un misterio que Bink no pensaba explorar.

Entraron en Roogna. Los seis fantasmas les recibieron en el corredor, cada uno con una forma completamente humana. Milly se desvaneció en el acto para notificarle a la Reina la llegada del Rey.

Iris y Camaleón aparecieron juntas, vestidas con túnicas y zapatillas del palacio. La Hechicera se mostraba en su aspecto natural, pero tan bien ataviada y peinada que resultaba atractiva; Camaleón casi se hallaba en su fase «central», normal, tanto en apariencia como en intelecto.

La Reina no fingió ningún afecto hacia Trent; había sido un matrimonio de conveniencia, como se había anticipado. No obstante, el placer que sentía por el rango que ostentaba y su excitación por el castillo eran genuinos.

—¡Este lugar es maravilloso! —exclamó—. Camaleón me lo ha estado mostrando, y los fantasmas asearon nuestros servicios. Todo el espacio y grandeza que siempre he deseado..., y es real. Además, anhela agradarnos con tanta presteza...; sé que me encantará vivir aquí.

—Perfecto —comentó Trent con seriedad—. Ahora ponte tu cara bonita; tenemos invitados.

La mujer de mediana edad se vio reemplazada al instante por una joven arrebatadoramente suave y rolliza, con un vestido de amplio escote.

—No deseaba avergonzar a Camaleón..., ya sabes, se encuentra en su fase normal.

—No puedes avergonzarla en ninguna de sus fases. Ahora discúlpate con Bink.

Iris le dedicó a Bink una reverencia impresionante. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera para seguir siendo Reina..., y humana. Trent podía convertirla en un sapo lleno de verrugas..., o transformarla en la misma figura que aparentaba ahora. Posiblemente podía hacerla lo suficientemente joven como para que tuviera un hijo, el heredero del trono. Trent era el amo, y parecía que Iris carecía incluso de la predisposición para cuestionarlo.

—Lo siento Bink, lo siento de veras. Durante el duelo, y también después, me dejé llevar por mi temperamento. No sabía que pensabas llamar a los Ancianos para que Trent fuera nombrado Rey.

Bink tampoco lo sabía.

—Olvidadlo, Vuestra Majestad —repuso, incómodo.

Miró a Camaleón, tan próxima a Dee, la muchacha que le había gustado desde el

comienzo, a pesar de las terribles advertencias de Crombie. Un arrebató de timidez se apoderó de él.

—Adelante, termina lo que empezaste —le susurró Trent al oído—. Ya es bastante inteligente.

Bink meditó la parte de su aventura que se había centrado alrededor de la búsqueda de un hechizo que volviera normal a Camaleón..., cuando, en realidad, era bastante satisfactoria, y hasta un desafío, tal como era. ¿Cuánta gente pasaba su vida buscando su propio hechizo —algunos beneficios gratuitos, como el árbol de plata, el poder político o la fama inmerecida—, cuando lo único que les hacía falta era estar satisfechos con lo que ya tenían? A veces, lo que poseían era mejor que lo que creían que deseaban. Camaleón había pensado que quería ser normal; Trent había pensado que buscaba la conquista armada; y hasta Bink había creído que deseaba un talento mágico que pudiera mostrarse. Sin embargo, la verdadera búsqueda de Bink, al final, había sido preservar a Camaleón, Trent y a sí mismo como eran, y hacer que Xanth les aceptara de esa forma.

No había deseado aprovecharse de Camaleón en su fase estúpida. Quería asegurarse de que ella entendía todas las implicaciones, antes que él..., antes que él...

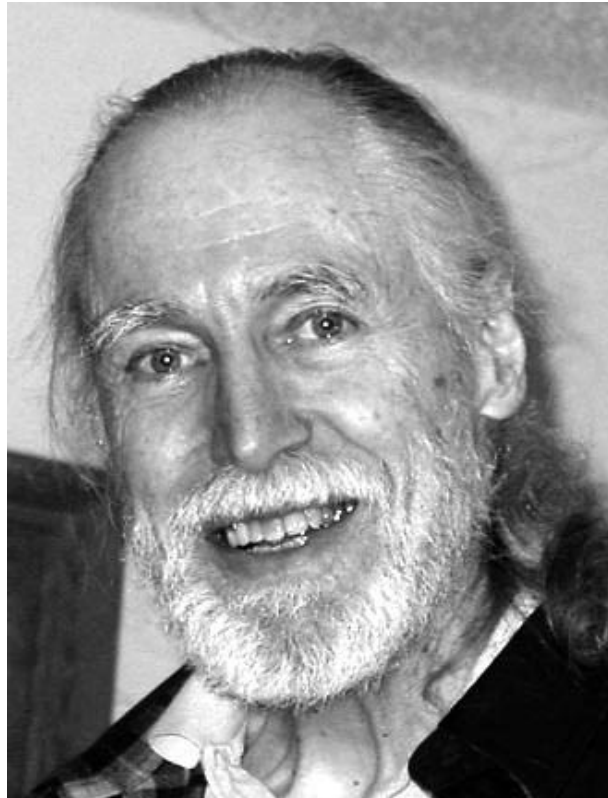
Algo le hizo cosquillas en la punta de la nariz. Avergonzado, estornudó.

Iris le dio con el codo a Camaleón.

—Sí, claro que me casaré contigo, Bink —dijo Camaleón.

Trent estalló en una carcajada. Entonces Bink la besó..., su muchacha normal e inusual. De acuerdo, había encontrado su hechizo; se lo había proyectado a él. Era el mismo que la maldición de Crombie: el amor.

Y, por fin, Bink comprendió el significado de su presagio: él era el halcón que se había llevado a Camaleón. Nunca la soltaría.



PIERS ANTHONY DILLINGHAM JACOB (6 de agosto de 1934, Oxford, Inglaterra) es un escritor de ciencia ficción y fantasía, el cual firma sus libros como Piers Anthony. Ha escrito varias novelas e historias cortas, pero es conocido por sus libros, especialmente por la serie de ciencia ficción sobre el universo de Xanth. Muchos de sus libros han aparecido en la lista de los más vendidos del New York Times. Unos de sus mayores logros ha sido publicar un libro para cada letra del alfabeto, desde *Anthonology* a *Zombie Lover*.

La familia de Anthony emigró a los Estados Unidos desde Gran Bretaña cuando este era niño. Se convirtió en ciudadano naturalizado a los veinte años de edad. Tras dos años de servicio militar, enseñó brevemente en una escuela pública antes de convertirse en escritor a tiempo completo. Anthony estuvo brevemente incluido en la Lista Negra, y por ello cree un deber ayudar a los aspirantes a escritores a evitar las casas editoriales tradicionales y su dominio en la industria. En muchas ocasiones ha cambiado de un editor a otro (llevándose de paso una serie de éxito) cuando ha sentido que los redactores trataban de forzar indebidamente con su trabajo. Incluso ha demandado a editores por falsa contabilidad, ganando los juicios. Mantiene una encuesta sobre editores en Internet, como un medio más de apoyar a los aspirantes a escritor. Por este servicio ha ganado el «Special Recognition for Service to Writers» de «Preditors and Editors», una guía para autores de editores y casas editoriales. Durante un tiempo fue socio capitalista de una editorial por Internet que ha sido adquirida por Random House. Además de su granja de silvicultura, ha sido socio

capitalista de empresas especializadas en tecnologías sobre alimentación vegetariana. Muchas de sus novelas populares han sido consideradas para hacer una película, aunque ninguna se ha llevado a fin. No obstante, sí se ha hecho un videojuego. Las novelas de Piers Anthony terminan generalmente con un largo capítulo de Nota del Autor, en el que habla de sí mismo, su vida, sus experiencias y como se relacionaron con el proceso de escribir la novela. Mantiene a menudo correspondencia con los lectores y cualquier hecho del mundo real puede influenciar en la novela. Anthony reside con su esposa en una granja de árboles que posee en Florida.